GALAXIA
Ciencia Ficción

VIKINGO ESPACIAL

H. BEAM PIPER

"SPACE VIKING" ES... DINAMICA Y EXCITANTE

Lucas Trask de Traskon no era un admirador de los vikingos espaciales, el ataque, el pillaje y el asesinato no eran de su agrado. Y en aquel ansiado día de su matrimonio con la adorable *Lady* Elaine, todos esos pensamientos parecían hallarse bien lejos de su mente.

Pero Lucas iba a despertar de repente a un mundo de caótica violencia, donde el crimen sucedía al crimen y el único motivo para la avaricia rival era la venganza. Para Lucas la antigua vida había muerto y la nueva que escogió le conducía por los infinitos reinos del espacio galáctico y las superficies de los planetas saqueados con un único objetivo: la muerte de un hombre del espacio renegado.

epublibre

H. Beam Piper

Vikingo espacial

Galaxia - 48

ePub r1.0
Titivillus 14.06.16

Título original: *Space viking*
H. Beam Piper, 1963
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Scholler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

GRAM

I

Estaban juntos en el baluarte, Cogidos por la cintura, la cabeza de ella apoyada en a mejilla de él. Detrás, la amplia y frondosa maleza murmuraba suavemente mecida por el viento. Desde la terraza principal inferior venía música y sonido de risas. La ciudad de Warshaven se extendía ante ellos, edificios blancos alzándose desde los amplios espacios verdes formados por las copas de los árboles, bajo un brillo de coches reflejando los rayos de sol. Coches aéreos. Lejos, las montañas eran violeta en la bruma de la tarde y el enorme y rojo sol colgaba del firmamento tan amarillo como un melocotón maduro.

Los ojos de él captaron un destello a quince kilómetros al sudoeste y durante un instante pareció turbado. Luego frunció el ceño. La luz solar ardía en el globo de seiscientos metros que formaba la nueva nave de Duke Angus, el *Enterprise*, allá en los muelles Gorram después de su primer viaje de pruebas. No quería pensar en eso, ahora.

En su lugar la apretó con más fuerza y murmuró su nombre:

—Elaine —y luego acariciando cada sílaba—. *Lady* Elaine Trask de Traskon.

—… ¡Oh, no, Lucas…! —La protesta de ella era medio divertida y medio aprensiva—. Da mala suerte que la llamen a una por su nombre de casada antes de la boda.

—Te llevo llamando así en mi mente desde la noche del baile del duque, cuando acababas de salir del colegio en Excalibur.

Ella le miró por el rabillo del ojo.

—Entonces yo también empecé a llamarme así mentalmente —confesó.

—Hay una terraza al oeste de Traskon New House —la dijo…

Mañana cenaremos allí y veremos juntos la puesta del sol.

—Lo sé. Ya pensé que éste sería nuestro lugar favorito para las puestas de sol.

—Te has adelantado mucho —la acusó—. Traskon New House debía ser una sorpresa para ti.

—Yo siempre fui curiosa en cuanto a los regalos, los de Año Nuevo y de mis cumpleaños. Pero sólo la vi desde el aire Me sorprenderá todo su interior —prometió—. Y me sorprenderá agradablemente.

Y cuando ella lo hubiera visto todo y Traskon New House ya no fuera sorpresa, efectuarían un largo viaje espacial. Todavía no se lo había mencionado. Algunos de los otros Mundos de la Espada de Excalibur, claro, y Morglay, y Flamberge, y Durendal. No, Durendal no; la guerra había estado allí de nuevo. Pero se divertirían mucho. Y ella vería otra vez claros cielos azules y estrellas por la noche. El velo nuboso que ocultaba las estrellas de Gram, y Elaine las había echado de menos desde su venida a casa desde Excalibur.

La sombra de un coche aéreo cayó brevemente sobre ellos, que alzaron la vista y volvieron las cabezas a tiempo para verlo descender con graciosa dignidad hacia el piso de aterrizajes de Karvall House. Lucas divisó sus insignias: espada y símbolo atómico, el emblema de la casa ducal de Ward. Se preguntó si era el propio Duke Angus en persona, o alguien de su personal que se le adelantaba. Deberían volver los invitados, supuso. Entonces la tomó en sus brazos y la besó y ella le respondió con ardor.

Una tos ligera tras ellos les hizo separarse y girar sus cabezas. Era Sesar Karvall, digno con su pelo blanco y la pechera de su chaqueta azul reluciendo de ordenes y condecoraciones y el zafiro en el pomo de su daga de vestir centelleando.

—Pensé que os encontraría aquí a los dos —el padre de Elaine sonrío—. Tendréis mañana, y pasado mañana, y al otro para estar juntos, —pero es preciso que recuerde que hoy tenemos invitados y llegan más a cada instante.

—¿Quién vino en el coche Ward? —preguntó Eláine.

—Rovard Grauffis. Y Otto Harkaman; no le conoces, ¿verdad, Lucas?

—No, no hemos sido presentados. Me gustaría antes de que salga al espacio —no tenía nada personalmente contra Harkaman;

sólo contra lo que él representaba—. ¿Va a venir Duke?

—Oh, seguro. Lionel de Newhaven y el Señor de Northport le acompañarán. Está ahora en el Palace -Karvall dudó—. Su sobrino regresó a la ciudad.

—¡Oh, querido! Espero que no…

—¿Ha estado Dunnan molestando otra vez a Elaine?

—Nada que tener en cuenta. Estuvo aquí, ayer, pidiendo hablar con ella. Le dijimos que se fuese sin mucha ceremonia.

—Tendré que tomarle en cuenta si sigue viniendo después de mañana.

Por su bien y por el de Andray Dunnan confiaba ea no tener que tener que llegar a eso. No deseaba disparar contra un pariente de la casa de Ward y era un hombre demasiado salvaje para echarlo a patadas.

—Lo siento mucho por él —decía Elaine—. Padre, debiste permitirme que hablase con Audray. Quizá le hubiera hecho comprender.

Sesar Karvall se mostró sorprendido.

—Criatura, no debías someterte a eso. ¡Ese hombre está loco! — Entonces vio los hombros desnudos de ella y se quedó todavía más sorprendido—: ¡Elaine, tu chal!

Las manos de ella se alzaron y no pudo encontrarlo; miró a su alrededor en confuso embarazo. Divertido, Lucas lo recogió del matorral sobre el que ella lo dejara caer y se lo puso en torno a los hombros, sus manos acariciándola brevemente. Luego hizo un gesto al anciano para que les precediese y entraron en el arbolado paseo. Al otro extremo, en un círculo abierto, una fuente jugaba, chicas de mármol blanco y niños bañándose en la pileta de verde jade. Otra pieza de botín de uno de los planetas de la Antigua Federación; eso era algo que había tratado de evitar al amueblar Traskon New House. Habría mucho material de esa clase que vendría después de que Otto Harkman llevase al Enterprise al espacio.

—Tendré que volver alguna vez y visitarles —le susurro Elaine —. Me echaran de menos.

—Encontrarás a muchos nuevos amigos en tu nueva casa la contestó también susurrante —espera hasta mañana.

—Voy a decir una palabrita al oido de Duke sobre ese tipo - Sesar Karvall, aún pensando Dunnan, anunció —si le habla, quizás

sirva de algún bien.

Lo dudo No creo que Duke Angus tenga ninguna influencia sobre él.

La madre de Dunnan había sido la hermana menor de Duke. De su padre heredó lo que originalmente fue una baronia próspera. Ahora estaba hipotecada hasta el mástil aéreo de la antena del tejado. Él Duke una *vez* se hizo cargo de las deudas de Dunnan y rehusó repetir su gesto en la segunda ocasión. Dunnan salió al espacio unas cuantas veces, como suboficial en viajes comerciales y de saqueo en la Antigua federación. ~e suponía que era un buen astronavegador Esperó que su tío le cediese el mando del *Enterprise*, lo que fue una esperanza ridícula. Desilusionado, reclutó una compañía de mercenarios y buscaba un empleo militar. Se sospechaba que estaba en correspondencia con el peor enemigo de su tío, el Duke Omfray de Glaspyth.

Y estaba obsesivamente enamorado de Elaine Karvall, una pasión que parecía nutrirse en su propia desesperanza. Quizás sería una buena idea empezar de inmediato ese viaje espacial. Pronto debía zarpar algún navío de Bigglersport hacía uno de los Mundos de la Espada.

Se detuvieron al pie de las escaleras mecánicas: el jardín estaba atestado de huéspedes. Los chales brillantes de las damas y los abrigos de los hombres formaban armonías de color entre los macizos florales en los céspedes y bajo los árboles. Robots de servicio, amarillo llama y negro, colores de Karvall, flotaban por los alrededores creando música y ofreciendo refrescos. Había allí una espiral continua de cambiantes trajes de color en torno a la circular mesa robótica. Las voces sonaban felices como el murmullo de un río montañoso.

Mientras estaban mirando hacia abajo, otro coche aéreo dio una vuelta a poca altura. Con letras verdes y doradas se leía SERVICIO DE NOTICIAS PANPLANETARIO. Sesar Karvall masculló irritado.

—¿Es que no puede haber ningún lugar en donde reine la intimidad?

—Es una gran noticia, Sesar.

Lo era; más que el matrimonio de dos personas que estaban enamoradas. Era la boda de la baronia granjera de Traskon y de las fábricas de acero Karvall. Era un anuncio público de que los

hombres ricos y luchadores de ambas baronías se alineaban ahora tras el Duke Angus de Wardshaven; era una fiesta general. Cada industria había cerrado hoy a mediodía y permanecería así hasta pasado mañana y luego habría bailes en cada parque y fiestas y festines en cada taberna. Los Mundos de la Espada buscaban cualquier motivo para hacer fiesta y la aprovechaban con eficiencia.

—Son nuestro pueblo, Sesar; tienen derecho a pasarlo bien con nosotros. Conozco a todos los Traskon y sé que estarán mirando nuestra fiesta en sus pantallas.

Alzó la mano saludando al vehículo periodístico y cuando giró y alzó un poco de más altura dando la vuelta, volvió a saludar. Luego bajaron por la larga escalera mecánica.

Lady Alvina Karvall era el centro de un grupo de matronas y viudas, en torno a quien las doncellas de mañana revoloteaban como mariposas multicolores. Tomó posesión de su hija y la arrastró al interior del círculo femenino. Vio a Rovard Grauffis, pequeño y taciturno, secuaz de Duke Angus, y a Buró Sardanas, hermano de *Lady* Alvina. Hablaban y luego un superintendente, su tabardo destellando con la llama amarilla y el martillo negro de las fábricas Karvall, se acercó a su amo con alguna noticia de crisis doméstica y los dos se fueron juntos.

—No conoces al capitán Harkaman, Lucas —dijo Rovard Graulfis—. Desearía que le saludases y bebieras una copa con él. Conozco tu actitud, pero es de buena clase. Personalmente, desearía tener a unos cuantos como él a mi alrededor.

Esta era su principal objeción. Había cada vez menos hombres de aquella clase en los Mundos de la Espada.

II

Una docena de hombres se apiñaban en torno al robot tabernero. Su primo y abogado de la familia, Nikkolay Trask; Lothar Ffayle, el banquero; Alex Gorram, el constructor de navíos y su hijo Basil; Baron Rathmore; más nobles de Wardshaven a quienes conocía sólo de lejos. Y Otto Harkaman.

Harkaman era mi Vikingo Espacial. Eso le habría distinguido incluso si no sobrepasara al más alto de todos por una cabeza. Llevaba una cazadora negra y corta, bordada pesadamente en oro y pantalones también negros cuyas perneras se metían en botas que le llegaban hasta el tobillo; la daga de su cinturón no era un simple ornamento de gala. Su pelo rebelde rojo pardo era lo bastante largo como para proporcionar un acolchado extra a un casco de combate y su barba estaba cortada cuadrada en la parte inferior.

Había estado luchando en Durendal, para una de las ramas de la casa real que peleaba fraticidamente por el trono. Comose equivocó de bando, perdió su nave y la mayor parte de sus hombres y, casi, su propia vida. Fue una ruina de refugiado en Flamberge, poseyendo sólo las ropas que llevaba, sus armas personales y la lealtad de media docena de aventureros tan sin un céntimo como él mismo, cuando Duke Angus le invitó a Gram para mandar el *Enter* prise.

—Un placer, lord Trask. He conocido a su adorable futura esposa y ahora que le conozco a usted, permítame que les felicite a ambos luego, mientras bebían juntos, —preguntó—. ¿Usted no tiene nada invertido en la aventura Tanith, verdad?

Contestó que no y lo hubiera dejado estar así. Lo malo es que también tuvo que intervenir el joven Basil Gorram.

—Lord Trask no aprueba la Aventura Tanith —dijo desdeñoso—.

Piensa que deberíamos quedarnos en casa y producir riqueza, en lugar de exportar el robo y el asesinato a la Antigua Federación.

La sonrisa persistió en el rostro de Otto Harkaman; solo que había desaparecido toda sensación amistosa. Inequívocamente se cambió la copa a la mano izquierda.

Bueno, nuestras operaciones son definibles como robo y asesinato —asintió—. Los Vikingos Espaciales son ladrones y asesinos profesionales. ¿Y usted se opone? ¿Usted me encuentra personalmente reprobable?

—No le habría estrechado la mano ni bebido con usted si lo considerara así. No me importa cuántos planetas asaltó o ciudades saqueó, ni cuántos inocentes, si es que lo eran, asesinó en la Antigua Federación. Posiblemente no pudo hacer nada peor que esa gente había estado realizando unos contra otros durante los diez pasados siglos. A lo que presento objeciones es al modo en que ustedes atacan a los Mundos de la Espada.

—¡Está usted loco! —Estalló Basil Gorram.

—Joven desaprobó Harkaman —la conversación era entre lord Trask y yo mismo. Y cuando alguien hace una afirmación que usted no entienda, no le diga que está loco. Pregúntele lo que significa. ¿Qué quiso decir, lord Trask?

—Debiera usted saberlo; acaba de atacar Gram con ochocientos de sus mejores hombres. Me atacó y saqueó llevándoseme cuarenta vaqueros, trabajadores agrícolas, madereros, maquinistas y dudo que sea capaz de reemplazarlos con gente tan experta y buena —se volvió hacia el mayor de los Gorram—. Alex, ¿cuántos te ha hecho perder el capitán Harkaman?

Gorram trató de decir que una docena; acuciado, admitió que eran seis más. Supervisores robóticos y de maquinaría, programadores, un par de ingenieros, un capataz. Hubo un asentimiento reguñón por parte de los otros. Las fábricas de motores de Buró Sardanas habían perdido casi tantos de la misma clase. Incluso Lothar Ffayle admitió la pérdida de un computador y un sargento de la guardia.

Y después de que se fueron, las granjas y ranchos y factorías seguirían adelante, no del todo como con anterioridad. Nada en Gram, nada en ninguno de los Mundos de la Espada, se hacía de manera tan eficiente como tres siglos antes. Todo el nivel de la vida

de los Mundos de la Espada se hundía, como la costa oriental de este continente, tan despacio pero de manera evidente según los archivos y monumentos del pasado. Dijo todo eso y añadió:

—Y la pérdida genética. Los mejores genes de los Mundos de la Espada se escapan al espacio, como la atmósfera de un planeta de baja gravedad, cada generación abrumada por padres ligeramente inferiores a los últimos. No era tan malo cuando los Vikingos Espaciales atacaron directamente desde los Mundos de la Espada; volvían a casa de vez en cuando. Ahora conquistan planetas para hacerlos bases en la Antigua Federación y se quedan allí.

Todo el mundo había empezado a relajarse; eso no degeneraría en pelea. Harkaman, que había vuelto a coger la copa con la mano derecha, soltó una risita.

—Está bien. Yo he sido padre para una docena de bastardos en la Antigua Federación, y conozco a vikingos Espaciales cayos padres nacieron en planetas de la Antigua Federación —se volvió a Basil Gorram—. Mire, el caballero no está loco, en absoluto. Eso es lo que sucedió a la Federación Terrena, de paso. Los buenos hombres todos se fueron para colonizar y las camisas almidonadas y tipos acomodaticios y gregarios y los que buscaban primero su seguridad se quedaron en la Tierra y trataron de gobernar la Galaxia.

—Bueno, quizás sea todo esto nuevo para usted, capitán —dijo sombrío Rovard Grauffis—, pero Lucas Trask ansía la Declinación y Caída de los Mundos de la Espada, y esto resulta una vieja canción fúnebre para el resto de nosotros. Yo tengo demasiado que hacer quedándome aquí y discutiendo con él.

Lothar Ffayle pensaba quedarse y discutir.

—Todos os quedáis, Lucas, y por eso es por lo que nos extendemos. Queréis que nos sentemos aquí y construyamos una presión de población como la Tierra en Siglo Primero, ¿verdad?

—¿Con trescientos cincuenta mil millones de personas extendidas en doce planetas? Había tantos sólo en la Tierra. Y nos costó ocho siglos llegar hasta eso.

Eso había sido desde el siglo noveno de la Era Atómica, al fin de la Gran Guerra. Diez mil hombres y mujeres en Abigor rehusaron rendirse y se llevaron al resto de los navíos de la Alianza del sistema y Estados al espacio, buscando un mundo que la Federación desconociese y que no encontrase durante mucho tiempo. Ese había

sido el mundo que llamaron Excalibur. Desde él, sus nietos colonizaron Joyeuse y Durendal y Flamberge, Haulteclere fue colonizado en la siguiente generación desde Joyeuse, y Gram desde Haulteclere.

—No nos extendemos, Lothar; nos contraemos. Dejamos de extendernos hace trescientos cincuenta años, cuando ese navío volvió a Morglav desde la Antigua Federación e informó lo que había estado ocurriendo desde la Gran Guerra. Antes de eso, descubríamos nuevos planetas y los colonizábamos. Desde ello, hemos estado recogiendo los huesos de los muertos de la Federación Terrena.

Algo subía por las escaleras automáticas hacia el rellano. La gente se movía excitada en aquella dirección y el coche aéreo del noticiario circulaba como un buitre sobre una vaca enferma. Harkaman se preguntó como esperanzado si no habría pelea.

Algún borracho al que despiden —dijo Nikkolay Trask—. Sesar ha dejado que todo Wardshaven esté aquí hoy. Pero, Lucas, esta Aventura de Tanith; no efectuamos un ataque de improviso. Estamos ocupando todo un planeta; habrá otro Mundo de la Espada dentro de cuarenta o cincuenta años. Un poco lejano, quizás, pero…

—Dentro de otro siglo, conquistaremos la Federación entera —declaró el barón Rathmore. Era político y jamás dejaba que la exageración le preocupara.

—Lo que yo no entiendo —intervino Harkaman—, es por qué sostiene a Duke Angus, lord Trask, si cree que la aventura de Tanith va a hacer mucho daño a Gram.

—Si Angus no lo hizo, alguien más lo haría. Pero Angus va a coronarse rey de Gram y yo no creo que otra persona fuera capaz de hacerlo. Este planeta necesita una soberanía única. No sé lo que han visto ustedes fuera de este ducado, pero no acepten Wardshaven como típico. Algunos ducados, como Glaspyth o Didreksburg son literales nidos de víboras. Todos los barones mayores están a punto de lanzarse mutuamente a estrangularse y ni siquiera pueden mantener a sus propios caballeros y sus barones en el debido orden. O, hay una triste guerrita allá en el continente Southmain que sigue durando casi dos siglos.

—Probablemente ahí es donde llevará Dunnan su ejército —dijo un barón fabricante de robots—. Espero que lo barra y Dunnan sea

barrido con él.

—No es preciso ir a Southmain; sólo a Glaspyth —dijo otra persona.

—Bueno, si no conseguimos una monarquía planetaria para mantener el orden, el planeta se descivilizará como cualquier cosa de la Antigua Federación.

—¡Oh, vamos, Lucas! —protestó Alex Gorram—. Llevas eso demasiado lejos.

—Sí, por una cosa; no tenemos a los neobárbaros —apuntó alguien—, y si alguna vez vinieran aquí, los barreríamos al Em-See-Square de un manotazo. También podría ser una buena cosa que lo hiciesen; eso nos impediría destrozarnos mutuamente.

Harkaman le miró sorprendido.

—¿Dónde cree, de todas mane ras, que están ahora los neobárbaros? —preguntó ~. ¿Alguna raza de invasores nómadas, hunos de Atila en el espacio?

—Bueno, ¿no es eso lo que son? —preguntó Gorram.

—¡Claro que no! No hay ninguna docena y media de planetas en la Antigua Federación que sigan poseyendo la hiperimpulsión, y todos están civilizados, es decir, si consideramos que Gilgamesh se considera civilizado —añadio - Son bárbaros caseros. Trabajadores y campesinos que se revolucionan para apoderarse y dividir la riqueza y luego se encuentran con que han destrozado los medios de producción y han matado a todos los cerebros técnicos. Supervivientes en planetas atacados durante las Guerras interestelares, desde el décimo primero al siglo decimotercero, que perdieron la maquinaria de la civilización. Seguidores de jefes políticos en planetas con dictaduras locales. Compañías de mercenarios sin empleo y viviendo del pillaje. Fanáticos religiosos siguiendo a profetas autonominados.

—¿Cree que no tenemos abundante material neobárbaro aquí en Gram? —preguntó Trask—. Si es así, eche un vistazo a su alrededor.

—Glaspyth —dijo alguien.

—Esa cosecha de frutos supermaduro que reclutó Andray Dunnan —mencionó Rathmore.

Alex Gorram gruñía diciendo que su astillero estaba lleno de ellos; agitadores buscando jaleo, tratando de organizar una huelga para desembarazarse de los robots.

—Sí —advirtió Harkaman al fin—. Sé de cuanto menos cuarenta ejemplos, en docena y media de planetas, en los últimos ocho siglos, de movimientos antitecnológicos. Los tuvieron en la Tierra, allá en el Siglo Segundo Preatómico. Y después de que Venus se separase de la Primera Federación, antes de que se organizara la Segunda Federación.

—¿Le interesa la historia? —preguntó Rathmore.

—Como pasatiempo. Todos los hombres espaciales tienen pasatiempos. Hay muy poco trabajo en una nave del hiperespacio; el aburrimiento es el peor enemigo. Mi oficial de artillería y cohetes dirigidos, Van Larch, es pintor. La mayor parte de sus obras se perdieron con el *Corísande* en Durendal, pero nos impidió que nos muriéramos de hambre unas cuantas veces en Flamberge pintando cuadros y vendiéndolos. Mi astronavegante hiperespacial, Guatt Kirbey, compone música; trata de expresar las matemáticas de la teoría hiperespacial en términos musicales. Yo no me intereso mucho por eso, personalmente —admitió—. Estudio historia. Ya saben, es raro; prácticamente todo lo que ha ocurrido en cualquiera de los planetas no habitados pasó en la Tierra antes de la primera nave espacial.

El jardín que les rodeaba de inmediato estaba ahora en silencio; todo el mundo se había acercado a las escaleras mecánicas. Harkaman hubiera dicho más, pero en aquel momento vio a media docena de los guardias uniformados de Sesar Karvall corriendo por su lado. Iban con casco y uniformes a prueba de balas; uno de ellos llevaba un autorifle y el resto portaban aniquiladores con culata de plástico. El Vikingo Espacial dejó a un lado su copa.

—Vamos —dijo—. Vuestro anfitrión llama a sus tropas; creo que los invitados debemos encontrar también nuestros puestos de combate.

III

La engalanada multitud formaba un semicírculo de cara al rellano de las escaleras mecánicas; todo el mundo miraba con embarazada curiosidad, los de detrás estirando el cuello para ver mejor. Las damas se habían subido los chales en frígida formalidad; muchas incluso se habían tapado la cabeza. Habían cuatro coches aéreos del servicio de los noticieros dando vueltas por encima; lo que ocurriese estaba consiguiendo una plena difusión por todo el planeta. Los guardas de Karvall intentaban cruzar la multitud; su sargento decía una y otra vez:

—Por favor, señores y caballeros; perdone, noble señor —sin llegar a ninguna parte.

Otto Harkaman juró disgustado y apartó al sargento.

—¡Paso! —bramó—. Dejen pasar a estos guardias —con eso, casi derriba a un caballero gentilmente vestido y echa por los suelos a otro con igual atuendo de gala; ambos se volvieron para mirarle furiosos y luego, rápidamente, le cedieron el paso.

Meditando brevemente sobre la utilidad de los malos modales en un caso de emergencia, Trask le siguió con los demás. El corpulento Vikingo Espacial llegó hasta la parte delantera, en donde Sesar Karvail y Rovard Grauffis y otros varios estaban inmóviles.

Frente a los cuatro hombres con capas negras daban la espalda a las escaleras. Dos eran vulgares esbirros; pistoleros alquilados para ser exactos. A duras penas mantenían sus manos claramente a la vista y parecían desear tenerlas en otra parte. El individuo de delante llevaba una salida de sol diamantífera en su bonete y la capa estaba forrada de seda azul pálido. Su rostro delgado y puntiagudo tenía profundos surcos en la boca y quedaba recortado por un mostacho negro. Los ojos mostraban el blanco en torno a las

pupilas y de vez en cuando su boca se retorcía en una mueca involuntaria. Andray Dunnan; Trask se preguntó brevemente lo que tendría que tardar en tener que mirarle a veinticinco metros desde el punto de mira de su pistola. La cara del hombre ligeramente mayor que se encontraba junto a Dunnan estaba blanca como el papel e inexpresiva, pese a la barba negra. Se llamaba, Nevil Ormm: nadie estaba seguro de cuándo apareció y si se sabía que era compañero constante de Dunnan y su lugarteniente.

—¡Miente! —gritaba Dunnan—. Miente condenadamente con sus malolientes dientes y todo su ser. Usted interceptó cada mensaje que ella intentó enviarme.

—Mi hija no le ha enviado ningún mensaje, lord Dunnan —contestó Sesar Karvall, con forzada paciencia— ninguno, excepto el que acaba de entregarle y que dice que no quiere tener nada que ver con usted.

—Y piensa que me lo voy a creer. Usted la retiene prisionera; Satán sabe como la habrá torturado para obligarla a contraer este abominable matrimonio.

Hubo agitación entre los presentes; eso era algo más de lo que las personas bien educadas podían soportar. Saliendo del murmullo de voces incrédulas, una mujer exclamó en forma perfectamente audible:

—¡Vaya, realmente! ¡Ese está loco!

Dunnan, como cada cual, lo oyó.

—¿Que estoy loco? —bramó—. ¿Por qué puedo ver a través de este hipócrita complot? Aquí tenemos a Lucas Trask… desea un interés en las fábricas Karvall; y aquí está Sesar Karvall… ansía acceso a los depósitos de hierro de la tierra de Traskon. Y mi adorable tío… quiere la ayuda de ambos para robar el ducado a Omfray de Glaspyth. Y aquí está este tiburón prestamista de Ffayle, tratando de arrebatarme mis tierras con sus zarpas, y Rovard Graulfis, el sabueso de mi tío que no alzaría un dedo por salvar a su pariente de la ruina, y este extranjero de Harkaman, que me birló el mando del Enterprise. Todos intrigando en mi contra.

—*Sir* Nevil —dijo Grauflis—, ya puede ver que lord Dunnan no es dueño de sí. Si es usted buen amigo suyo, lléveselo de aquí antes de que llegue Duke Angus.

Orm se inclinó y habló apremiante al oído de Dunnan. Dunnan

colérico le apartó a un lado.

—Gran Satán, ¿también estás contra mí? —demandó.

Ormm le cogió del brazo.

—Estúpido, ¿quieres estropearlo todo ahora? —Bajó la voz; el resto fue inaudible.

—No, maldito, no me iré hasta que haya hablado con ella, cara a cara…

Hubo otra agitación entre los espectadores; la multitud se apartó y Elaine cruzó por entre ella, seguida por su madre y *Lady* Sardanas, con cinco o seis otras matronas. Todas se habían subido los chales por encima de sus cabezas, las puntas de la derecha sobre los hombros izquierdos; todos se detuvieron excepto Elaine, que dio unos cuantos pasos más hacia adelante y se plantó ante Andray Dunnan. Él jamás la había visto más hermosa, pero era la helada belleza de una daga que apuntase el corazón.

—Lord Dunnan, ¿qué desea decirme? —preguntó ella—. Dígalo pronto y váyase; aquí no es usted bien recibido.

—¡Elaine! —gritó Dunnan, dando un paso adelante—. ¿Por qué te tapas la cabeza; por que me hablas como a un desconocido? Soy Andray, que te ama. ¿Por qué dejas que te obliguen a este perverso matrimonio?

—Nadie me obliga; me caso con lord Trask voluntaria y felizmente, porque le quiero. Ahora, por favor, váyase y no arme mas escándalos en mi boda.

—¡Eso es mentira! ¡Te obligan a decirlo! No tienes que casarte con, él; no pueden obligarte. Vente conmigo ahora. No se atreverán a detenerte. Te apartare de esta gente cruel y codiciosa. Tú me amas, siempre me amaste, me has dicho que me quieres una y otra vez.

Si en su particular mundo de ensueños, un mundo de fantasía que había cobrado realidad dentro de Andray Dunnan, una tal Elaine Karvall creada por su imaginación existía sólo para amarle. Enfrentando a la verdadera Elaine, simplemente Andray rechazó la realidad.

Nunca le amé, lord Dunnan, y nunca se lo dije. Nunca le odié, tampoco, pero hace muy difícil para mí que no experimente hacia usted ese sentimiento. Ahora váyase y que no le vuelva a ver jamás.

Con eso, se dio media vuelta y comenzó a retroceder por la

multitud, que se apartó para dejarle paso. Su madre y su tía, y las otras damas, la siguieron.

—Me mentiste —le gritó Dunnan—. Mentiste todo el tiempo. Eres tan mala como los demás, todos intrigando y obrando en mi contra, traicionándome. Sé de qué se trata; todos queréis despojarme de mis derechos y mantener a mi tío usurpador en el trono ducal. Y tú, tú, hipócrita ramera, eres la peor de todos.

Sir Nevil Orm le cogió del hombro y le hizo girar en redondo, empujándole hacia las escaleras mecánicas. Dunnan forcejeó, gritando de manera inarticulada como un lobo herido. Ormm maldecía furioso.

—¡Vosotros! —Gritó—. Ayudadme. Sujetadle.

Dunnan aún estaba aullando cuando le obligaron a subir a la escalera, los dorsos de las capas de los dos secuaces, con la insignia del sol creciente de Dunnan, azul claro sobre negro, le taparon. Al cabo de poco un coche aéreo con el mismo emblema alzó el vuelo y se alejó.

—Lucas, está loco —insistió Sesar Karvall—. Elaine no ha hablado cincuenta palabras con él desde que volvió de su último viaje.

Lucas soltó una carcajada y puso la mano en el hombro de Karvall.

—Lo sé, Sesar. ¿No creerá que necesito seguridades?

—Loco, yo diría que está loco —intervino Rovard Granffis—. ¿Oyeron lo que dijo sobre sus derechos? Esperen hasta que su Gracia se entere.

—¿Acaso reclama el trono ducal, *sir* Rovard? —preguntó Otto Harkaman aguda y seriamente.

—Oh, pretende que su madre nació un año y medio antes que el Duke Angus y, que la verdadera fecha de su nacimiento se falsifico para conceder a Angus la sucesión. Oh, su presente Gracia tenía tres años de edad cuando nació ella. Yo fui antiguo caballero de Duke Fergus y llevé a Angus en mi hombro cuando la madre de Andray Dunnan fue presentada a los señores y varones al día siguiente de nacer.

—Pues claro que está loco —asintió Alex Gorram—. No se por qué el Duke no le coloca bajo tratamiento psiquiátrico.

—Yo le hubiese puesto bajo tratamiento —dijo Harkaman

pasándose el dedo por debajo de la barba—. Los locos que pretenden ocupar los tronos son bombas que deberían ser desactivadas antes de que estallen.

—No podemos hacer eso —contestó Grauffls—. Despues de todo, es el sobrino del Duke Angus.

—Yo sí podría —dijo Harkaman—. Sólo tiene trescientos hombres en su compañía. Sólo Satán sabe por qué le dejaron ustedes reclutarlos —hizo una especie de paréntesis—. Yo tengo ochocientos; quinientos buenos combatientes de tierra. Me gustaría ver cómo se comportan en combate antes de que salgamos al espacio. En dos horas puedo tenerlos listos para la acción y todo habría pasado a la media noche.

—No, capitán Harkaman; su Gracia nunca lo permitiría —prohibió Graufis—. Usted no tiene idea del daño político que haría entre los señores independientes en quienes contamos para su apoyo. Usted no estaba aquí en Gram cuando Duke Ridger de Didreksburg hizo que el segundo marido de su hermana Sancia fuese envenenado.

IV

Se detuvieron bajo la columnata; más allá, la terraza interior principal estaba atestada y un putpurri de antiguas canciones de amor se alzaba desde los puntos sonoros, por sexta u octava vez consecutiva. Lucas consultó su reloj; eran noventa segundos más tarde de la última vez que hizo lo mismo. 5i se le daban quince minutos más para empezar y otros quince para marcharse después de los brindis matrimoniales y las felicitaciones, habría bastante. Y ningún matrimonio, por pomposo que fuese, duraba más que media hora. Una hora, pues y él y Elaine estarían en el coche aéreo, disparados hacia Traskon.

Las canciones de amor cesaron bruscamente; al cabo de un momento de silencio una trompeta, considerablemente amplificada sonó; el *Saludo Ducal*. La multitud dejó de agitarse, el murmullo de las voces se suspendió. Al pie de la escalera mecánica hubo un fulgor colorista y el grupo ducal empezó a moverse descendiendo. Un pelotón de guardas, de rojo y amarillo con relucientes cascos y pulidas alabardas. Un caballero portando la Espada del Estado. El Duke Angus con su consejo, Otto Harkaman entre ellos; la duquesa Flavia y sus damas de compañía. Los caballeros del séquito y sus esposas. Más guardas. Hubo una gran ovación; los aerocoches del servicio de los noticiarios se colocaron encima de la comitiva. El primo Nikkolay y unos cuantos más salieron de entre las columnas a la luz del sol; hubo un movimiento similar a la otra parte de la terraza. La comitiva ducal llegó al extremo del paseo central, se detuvo y se desplegó.

—Está bien; despejemos —dijo el primo Nikkolay, adelantándose.

Diez minutos desde que llegaron al exterior; otros cinco para

situarse en sus puestos. Quince minutos, ahora, hasta que él y Elaine, *Lady* Elaine Trask de Traskon, de verdad y para siempre, empezasen la marcha hacia su casa.

—¿Seguro que el coche está preparado? —preguntó por centésima vez.

Su primo le aseguró que sí. Figuras con el uniforme negro y amarillo llama de Karvall aparecieron por la terraza. La música tornó a sonar, esta vez la obligatoria *Marcha Nupcial de los Nobles*, arrogante y al mismo tiempo tierno. El caballero secretario de Sesar Karvall, y el abogado de los Karvall, los directivos de las factorías de acero, el capitán de la guardia de Karvall. El propio Sesar, llevando a Elaine del brazo; ella vestía un chal negro y amarillo. Lucas miró en su torno asustado súbitamente.

—¡Por amor de Satán, dónde tienes el chal! —exigió y luego se relajó cuando uno de sus caballeros lo exhibió, con los colores de Traskon. Las damas de honor, conducidas por Alvina Karvall. Finalmente se detuvieron, a diez metros de distancia, delante del Duke.

—¿Quién se nos acerca?, pregunto el Duke Angus al jefe de su guardia.

Tenía un rostro delgado y puntiagudo, sensitivo casi femeninamente y una barbita también puntiaguda. Iba destocado excepto la diadema estrecha de oro que trató durante casi toda su vida de convertir en una corona real. El capitán de la guardia repitió la pregunta.

—Soy *Sir* Nikkolay Trask; traigo a mi primo y coseñor, Lucas, lord Trask, barón de Traskon. Viene a recibir a la dama señorita Elaine, hija de lord Sesar Karvall, barón de Karvallmills, y la sanción de su Gracia al matrimonio entre ellos.

Sir Maxamon Zhorgay, lugarteniente de Sesar Karvall, se llamó a sí mismo y a su señor; ellos trajeron a dama señorita Elaine a la boda ante lord Trask Traskon. El Duke, satisfecho de que fuesen personas, a quienes pudiera dirigirse directamente, preguntó si los términos del acuerdo matrimonial habían sido aprobados; ambas partes así lo afirmaron. *Sir* Maxamon entregó un pergamino al duque; el Duke Angus comenzó a leer la rígida y precisa fraseología legal. Los matrimonios entre casas nobles no eran cosa de dejarse abiertos a cualquier disputa —se había derramado mucha sangre y

quemado pólvora en exceso por la ambigüedad en algunos puntos de las sucesiones o herencias o derechos accesorios—. Lucas lo soportó con paciencia; no quería que sus nietos y los de Elaine se enzarzaran a tiros por alguna coma mal situada.

—¿Y esas personas ante nos aceptan libremente este matrimonio? —preguntó el Duque, al término de la lectura. Avanzó mientras hablaba y su caballero le entregó el mandoble que se llamaba la Espada del Estado, lo bastante pesada como para partir por medio a una persona. Trask también se adelantó; Sesar Karvall trajo a Elaine. Los abogados y del séquito se hicieron más a un costado.

—¿Qué dice usted, lord Trask? —preguntó, casi en tono de observación.

—Con todo mi corazón, vuestra Gracia. ¿Y usted, *lady* señorita Elaine?

—Es mi deseo más caro, vuestra Gracia.

El duque tomó la espada por la hoja y la extendió; los jóvenes posaron sus manos en el enjoyado pomo.

—¿Y vosotros, y vuestras casas me juráis a mí, Angus, Duque de Wardshaven, como vuestro príncipe soberano, y afirmáis fidelidad a nos y a nuestros legítimos sucesores?

—Juramos —no sólo lo dijeron él y Elaine, sino cuantos les rodeaban y toda la masa en el jardín, respondió, los espectadores a gritos. Muy claramente, por encima de todo, alguien, con más entusiasmo que discreción, vociferó:

—*¡Viva Angus 1, de Gram!*

—Y nosotros, Angus, os conferimos a vosotros dos y a vuestras casas el derecho de llevar nuestra insignia, como concierne, y me obligo a mí mismo a mantener vuestros derechos contra algo o alguien que pueda tratar de arrollarlos. Y nosotros declaramos que este matrimonio entre vosotros dos y este acuerdo entre vuestras respectivas casas, nos complacen, y os juramos a los dos, Lucas y Elaine, que estáis legalmente casados y quien objete este matrimonio nos desafía a nos, en nuestros dientes y a nuestro pesar.

Esa no era exactamente la fórmula autorizada por un señor ducal en Gram. Era la empleada por un rey planetario como Napolyon de Flamberge o Rodolf de Excalibur. Y, ahora que lo pensaba, Angus consistentemente utilizó el plural real en primera

persona. Quizás el tipo que gritase lo de Angus 1 de Gram había la estado únicamente haciendo el trabajo para el que se le pagó. Esto estaba siendo teledifundido y Omfray de Glaspyth y Ridgerd de Didreksburg estarían escuchando; desde ahora empezarían a contratar a mercenarios. Quizás eso serviría para desembarazarse de Dunnan indirectamente.

El duque devolvió la Espada a su caballero. El joven que portaba el chal verde y pardo se lo entregó y Elaine dejó caer el negro y amarillo de sus hombros, la única vez que una mujer respetable lo hacía en público y su madre lo tomó y lo plegó. Él avanzó y colocó los colores detrás sobre los hombros de la muchacha y luego la tomó en sus brazos. La ovación volvió a estallar y algunos de los guardas de Sesar Karvall comenzaron a disparar salvas.

Costó algo más de lo que se había esperado acabar con los brindis y los apretones de manos de la gente que se apiñaba a su alrededor. Por último, la comitiva empezó recorriendo el largo pasillo hasta el rellano de las escaleras y el Duque y su séquito se alejaron por la parte de atrás para prepararse para el festín de bodas en el que todo el mundo, excepto los novios, celebrarían el acontecimiento. Una de las damas de honor dio a Elaine un ramo enorme de flores, que ella tenía que arrojar desde la escalera mecánica; Elaine lo sostuvo con el brazo doblado y se agarró al de su marido con el otro.

—¡Cariño, realmente lo logramos! —susurraba ella como si fuese todo demasiado maravilloso para ser creído.

Uno de los coches de la televisión, naranja y azul, correspondiente a la empresa «Westlands Telecast & Teleprint», había flotado por delante de ellos y bajaba hacia el rellano. Durante un momento él se enfureció; eso quedaba más allá de los limites orbitales de la libertad periodística, incluso para la «Westlands T & T». Entonces soltó la carcajada; hoy se sentía demasiado feliz ara enfadarse por nada. Al pie de las escaleras, Elaine se quitó las relucientes zapatillas —había otro par en e coche; de eso se había encargado personalmente— y subieron a los peldaños y dieron media vuelta. Las damas de honor se precipitaron hacia adelante y comenzaron a forcejear por coger las zapatillas, estropeando y desarreglándose sus vestidos y cuando estuvieron a mitad de camino, Elaine lanzó el ramo que se rompió sobre ellas como una

bomba de colorada fragancia y las chicas cogieron las flores, gritando de delicia. Elaine se quedó plantada, enviando besos a todo el mundo y él estrechaba las manos que se le tendían por encima de la cabeza hasta que estuvieron en lo alto.

Cuando se volvieron y bajaron del aparato, el vehículo aéreo naranja y azul había descendido directamente delante suyo,bloqueándoles el paso. Ahora estaba realmente furioso y empezó una maldición. Entonces vio lo que había en el coche.

Andray Dunnan, su rostro fino descompuesto y su estrecho mostacho vibrando; tenía una rendija junto a la ventana abierta y estaba apuntando el cañón de una ametralladora hacia él.

Gritó y al mismo tiempo empujó a Elaine haciéndola caer. Se lanzó a sí mismo hacia adelante para cubrirla cuando se oyó la múltiple detonación. Algo le golpeó en el pecho; su pierna derecha se le dobló. Cayó.

Cayó y cayó y cayó, sin fin, por la oscuridad, fuera de toda consciencia.

V

Estaba crucificado y coronado de espinas. ¿A quién se lo habían hecho? A alguien hacía mucho tiempo, en la Tierra. Tenía los brazos extendidos rígidamente y le dolían; los pies y las piernas también le hacían daño y no podía moverlos y estaba aquello de su frente. Y se notaba ciego.

No; tenía los ojos cerrados, los abrió y había una pared blanca ante él, con una especie de dibujo en forma de cristal de nieve y se dio cuenta que era un techo y estaba acostado de espalda. No podía mover la cabeza pero cambiando la dirección de su mirada advirtió que estaba del todo desnudo y rodeado por un laberinto de tubos y cables, lo que le turbó brevemente. Luego, supo que no estaba en una cama, sino en un robomedico y los tubos serían para medicación, drenaje de las heridas y alimentación intravenosa, y los cables serían electrodos incrustados en su cuerpo para diagnosis, y la corona de espinas no serían más que los electrodos de un encafalógrafo. Había estado antes en una de esas cosas, cuando fue corneado por un bisonoide en los prados ganaderos.

Eso es lo que era; seguía en tratamiento. Pero le pareció hace tanto tiempo; tantísimas cosas parecían haber ocurrido que creyó haberlas soñado.

Luego recordó e inútilmente forcejeé para levantarse.

—¡Elaine! —llamó—. Elaine, ¿dónde estás?

Hubo una agitación y alguien penetró en su limitado campo de visión, su primo, Nikkolay Trask.

—Nikkolay —dijo—. ¿Qué le pasó a Elaine?

Nikolay parpadeó, como si algo que esperaba que le hiriese le hubiera hecho un daño mas profundo de lo calculado.

—Lucas —tragó saliva—. Elaine - Elaine ha muerto.

Elaine ha muerto. Eso no tenía sentido.

—Murió en el acto, Lucas. Recibió seis impactos; no creo que notase ni siquiera el primero. No padeció.

Alguien gimió y luego Lucas se dio cuenta de que había sido él mismo.

—Te hirieron dos veces —le decía Nikkolay—. Una en la pierna; el fémur destrozado. Y otra en el pecho. Esa no te alcanzó el corazón por dos centímetros.

—Lástima ahora comenzaba a recordar claramente. La hice caer y traté de taparla. Debí meterla directamente en la ráfaga y yo sólo recibí los últimos proyectiles, pero había algo más; oh, sí. Dunnan, ¿lo derribaron?

Nikkolay sacudió la cabeza.

—Escapó. Robó el *Enterprise* y partió del planeta.

—Quiero capturarlo yo mismo.

Otra vez comenzó a levantarse; Nikkolay hizo un gesto a alguien fuera de la vista. Una mano fría le tocó la barbilla y olió el perfume de una mujer, completamente distinto al de Elaine. Algo como un insecto pequeño le mordió en el cuello. La habitación pareció oscurecerse.

Elaine estaba muerta. Ya no existía Elaine, en absoluto. Oh, eso significaba que ya no había más mundo. Por eso empezaba a oscurecerse tanto.

* *

Volvió a despertar, decidido y de haber habido luz diurna hubiese distinguido el cielo amarillo por la ventana abierta, o ser de noche estarían encendidas las paredes luminosas. Siempre habría alguien con él. La esposa de Nikkolay, dama Cecilia; Rovard Grauffis; *lady* Alvina Karvall debía haber dormido mucho tiempo; porque ella era mucho más vieja de lo que la recordaba… y su hermano, Buró Sardanas. Y una mujer con el pelo negro, una bata blanca con un caduceo de oro en el pecho. Una vez, la duquesa Flavia, y una vez el propio Duke Angus.

Preguntó dónde estaba, sin importarle demasiado. Se lo dijeron, en el palacio ducal Deseó que todos se fuesen y que le dejaran marchar a donde estaba Elaine.

Luego volvería a la oscuridad y él trataría de encontrarla, porque había algo que él deseaba desesperadamente enseñarle. Estrellas en el firmamento por noche, eso era. Pero no habían estrellas, no había Elaine, no había nada y él deseaba que tampoco hubiese Lucas Trask.

Pero allí estaba un tal Andray Dunnan. Podía verle plantado con su capa negra en la terraza, los diamantes de su joya del bonete reluciendo diabólicos; podía ver el rostro enloquecido mirándole por encima del cañón de la metralleta. Y luego le cazaría sin encontrarle, a través de la fría oscuridad del espacio.

Los períodos de lucidez se hicieron mayores y durante ellos su cerebro quedó claro. Le quitaron su corona de espinas electrónicas. Le despojaron de los tubos de alimentación y le dieron tazas de caldo y jugo de frutas. Quería saber por qué le habían llevado al palacio.

—Era lo único que podíamos hacer —le contesté Rovard Grauffis —. Tuvieron muchas dificultades en Karvall House tal y como estaban las cosas. Mira, Sesar también fue baleado.

—No —por eso Sesar no había venido a verle—. ¿Le mataron?

—Herido; está peor que tú. Cuando se inició el tiroteo, subió volando por la escalera. No llevaba nada excepto su daga de gala. Dunnan le dirigió una rápida ráfaga; creo que por eso no tuvo tiempo de acabar contigo. Para entonces, los guardas habían estado disparando salvas y la rapidez del ataque les desconcertó, por lo que tardaron cierto tiempo en contestar al fuego. Se fue lo más de prisa que pudo. Tienen a Sesar en un robot médico como el tuyo. Ya no está en peligro.

Los tubos de drenaje y de medicación le fueron desconectados; la tela de araña de cables que le rodeaba fue quitada y con ellos los electrodos. Le vendaron las heridas y le vistieron con una túnica suelta y le quitaron del robomédico para llevarle a un diván en donde podía estar sentado cuando así le viniera en gana; empezaron a darle alimento sólido, vino para beber y le permitieron fumar. La doctora dijo que lo había pasado muy mal, como si él no lo supiera. Se preguntó Lucas si ella esperaba que le diese las gracias por mantenerlo vivo.

—Estará en condiciones de salir dentro de unas pocas semanas —añadió su primo—. Ya he procurado que todo lo de Traskon New

House esté preparado para recibirte.

—Mientras viva jamás entraré en esa casa y desearía no existir dentro de un minuto. Aquello iba a ser el hogar de Elaine. No entraré en él a solas.

Los sueños le turbaban mientras dormía cada vez menos y menos mientras se fortalecía. A menudo tenía visitantes, trayéndole regalitos diversos y Lucas encontré que disfrutaba con su compañía Deseaba saber lo que había sucedido en realidad y como Dunnan escapó.

—Abordó como un pirata el *Enterprise* —le contó Rovard Grauffis—. Le acompañaba su compañía de mercenarios y sobornó a unos cuantos del muelle Gorram. Creí que Alex mataría a su jefe de seguridad cuando se enteró de lo ocurrido. No pudieron probar nada… lo intentamos con ahínco… pero estamos seguros de que Omfray de Glaspyth proporcionó el dinero. Lo han negado demasiado enfáticamente.

—¿Entonces todo el asunto fue planeado con anticipación?

—Apoderarse del navío sí; debió prepararlo durante meses, antes de que empezase a reclutar esa compañía. Creo que pensaba hacerlo la víspera de la boda por la noche. Luego intenté convencer a *lady* señorita Elaine para que se fugara con él… parece ser que lo creyó posible… cuando ella le humilló, decidió mataros a ambos antes —se volvió a Otto Harkaman, que le acompañaba—. Mientras viva, lamentaré no haberle aceptado a usted, y a su palabra y también aceptado su oferta de entonces.

—¿Cómo logró apoderarse del coche aquel de la «Westlands Telexas & Teleprint»?

—Oh. La mañana de la boda se presentó en la oficina editorial de la Westlands les dijo que tenía la historia interna del matrimonio y de por qué lo patrocinaba el duque. Lo hizo sonar como si hubiese algún escándalo; insistió en que fuese un repórter a Dunnan House para una entrevista cara a cara. Enviaron a un hombre y esa fue la última vez que le vieron vivo; nuestra gente encontró su cuerpo en Dunnan House cuando buscábamos por el lugar después de los disparos. Hallamos el coche en el muelle; había recibido un par de impactos de las armas de Karvall House, pero ya sabes lo que pueden soportar esos coches de prensa. Se dirigió derecho al muelle, en donde sus hombres ya se habían apoderado del

Enterprise; en cuanto llegó, la nave zarpó.

Miró al cigarrillo que tenía entre los dedos. Era tan corto que casi le quemaba. Con un esfuerzo se inclinó hacia adelante para apagarlo.

—Rovard, ¿cuándo estará terminado el segundo navío?

Grauffis rió con amargura.

—Construir el *Enterprise* nos costó cuanto teníamos. El duque está al borde de la bancarrota ahora. Hace seis meses que dejamos de trabajar en la segunda nave porque no teníamos dinero suficiente para seguir con ella y terminar el *Enterprise*. Esperábamos que el *Enterprise* consiguiese bastante de la Antigua Federación para acabar el segundo navío. Luego, con dos naves y una base en Tanith el dinero comenzaría a venir en lugar de salir. Pero ahora…

—Eso me deja donde estaba yo en Flamberge —añadió Harkaman—. Peor. El rey Napolyon iba a ayudar a los elmersanos y me hubiesen dado el mando en eso. Ahora ya es demasiado tarde.

Lucas cogió su fusta y la utilizó para ponerse en pie. La pierna rota había sanado, pero todavía se sentía débil. Dio unos cuantos pasos dubitativo, se detuvo para apoyarse en el bastón y luego se encaminó hasta la ventana abierta y se quedó un momento mirando hacia afuera. Después se volvió.

—Capitán Harkaman, puede que aún consiga usted un alto mando, aquí en Gram. Es decir si no le importa estar bajo mis órdenes como propietario a bordo. Voy a cazar a Andray Dunnan.

Ambos le miraron. Al cabo de un momento, Harkaman dijo:

—Sería un honor, lord Trask. ¿Pero de dónde sacara un navío?

—Está ahora a medio acabar. Usted ya tiene su tripulación. El Duke Angus puede acabarlo por mí y pagar subastando su nueva baronia de Traskon.

Conocía a Rovard Grauffis toda la vida; hasta este momento nunca había visto al lugarteniente del Duke Angus tan sorprendido.

—¿Quieres decir, que cambias Traskon por esa nave? —preguntó.

—Terminada, equipada y preparada para el espacio, sí.

—El duque aceptará —se apresuró a decir Grauffis—. Pero, Lucas, Traskon es tu única propiedad. Tu título, tus ingresos…

Si tengo un navío, no necesito ingresos. Lo voy a convertir en vikingo espacial.

Eso hizo que Harkaman se pusiera en pie con un rugido de aprobación. Grauffis le miró, la boca entreabierta.

—Lucas Trask… vikingo espacial —dijo. Ahora ya no me queda nada por oír.

Bueno, ¿por qué no? Había deplorado los efectos de los ataques vikingos en los Mundos de la Espada, porque Gram era un Mundo de la Espada y Traskon estaba en Gram, y Traskon iba a ser el hogar en donde Elaine y él vivirían y nacerían sus hijos, y los hijos de sus hijos. Ahora el diminuto punto en que todo se basó había desaparecido.

—Ese fue otro Lucas Trask, Rovard. Ahora ha muerto.

VI

Grauffis se excusó diciendo que tenía que hacer una llamada y cuando regresó volvió a excusarse. Evidentemente Duke Angus había dejado cuanto estaba haciendo nada más se enteró de lo que su lugarteniente tenía que decirle. Harkaman guardó silencio hasta después de que hubo salido de la habitación, entonces dijo:

—Lord Trask, esto es algo maravilloso para mí. No ha sido agradable para un capitán sin navío estar viviendo de la bondad de un desconocido. Sin embargo, me sabría mal que usted pensase, alguna vez, que yo había progresado en mi propia fortuna a expensas de la suya.

—No se preocupe por eso. Si alguien debe aprovecharse, que sea usted. Necesito un capitán espacial y su desgracia es mi propia buena suerte.

Harkaman empezó a llenar de tabaco su pipa.

—¿Ha estado alguna vez fuera de Gram? —preguntó.

—Unos cuantos años en la universidad de Camelot, en Excalibur. Por lo demás, no.

—Bueno, ¿tiene usted alguna concepción de la ciase de cosa a la que se va a dedicar? —El vikingo espacial encendió su encendedor y fumó—. Usted sabe, claro, lo grande que es la Antigua Federación. Conoce las cifras, es decir, ¿pero significan algo para usted? Sé que no lo significan ni siquiera para un buen número de grandes hombres espaciales. Hablamos a la ligera sobre de diez a cien energías, pero imaginalmente seguimos contando: «uno, dos, tres, muchos». Un navío en el hiperespacio marcha a un año luz por hora. Se puede ir de aquí a Excalibur en treinta horas. Pero uno podría enviar un mensaje por radio anunciando el nacimiento de un hijo y éste sería padre cuando fuera recibido. La Antigua

Federación, donde usted piensa cazar a Dunnan, ocupa un volumen espacial de doscientos billones de años luz cúbicos. Y en eso usted quiere buscar a un hombre y a un navío. ¿Cómo va a lograrlo, lord Trask?

—No he empezado a pensar en el cómo; todo lo que sé es que tengo que hacerlo. Hay planetas en la Antigua Federación en donde los vikingos espaciales van y vienen; bases de ataque y comercio, como la que el Duke Angus planeaba establecer en Tanith. En una u otra de ellas, tendré noticias de Dunnan, tarde o temprano.

—Nos enteraremos de dónde estaba hace un año y para cuando lleguemos allí, se habrá ido para de año y medio a dos años. Hemos estado asaltando la Antigua Federación por casi trescientos años, lord Trask. En el presente, yo diría que hay cuanto menos doscientos navíos de vikingos espaciales en funcionamiento. ¿Por qué no lo hemos intentado hace tiempo? Bueno, la respuesta es: distancia y tiempo del viaje. Ya sabe, Dunnan podría morir de viejo… lo que no es una causa ordinaria de muerte entre los vikingos espaciales… antes de que se le alcanzase. Y su grumete más joven podría morir de viejo antes de enterarse.

—Bueno, puedo seguir persiguiéndole hasta que me muera entonces. Ninguna otra cosa significa algo para mí.

—Ya me imagino que sería una cosa así. Yo no estaré en su compañía toda la vida. Deseo un navío propio, como el *Corisande*, que perdí en Durendal. Algún día lo tendré. Pero mientras usted pueda mandar su nave, yo mandaré la mía a sus órdenes. Se lo prometo.

Alguna nota de ceremonia parecía indicada. Avisando a un robot, hizo que le sirviese vino y los dos hombres brindaron en silencio.

Rovard Grauffis había recuperado su aplomo para cuando regresó acompañado por el duque. Si Angus lo había perdido alguna vez, no daba señales de ello. El efecto en los demás fue literalmente sísmico. El punto de vista generalmente aceptado era que la razón de lord Trask había sido perturbada por su trágica pérdida; él admitía que podía haber algo de verdad en eso. Al principio, su primo Nikkolay se puso furioso por allanar la varonía del seno de la familia y cuando se enteró de que el Duke Angus le nombraba varón-vicario y le daba como residencia Traskon New House,

comenzó a actuar inmediatamente como el que está en el lecho de muerte de una rica abuela. Los varones financieros e industriales de Wardshaven a quienes conociera muy de lejos, por otra parte, vinieron en rebaño en su torno, ofreciendo ayuda y saludándole como el salvador del ducado. El crédito del Duke Angus, casi anulado por la pérdida del *Enterprise*, quedó felizmente restablecido y el suyo con él.

Hubo una conferencia en la que abogados y banqueros discutieron de manera interminable; atendió unos cuantos al principio, se encontró por entero desinteresado y así se lo dijo a cada cual. Cuanto quería era una nave; la mejor nave posible, lo antes posible. Alex Gorram había sido el primero en ser notificado; comenzó el trabajo en el navío gemelo del *Enterprise*, no terminado, inmediatamente. Hasta que estuvo lo bastante fuerte para ir en persona a los astilleros, vigiló el trabajo en el esqueleto globular de setecientos metros de diámetro por la pantalla y conferencio, bien en persona o bien por dicha pantalla con ingenieros y capataces de astillero. De la noche a la mañana sus habitaciones en el palacio ducal se convirtieron de clínica en oficinas. Los doctores, que recientemente le apremiaron para que hallase nuevos intereses y actividades, ahora le prevenían de los peligros del agotamiento. Finalmente Harkaman añadió su voz a la de ellos.

—Cálmate, Lucas —habían abandonado toda formalidad y se tuteaban uno a otro—. Estás mal averiado; deja que la brigada de control de daños trabaje en ti y no fuerces la maquinaria hasta que esté arreglada. Tenemos tiempo en abundancia. No iremos a ninguna parte persiguiendo a Dunnan. El único modo de que le capturemos es por interceptación. Cuanto más se mueva por la Antigua Federación antes de que se entere de que le perseguimos, más rastros dejará. Una vez podamos es hacer un sistema de sus movimientos predecible, tendremos la gran posibilidad. Entonces, alguna vez, saldrá del hiperespacio en alguna parte y nos encontrará esperándole.

—¿Crees que se fue a Tanith?

Harkaman se levantó y recorrió trasteando la habitación durante unos minutos, luego volvió a sentarse.

—No. Eso era idea del Duke Angus, no suya. De todas maneras no podría instalar una base en Tanith. Ya sabes la clase de

tripulación que tiene.

Había habido una investigación extensa en los socios y cómplices de Dunnan; el Duke Angus aún esperaba una prueba positiva que implicase en el acto de piratería a Omfray de Glaspyth. Dunnan llevaba consigo a docena y media de empleados de los astilleros Gorram a quienes sobornara. Había cierta habilidad técnica entre ellos, pero en su mayoría eran agitadores, alborotadores y trabajadores incompetentes. Bajo todas las circunstancias, Alex Gorram se alegraba de no verlos más. En cuanto a los propios mercenarios de Dunnan, era un atajo de antiguos hombres del espacio con un resto que comprendía desde bandidos, pasando por ladrones y cacos hasta criminales de la peor especie. El propio Dunnan era astrogador, no ingeniero.

—Esa pandilla no es ni siquiera buena para el ataque de rutina —dijo Harkaman—. Bajo ninguna circunstancia será capaz de instalar una base en Tanith. A menos que Dunnan esté completamente loco, lo que dudo, irá a algún planeta normal vikingo básico, como Hoth o Nergal o Dagon o Xochitl, para reclutar oficiales e ingenieros y hombres espaciales capaces.

—Toda esa maquinaria y equipo robótica, etc., que iba a ir a Tanith; ¿estaba a bordo cuándo tomó la nave?

—Sí, y ese es otro motivo del porqué tiene que ir a algún planeta como Hoth o Nergal o Xochitl. En un planeta ocupado por vikingos de la Antigua Federación, ese género casi valdrá su peso en oro.

—¿Cómo es Tanith?

—Casi por entero del tipo Tierra, el tercero de un sol clase G. Muy parecido a Haulteclere o Flamberge. Fue uno de los últimos planetas que colonizó la Federación antes de la Gran Guerra. Nadie sabe lo que pasó exactamente. No hubo ningún conflicto interestelar; por lo menos, no se encuentran grandes ruinas en donde debieron estar las ciudades. Probablemente lucharon mucho entre sí, después de salirse de la Federación. Hay algunos rastros de daños de combate por doquier. Han empezado a descivilizarse, bajando hasta el nivel premecánico. —La energía la toman del viento, del agua y de los animales. Tienen bestias de tiro que parecen como carabaos terrestres introducidos en el planeta, y unos pocos barquitos de vela y canoas grandes en los ríos. Poseen la pólvora, lo que parece ser la última cosa que pierde todo pueblo.

»Estuve allí, hace cinco años. Me gustó Tanith como base. Hay una luna, casi como de níquel y de hierro sólidos, y depósitos de material nuclear. Luego, como un loco, me contraté para los elmersanos en Durendal y perdí mi navío. Cuando vine aquí, su duque pensaba en Xipototec. Le convencí que Tanith era un planeta mejor para sus propósitos.

Dunnan podía ir allí, a eso. Quizás pensase que estaba adelantándose al Duke Angus. Después de todo, tiene el equipo necesario.

—Y nadie que lo sepa usar. Si yo fuese Dunnan, iría a Nergal o a Xochitl. Allí, en cada uno de esos mundos, hay siempre un par de miles de vikingos espaciales, gastándose el botín o descansando entre ataques. Podría contratar en cualquiera de los dos a una tripulación completa. Yo sugiera que vayamos primero a Xochitl. Quizás, cuando menos, tengamos noticias de él.

Estaba bien, probarían primero Xotcliitl. Harkaman conocía el planeta y estaba en buenas relaciones con el noble Hautecler que le gobernaba. El trabajo prosiguió en los astilleros Gorram; se había tardado un año en construir el *Enterprise*, pero los altos hornos y las fábricas de maquinaria habían sobrepasado el trabajo preparatoria y el material y el equipo fluían en una corriente seguida. Dijo que le convencieran de descansar más y día a día se fortaleció. Pronto pasaba la mayor parte de su tiempo en el astillero, mirando como montaban los motores… ascensión y marcha Abbot para el espacio normal, y por motor Dillingham, convertidores de energía, seudogravedad, todo en el centro del navío globular. Los, alojamientos y talleres siguieron después, todos blindados con planchas de acero vibrado. Luego la nave se alzó hasta una órbita de mil seiscientos kilómetros de distancia del planeta, seguida por oleadas de naves de trabajo blindadas y transportadores de carga; el resto de la tarea, se hacía con mayor facilidad en el espacio. Al mismo tiempo, las chalupas de setenta metros que serían instaladas a bordo estaban siendo acabadas. Cada una de ellas tenía sus propios motores de hiperimpulsión y podía viajar tan lejos y tan de prisa como el propio navío.

Otto Harkaman comenzaba a apegarse porque la nave seguía careciendo de nombre. No le gustaba tener que hablar de manera imprecisa diciéndola simplemente «El navío», y habían muchas

cosas que precisarían todo el nombre marcado. *Elaine*, pensó Trask de inmediato y casi enseguida lo rechazó. No quería que se asociara el nombre de ella con las cosas que el navío tendría que hacer en la Antigua Federación. *Venganza, Vengador, Retribución, Vend* etta; ninguno de estos nombres lo atraía. Un comentador de noticias, mórbidamente elocuente sobre el «Némesis» que el criminal Dunnan había provocado contra sí mismo, lo suministró; *Némesis*, eso era.

Ahora estaba estudiando su nueva profesión de ladrón y asesino interestelar contra la que antaño hablara con repugnancia. El puñado de seguidores de Otto Harkaman se convirtió en sus maestros. Vann Larch, cañones y proyectiles dirigidos, que también era pintor; Guatt Kirbey, triste y pesimista, el astrogador hiperespacial que trataba de expresar su ciencia en música; Sharll Renner, el navegante del espacio del mal, y Alvyn Karffard, el ejecutivo, que llevaba con Harkaman más tiempo que nadie. Y *sir* Paytrik Morland, un recluta local, antiguo capitán de la guardia del conde Lionel de Newhaven, quien mandaba a los combatientes de tierra y a la contragravedad de combate. Utilizaron las granjas y pueblos de Traskon para prácticas de navegación y descenso y advirtió que mientras el *Némesis* llevaría sólo quinientos combatientes de tierra y aire, sobre un millar estaban siendo adiestrados.

Lo Comentó con Rovard Grauffis.

—Sí. No lo nombres a nadie —dijo el lugarteniente del duque—. Tú y *sir* Paytrik, y el capitán Harkaman, cogeréis los quinientos mejores. El duque se llevará el resto incorporándolo a su servicio. Algún día de éstos, Omfray de Glaspyth sabrá lo que es en realidad el ataque de un vikingo espacial.

Y el Duke Angus cobraría nuevos tributos de Glaspyth para redimir los gastos de su nueva baronia de Traskon. Algún escritor preatómico, al que Harkaman gustaba de citar, había dicho: «El oro no siempre te conseguirá buenos soldados, pero los buenos soldados siempre conseguirán tu oro».

El *Némesis* volvió a los astilleros Gorram y se posó en sus curvadas patas de aterrizaje como una araña monstruosa. El *Enterprise* había llevado la espada Ward y el símbolo atómico; el *Némesis* llevaría su propia insignia, pero la cabeza de bisonoide, parda y verde, e Traskon, ya no le pertenecía. Eligió un cráneo

clavado en una espada vertical y así se puso tal blasón en el navío cuando Harkaman él se lo llevaron para un viaje de crucero de pruebas.

Cuando volvieron a aterrizar en los astilleros Gorram, doscientas horas después, se enteraron de que un carguero procedente de Morglay había entrado durante su ausencia en Bigglersport, con noticias de Andray Dunnan. Su capitán fue a Wardhaven ante la urgente invitación del Duke Angus y estaba esperándoles en el palacio ducal.

* * *

Se sentaron, una docena en total, en torno a la mesa de los apartamentos privados del duque. El capitán del carguero, un hombre pequeño y preciso con barba grisácea, alternativamente fumaba un cigarrillo y tomaba a sorbos el coñac de una copa.

—Salté al espacio desde Morglay hace doscientas horas —decía —. Estuve allí doce días locales, trescientas horas standard galácticas, y el viaje desde Curtana duró trescientas veinte. Ese navío, el *Enterprise* salió al espacio desde allí varios días antes que yo. Podría decirse que lleva salido de Windsor unas mil doscientas horas, ahora debe estar en Curtana.

La habitación estaba en silencio. La brisa hacía revolotear las cortinas de las ventanas abiertas; del jardín inferior, aladas aves nocturnas revoloteaban entre los árboles.

—Nunca lo esperaba —dijo Harkaman—. Pensé que se habría llevado de inmediato el navío a la antigua Federación —se sirvió vino. Claro, Dunnan está loco. Un loco tiene a veces cierta ventaja, como el luchador zurdo de cuchillos. Hace cosas inesperadas.

—No hubo ningún movimiento alocado —dijo Rovard Grauffis— tenemos poquísimo comercio directo con Curtana. Es una casualidad que nos hayamos enterado de esto ahora.

La copa del capitán del carguero estaba medio vacía. Se la llenó hasta el borde.

—Ese fue el primer navío Gram que llegó allí hace años — asintió—. Por lo tanto, es natural que llamase la atención. Y al hacer que cambiasen su blasón, de la espada y símbolo atómico hasta el azul creciente. Y el rencor por parte de los otros capitanes y

empleados del lado planetario por los hombres que él les arrebató.

—¿Cuántos hombres y de qué clase?

El hombre de la barba gris se encogió de hombros.

—Estaba demasiado atareado revolviendo carga para Morglay para prestar mucha atención. Casi un complemento de espacionaves oficiales y navegantes de todas clases. Y una cantidad de ingenieros industriales y técnicos.

—Entonces va a utilizar ese equipo que lleva a bordo e instalar una base en alguna parte —dijo alguien.

—Si abandonó Curtana hace doce horas, seguirá en el hiperespacio —afirmó Guatt Kirbey—. Hay Unas dos mil desde Curtana hasta el planeta más próximo de la Antigua Federación.

—¿Está muy lejos Tanith? —preguntó Duke Angus. Estoy seguro que es ahí donde irá. Esperaba que terminase la otra nave y le quitase como el *Enterprise* y la enviase al espacio; deseaba llegar el primero.

—Yo hubiera pensado que Tanith seria el último lugar al que fuese —dijo Harkaman, pero esto cambia toda la perspectiva. Ha podido irse a Tanith.

—Está loco y usted trata de aplicarse la misma lógica de una persona cuerda —dijo Guatt Kirbey—. Usted se imagina lo que haría en su caso pero usted no ha perdido la razón. Claro, yo tenía mis dudas, a veces, pero…

—Si, está loco, y el capitán Harkaman cuenta con eso —intervino Rovard Grauffis—. Dunnan nos odia a todos. Odia a su Gracia, aquí presente. Odia a lord Lucas, y a Sesar Karvall; claro, puede pensar que les mató a ambos. Odia al capitán Harkaman. ¿Así que cómo podría barrer al resto de nosotros de inmediato? Apoderándose de Tanith.

—¿Dice que compró suministros y munición?

—Cierto. Munición artillera, proyectiles dirigidos del navío y una buena cantidad de proyectiles también de defensa del suelo.

—¿Conque los compraba? ¿Intercambiando maquinaria?

No. Oro.

Sí. Lothar Ffayle descubrió que una buena cantidad de oro había sido transferido a Dunnan desde los bancos en Glaspyth y Didreksburg —dijo Grauffis—. Se lo llevó a bordo cuando evidentemente tomó el navío.

—Está bien —dijo Trask—. No podemos estar seguros de nada, pero tenemos algunas razones para pensar que fue a Tanith y eso es más de lo que poseemos de cualquier otro planeta de la Antigua Federación. Yo no trataré de calcular las posibilidades en contra nuestra de que le encontremos allí, pero creo que son bastante mayores que en cualquier otra parte. Iremos primero a Tanith.

VII

La pantalla visora exterior, que había estado vacantemente gris durante tres mil horas, aparecía ahora como un torbellino vertiginoso de color, el color indescriptible de un colapso hiperespacial, de un campo de fuerzas. Nunca dos observadores lo vieron jamás igual y ninguna imaginación podría visionar su actualidad. Trask encontró con que estaba conteniendo el aliento. Él se dio cuenta que lo mismo le pasaba a Otto Harkaman, a su lado. Era algo, evidentemente, a lo que nadie se acostumbraba. Ni siquiera Guatt Kirbey, el astrogador, que se sentaba, con su pipa aferrada en la boca, mirando la pantalla.

Luego, en un instante, las estrellas, que literalmente no habían estado allí antes, llenaron la pantalla con un brillo esplendoroso destacando contra el terciopelo negro del espacio normal. Precisamente en el centro más brillante que todo lo demás, la Estrella de Ertado, el sol de Tanith, ardía amarillenta. Su luz tenía diez horas de distancia.

—Bastante bien Guatt —dijo Harkaman, cogiendo su taza de café.

—Bueno, Gehenna; fue perfecto dijo alguien más.

Kirbey volvía a encender su pipa.

—Oh supongo que tendrá que hacerse gruñó, en torno al timón. Tenía el pelo gris y un bigote desaliñado y no había nada lo bastante bueno para que le satisficiera. Pude haberlo hecho algo más cerca. Ahora necesitaré tres microsaltos y tendré que cortar el último muy ajustado. Ahora no me molesten —comenzó a oprimir botones para datos y a juguetear con los mandos de precisión.

Durante un momento, en la pantalla, Trask pudo ver el rostro de Andray Dunnan. Parpadeó para apartarlo, buscó sus cigarrillos y se

puso uno en la boca por el extremo opuesto al filtro. Cuando le dio la vuelta y encendió su mechero, vio que le temblaba la mano. Otto Harkaman, que estaba a su lado, debió fijarse también.

—Cálmate, Lucas —susurró—. Controla tu optimismo. Sólo creemos que pude estar aquí.

—Estoy seguro de que lo está. Es preciso.

No; eso era el estilo propio de Dunnan, pensó. Seamos cuerdos.

—Tenemos que presumir que está. Si lo hacemos, y no está, será un desencanto. Si no lo hacemos, y está, es un desastre.

Otros, parecía ser, pensaban de la misma manera. El tablero de los puestos de combate era una llamarada sólida de luz roja indicando que estaban todos prestos para la lucha.

—Está bien —dijo Kirbey—. Saltamos.

Entonces giró el mando rojo hacia la derecha y lo empujó con furia. De nuevo la pantalla hirvió con turbulencia coloreada; de nuevo fuerzas oscuras y poderosas chocaron contra el navío como demonios en la torre de un hechicero. La pantalla se volvió monótonamente gris mientras los amplificadores perforaban ciegamente en algunas dimensiones de la nada. Luego se convulsionó con color y esta vez la Estrella de Ertado, aún en el centro, era un disco del tamaño de una moneda, las chispitas de sus siete planetas desparramadas en su torno. Tanith era el tercero el planeta habitable de la clase G. Tenía una sola luna, apenas visible en la pantalla telescópica, de ochocientos kilómetros de diámetro y a una distancia de ochenta mil.

—Ya sabes —dijo Kirbey, aunque sabía mal reconocerlo—, no fue tan mal. Creo que podemos lograrlo con un microsalto más.

Algún tiempo, supuso Trask, se vería capaz de utilizar la expresión «micro» para una distancia de noventa millones de kilómetros.

—¿Qué te parece? —le preguntó Harkaman, con tanta deferencia como si buscase el consejo experto en lugar de examinar a su aprendiz—. ¿Dónde nos pondrá Guatt?

—Lo más cerca posible, claro —eso sería como mínimo a un segundo luz; si el «Némesis» saliese del hiperespacio y se acercase a algo del tamaño de Tanith, el campo mismo al colapsarse lo despediría hacia atrás—. Tenemos que presumir que Dunnan ha estado aquí por lo menos novecientas horas. Para ese tiempo, ha

podido instalar una estación detectora y quizás rampas de lanzamientos de proyectiles en la luna. El «*Enterprise*» lleva cuatro chalupas lo mismo que el «*Némesis*»; en su lugar, yo tendría por lo menos dos de patrulla fuera del planeta. Así que aceptamos que seremos detectados en cuando salgamos del último salto y saldremos con la luna directamente entre nosotros y el planeta. Si está ocupada, podemos atacarla en nuestro viaje de entrada.

—Muchos capitanes probarían de salir con la luna eclipsada por el planeta dijo Harkaman.

—¿Y tú?

El hombretón sacudió la cabeza.

—No. Si tienen rampas de lanzamiento en la luna, podrían dispararnos dando una curva en torno al planeta, por los datos emitidos desde el otro lado y sería una respuesta desventajosa. Hay que ir derechos. ¿Oyes eso, Guatt?

—Si. Tiene sentido. Algo. Ahora, basta de molestarme. Charl, mira aquí un momento.

El astrogador del espacio normal conferenció con él; Alvyn Karífard, el oficial ejecutivo, se les unió. Por último, Kirbey sacó el gran mando rolo, lo giró y dijo:

—De acuerdo, saltamos —lo empujó hundiéndolo—. Supongo que lo cortaré demasiado justo ahora, en ese caso, recibiríamos una patada que nos haría retroceder medio millón de kilómetros.

La pantalla volvió a convulsionarse; cuando se aclaró, el tercer planeta estaba directamente en el centro; su lunita, con aspecto casi tan grande, quedaba un poco por encima y a la derecha, iluminada por el sol por un lado y por el planeta por el otro. Kirbey cerró en su puesto el mando rojo, cogió su tabaco y su encendedor y las demás cosas de la estantería, tapando el instrumento y cerrándolo con llave.

—Es tuyo, Charl —dijo a Rener.

—Ocho horas hasta la atmósfera —contestó Rener—. Eso si no tenemos que perder mucho tiempo disparando contra el enemigo aquí.

Vann Larch estaba mirando a la luna en la pantalla de seiscientos aumentos.

—No veo nada contra lo que disparar. Ochocientos kilómetros; un destrozo de planetas, o cuatro o cinco termonucleares —dijo.

No era adecuado, pensó indignado Trask. Hace unos minutos, Tanith había estado a diez billones de kilómetros de distancia. Hace unos segundos, a ocho y pico millones. Y ahora, a ochenta mil kilómetros y se acercaba lo bastante como para rozar en la pantalla, aunque se tardarían ocho horas en llegar hasta él. O, en la hiperimpulsión uno podía recorrer un espacio increíble en ese tiempo.

Bueno, se necesitaba lo mismo que cruzar una habitación hoy para recorrer el espacio, en el mismo espacio de tiempo con que hubiese caminado veinticinco metros el Homo Sapiens primitivo.

En la pantalla telescópica Tanith parecía igual que cualquier fotografía de un planeta tipo Tierra visto desde el espacio, con sus contornos enturbiados por las nubes, con los mares y continentes y un vago moteado de gris y pardo y verde, fulminado en el polo por una capa de hielo. Ninguna de las características superficiales, ni siguiera las cordilleras mayores o los ríos, eran todavía distinguibles, pero Harkaman y *Sir* Rener y Alvyn Karffard y los veteranos parecieron reconocerla. Karffard estaba hablando por teléfono con Paul Roreff, el oficial detector de señales, que no podía captar nada de la luna ni tampoco nada que atravesase el cinturón Van Alíen del planeta.

Quizás sus deducciones se equivocaban en eso.

Puede que Dunnan no hubiera ido en absoluto a Tanith.

Harkaman, que tenía la cualidad de ponerse a dormir a voluntad, con un sexto o enésimo sentido preparado como centinela, se arrellanó en su sillón y cerró los ojos. Trask deseó poder hacerlo también. Pasarían horas antes de que nada ocurriera y hasta entonces necesitaría todo el descanso que pudiese obtener. Tomó más café, fumó cigarrillos en cadena; se levantó y vagó por la sala de mandos, mirando las pantallas. Señales y detección adquiría muchos informes rutinarios… cuenta Van Allen, microm meteors, temperatura superficial, potencia del campo gravitacional, radar y ecos del explorador. Volvió a su silla y se sentó, mirando la imagen de la pantalla. El planeta no parecía acercarse en absoluto y debiera hacerlo; se acercaban a una velocidad mayor que la de escape. Se sentó y clavó la vista…

Despertó con un sobresalto. La imagen de la pantalla era ahora mucho mayor. Cursos de los ríos y las líneas sombreadas de las

montañas se veían con claridad. Debía ser a principios de otoño en el hemisferio norte; había nieve hasta el paralelo sesenta y un cinturón pardo se abría paso hacia el sur en contra de lo verde. Harkaman estaba incorporado almorzando. Por el reloj, habían pasado cuatro horas.

—¿Dormiste bien? —preguntó—. Estamos cogiendo ahora algún material. Señales de radio y de la pantalla. No mucho, sino algo. Los locales no habrían aprendido lo bastante para eso en los cinco años que pasaron desde que estuve aquí. Además, no permanecimos mucho tiempo.

En los planetas sin civilizar que eran visitados por los vikingos espaciales, los nativos captaban pedazos y retazos de tecnología con mucha rapidez. En cuatro meses de holganza y de largas conversaciones, mientras se encontraban en el hiperespacio se enteró de muchas historias que lo confirmaban. Pero el nivel al que Tanith se había hundido, la comunicación por radio y televisión en cinco años era un salto demasiado largo.

—No perdiste hombres, ¿verdad?

Ocurrió con frecuencia… hombres que se quedaron con mujeres locales, hombres que se habían hecho impopulares con sus compañeros, hombres a los que simplemente les gustaba el planeta y querían quedarse. Siempre eran bien recibidos por los nativos ya que eran capaces de enseñarles mucho.

—No, no estuvimos lo bastante para eso. Sólo trescientas cincuenta horas. Esto que estamos consiguiendo es material externo; hay alguien más aparte de los nativos.

Dunnan. Miró de nuevo al tablero de las estaciones de batalla; seguían uniformemente iluminando en rojo. Cada cual estaba en su puesto de combate. Avisó a un robot criado, seleccionó un par de platos y empezó a comer. Al primer bocado, llamó a Alvyn Karffard.

—¿Consigue Paul algo nuevo?

Karffard lo repasó todo. Una ligera contracción defecto de campo contragravitatorio. Aún estaba muy lejos para asegurarse. Volvía a ser muerto. Había terminado y encendió un cigarrillo mientras tomaba café cuando una luz muy roja destelló y por los altavoces se oyó el grito de una voz.

—¡Detección! ¡Detección del planeta! ¡Radar y microrayos!

Karffard comenzó a hablar rápidamente en un micrófono de

mano; Harkaman descolgó otro junto a él y escuchó.

—Viniendo de un punto definido, sobre veinticinco quince paralelo norte —dijo y aparte—: podría ser de un navío escondiéndose contra el planeta. No hay nada en absoluto en la luna.

Parecía el cielo acercarse al planeta más y más rápidamente. De hecho, lo hacían, el navío degeneraba para entrar en órbita, pero la decreciente distancia creaba l& ilusión de creciente velocidad. Las luces rojas destellaron de nuevo.

—*¡Navío detectado!* Precisamente fuera de la atmósfera, dando la vuelta al planeta por el oeste.

¿Es el «*Enterprise*»?

— Todavía no puedo decirlo —contestó Karffard y entonces gritó —: ¡Ahí está, en la pantalla! Esa chispíta, a unos treinta grados al norte, saliendo del lado occidental.

A bordo, dos voces, desde los altavoces, gritaban:

—¡Navío detectado! —Y el tablero del puesto de batalla destellaría bien en rojo. Y Audray Dunnan, en el puesto de mando…

—Nos llama —era la voz de Paul Koreff saliendo del altavoz del pupitre—. Puede dar impulsos «standard» de los Mundos de la Espada. Interrogativo: —¿Qué navíos son ustedes? Informativo: su combinación de pantalla. Petición: por favor, comuníquense.

—Está bien —dijo Harkaman—. Seamos educados y comuniquémonos. ¿Cuál es su combinación de pantalla?

La voz de Koreff la proporcionó y Harkaman marcó. La pantalla de comunicación delante de ellos se encendió de inmediato; Trask se colocó su sillón junto al de Harkaman, las manos apretadas a sus propios brazos. ¿Sería el propio Dunnan y qué expresaría su rostro cuando le viese aparecer en su propia pantalla?

Le costó un instante darse cuenta de que la otra nave no era el «*Entreprise*» en absoluto. El «*Enterprise*» era gemelo del «*Némesis*»; las dos salas de mando eran idénticas. Aquella que aparecería resultaba distinta en su disposición y aparatos. El «*Enterprise*» era una nave nueva; aquella resultaba vieja y había sufrido las manipulaciones de un capitán y una tripulación anticuada durante años.

Y el hombre que se sentaba frente a él, en la pantalla, no era Andray Dunnan, ni lo había visto jamás. Era un tipo de rostro sombrío, con una vieja cicatriz que le bajaba por una mejilla desde

algo más abajo del «ojo»; tenía pelo negro rizado, en la cabeza y una leve columnita rizada de humo se alzaba del cigarro mientras que una taza de café despedía vapores en una taza de plata labrada. Sonreía con alegría.

¡Bueno! ¡El capitán Harkaman, del «*Enterprise*» según creo! Bienvenido a Tanith. ¿Quién es el caballero que le acompaña? ¿No será el duque de Wardshaven?

TANITH

I

Miró rápidamente al escenario por encima de la pantalla, para asegurarse de que su rostro no le traicionaba. A su lado, Otto Harkaman se carcajeaba.

—Hola, capitán Valkanhayn; esto es un placer inesperado. ¿Ocupa usted el «*Space-Scourge*»? ¿Qué hace usted en Tanith?

Una voz de uno de los altavoces gritó que se había detectado a una segunda nave viniendo por el polo norte. El hombre de rostro sombrío se agitó complacido.

—Es Garvan, en el «*Lamia*» —dijo—. Lo que estamos haciendo es que acabamos de ocupar el planeta. Nuestro propósito es conservarlo.

—¡Bueno! De nuevo que Garvan y usted se han unido. Creo que han sido hechos el uno para el otro. Y quieren una planeta pequeño, para ustedes solos. Me alegro por los dos. ¿Qué van a sacar de él… además de quincalla?

La autoseguridad del otro empezó a desvanecerse. Con un esfuerzo la volvió a colocar en su sitio.

—No juegue conmigo; sabemos por qué está usted aquí. Bueno, llegamos primero. Tanith es nuestro planeta. ¿Piensa que nos lo puede arrebatar?

—Sé que podríamos y también usted —le contestó Harkaman—. Sobrepasamos en artillería a Spasso y a ustedes juntos, oh, un par de nuestras chalupas podrían hacer pedazos al «*Lamia*». La única cuestión es, ¿les molestaremos en eso?

Pero ahora sería recobrarles su sorpresa, pero no de su desilusión. Si este tipo creía que «*Némesis*», era el «*Enterprise*»… Antes de que pudiera revisarlo, había expresado el pensamiento en voz alta.

—¡Entonces el «*Enterprise*» no ha venido!

El hombre de la pantalla preguntó:

—¿Es que no van ustedes en el «*Enterprise*»?

—Oh, *no*. Perdón por mi olvido, capitán Valkanhayn —se excusó Harkaman—. Esto es el «*Némesis*». El caballero que lo acompaña, Lord Lucas Trask, es el propietario, en nombre de quien tengo el mando. Lord Trask, capitán WakeValkanhayn, del «*Space-Scourge*». El capitán Valkanhayn es un vikingo espacial —dijo como si esperara que se lo discutieran—. Así, como yo digo, es su socio, el capitán Spasso, cuyo navío se acerca.

—¿Quiere usted decirme que el «*Enterprise*» no ha venido?

Valkanhayn estaba turbado, ligeramente aprensivo.

—¿Y ustedes quieren decir que el duque de Wardshaven tiene dos navíos?

—Por lo que sé, el duque de Wardshaven no tiene ninguna nave —respondió Harkaman—. Este navío es propiedad y aventura privada de Lord Trask. El «*Enterprise*», al que andamos buscando, es propiedad y está mandado por un tal Andray Dunnan.

El hombre de la cicatriz y del pecho peludo había cogido su cigarro y fumaba mecánicamente. Ahora se lo quitó de la boca y lo miró como si estuviese asombrado y se preguntara cómo había ido a parar allí.

—¿Pero el duque de Wardshaven nos envía a un navío aquí con el fin de establecer una base? Eso es lo que oímos decir. Nos dijeron que se habían ido ustedes de Flamberge a Gram para comandarle en su nombre.

—¿Dónde dijeron eso? ¿Y cuándo?

—En Hoth. Eso fue unas dos mil horas atrás; un Gilgamesher trajo la noticia de Xochitl.

—Bueno, considerando que era de quinta o sexta mano, su información resultaba bastante buena, siendo fresca. Tenía un año de antigüedad cuando le llegó, sin embargo. ¿Cuánto tiempo llevan aquí en Tanith?

—Un millar de horas - Harkaman soltó una risita triste al oírlo.

—Lástima que perdiese todo ese tiempo. Bueno, fue agradable hablar con usted, Boake. Salude a Garvan de mi parte, cuando se acerque.

—¿Significa eso que no se va a quedar? —Valkanhayn estaba

horrorizado, una rara reacción para un hombre que había estado esperando una amarga batalla que les expulsa—. ¿Vuelve a subir otra vez al espacio?

Harkaman se encogió de hombros.

—¿Vamos a perder el tiempo aquí, Lord Trask? El «*Enterprise*» evidentemente se ha ido a otra parte. Aún estaban en el hiperespacio cuando el capitán Valkanhayn y su cómplice llegaron aquí.

—¿Hay algo que valga la pena de quedarse? —Esa pareció ser la respuesta que Harkaman esperaba—. Quiero decir además de la quincalla.

Harkaman sacude la cabeza.

—Este planeta es del capitán Valkanhayn; suyo y del capitán Spasso. Que se queden con él.

—Pero, miren; en un benvioleta. Hay uno en cada ciudad local, quizás de diez o doce mil personas; templos y palacios y todo. Luego, hay un par de ciudades de la Antigua Federación. Aquella en que estamos está en buen estado y hay un gran espaciopuerto. Hemos trabajado mucho en él. Y los nativos no nos proporcionaran ninguna dificultad. Cuanto tienen son espadas, unos cuantos arcos y cachiporras…

—Lo sé. Estuve aquí.

—'Bueno, ¿no podríamos hacer alguna especie de trato? —preguntó Valkanhayn. Un gemido mendicante comenzaba a deslizarse en su voz—. Puedo hacer que aparezca Garvan en la pantalla y comunicarme con su navío…

—Bueno, tenemos a bordo mucha mercancía de los Mundos de la Espada —respondió Harkaman—. Podríamos hacerles precios buenos. ¿Cómo están ustedes de equipo robótico?

—¿Pero es que no van a quedarse? —Valkanhayn casi estaba dominado por el pánico—. Escuchen, supónganse que hablo con Garvan y decidimos todos en esto. Perdónenme un momento…

En cuanto hubo desaparecido, Harkaman echó atrás la cabeza y soltó una carcajada como si acabase de oír el chiste mejor de su vida. Trask en persona, no tenía ganas de reír.

—No le veo la gracia —admitió—. Venimos aquí haciendo el tonto.

—Lo siento, Lucas —Harkaman todavía se sacudía a carcajadas

—. Sé que es una desilusión, pero tenemos esa pareja de aves de presa. Casi les tengo lástima, si no me hicieran tanta gracia —volvió a reír.

¿Sabes cuál era su idea?

Trask volvió la cabeza.

—¿Quiénes son?

—Lo que yo les llamé, un par de ratas de corral. Atacan planetas como Set y Hertha y Melkarth, en donde los nativos no tienen nada con qué luchar… ni nada que valga la pena para combatir. No sabía que se habían unido, pero eso concuerda. Nadie más se uniría a cualquiera de ellos. 1,0 que debe haber ocurrido es que la historia de la aventura de Tanith del duque Angus debe haberse filtrado hasta sus oídos y pensaron que si llegaban primero, yo pensaba que era más barato aceptarles que despedirles con lucha. Probablemente no hubiera sido. Tienen navíos, de cierta clase, y atacan de manera anticuada. Pero ahora, no hay nada que sea una base en Tanith y carecen de un planeta lo suficientemente bueno, para conservarlo.

—¿Es que no pueden sacar nada de sí mismos?

—¿Como qué? —volvió a preguntar Harkaman—. No tienen equipo ni hombres. No para un trabajo como ese. Lo único que pueden hacer es salir al espacio y olvidarse de la pérdida de tiempo.

Podríamos venderles equipo.

—Podríamos si tuviesen ellos algo que utilizar como dinero. No lo tienen. Una cosa, queremos bajar y dar a los hombres oportunidad de caminar sobre el suelo y mirar al cielo durante una temporada. Las chicas aquí no son malas del todo —dijo Harkaman —. Por lo que recuerdo, hay algunas que de vez en cuando toman un baño.

—Esa es la clase de noticias de Dunnan que vamos a conseguir. Para cuando lleguemos a donde haya estado, se hallará a un par de miles de años de luz de distancia —dijo disgustado—. Estoy de acuerdo; tenemos que dar a los hombres una oportunidad para desembarcar. Nos es posible convivir con esta pareja durante una temporada y no tener ninguna dificultad con ellos.

Los tres navíos convergían lentamente hacia un punto situado a veinticinco mil kilómetros del planeta y sobre la línea ecuatorial. El «*Space-Scourge*» llevaba la insignia de un puño cerrado cogiendo a un corneta por la cola; parecía algo más que un garabato, aunque

no del todo un blasón. El «*Lamia*» llevaba una serpiente enroscada con la cabeza, brazos y busto de mujer. Valkanhayn y Spasso se tornaban tiempo antes de volver a la pantalla y comenzó a preguntarse si no estarían maniobrando para colocar al «*Némesis*» en una posición de fuego cruzado. Mencionó esto a Harkaman y a Alvyn Karffard; ambos se carcajearon.

—Hay que estar acostumbrado a las reuniones entre navíos —dijo Karffard—. Estarán charlando con energía hasta dentro de un par de horas aún.

—Sí, Valkanhayn y Spasso no son dueños de sus navíos —explicó Harkaman—. Están en deuda con sus tripulaciones por sueldos y mantenimiento hasta llegar un momento en que todos los poseen todo en común. Los navíos igual. Ni siquiera mandan, en realidad; presiden consejos de mando electos.

Finalmente tuvieron los más o menos comandantes en la pantalla. Valkanhayn se había cerrado la camisa y puesto una chaqueta. Garvan Spasso era pequeño, en parte calvo. Sus ojos estaban una pizca demasiado juntos y su boca fina tenía una expresión amargada. Comenzó a hablar de inmediato:

—Capitán, Boake me dice que ustedes no piensan quedarse ni están al servicio del duque de Wardshaven dijo en tono de agravio, casi acusador.

—Cierto —contestó Harkaman—. Vinimos aquí porque Lord Trask pensó que otro navío de Gram, el «*Enterprise*», había venido. Puesto que no está, es inútil que continuemos en Tanith. Sin embargo, esperamos que no nos causen ustedes muchas dificultades sobre descender y dar a nuestros hombres un par de centenares de horas de libertad. Llevan tres mil horas en el hiperespacio.

—¡Comprendo! —exclamó Spasso—. Quiere engañamos para dejarle aterrizar…

—Capitán Spasso —intervino Trask—. Tenga usted la bondad de dejar de insultar a la inteligencia de todo el mundo, usted incluido - Spasso le miró fulminante, combativo pero esperanzado—. Entiendo que ustedes creyeron que nos dirigíamos aquí para quedarnos. Ustedes esperaban que el capitán Harkaman estableciera una base en nombre del duque de Wardshaven y creyeron, que si se adelantaban y ocupaban una posición defensiva, también les tomaría el servicio del duque antes que desperdiciar municiones y

arriesgarse a daños y bajas combatiendo contra ustedes y barriéndoles. Bueno, lo siento, caballeros. El capitán Harkaman está a mi servicio y yo soy el menos interesado en establecer una base en Tanith.

Boake y Spasso se miraron uno a otro. Por lo menos, en las dos pantallas una junto a otra, sus ojos cambiaron de dirección.

—¡Lo entiendo! —gritó de pronto Spasso—. Hay dos navíos, el «*Enterprise*» y éste. El duque de Wardshaven equipó el «*Enterprise*» y otra persona hizo lo mismo con este otro. ¡Ambos quieren instalar aquí una base!

Eso abría un panorama glorioso. En lugar de nuevamente capitalizar su valor como estorbos, podían encontrarse así mismos en la posibilidad de desequilibrar los brazos de la balanza del forcejeo por ocupar el planeta. En todo caso perfidias beneficiosas eran posibles.

Oh, claro que pueden aterrizar, Otto —dijo Valkanhayu—. Yo sé lo que es estar tres mil horas en el hiperespacio.

—Ustedes están en la vieja ciudad de los dos edificios altos como torres, ¿verdad? —preguntó Harkaman. Miró a la pantalla visora—. Debe ser ahora casi media noche. ¿Qué tal está el espaciopuerto? Cuando estuve aquí, se encontraba en bastante mal estado.

—Oh, lo hemos arreglado. Tenemos una gran brigada de nativos trabajando por nuestra cuenta…

La ciudad resultaba familiar, por las descripciones de - Otto Harkaman y por las fotografías que Vaun Larch convirtió después en pinturas durante el largo salto desde Gram. Cuando entraron, parecía impresionante, extendida durante kilómetros en torno a los edificios gemelos que subían a unos mil metros por encima, con un gran espaciopuerto como un ocho apuntando a las estrellas a un lado. Quien lo construyera, en el esplendor del ocaso de la vieja Federación Terrena, debía haberlo hecho con la confianza de que se convertiría en la metrópolis de un mundo populoso y próspero. Luego el sol de la Federación se ocultó. Nadie sabía lo que pasó en Tanith después de aquello, pero evidentemente no fue en absoluto bueno.

Al principio, las dos torres parecieron como recién hechas; ocasionalmente se hizo aparente que una estaba rota en su cima. En

la mayor parte, los edificios más pequeños y desparramados ampliamente que la rodeaban se mantenían en pie, aunque habían tres montones de escombros amontonados donde uno se desplomó. El espaciopuerto parecía bastante bueno, un octavo de central de edificios en masa, las rampas de lanzamiento y, más allá, las áreas triangulares de los muelles de navíos y almacenes. La construcción central estaba exteriormente intacta y los muelles de navíos parecían limpios de escombros y basuras.

Para cuando «*Némesis*» seguía en su descenso al «*Space-Scourge*» y al «*Lamía*», remolcado por sus chalupas, la ilusión de que se acercaban a una ciudad viva se había desvanecido. Los espacios entre los edificios estaban cubiertos de maleza crecida, rota por algunos huertos pequeños y jardines. En un tiempo vieron allá tres de los altos edificios, ciudades verticales literalmente en sí mismas. Donde se alzó la tercera había un cráter vidrioso, con un montículo de escombros caídos alejándose de él. Alguien debió lanzar un proyectil medio dirigido, de unos veinte quilo tones, cayendo sobre su base. Algo por el estilo debió ocurrir en el extremo opuesto del espaciopuerto y una de las ocho puntas de flecha de muelles y almacenes era indiscutiblemente un montón de ruinas.

El resto de la ciudad parecía haber muerto de descuido más que de violencia. Ciertamente no había sido bombardeada. Harkaman pensó que la mayoría de los combates se hicieron con bombas subneutronas o rayos omega, que mataron a las personas sin causar daños a sus haciendas. O armas biológicas; una plaga artificial que se escapó de todo control y despobló casi por entero al planeta.

—Se necesita una terrible cantidad de gente, trabajando juntos en diversos empleos, para mantener en marcha una civilización. Destruye las instalaciones y mata a los autotécnicos y científicos, y las masas no sabrán cómo reconstruir. Volverán al hacha.

Caen sobre un pueblo, sacan a los nativos, reúnen los que hay y lo traen aquí. De vez en cuando se produce alguna escaramuza, pero como sólo tienen como armas arcos de flechas y unos cuantos mosquetones de antecarga, nada pueden hacer. Si se resisten, les quemamos el pueblo y nos apoderamos de cuantas armas poseen.

—Ese es buen género —aprobó Harkaman—. Si la vaca no quiere ser ordenada, se la ata. Claro, que ya no se vuelve a sacar mucha leche de ella, pero…

La habitación a la que les guiaban sus anfitriones estaba en el extremo opuesto del pasillo. Probablemente había sido un salón de conferencias o algo por el estilo, y originalmente tuvo paneles cubriendo sus muros, pero éstos hacía tiempo que desaparecieron. En las paredes se habían efectuado agujeros de trecho en trecho y recordó haber advertido que la puerta faltaba y que las vías de metal por las que se deslizó habían sido arrancadas.

Había una gran mesa en el centro y sillas y divanes cubiertos con una especie de colchas multicolores. Todos los muebles se veían hechos a mano, de una manera tosca pero muy pulidos. En las paredes colgaban trofeos y armas… venablos y lanzas, arcos y rompecabezas, y un cierto número de cañones pesados, todo tosco pero hecho con esmero.

—¿Y recogieron todo este material de las nativos? —preguntó Harkaman.

—Sí, conseguimos la mayoría en la gran ciudad que se alza en la confluencia del río —contestó Valkanhayn—. La pasamos un par de veces. Ahí es donde reclutamos a los tipos que empleamos para mandar a los trabajadores.

Entonces recogió un bastón con un puño de cuero labrado y dio un golpe a un gong, bramando porque le trajesen vino. Una voz respondió desde algún lugar.

—¡Sí, amo; ya voy!

A los pocos momentos entró una mujer, llevando un jarro en cada mano. Vestía una túnica azul varios tamaños demasiado grande para ella, en lugar de los ponchos que vestían los esclavos del pasillo. Tenía un pelo pardo oscuro y ojos grises; si no hubiese estado tan evidentemente asustada, habría sido hermosa. Colocó los jarros sobre la mesa y trajo tazas de plata de un armario junto a la pared; cuando Spasso la despidió, se fue presurosa.

—Supongo que es tonto preguntar si pagan ustedes algo a esta gente por el trabajo que hacen o por las cosas que les proporcionan dijo Harkaman. Por el modo en que los del «Space-Scourge» y el «Lamia» se rieron evidentemente así era. —Harkaman se encogió de hombros—. Bueno, el planeta es suyo, hagan lo que quieran con él, aunque sea injusto.

—¿Piensa usted que deberíamos pagarles? —Spasso pareció incrédulo—. ¡Condenado rebaño de salvajes!

—No son tan salvajes como los nativos de Xochitl eran cuando Haulteclere le dominó. Ustedes estuvieron allí; y han visto lo que el príncipe Viktor hizo ahora con ellos.

—No tenemos ni hombres ni equipo como poseen en Xochit} —dijo Valkanliayn—. No podemos arriesgarnos a hacer su vida a los nativos.

—No pueden arriesgarse a eso —contestó Harkaman—. Aquí tienen dos navíos. Pueden sólo utilizar uno para el ataque; el otro tendrá que quedarse para mantener al planeta. Si se llevan a los dos, los nativos, a quienes ustedes han puesto estudiadamente en antagonismo saltarán sobre los que se quedaron. Y si no dejan a nadie atrás, ¿para qué sirve tener una base planetaria.

—Bueno, por que no se unen a nosotros? —Spasso finalmente abordó el tema importante—. Con tres navíos podríamos instalar una cosa verdaderamente importante aquí.

Harkaman le miró inquisitivo.

—Los caballeros —dijo Trask— se están equivocando quieren decir, ¿por qué no les dejamos que se unan a nosotros?

—Bueno, si usted lo quiere así —admitió Valkanhayn—. Reconoceremos, que su «Némesis» sería la pieza fuerte. Pero, ¿por qué no? Tres naves, podría ser una verdadera base. El padre de Nickv Gratham sólo tenía dos cuando empezó en Jaganath, y fíjense en lo que han conseguido ya los Grathams ahora.

—¿Nos interesa? —preguntó Harkaman.

—No mucho, me temo. Claro, acabamos de aterrizar; Tanith puede tener grandes posibilidades. Supongo que debemos reservarnos la decisión durante cierto tiempo y echar un vistazo a nuestro alrededor.

II

Había estrellas en el firmamento y, con una buena medida, una luna plateada en el horizonte occidental. Era muy pequeña, pero estaba próxima. Caminó hasta el borde de la cubierta de observación y sintió cómo Elaine le acompañaba. El ruido desde el interior, en donde la tripulación del «Némesis» estaba de banquete con la del «Lamía» y el «Space-Scourge» se hizo más débil. Hacia el sur se movió una estrella; una de las chalupas que habían dejado de guardia fuera del planeta. Había fuego estelar muy lejos y en la parte inferior y pudo oírla cantar. De pronto se dio cuenta de que eran los pobres diablos nativos a quienes Valkanhayn y Spasso habían esclavizado. Elaine se alejó rápidamente.

¿Te has llenado de encanto de vikingo espacial, Lucas?

Se volvió. Era el barón Rathmore, que se había inscrito para servir un año poco más o menos y luego volver a casa desde algún planeta base y cobrar políticamente el haber estado con Lucas Trask.

—De momento. Se me ha dicho que este grupo no es muy típico.

—Espero que no. Son una manada de bestias sádicas y de cerdos en total.

—Bueno, la brutalidad y las malas maneras se pueden perdonar, pero Spasso y Valkanhayn son un par de granujas ignominiosos y estúpidos además. Si Andray Dunnan hubiese venido aquí antes que nosotros, podría haber hecho algo bueno en su maldita vida. No comprendo por qué no vino.

—Creo que lo hará —dijo Rathmore—. Le conozco y conozco a Nevil Ormm. Ormm es ambicioso y Dunnan es un loco vengativo… —se interrumpió con una risa triste—. ¡Te lo aseguro!

—¿Por qué no vino entonces directamente aquí?

—Quizás no desea una base en Tanith. Eso sería algo constructivo; Dunnan es un destructor. Creo que ocupo ese equipo de carga para llevarlo a alguna parte y venderlo. Pienso que esperará hasta que esté del todo seguro de que el otro navío ha sido terminado. Entonces vendrá y destruirá el lugar, del modo… —lo cortó bruscamente.

—Del modo que lo hizo con mi boda; he pensado en eso siempre.

A la mañana siguiente, Harkaman y él tomaron un vehículo aéreo y fueron a echar un vistazo a la ciudad de la confluencia de los ríos. Estaba completamente nueva, como en el sentido de que había sido construida desde el colapso de la civilización de la Federación y la pérdida de las técnicas civilizadas. Se apiñaba en un montículo grande e irregularmente triangular, evidentemente para alzarse del nivel del suelo. Generaciones de trabajo con azadas y carretas boyunas debieron haber transcurrido. A los ojos de una civilización que utilizaba la contragravedad y el equipo energético no era en absoluto impresionante. De cincuenta a cien hombres con equipo adecuado podían haber conseguido lo mismo en un verano. Era sólo por obligarse a Sí mismo a pensar en términos de azada tras azada, de capazo tras capazo de tierra, de carreta cargada tras carreta cargada crujiendo tras las esforzadas bestias, de leña tras leña, cortada con hachas y pulida con azadones, con hachuelas, con piedra tras piedra y ladrillo tras ladrillo, que podía apreciarse todo. Incluso la habían amurallado, con una empalizada de troncos de árbol detrás de los que la tierra y las rocas formaban una especie de riera a lo largo del río se veían muelles, en donde las lanchas estaban amarradas. Los locales le llamaban simplemente Tradetoun.

Mientras se acercaron, un enorme gong comenzó a sonar y una nube blanca de humo siguió al estampido de una pistola de señales. Las lanchas, naves parecidas a largas canoas y muchas barcazas de proa redonda, zarparon apresuradamente al río; mediante binoculares pudieron ver cómo la gente se desparramaba desde los campos de labor de los contornos, llevando por delante conducido al ganado. Para cuando estuvieron en la ciudad, no se veía a nadie. Parecían haber desarrollado un sistema de avisos bastante eficiente que les indicase los ataques en las novecientas horas y pico que estaban expuestos a las mercedes figurativas de Boake Valkanhayn

y Garvan Spasso. Eso no les había salvado por entero; una parte de la ciudad había sido incendiada y se veían evidencias de bombardeo. Material ligero compuesto por explosivos químicos; esta ciudad era demasiado buena vaca para que incluso aquellos dos la matasen antes de que el ordeño se hubiese efectuado.

Dieron la vuelta circularmente a una altura de trescientos metros. Cuando se volvieron, el humo negro volvía alzarse de lo que podía haber sido un montón de ladrillos en las afueras. Otras columnas de humo negro se alzaron a través del campo a ambos lados del río.

—Ya se sabe, esas gentes están civilizadas, si uno no limita el término de la contragravedad y la energía nuclear —dijo Harkaman —. Tienen pólvora, como una cosa sola y creo que algunas bastante impresionantes civilizaciones de la Vieja Tierra no tenían tanto. Poseen una sociedad organizada y cualquiera que tiene eso está en los comienzos de la civilización.

—Me sabe mal pensar lo que pasaría a este planeta si Spasso y Valkanhayn se quedasen mucho tiempo.

—Quizás fuera bueno a lo largo. Las cosas que son buenas a la larga, a menudo son rudas cuando están sucediendo. Sé lo que ocurriría sin embargo a Spasso y Valkanhayn. Empezarían ellos mismos a descivilizarse. Se quedarían aquí una temporada y cuando necesitaren algo que no pudiesen tomar de los nativos irían a robarlo, pero el mayor tiempo permanecerían aquí enseñoreándose sobre sus esclavos y finalmente sus naves se desgastarían y no podrían arreglarías. Luego, en algún tiempo, los locales les saltarían encima cuando no estaban vigilando y les barrerían. Pero mientras, los nativos habrán aprendido mucho de ellos.

Giraron el vehículo hacia el oeste de nuevo a lo largo del río. Vieron unos cuantos pueblos. Uno o dos databan del período de la Federación; habían sido plantaciones antes de que ocurriese lo que pasó. Muchos más fueron construidos en los pasados cinco siglos. Un par se veían recientemente destruidos, en castigo por el crimen de la defensa propia.

—Ya sabes —dijo por fin—. Voy hacer a todo el mundo un favor. Permitiré a Spasso y a Valkanhayn que me convenzan de que les quite este planeta.

Harkaman, que pilotaba, se volvió vivamente.

—¿Estás loco?

—«Cuando alguien hace una afirmación que uno no entiende, no hay que decirle si está loco. Se le pregunta lo que significa». ¿Quién dijo eso?

—Diste en el blanco —sonrió Harkaman—. «¿Que quiere usted decir, Lord Trask?».

—No puedo capturar a Dunnan mediante la persecución; tendré que pescarle por la intercepción. Ya sabes también ese sistema. Esto me parece un buen sitio para interceptarlo. Cuando se entere de que yo tengo una base aquí, la atacará, tarde o temprano. Incluso si no lo hace, podemos captar más información sobre él, cuando las naves comiencen a venir, qué obtendríamos vagando en torno a la Antigua Federación.

Harkaman pensó un momento, luego asintió.

—Sí, si podemos alzar una base como Nergal o Xochitl —asintió —. Habrán cuatro o cinco navíos, vikingos espaciales, comerciantes, Gilgamesher, etc., en cualquiera de esos planetas siempre. Si tuviésemos la carga que Dunnan se llevó al espacio en el «Enterprise», podríamos empezar una base como esas. Pero no tenemos nada cercano a lo que necesitamos y ya sabes lo que poseen Spasso y Valkanhayn.

—Se puede obtener de Gram. Tal y como están las cosas, los que invirtieron en la aventura de Tanith, desde el duque Angus hacia abajo, lo perdieron todo. Si voluntariamente aceptan a poner algo de buen dinero encima del malo, podrán recuperarlo y con un oneroso beneficio. Y deben haber planetas que estén por encima del nivel de la carreta y de la lancha de remos no muy lejos que pudieran ser atacados por muchas cosas que nos hagan falta.

—Es verdad; conozco a media docena dentro de quinientos años luz. No serán de la clase que Spasso y Valkanhayn tienen costumbre de atacar, sin embargo. Y además de maquinaria, podemos obtener oro y mercancías valiosas que podrían venderse en Gram. Y si conseguimos seguir adelante, mejor cazarías a Dunnan sentándote aquí en Tanith que yendo a buscarle. Ese es el sistema que utilizamos para cazar cerdos silvestres en Colada, cuando yo era niño; se buscaba simplemente un buen lugar y no había más que sentarse y esperar.

Recibieron a Valkanhayn y a Spasso a bordo del «Némesis» para

cenar; no costó mucho conducir la conversación al asunto de Tanith y sus recursos, ventajas y posibilidades. Por último, cuando habían llegado al coñac y al café, Trask dijo con indiferencia:

—Creo que juntos podríamos realmente sacar algo de este planeta.

—Eso es lo que hemos estado diciéndole todo el rato —irrumpió Spasso ansiosamente—. Es éste un maravilloso pl…

—Podría serlo. Todo lo que tiene ahora son posibilidades. Necesitamos primero que nada un espaciopuerto.

—Bueno, ¿y qué es esto? —preguntó Valkanhayn.

—Esto era un espaciopuerto —le confesó Harkaman—. Podría volver a serlo. Y necesitamos un astillero capaz de cualquier clase de pesada reparación. Capaz de construir una nave completa, de hecho. Jamás vi que un navío entrase en un planeta base vikingo sin ninguna avería seria y trayendo una carga que valiera la pena. El príncipe Viktor de Xochitl gana casi la mitad de su dinero con reparaciones navíos y los mismos Nicky Gratham en Jaganath y Elerradrs en Hoth.

—Y fábricas de motores, de hiperimpulsión, de aparatos para la navegación para el espacio normal —producción de seudogravedad — añadió Trask, una fundición de acero y una planta que aprovecha los desperdicios. Y fábricas de equipo robótico, y~.

—Oh eso queda fuera de toda razón —exclama Valkanhayn-. Se necesitarían veinte viajes con un navío de este tamaño para conseguir traer todo ese material, ¿y cómo lograríamos pagarlo?

—Esta ea la clase de base que el duque Angus de Wardshaven planeó. El «Enterprise», prácticamente un duplicado del «Némesis», portaba todo lo necesario para empezarla cuando fue pirateado.

—¿Cuándo fue…?

—Ahora vas a tener que contar a los caballeros la verdad —rió Harkaman.

—Ese era mi propósito —dejó su cigarro, dio un sorbo al coñac y explicó lo de la aventura de Tanith del duque Angus—. Era parte de un plan mayor; Angus quería ganar su primacía económica para Warshaven con el fin de fomentar sus ambiciones políticas. Era, sin embargo, un negocio del todo práctico. Yo me opuse, porque pensé que sería una proposición demasiado buena para Tanith y que funcionaría en desventaja del planeta patria al final —les contó lo

del Enterprise, y la carga de equipo industrial y de construcción que portaba y luego les habló dé cómo Andray Dunnan se apoderó del navío.

—Eso no me habría enojado en absoluto; no tenía ningún dinero invertido en el proyecto. Lo que me enojó, para decirlo con suavidad, fue que antes de sacar al navío, Dunnan apareció en mi boda nos hirió a mí y a mi suegro y mató a la dama con la que hacía menos de media hora que acababa de casarme. Equipé este navío a mis propias expensas, tomé en él al capitán Harkaman, que se quedó sin mando cuando fue pirateado el Enterprise y vine aquí buscando a Dunnan para matarle. Creo que puedo hacer lo mejor estableciendo una base en el propio Tanith. La base tendrá que ser dirigida en plan comercial, buscando beneficios, o no funcionará en absoluto —cogió el cigarro de nuevo y fumó despacio—. Caballeros, les invito a que se unan conmigo como socios.

—Bueno, todavía no nos ha dicho cómo vamos a conseguir el dinero para financiarlo —insistió Spasso.

—El duque de Wardshaven, y los otros que invirtieron en la original aventura de Tanith lo pondrán. Es la única manera que tienen de recobrar lo que perdieron en el Enterprise.

—Pues entonces, este duque de Wardshaven lo dirigirá, no nosotros —objetó Valkanhayn.

—El duque de Wardshaven —le recordó Harkaman—, está en Gram. Nosotros nos encontramos aquí, en Tanith. Hay tres mil años de luz entre medio.

Eso parecía una respuesta satisfactoria. Spasso, sin embargo, deseaba saber quién mandaría aquí, en Tanith.

—Tendremos que celebrar una reunión de todas las tripulaciones —empezó.

—No haremos nada de eso —le contestó Trask—. Yo gobernaré aquí en Tanith. Ustedes pueden permitirse que sus órdenes sean debatidas y votadas pero yo no. Informarán a sus respectivas tripulaciones a ese efecto. Cualquier orden que ustedes les den en mi nombre será obedecida sin discusión.

—No sé cómo lo tomarán mis hombres —dijo Valkanhayn.

—Yo sí que sé cómo lo tomarán si son listos —afirmó Harkaman —. Y ahora sé también lo que ocurrirá si no lo son. Conozco cómo han estado gobernando sus navíos, o cómo las tripulaciones de sus

naves han estado gobernándoles a ustedes. Bueno, nosotros no lo haremos así. Lucas Trask es el propietario y yo soy el capitán. Yo obedezco sus órdenes acerca de lo que debe hacerse y todo el mundo obedezca las mías en cómo hacerlo.

Spasso miró a Valkanhayn, luego se encogió de hombros.

—Es así como el hombre lo quiere, Boake. ¿Deseas discutirle? Yo no.

—La primera orden —dijo Trask—, es que estas gentes que tienen trabajando aquí reciban sueldo. No han de ser golpeadas por esos tipos brutales que tienen para guardarlos. Si alguno quiere marcharse, podrá hacerlo; se le darán regalos y se le proporcionará transporte a su casa. Los que deseen quedarse recibirán raciones, ropas Y cama, y cuanto necesiten, y cobrarán su salario. Elaboraremos alguna especie de sistema de pagos e instalaremos una comisaría en donde puedan comprar cosas.

Discos de plástico de titanio o algo, estampado e infalsificable. Que Alvyn Karffard se ocupase de ello. Se organizarían brigadas de trabajo y se promocionaría ascendiendo a los mejores y más inteligentes al cargo de capataces. Y esos guardas podrían ser metidos en cintura por algún sargento de combate en el suelo y Juego recibirían armas tipo Mundos de la Espada y entrenamiento táctico; se les utilizaría para adiestrar a los demás; no necesitarían el látigo; en cambio liaría falta una especie de cuerpo policial de cualquier clase. Incluso la mejor buena voluntad no sustituye a Ja fuerza armada, conspicua mente desplegada y dispuesta a ser utilizada cuando es necesario.

—Y no habrán más ataques a los pueblos para comida o cualquier otra cosa. Pagaremos todo lo que consigamos de los nativos.

Tendremos dificultades en eso —predijo Valkanhayn—. Nuestros hombres creen que cualquier cosa que posea un nativo es propiedad de alguien que pueda quitárselo.

—Lo mismo creo yo —dijo Harkaman—. En un planeta al que ataque. Este es nuestro planeta y son nuestros nativos. Nosotros no atacamos a nuestro propio planeta o a nuestro propio pueblo. Tendrán que enseñarle eso a sus tripulantes.

III

Les costó a Valkanhayn y Spasso más tiempo y discusiones para convencer a sus tripulaciones de lo que Trask consideró necesario. Harkaman parecía satisfecho y lo mismo el barón Rathmore, el político de Wardshaven.

—Es como abonar a un grupo de pequeños terratenientes para que den alojamiento y comida a alguien —dijo este último—. No se puede utilizar demasiada presión; hay que hacerles pensar que fue idea suya.

Hubieron reuniones de ambas tripulaciones, con discusiones acaloradas; el barón Rathmore pronunció frecuentes discursos, mientras lord Trask de Tanith y el almirante Harkaman, los títulos fueron sugerencia de Rathmore, permanecieron distantes. En ambas naves, todo el mundo lo poseía todo en común, lo que significaba que nadie poseía nada. Habían ocupado Tanith bajo las mismas bases de propiedad difundida y nadie de ninguna tripulación era lo suficientemente estúpido como para creer que podrían hacer algo en el planeta por sí solos. Uniéndose al *Némesis* parecía que iban a conseguir algo a cambio de nada. Al final, votaron para situarse a sí mismos bajo la autoridad de lord Trask y del almirante Harkaman. Después de todo, Tanith sería una señoría feudal y los tres navíos juntos su flota.

El primer acto de autoridad del almirante Harkaman fue ordenar una inspección general de las unidades de la flota. No se sorprendió por la condición de los dos navíos, ya que esperaba encontrarlos mucho peor. Valían para ir por el espacio, después de todo, ya que habían llegado aquí desde Hoth bajo sus propios motores. Eran sólo dignos de combatir si la batalla no era demasiado severa. Su cálculo original de que el *Némesis* podía haber derribado a ambos pedazos

era, por lo menos, superconservador. Los motores estaban en buen estado pero el armamento en malísimo.

—No vamos a pasarnos el tiempo aquí en Tanith —dijo a los dos capitanes—. Este planeta es una base de ataque y atacar es la palabra operativa. Y no vamos a atacar a planetas fáciles. Un planeta que puede estar atacado con impunidad no vale el tiempo que cuesta llegar hasta él. Vamos a tener que luchar en cada planeta que lleguemos y no voy a jugar con las vidas de los hombres a mi mando, lo que incluye a sus tripulaciones lo mismo que la mía, a causa de navíos de baja potencia y subarmados.

Spasso trató de discutir.

—Nos las hemos arreglado bien.

Harkaman soltó una maldición.

—Sí. Sé cómo se han comportado; robando quincalla en planetas como Set y Xipototec y Melkarth. No ganando lo bastante para cubrir al mantenimiento; por eso sus navíos están como están. Bueno, pasaron esos días. Ambas naves deben recibir una plena revisión, pero tendremos que dejar eso a un lado hasta que tengamos un astillero propio. Pero yo insisto, por lo menos, en que sus cañones y rampas de lanzamientos de proyectiles estén en orden. Y su equipo de detección; ustedes no captaron al *Némesis*, hasta que estuvimos a menos de treinta mil kilómetros del planeta.

—Será mejor que pongamos en condiciones al Lamía —dijo Trask—. Lo podemos situar fuera del planeta de guardia, en lugar de ese par de chalupas.

El trabajo sobre el *Lamia* comenzó al día siguiente y una considerable fricción se generó entre suboficiales y los ingenieros enviados desde el *Némesis*. El barón Rathmore subió a bordo y volvió riéndose.

—¿Saben cómo se gobierna ese navío? —preguntó. Hay una especie de soviet de oficiales; ingeniero jefe, ejecutivo, cañones y proyectiles, astrogador, etcétera. Spasso es simplemente un muñeco de ventrílocuo animado. Hablé con todos. Ninguno me negó nada, pero creen que vamos a quitar del mando a Spasso y a nombrar a uno de ellos, y cada cual piensa que será él. No sé cuánto durará, es un juego de tira y afloja el que tendremos que emplear en ese navío. Aguantará hasta que consigamos algo mejor.

—Tendremos que desembarazarnos de Spasso —asintió

Harkaman—. Creo que colocaremos en su lugar a uno de los nuestros. Valkanhan puede quedarse al mando del *Space Scourge*; es hombre del espacio. Pero Spasso no vale para nada.

El problema nativo también resultó complicado. Los indígenas hablaban una especie de idioma terrestre, como cada descendientes de la raza que se fue del sistema solar en el siglo tercero, pero apenas era comprensible. Los planetas civilizados el idioma se había congelado inalterablemente en los microlibros y cintas magnéticas. Pero los microlibros sólo pueden leerse y las cintas sonoras oírse con ayuda de la electricidad, cosa que Tanith había perdido hacía mucho tiempo.

La mayor parte de las personas que Spasso y Valkanhayn habían raptado y esclavizado venían de pueblas dentro de un radio de setecientos cincuenta kilómetros. Casi la mitad querían ser repatriados; se les dieron regalos de cuchillos, herramientas, mantas y pedazos de metal que parecían ser el principal standard de valor y medio de intercambio, y se les envió a casa. Encontrar su adecuado pueblo no fue fácil. En cada población de aquéllas la noticia se extendía de que los vikingos espaciales pagarían cuanto recibieran.

El *Lamia* fue desmontado lo más rápidamente posible. Después de las reparaciones aún quedaba lelos de ser un buen navío, pero estaba más cerca de serlo que antes. Se le adaptó el mejor equipo de detección que pudo montarse y se le colocó en órbita; Mvyn Karffard tomó el mando, con alguno de los oficiales de Spasso, otros de Valkanhayn y unos pocos del, *Némesis*. Harkaman trataba de autorizarlo para contener a todos los oficiales del *Lamía* y del S *pace Scourge*, por lo que le hizo girar incesantemente.

Los vigilantes del trabajo, buena cantidad de ellos fueron relevados de sus obligaciones, se les proporcionó armas de fuego utilizadas en los Mundos de la Espada y un adiestramiento intensivo. Los elementos de comercio, estampados en plástico de colores, fueron introducidos y se alzó un almacén donde podían cambiarse por mercancías de los Mundos de la Espada. Al cabo de un rato, comprendieron los nativos que el dinero podía utilizarse también para comerciar entre sí; esa especie de monedasparecían ser uno de los aditivos de la civilización que se perdió a lo largo del sendero de descenso de Tanith. Unos cuantos fueron capaces de utilizar elevadores manuales de contragravedad y carretillas

autosuspendidas de operación también manual; varios aprendieron a operar cosas como *bulldozers*, por lo menos hasta el extremo de saber qué palanca o botón efectuaba cierta clase de trabajo. Concediéndoles algún tiempo, pensó Trask, vigilando como trabajaba una brigada en el suelo del espaciopuerto, no pasarían muchos años antes que la mitad de ellos pudiesen pilotar vehículos aéreos.

En cuanto el *Lamía* estuvo de vigilancia orbital, el *Space-Scourge* fue instalado en el espaciopuerto y el trabajo comenzó en su interior. Se decidió que Valkanhayn lo llevase a Gram con bastante gente del *Némesis* iría para asegurarse la buena fe de su parte y para hablar con el duque Angus y los inversores de Tanith. El barón Rathmore y Paytrik Morland, con otros varios caballeros aventureros de Wardshaven, fueron destinados a esta última función; Alvyn Karffard actuaría como ejecutivo de Valkanhayn, con órdenes privadas de sobreseírle en el mando si era necesario y Guatt Kirbey se ocuparía de la astrogación.

—Tendremos que sacar al Némesis y al *Space-Scourge* primero y hacer un gran ataque —dijo Harkaman—. No podemos enviar vacío a Gram al *Space-Scourge*. Cuando el barón Rathmore y lord Valpry y el resto hablen al Duke Angus y a los inversores de Tanith, tendrán que presentar algo más que películas de viaje sobre Tanith. Tendrán que ser capaces de demostrar que Tanith es productivo. Debemos también tener algo de dinero propio nuestro para invertir.

—Pero, Otto, ¿ambos navíos? —Eso le preocupaba—. ¿Suponte que Dunnan viene y no encuentra nadie aquí excepto Spasso y el *Lamía*?

—Es un riesgo que tendremos que correr. Personalmente, creo que tenemos de año en año y medio antes de que Dunnan aparezca por aquí. Lo sé, nos engañaron tratando de imaginar qué es lo primero que haría. Pero la especie de ataque que tengo en la cabeza necesita el empleo de dos navíos, y en cualquier caso, no quiero dejar a ambos de estos navíos aquí mientras estemos fuera, aun cuando tú lo desees.

—Pensando en eso, no creo que me guste a mí tampoco. ¿Pero podemos confiarnos en Spasso aquí a solas sin que nadie lo controle?

—Dejaremos a bastante de nuestro personal para estar seguros.

Dejaremos a Ovins… eso significará mucho trabajo para mí que él hubiese hecho, en la nave. Y al barón Rathmore y al joven Valpry y a los hombres que han estado adiestrando nuestros capataces. Podemos establecer las cosas y dejar algunos hombres de Valkanhayn en el lugar de los de Spasso. Incluso podemos convencer a Spasso de que se venga también. Eso supondrá tener que soportarle en nuestra mesa, pero quizás fuera prudente.

—¿Has encontrado ya el lugar que atacar?

—Tres. Primero - Khepera. Queda a sólo treinta años luz de aquí. No importa eso mucho; es como robar quincalla. Pero dará a nuestros novatos algún adiestramiento de combate y nos proporcionará alguna idea de cómo la gente de Spasso y de Valkanhayn se comportan y al mismo tiempo les proporcionará a esos confianza para el siguiente trabajo.

—¿Y luego?

—Amaterasu. Mis informes acerca de Amaterasu tienen una antigüedad de unos veinte años. En ese espacio de tiempo pueden ocurrir muchas cosas. Tal y como lo conozco… yo nunca estuve en persona… está muy civilizado. Es como la Tierra poco antes del principio de la Era Atómica. No hay energía nuclear, les falta eso, y claro, nada más allá de ello, pero tienen energía hidroeléctrica y térmica, y ninguna nave a reacción no nuclear, y algunas armas muy buenas compuestas de explosivos químicos, que utilizan con libertad contra unos y otros. Lo último que supe fue que resultó atacada por un navío de Excalibur hace veinte años.

—Eso suena prometedor. ¿Y el tercer planeta?

—Beowulf. No recibiríamos daños suficientes en Amaterasu, para que haya alguna diferencia, pero si guardamos Amaterasu para el final, quizá necesitemos entonces unas reparaciones muy fuertes.

—¿Es así?

—Sí. Tienen energía nuclear. No creo que sería prudente mencionar Beowulf al capitán Spasso y a Valkanhayn. Esperemos hasta que ataquemos primero Khepera y Amaterasu. Quizás entonces ya se sientan como héroes.

IV

Khepera le dejó un mal gusto de boca. Aún estaba saboreándolo cuando se apagó de la pantalla la turbulencia coloreada y dejó paso a la nada gris del hiperespacio. Garvan Spasso, al que no habían tenido dificultad en convencer para que viniese, miraba con avidez a la pantalla como si aún pudiese ver el planeta saqueado que habían dejado atrás.

—¡Eso fue bueno; eso fue bueno! —Estaba rumiando. Desde que despegaron lo había dicho una docena de veces—. Tres ciudades en cinco días y el género que reunimos en ellas. Nos llevamos dos millones de estelares.

E hicieron diez veces más daño del valor obtenido, y no había escala de valores por la que calcular la muerte y el sufrimiento.

—Basta, Spasso. Ya dijo eso antes.

Hub_0 un tiempo en que no hubiese hablado a un compañero o a nadie más de aquel modo. La raíz de Greaham, extendida: los malos modales producen malos modales. Spasso se volvió hacia él indignado.

—¿Quién se cree usted que es?

—Cree que es lord Trask de Tanith —dijo Harkaman—. Y tiene razón —miró inquisitivo a Trask durante un momento, luego se volvió a Spasso—. Yo estoy tan harto como él de oír cómo su bocaza no deja de hablar de los piojosos dos millones de estelares. Cerca de un millón y medio, pero no dos millones. —Quizás bastaría para el Lamía, pero tenemos una flota de tres navíos y una base planetaria, lo que supone muchos gastos. De este ataque, un pleedor terrestre o un hombre del espacio capaz conseguirán ciento cincuenta estelares. Nosotros mismos nos quedaremos un millar. ¿Cuánto tiempo cree que podemos estar negociando si efectuamos

esta clase de robo de gallinas?

—¿Llama usted a esto robo de gallinas?

—Lo llamo robo de gallinas y usted también lo hará antes de que volvamos a Tanith. Si vive tanto tiempo.

Durante un momento Spasso se sintió avergonzado. Luego, temporalmente, su rostro lobuno expresó avariciosa esperanza y nueva aprensión. Con toda evidencia conocía la reputación de Otto Harkaman y algunas de las cosas que Harkaman había hecho no coincidían con su ideas de un modo fácil de obtener dinero.

Khepera había sido fácil; los nativos no habían tenido nada con qué luchar. Armas pequeñas, un cañón ligero que ni siquiera fue capaz de disparar más que unas cuantas veces. A donde quiera que intentaron la resistencia, los carros de combate les barrieron, dejando caer bombas y disparando sus ametralladoras y autocañones. Sin embargo, lucharon amarga y desesperadamente… como él hubiese hecho defendiendo Traskon.

Se afanó consiguiendo café y un cigarrillo de uno de los robots. Cuando alzó la vista, Spasso se había alejado y Harkaman se sentaba al borde del escritorio, cargando su corta pipa.

—Bueno, viste el elefante, Lucas —dijo—. No parece haberte gustado.

—¿Elefante?

—Una vieja expresión terrestre que leí en alguna parte. Todo lo que sé es que el elefante fue un animal casi del tamaño de uno de nuestros megaterios de Gram. La expresión significa experimentar algo por primera vez que causa enorme impresión. Los elefantes debieron ser algo digno de verse. Este fue su primer ataque vikingo. Ahora ya lo has visto.

Lucas estuvo antes en combate; condujo a los luchadores de Traskon durante la disputa por límites con el barón Manniwel y siempre habían bandidos y cuatreros. Se había imaginado que la cosa sería parecida. Recordó con, cinco días, o cinco termiodes atrás, su excitada anticipación cuando la ciudad creció y se extendió en la pantalla y el *Némesis* cayó hacia ella. Las chalupas, las cuatro suyas y las dos del *Space-Scourge*, habían salido a describir espirales a ciento cincuenta kilómetros más allá de la urbe; el *Space-Scourge* entró en un circulo más apretado a treinta kilómetros de su centro; el Némesis continuó su lento descenso hasta que estuvo a quince

kilómetros del suelo, antes de empezar a esparcir naves de desembarco, carros de combate y las pequeñas monturas en forma de huevo monoplazas que se llamaban caballería aérea. Había sido emocionante. Todo fue a la perfección; ni siquiera la pandilla de Valkanhayn se echó atrás.

Luego comenzaron a recibirse vistas por la pantalla. La breve y desesperada lucha en la ciudad. Aún podía ver aquel inofensivo cañón de campaña, debía tener setenta u ochenta milímetros de calibre, en un armón de grandes ruedas, tirado por seis peludas y zanquilargas bestias. Lo sacaron y trataron de apuntar contra un blanco cuando un cohete de un coche aéreo se coló derecho por el cañón. Pieza de artillería, armón, dotación, incluso el equipo de servicio de municiones a cincuenta metros de detrás se desvanecieron sencillamente.

Con la pequeña compañía, en parte de mujeres, tratando de defender la cumbre de un alto y semírruinoso edificio con rifles y pistolas. Un simple jinete aéreo les barrio con sus ametralladoras.

—No tuvieron la menor oportunidad —dijo entonces, medio enfermo. Pero siguieron luchando.

—Sí; estúpido por su parte, ¿no? —había comentado Harkaman a su lado.

—¿Y qué harías tú en su lugar?

—Pelear. Tratar de matar a cuantos vikingos espaciales pudiese antes de que me matasen a mí. Los humanos terrestres son así de estúpidos. Por eso somos nosotros humanos.

Si tomar la ciudad fue una matanza, el saqueo que siguió resultó ser un infierno hecho para el hombre. Él descendió, junto con Harkaman, durante la pelea, si así puede llamarse, seguía su proceso. Harkaman había sugerido que los hombres debieran verlo moverse por entre ellos; por su propia parte, sintió una compulsión a compartir la culpa.

Sir Paytrik Morlandy él estaban a pie juntos en uno de los grandes edificios cóncavos que estaban edificados desde que Khepera fuese miembro como república de la Federación Terrestre. Era sorprendente cuanto podía quemarse, en esta ciudad de cemento y de piedra vitrificada. Era sorprendente también lo bien conservado que estaba todo, por lo menos a nivel del suelo. Aquella gente había estado orgullosa de su ciudad.

Se encontraban a solas, en un gran vestíbulo vacío; el ruido y el horror del saqueo se habían alejado de ellos, o acaso al contrario, fueron ellos quienes se alejaron del horror y entonces, cuando entraron a un pasillo lateral vieron a un hombre, un nativo, agazapado en el suelo, con el cuerpo de una mujer acunado en su regazo. Ella estaba muerta, la mitad de su cabeza había volado, pero él la apretaba con fuerza, la sangre de la víctima manchándole la camisa, sollozando con el corazón destrozado. A un costado yacía olvidada en el suelo una carabina.

—Pobre diablo —dijo Morland, y se adelantó.

—No.

Trask le detuvo con su mano izquierda. Con la otra sacó la pistola y mató al hombre. Morland estaba horrorizado.

—¡Gran Satán, Lucas! ¿Por qué lo has hecho?

—Ojalá Andray Dunnan me hubiese hecho a mi lo mismo —puso el seguro y enfundó la pistola ~. Nada de esto habría ocurrido. ¿Cuántas felicidades más crees que hemos destrozado aquí hoy? Y nosotros ni siquiera tenemos la locura como tiene Dunnan para excusarse.

A la mañana siguiente, recogido todo lo de valor y enviado a bordo empezaron a cruzar el país recorriendo ochocientos kilómetros hasta otra ciudad, los primeros centenares fueron sobre un campo oculto por el humo de las poblaciones incendiadas que los hombres de Valkanhayn habían asaltado la noche antes. No hubo aviso; Khepera había perdido la electricidad, la radio y el telégrafo, y la divulgación de las noticias se basaba en la velocidad de una de las bestias que los nativos insistían en llamar caballos. A media tarde habían acabado con aquella ciudad. La cosa fue tan horrible como en la primera.

Un detalle, era el centro de una comarca considerable especializada en la ganadería. El ganado era natural del planeta, unicornios corpulentos del tamaño de un bisonoide de Gram, o de alguno de los poco mutados carabaos terrestres de Tanith, con pelo largo como un yak terráqueo. Había destacado a una docena de los combatientes de tierra del *Némesí5* que fueron vaqueros en sus ranchos de Traskon para recoger unas cuantas reses y cuatro semitoros con bastante forraje para que pudiesen soportar el viaje. Habían muy pocas probabilidades de que cualquiera de ellos viviese

para aclimatarse en Tanith, pero si lo lograban, quizá fuesen entonces unas de las más valiosas piezas del botín sacado de Khepera.

La tercera ciudad estaba en la confluencia de dos nos, como Tradetown en Tanith. Pero a diferencia de aquella ésta era una verdadera metrópolis. Debieron haber ido allí primero que nada. Pasaron dos días sistemáticamente saqueándola. Los Keperianos efectuaban un considerable tráfico fluvial, con barcos de ruedas de paletas en popa movidas por calderas de vapor, y los muelles estaban rebordeados de almacenes atestados con toda clase de mercancías. Todavía mejor, los kheperianos poseían dinero y la mayor parte resultó en especie áurea de la que las cajas fuertes de los bancos estaban repletas.

Por desgracia, la ciudad había sido construida después de la caída de la Federación y del ascenso desde el barbarismo que siguiera, y buena parte de la urbe era de madera. Los incendios empezaron casi enseguida y al final del segundo día toda la urbe prácticamente ardía en llamas. Resultó visible en la pantalla telescópica incluso después de que salieron de la atmósfera, una mancha negra hasta que dando vuelta al planeta se perdió en la oscuridad para quedar en los aires un difuso resplandor.

—Fue un asunto sucio.

Harkaman asintió.

—El robo y el asesinato siempre lo son. No tienes que preguntarme quien dijo que los vikingos espaciales son asesinos ~ ladrones profesionales, pero quien lo dijese no se preocupaba de cuántos planetas han sido atacados y cuántos inocentes murieron asesinados en la Antigua Federación.

—Un hombre muerto. Lucas Trask de Traskon. No sabía de qué hablaba.

—¿Ahora desearías haber conservado Traskon y quedado en Gram?

—No. Si así fuese, hubiese pasado cada hora deseando estar haciendo lo que hago ahora. Puedo acostumbrarme a esto, supongo.

—Creo que sí. Por lo menos, te mantendrás firme. Yo vomité durante mi primer ataque y tuve pesadillas después durante un año —entregó su taza de café al robot y se puso en pie—. Descansemos un poco, un par de horas. Luego tomaremos algunos comprimidos

vitaminados del botiquín. En cuanto las cosas estén seguras habrá fiestas por todo el navío y se esperará que aparezca en cada una de ellas, tomemos una copa y digamos: «¡Bien hecho, muchachos!».

Se le apareció Elaine, mientras descansaba. Le miró horrorizada y él trató de esconder su rostro y se dio cuenta de que trataba de apartarse de sí mismo.

V

Bajaron derechos sobre Eglonsby en Amaterasu, el *Némesis* y el *Space-Scourge*, uno junto a otro. El radar les había localizado a 0,5 segundos luz; para este tiempo todo el planeta ya sabía que venían y nadie se preguntaba por qué. Paul Koreff estaba sintonizando cuanto menos veinte estaciones de radio, asignando a alguien a cada una a medida que las identificaba. Lo que se recibía era uniformemente excitado, en parte con pánico y todo en el idioma standard de origen terrestre.

Garvan Spasso parecía perturbado. Así, en la pantalla de comunicación desde el *Space-Scourge*, apareció del mismo modo Boake Valkanhayn.

—Tienen radio y radar —clamó.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Harkaman—. Tenían radio y radar hace veinte años, cuando Rock Morgan vino aquí con el *Coalsack*. Pero no poseen energía nuclear, ¿verdad?

—Bueno, no. Estoy captando una buena cantidad de descargas industriales, pero nada nuclear, todo eléctrico.

—De acuerdo ~ Un hombre con una cachiporra puede vencer al que emplea sólo los puños. El hombre con un revólver puede matar a una docena de tipos con cachiporra. Y dos navíos con armas nucleares pueden derrotar a todo un planeta sin ellas. ¿Crees que es el momento, Lucas?

Lucas asintió.

—Paul, ¿puedes interrumpir ya en esa estación de Eglonshy?

—¿Qué vamos a hacer? —quiso saber Valkanhayn, con anticipación.

—Convocarles para que se rindan. Si no lo hacen, dejaremos caer un infierno sobre ellos y luego escogeremos otra ciudad y la

amenazaremos para que se entregue. No creo que la segunda se niegue. Si vamos a ser asesinos, en esta ocasión lo haremos bien.

Valkanhayn estaba lleno de miedo, probablemente ante la idea de incendiar una ciudad sin saqueo previo. Spasso murmuraba algo acerca de: «… enseñar a esos sucios neobárbaros una lección». Koreff le dijo que estaba conectado. Tomó un micrófono de mano.

—Vikingos espaciales *Némesis* y *Space-Scourge*, llamando a la ciudad de Eglonsby. Vikingos espaciales…

Lo repitió durante un minuto; no hubo respuesta.

—Van —llamó a artillería y proyectiles dirigidos—. Efectúa una pequeña exhibición, a unos cinco kilómetros por encima de la ciudad.

Dejó el micrófono y miró hacia la parte inferior según el polo sur de la nave. La pantalla telescópica se apagó y la normal se oscureció al funcionar los filtros. Valkanhayn, a bordo de la otra nave, estaba gritando un aviso por sus propias pantallas. La única sin filtro a bordo del *Némesis* era la sintonizada por el proyectil que caía. La ciudad de Eglonshy subía hacia él y luego se quedó de pronto a oscuras. Se vio un resplandor amarillo naranja en las demás pantallas. Al cabo de un rato los filtros cambiaron y se conectó otra vez la pantalla telescópica. Cogió el micrófono.

—Vikingos espaciales llamando a Eglonsby; éste es su último aviso. Comuníquense de mediato.

Menos de un minuto después entró una voz por uno de los altavoces:

Eglonsby llamando a vikingos espaciales. Su bomba ha hecho gran daño. ¿Quieren suspender el fuego hasta que alguien con autoridad se comunique con ustedes? Este es el operador jefe de la estación tele-emisora central del Estado t no tengo autoridad para decirles nada, ni para discutir tampoco.

Oh, bueno, eso suena como una dictadura —decía Harkaman—. Coja al dictador y póngale una pistola en la cara y así lo tendrá todo.

—No hay nada que discutir. Consiga a alguien que tenga autoridad ara rendirnos la ciudad. Si no lo ha hecho dentro una hora, la urbe y todo el mundo serán aniquilados.

Sólo minutos más tarde una nueva voz dijo:

—Aquí Gunsalis Jan, secretario de Pedrosan Pedro, presidente

del Consejo de Síndicos. Le conectaremos con el presidente Pedrosan en cuanto podamos hablar directamente con la persona al mando supremo de sus navíos.

—Soy yo mismo; pónganme con él enseguida. Al cabo de un retraso de menos de quince segundos tuvieron en línea al presidente Pedrosan Pedro.

Estamos preparados para resistir, pero nos damos cuenta de lo que eso nos costaría en vidas y destrucción de propiedades comentó.

—No es preciso. ¿Sabe usted algo acerca de armas nucleares?

—Por la historia; carecemos de energía nuclear en absoluto. En este planeta no se encuentran materias fisionables.

—El coste, como usted dijo, sería todo el mundo y todas las cosas en Eglonsby y durante un radio de casi ciento ochenta kilómetros. ¿Siguen preparados para resistir?

El presidente del Consejo de Síndicos no lo estaba y así lo dijo. Trask le preguntó cuánta autoridad le daba su posición.

—Tengo todos los poderes en caso de emergencia. Creo —añadió la voz de manera Inexpresiva, que esto es una emergencia. El consejo automáticamente rectificará cualquier decisión que yo tome.

Harkaman soltó el botón que tenía delante.

—Lo que dije; dictadura, con una falsa pantalla parlamentaria.

—A no ser que sea un dictador pantalla para cualquier oligarquía —hizo un gesto a Harkaman para que quitase el pulgar del botón y conectase el micrófono—. ¿Es muy grande este Consejo?

—Dieciséis, elegidos por los sindicatos que representan. Tenemos el Sindicato del Trabajo, el Sindicato de los Fabricantes, el Sindicato de los Pequeños Negocios, el…

—Estado corporativo, siglo primero de la Preatómica en la Tierra. Benny The Moose —dijo Harkaman—. Bajemos y hablemos con ellos.

Cuando estuvieron seguros de que el público había sido advertido para que no hiciese resistencia, el Némesis bajó hasta tres kilómetros del centro de la ciudad. Los edificios eran bajos según las normas corrientes de la gente que utiliza la contragravedad, los más altos apenas se alzarían trescientos metros y muy pocos pasaban de los doscientos cincuenta y estaban más cuidadosamente cimentados

que los naturales de los Mundos de la Espada acostumbraban, con amplias calzadas entre ellos. En varios lugares habían disposiciones extrañas de calzadas entrecruzadas, en apariencia sin llevar en ninguna parte. Harkaman se rió al verlas.

—Pistas de aterrizaje. Las vi en otros planetas en donde habían perdido la contragravedad. Para aviones con ala impulsados por combustible químico. Espero que tengamos tiempo para echar un vistazo por ahí. Apuesto que hasta tienen ferrocarriles.

El «gran daño» causado por la bomba era casi igual al efecto de un huracán medio; le había parecido peor desde los temporales de Traskon. En su mayor parte el perjuicio había sido moral, que es lo que se habían propuesto.

Conocieron el presidente Pedrosan y al Consejo de Síndicos en una espaciosa cámara bien amueblada cerca de lo alto de uno de los edificios de mediana altura. Valkanhayn estaba sorprendido; en un aparte consideró que aquella gente debía estar casi civilizada. Fueron presentados. Los apellidos de Amatarasu antecedían a los nombres personales, lo que demostraba que se trataba de una obligación cultural y política que hacía abundante uso del registro y archivo por orden alfabético. Todos vestían atuendos que poseían la apariencia indefinible pero inconfundible también de uniformes. Cuando se hubieron sentado ante la gran mesa ovalada, Harkaman saco su pistola y utilizó la culata como mazo.

—Lord Trask, ¿quiere usted tratar directamente con estas personas? —preguntó, rígidamente formal.

—Con certeza, almirante —habló el presidente, ignorando a los demás—. Queremos que quede entendido que deseamos controlar esta ciudad, que de hecho lo hacemos y que esperamos la completa sumisión. En cuanto ustedes permanezcan sometidos a nosotros, no perjudicaremos nada excepto de llevarnos las cosas que deseemos y no habrá violencia a ninguna de sus personas, ni tampoco ningún acto de indiscriminado bandolerismo. Esta visita que efectuamos les costará mucho, no se confundan en eso, pero…

—Cualquiera que sea el coste, será barato evitando otras cosas que podríamos hacer.

El presidente y los Síndicos intercambiaron miradas de alivio. Que los contribuyentes se preocuparan por el coste; ellos saldrían con el pellejo intacto.

—Comprenda usted, queremos el máximo valor y el mínimo volumen —continuó—. Pieles, joyas, objetos de arte, las mercancías del máximo grado de lujo de cualquier clase. Metales raros. Y metales monetarios, oro y platino. Supongo que tienen ustedes una moneda de base metálica.

—¡Oh, no! —El presidente Pedrosan parecía ligeramente escandalizado—. Nuestra moneda se basa en un servicio a la sociedad. Nuestra unidad monetaria se llama simplemente crédito.

Harkaman rezongó de manera poco educada. Con evidencia había visto antes sistemas económicos así. Trask quería saber si utilizaban oro o platino en absoluto.

—Oro, hasta cierto punto, para joyería —evidentemente no eran puritanos económicos completos—. Y el platino, claro, en la industria.

—Si quieren oro debieran haber atacado Stolgolaud —dijo uno de los síndicos—. Tienen moneda con patrón oro —por el modo de decirlo, igual parecía acusarles de comer con los dedos y posiblemente de devorar a sus propios retoños.

—Lo sé, hasta hace pocos siglos conozco los mapas utilizados para este planeta; Stolgoland no aparece en ellos.

—Ojalá no apareciese tampoco los nuestros —exclamó el general Dagró Ector, síndico por la Protección del Estado.

—Hubiera sido un buen asunto para todo el planeta si ustedes se decidieran a atacarles a ellos en vez de a nosotros —dijo otro.

Aún no es demasiado tarde para que estos caballeros tomen esa decisión —afirmó Pedrosan—. Presumo que el oro es metal monetario entre su gente, ¿no? Cuando Trask asintió, prosiguió: También es la base de la moneda stolgoniana. El dinero actual es de papel, redimible teóricamente en oro. En la actualidad, la circulación del oro ha sido prohibida y toda la riqueza áurea de la nación se concentra en las cajas fuertes de tres depósitos. Sabemos exactamente dónde están.

—Empieza usted a interesarme, presidente Pedrosan.

—¿De veras? Bueno, tienen ustedes dos espacionaves grandes y seis naves más pequeñas. Poseen armas nucleares, cosa que nadie en este planeta tiene. Conocen la contragravedad, algo apenas más que una leyenda aquí. Por otra parte, nosotros tenemos millón y medio de soldados terrestres, aviones a reacción, vehículos

blindados y armas químicas. Si emprenden ustedes un ataque a Stolgoland, colocaremos todas estas fuerzas a su disposición; el general Dagró las mandará según las instrucciones suyas. Todo lo que pedimos es que, cuando hayan cargado el oro de Stolgoland en sus navíos, dejen a nuestras tropas en posesión de la comarca.

Eso fue todo en aquella reunión. Hubo una segunda, con solo Trask, Harkaman y *sir* Paytrik Morland representando a los espacios vikingos, y el gobierno de Eglonsby más íntimamente en una habitación mucho más pequeña y lujosa del mismo edificio.

—Si van a declarar la guerra a Stolgoland, sería mejor que sigan adelante —aconsejó Morland—. No pensamos quedarnos aquí siempre.

—¿Qué? —Pedrosan parecía tener sólo la más vaga idea de lo que se hablaba—. ¿Se refieren, a avisarles? Ciertamente, no. Les atacaremos por sorpresa. No se hará nada excepto en evidente defensa propia —añadió con aire de justicia—. Los capitalistas oligárquicos de Stolgoland han estado planeando atacarnos a nosotros durante años.

—Sí. Si ustedes hubiesen llevado a cabo su propósito original de saquear Eglonsby, nos habrían invadido nada más que despegaran sus naves. Exactamente lo que yo haría en su lugar.

—¿Pero mantienen ustedes relaciones amistosas normales con ellos?

—Pues claro. Somos civilizados. El gobierno y el pueblo de Eglonsby aman Ja paz…

—Sí, señor presidente; comprendo. ¿Y tienen una embajada aquí?

—¡Así lo llaman! —exclamó Dagró—. ¡En un nido de víboras, un lugar de espionaje y subversión…!

—Nos apoderaremos de eso nosotros mismos, de inmediato —dijo Harkaman—. Ustedes no podrían reunir a sus agentes exteriores y si nosotros lo intentásemos, despertaría sospechas. Tendremos que preparar una fachada para engañarles.

—Sí. Ustedes se remontarán de inmediato, llamando a la gente para que colabore con ustedes… y ordenarán específicamente que sus tropas queden inmovilizadas para ayudarnos a recoger el tributo que han impuesto a Eglonsby —dijo Trask—. De esa manera, si algún espía stolgoniano ve sus tropas concentradas en torno a

nuestra nave de aterrizaje, creerán que nos ayudan a cargar el botín.

—Y anunciaremos que una gran parte del tributo consistirá en equipo militar —añadió Dagró—. Eso explicará por qué nuestros cañones y tanques están siendo cargados en sus vehículos contragravedad.

Cuando la embajada stolgoniana fue tomada por los vikingos espaciales, el embajador pidió ser llevado de inmediato en presencia del jefe. Tenía una proposición: si los vikingos espaciales desarmaban por completo el ejército de Eglonsby y admitían a las tropas stolgonianas cuando estuvieron indispuestos para zarpar, los invasores les traerían diez mil kilos de oro. Trask aceptó acoger agradablemente la oferta.

Stolgoland se extendía a través de un mar estrecho y profundo desde el Estado de Eglonsby; estaba salpicado de islas y en cada una de ellas había, a su torno, una multitud de pozos petrolíferos. El petróleo era lo que servía de combustible a las naves y vehículos terrestres de Amaterasu; el aceite, más que la ideología, era la raíz de la enemistad entre las dos naciones. En apariencia, el espionaje stolgoniano en Eglonsby estaba completamente engañado y los informes de Trask permitieron al embajador cautivo confirmar esta decepción. Sombríamente las estaciones de radio de Eglonsby vertieron exhortaciones a la gente para cooperar con los vikingos espaciales, con alguna lamentación ocasional acerca de las masas de material de guerra que se llevaban. El espionaje de Eglonsby en Stolgoland desempeñaba similar actividad. Los ejércitos stolgonianos estaban siendo concentrados en cuatro puertos marinos de la costa dando frente a Eglonsby y allí había una reunión frenética de todas las clases asequibles de navíos. Para esta vez, cualquier simpatía que Trask pudiese sentir hacia ambos bandos se había evaporado.

La invasión de Stolgoland empezó la quinta mañana después de su llegada a Eglonsby. Antes del alba, las seis chalupas entraron, haciendo una barrida lateral en torno a la curvatura del planeta y viniendo desde el norte, dos a cada lado de los depósitos de oro. Fueron detectadas por radar, eventualmente pero demasiado tarde para cualquier resistencia efectiva organizada. Dos depósitos fueron ocupados sin un disparo; a mitad de mañana los tres estaban

abiertos y los lingotes y demás metal empezaban a ser extraídos.

Los cuatro puertos desde donde la invasión stolgoniana de Eglonsby iba a efectuarse fueron neutralizados por bombardeo nuclear. La neutralización fue un buen trabajo, pensó Trask; no hubo ni eco en las pantallas de vida, desmembrada y quemada y cegada en torno a los bordes de la zona cero del suelo. El *Némesis* y el *Space-Scourge*, desde las naves de desembarco y de los propios navíos, colocaron en Stolgonopolis a las tropas de Eglonsby mientras saqueaban la ciudad, con las atrocidades de ordinario, los vikingos espaciales cargaban el oro y cualquier otra cosa de valor más que de ordinario, a bordo de las naves.

Aún estaban en ello a la mañana siguiente cuando el presidente Pedrosan llegó a la recién conquistada capital, anunciando su intención de juzgar como criminales de guerra al jefe del Estado stolgoniano y a su gabinete. Antes de ponerse el sol, habían vuelto a Eglonsby. El saqueo podía evaluarse en medio millón de estelares de Excalibur. Boake Valkanhayn y Garvan Spasso estaban simplemente a más allá de todo asombro e incapaces de pronunciar palabra.

Entonces comenzó el saqueo de Eglonsby.

Recogieron maquinaria y géneros de acero y de aleaciones metálicas ligeras. La ciudad estaba rellena de almacenes y los almacenes atestados de cosas valiosas. A pesar de la verborrea socialistas e igualitaria detrás de la que operaba el gobierno, parecía haber una numerosa clase selecta y si el oro no era un metal monetario tampoco era despreciado como propósito de ostentación. Habían varios grandes museos de arte. Van Larch, el más experto especialista artístico, se encargó de llevarse lo mejor de ellos.

Y también una gran biblioteca pública. Dentro desapareció Otto Harkaman, con media docena de hombres y una carretilla contragravedad. Sección histórica en el futuro sería mucho más pobre.

—El presidente Pedrosan estaba hablando por radio desde Stolgonopolis aquella noche.

—¿Es así como ustedes los vikingos espaciales cumplen lo pactado? —preguntó indignado—. Me han abandonado a mí y a mi ejército aquí, en Stolgoland, y están saqueando Eglonsby. Prometieron dejar en paz a Eglonsby si les ayudaban a conseguir el

oro de Stolgoland.

—No prometí nada de eso. Prometí ayudarle a apoderarse de Stolgoland. Ya la tiene en su poder —le contestó Trask—. Le prometí evitar daños o violencia necesarios. Ya han ahorcado a una docena de mis propios hombres por violaciones, asesinatos y vandalismo. Ahora, esperamos salir de aquí dentro de veinticuatro horas. Será mejor que vuelva usted antes. Su propia gente empieza a dedicarse a la rapiña. No prometimos controlarlos en su beneficio.

Eso era verdad. Con las pocas tropas que habían quedado, y la policía, las autoridades eran incapaces de tener a raya las turbas que saqueaban siguiendo la estela de los vikingos espaciales. Cada cual parecía tratar de coger lo que pudiese y que echasen después las culpas a los vikingos. Él pudo mantener en orden a su propia gente. Por lo menos habían habido una docena de casos de violación y asesinato y los causantes fueron prontamente ahorcados. Ninguno de sus tripulantes, ni siquiera de los que viajaban abordo del *Space-Scourge*, parecía molesto. Se daban cuenta de que los culpables habían merecido el castigo; no por lo que hubiesen hecho en los locales, sino por desobedecer las órdenes.

Unas cuantas tropas habían sido estacionadas en Stolgoland para cuando tuvieron arreglo para sus vehículos y ya despegaban. No parecían tener mucha delantera. Harkaman, quien ha visto ya su carga de microlibros almacenada y estaba en el pupitre de mandos, rió de buena gana.

—No sé lo que hará Pedrosan. Gehenna, ni siquiera sé lo que haría yo, si me hubiese metido en un lío como éste. Probablemente hará volver a la mitad de su ejército, dejará la otra mitad en Stolgoland y perderá ambas cosas. Supongamos que nos dejamos caer, dentro de unos tres o cuatro años, sólo por curiosidad. Si sacamos el veinte por ciento de lo que esta vez, el viaje valdría la pena.

Después entraron en el hiperespacio y una vez allí tuvieron el navío asegurado; las fiestas duraron tres días galácticos «standard» y nadie estuvo del todo sereno. Harkaman rebuscaba por entre la masa de material histórico que había encontrado. Spasso parecía jubiloso. Nadie p odia llamar a esto robos menores. Siguió repitiendo la misma frase mientras fue capaz de decir algo. Khepera, admitió, había sido fácil. ¡Piojosos dos o tres millones de

estelares; bah!

VI

Beowulf fue malo.

Valkanhayn y Spasso se habían opuesto al ataque. Nadie atacaba a Beowulf; Beowulf era demasiado duro. Beowulf tenía energía nuclear y armas nucleares y contragravedad y naves y naves de espacio normal, incluso poseían colonias en un par de otros planetas de su sistema. Lo tenían todo excepto los hipermotores. Boewulf era un planeta civilizado y no se atacan a los planetas civilizados saliéndose luego de rositas.

Y además, ¿acaso no habían conseguido bastante botín en Amaterasu?

—No, no lo conseguimos —contestó Trask—. Tenemos que sacar algo de Tanith, necesitaremos energía y no me refiero a la producida por molinos de viento ni saltos de agua. Como ustedes acaban de observar, Beowulf posee energía nuclear. De ahí sacaremos nuestro plutonio y nuestras unidades energéticas.

Y así fueron a Beowulf. Salieron del hiperespacio a ocho horas luz de la estrella
F-7
de la que Boewulf era el cuarto planeta, y se hallaba a veinte minutos luz de distancia. Guatt Kirbey efectuó un micro salto que hizo que las naves se quedasen a distancia prácticamente de comunicación Y comenzaron a trazar planes en una conferencia internaval, para ponerse de acuerdo.

Hay, o habían, tres fuentes importantes de minerales fisionables —dijoHarkaman—. El último navío que atacó aquí y escapó fue el *Princess of Lyones* de Stefan Kintour, hace sesenta años. Atacó una base del continente Antártico; según su informe, todo allí era nuevo reciente. No destrozó demasiado las cosas y aún debe estar en

funcionamiento. Nosotros entraremos desde el Polo Sur y tendremos que hacerlo deprisa.

Trasladaron equipo y personal, irían en un grupo, las chalupas por delante; ellos y el Space-Scourge bajarían hasta el suelo, mientras que el *Némesis*, mejor armado, volaría por encima de la pelea para enfrentarse con las naves locales de contragravedad, destruir los proyectiles dirigidos y proporcionar generalmente una protección desde arriba. Trask se trasladó al *Space-Scourge*, llevando consigo a Morlaud y a doscientos de los combatientes de tierra del Némesis. La mayor parte de las monturas individuales, naves de aterrizaje, manipuladores y elevadores pesados fueron con él, atestando las cubiertas en torno a las entradas de vehículos de la nave de Valkanhayn.

Saltaron hasta seis minutos de luz y mientras el astrogador de Valkanhayn seguía operando con los mandos, comenzaron a sentir a detección por radar y microrayos. Cuando salieron de nuevo, se encontraban a dos segundos luz del Polo Sur y media docena de navíos, o bien estaban en órbita o subían del planeta. Todas naves de espacio normal, claro, pero algunos casi tan grandes como el propio *Némesis*.

Los entonces todo fue como una pesadilla, navíos les batían con cañones y ellos les devolvían el fuego. Proyectiles dirigidos despegaron y contra proyectiles dirigidos les detuvieron rápidamente haciéndolos estallar en fulgurantes globos de luz. Luces rojas destellaron en el tablero de averías y las sirenas aullaron y los claxons bramaron. En las pantallas visoras exteriores vieron al *Némesis* desvanecerse en un destello de radiación y luego, mientras sus corazones estaban inmóviles por el miedo, aparecer de nuevo. Luces rojas se apagaron en el tablero mientras las brigadas de reparaciones y sus robots sellaban las brechas en el casco y bombeaban aire en las zonas evacuadas.

En ocasiones miraba hacia Boake Valkanhayn, que estaba sentado inmóvil en su sillón, masticando un cigarro apagado bastante tiempo atrás. No disfrutaba de la emoción, pero tampoco mostraba miedo. Una vez que un beowulfiano desapareció en una supernova y cuando la bola incandescente se amplió hasta la nada, el navío se había esfumado. Todo lo que el Valkanhayn dijo fue:

—Espero que uno de nuestros muchachos lo hiciese.

Se abrieron paso luchando y bajando, hacia la atmósfera. Otra nave de Beowulf estalló, casi del tamaño del Lamia de Spasso. Un momento después, otra; Valkanhayn batía con el puño el pupitre ante sí y gritaba.

—¡Ese fue uno de los nuestros! ¡Buscad quién disparó: quiero su nombre!

—Ahora los proyectiles dirigidos venían del planeta. El oficial de detección de Valkanhayn trataba de localizar su punto de procedencia. Mientras lo intentaba, una cosa grande en forma de melón se desprendió del Némesis y en la desgarrada brillantez de la comunicación entre los navíos la imagen de Harkaman estaba riéndose.

—Acabo de disparar un «Infierno»; blanco 50 grados sur, 25 grados este de la línea del horizonte. De Ahí venían esos proyectiles.

Otros proyectiles de contraataque volaron hacia el gran melón metálico; cohetes defensivos, disparados automáticamente, les salieron al encuentro. El rastro del ((Infierno)) estaba marcado primero por globos crecientes rojos y naranja en el espacio sin aire y luego por núcleos de fuego en cuanto el artefacto entró en la atmósfera. Desapareció en la oscuridad más allá del horizonte y luego produjo un sol propio. *Era* luz solar; una reacción Beta-Solar-Fénix y se mantendría a sí mismo durante horas. Esperó que no hubiese caído a menos de mil quinientos kilómetros de su objetivo.

La operación en el suelo fue una pesadilla pero de, clase distinta. Bajó en un vehículo comando, con Paytrik Morland y un par más de sus hombres. Habían cohetes y baterías artilleras. Se advertían los trazos de vuelos de vehículos de combate, de balas de cañón y de vehículos monotripulados que pasaban o estallaban ante ellos. Robots en aparatos contragravedad… robots militares, lanzando proyectiles, y robots trabajadores con sólo su propia masa para lanzarse, arrojándose a si mismos contra el enemigo. Las pantallas parecieron enloquecer por la radiación; los locutores daban órdenes contradictorias. Finalmente, la batalla, que se desenvolvió en el aire por encima de cinco mil metros cuadrados de minas y refinerías y plantas nucleares, se convirtió en dos combates distintos y concentrados, uno en la planta de embalaje y en las arcas de almacenamiento, y otro en la factoría de cartuchos de unidades

energéticas.

Tres chalupas bajaron para formar un triángulo en cada una de las zonas; el *Spece-Scourge* se colocó en el medio, vertiendo una riada de vehículos y de manipuladores de grandes zarpas arma das; elevadores blindados y naves de aterrizaje subieron y bajaron con rapidez. El coche comando saltó y esquivó de un blanco a otro; en uno de ellos, barriles metálicos de plutonio, pesando varias toneladas cada pieza, eran sacadas de las arcas y en el otro los ascensores traían cargas de cartuchos de energía electronuclear, algunos tan grandes como un jarro de diez litros, para proporcionar potencia al motor de una espacionave y otros tan pequeños como un carga de munición de pistola, para aparatos del de linternas.

Cada hora o así miraba su reloj para darse cuenta habían pasado sólo cuatro minutos.

Por fin, cuando estuvo del todo convencido de realmente la habían matado y que estaba con toda la eternidad en aquel caos infinito, el *Némesis* comenzó a disparar bengalas rojas, los altavoces de todos los vehículos convocaron a llamada. Subió sin saber cómo a bordo del *Spece-Scourge*, después de asegurarse de que nadie que viviese se había quedado atrás.

Habían veinte y pico que no existían ya y la enfermería estaba repleta de heridos subidos con los cargueros, y otros más descendían de los vehículos a medida que éstos entraban en sus lugares de amarre. El coche en el que viajó fue alcanzado varias veces y uno de los artilleros sangraba por debajo del casco aunque parecía no haberse dado cuenta. Cuando llegó a la sala de mandos, encontró a Boake Valkanhayn, su rostro tenso y cansado, tomando café de un robot y aderezándolo con coñac.

—Ya está dijo, soplando a la hirviente taza. Era un recipiente de plata que estuvo ante él cuando hizo su primera aparición en la pantalla del *Némesis*. Hizo un gesto con la cabeza hacia la pantalla de averías, todo había sido remendado, y las cubiertas exteriores en torno a las porciones rasgadas del casco selladas. La nave está segura —dejó la taza de plata y encendió un cigarro—. Para repetir las palabras de Garvan Spasso: «Nadie puede llamar a esto robar gallinas».

No. Ni siquiera si cuenta usted a los pájaros jirafa de tizona como pollos. Ese coñac de Gram que le sirve en el café… debe ser

bueno. Tomaré lo mismo. Sólo que yo lo quiero sin café.

VII

La detección del *Lamía* les captó en cuanto salieron del último microsalto; el mordiente temor que Dunnan pudiese haber atacado en su ausencia carecía de fundamento. Increíblemente, comprendió, habían estado fuera sólo treinta y pico d días «standard» galácticos, y en aquel tiempo Alvyn Karflard hizo una considerable cantidad de trabajo.

Había logrado que se limpiase por completo e espaciopuerto de basuras y escombros y aclararon los bosques en torno a los dos altos edificios. Los nativo llamaban a la ciudad Rivvinton, unas cuantas inscripciones encontradas de techo en trecho indicaban que el nombre original había sido Rivington. Karffar hizo un mapa considerable, con algún detalle del continente en el que la urbe se localizaba y, en general del resto del planeta. Y había establecido amistosa relaciones con los habitantes de Tradetown, haciéndose amigo de su rey.

Nadie, ni aquellos que lo habían realizado, podían creer del todo a sus ojos cuando se descargó el botín El pequeño rebaño de peludos unicornios, los locales de Khepera les llamaban *Kreggs*, sin duda una corrupción del nombre de algún naturalista que lo estudió por primera vez, habían sobrevido en e viaje e incluso la batalla de Boewulf en buenas condiciones. Trask y unos cuantos de los antiguos ganaderos de Traskon les cuidaban con ansiedad y el médico del navío, actuando de veterinario, hizo elaboradas pruebas de vegetación apta para su comida. Tres de las vacas parieron ternera; estos animales fueron aislados y vigilados con especial solicitud.

Los nativos al principio tenían reparos acerca de los kreggs. El ganado debía tener dos cuernos, uno a cada lado, curvados hacia

atrás. No era ganado adecuado el que tuviese un sólo cuerno, en el centro, apuntando hacia adelante.

Ambos navíos habían sufrido fuertes daños. El *Némesis* tenía una de las escotillas de la chalupa abierta del todo y todo el mundo se alegró de que los beowulfianos no se hubiesen dado cuenta e introducido en el interior un proyectil. El *Space-Scourge* había recibido un impacto directo en su polo sur mientras ascendía del planeta y buena parte de esa zona del navío estaba herméticamente sellada del resto cuando aterrizó. El *Némesis* se reparó en todo lo posible y se colocó fuera del planeta de patrulla, luego se pusieron a trabajar en el Space-Scourge, transfiriendo a las defensas terrestres la mayor parte de su armamento, limpiando todo el asequible espacio de carga y reparando el casco en la medida máxima. El arreglarlo por completo era tarea de un astillero normal, como el de Alex Gorram en Gram. Ahí precisamente es donde debería hacerse el trabajo.

Boake Valkanhayn mandaría la nave en el viaje hasta y desde Gram. Después de Beowulf, Trask no sólo había dejado de sentir antipatía por aquel hombre, sino que empezaba a admirarle. Antaño fue un buen tipo, antes de que la mala suerte de cuya acción era sólo en parte culpable, se hubiese apoderado de él. Ahora se había mostrado tal y como era dejando de preocuparse por sí mismo. Se reprimía y volvía a ser un hombre. Eso comenzó a mostrarse después de aterrizar en Amaterasu. Comenzaba a vestirse de manera más sencilla y hablar de un modo más gramatical; es decir, aparecía y se comportaba más como un hombre del espacio que como un granuja. Sus hombres empezaron a obedecerle cada vez que daba una orden. Se había opuesto al ataque de Beowulf, pero había sido un forcejeo moribundo del raterillo que fuera antaño. Al atacar se asustó; bueno, ¿y quién no se había asustado, excepto los pocos novatos poseedores del valor de la ignorancia? Pero entró en el combate y luchó con su navío muy bien y mantuvo su puesto por encima de la planta de materias fisionables en medio de un infierno de bombas y proyectiles, y se aseguró de que todo el mundo que había bajado y que viviese todavía subiese a bordo antes de zarpar.

Volvía a ser de nuevo un vikingo espacial.

Garvan Spasso no lo era y nunca lo sería. Estaba furioso cuando se enteró de que Valkanhayn ocuparía su nave, cargada con la

mayor parte del pillaje de los tres planetas, para ir a Gram. Fue a Trask casi echando chispas.

—¿Sabe lo que ocurrirá? —preguntó—. Se marchará con ese cargamento y no lo volveremos a ver jamás. Probablemente lo llevará a Joyeuse o Excalibur y se comprará con lo que le den una señoría.

—Oh, lo dudo, Garvan. Mucha de nuestra gente le acompañará… Guatt Kirbey será el astrogrador; usted confía en él, ¿verdad? Y *sir* Paytrik Worland, y el barón Rathmore, y lord Valpry, y Riove Hemmerding… —Guardó silencio durante un momento, sobresaltado por la idea—. ¿Quisiera ir usted también en el *Space-Scourge*?

Spasso asintió decidido. Trask hizo un gesto con la cabeza.

—Bueno. Entonces estaremos seguros de que no se prepara ninguna granujada —dijo muy en serio.

Después de que Spasso se hubo ido, se puso en contacto con el barón Rathmore.

—Procura que cobre cuantos dineros se le deba en cuanto lleguéis a Gram. Y pide al duque Angus que haga el favor de darle algún puesto insignificante con un título convenientemente impresionante, lord Chambelán del Lavabo Ducal, o algo por el estilo. Luego que le proporcione falsa información y le dé una oportunidad de vendérsela a Omfray de Glaspyth. Entonces, claro, podrá, establecer contactos para vender a Angus a su enemigo Omfray. Dentro de un par de veces esta maniobra alguien le clavará un puñal y nos habremos desembarazado de él para siempre.

Cargaron el *Space-Scourge* con oro de Stolgoland y pinturas y estatuas de los museos de arte, tejidos, pieles y joyas y porcelanas, de los mercados dé Eglonsby. Cargaron sacos y barriles de especies de Khepera. La mayor parte del pillaje de esta ciudad no valía la pena de llevar a Gram, pero resultaba una prueba bastante de avance en su propia tecnología para ser inapreciable de los nativos de Tanith.

Algunos aprendían las simples operaciones con máquinas y unos pocos eran capaces de gobernar vehículos contragravedad que habían sido adaptados con apropiados aparatos de seguridad. Los antiguos guardias de los esclavos se habían hecho sargentos y tenientes en un regimiento de infantería que se formó, y el rey de

Tradetown pidió prestados a unos cuantos para su propia guardia. Algún genio del taller mecánico alteró el mosquete de pedernal convirtiéndolo en de retrocarga y enseñó a los armeros locales cómo hacerlo.

Los kreggs continuaron viviendo después de que el *Space-Scourge* partiera. Nacieron varias terneras y todo pareció ir muy bien; las bioquímicas de Tanith y Khepera eran muy parecidas. Trask esperaba mucho de esas reses. Cada navío vikingo tenía sus propios almacenes de carne, pero los hombres estaban cansados de las conservas y había abundante demanda para la carne fresca. Algún día, esperaba, las reses kreggs serían una mercancía de venta para los navíos que entrasen en Tanith y las peludas pieles incluso encontrarían mercado en los Mundos de la Espada. Tenían aparatos de contragravedad arando entre Rivington y Tradetown regularmente, ahora, y camiones aéreos enlazaban los pueblos. Los barqueros de Tradetown alguna vez alborotaban contra esta competencia poco noble. Y en la propia Rivington las máquinas de construcción y las palas mecánicas trabajaban y había siempre una nube creciente de polvo por encima de la urbe.

Había mucho que hacer y sólo menos que veintiocho horas standard galácticas para realizarlo. Pasaron días enteros en los que ni siquiera penso ni una sola vez en Andray Dunnan.

Ciento veinticinco días hasta Gram y ciento veinticinco días para regresar. Ya habían pasado hacía tiempo. Claro, habría el trabajo de reparar el *Space-Scourge*, las conferencias con los inversores de la aventura original de Tanith, el negocio de reunir el equipo necesario para una nueva base. Incluso así, empezaba a preocuparse un poco. Se preocupaba por algo tan lejos de su control como el *Space-Scourge*, cosa que era absurda y 10 sabía. Sin embargo, no podía evitarlo. Incluso Harkaman, de ordinario imperturbable, empezó a sentir temores al cabo de doscientos setenta días.

Estaban relajándose en la sala de estar que habían preparado en lo alto de un edificio del espacio puerto antes de retirarse, tumbados los dos cansinos en sus sillones que procedían de uno de los mejores hoteles de Eglonsby, sus vasos con refrescos entre ellos en una mesita baja, cuyo tablero estaba incrustado de algo parecido al marfil, pero que no lo era. En el suelo estaban los planos de una fábrica reactora y convertidora de masa en energía que construirían

en cuanto el *Space-Scourge* regresase con equipo para producir pantallas de planchas de colapsio.

—Claro, podríamos seguir adelante con ello, ahora —dijo Harkaman—. Podríamos arrancar bastante blindaje del *Lamía* para blindar cualquier fábrica reactora.

Era la primera vez que abordaban de cerca la posibilidad de que el navío no regresase. Trask dejó su cigarro en el cenicero, cigarro procedente del despacho particular del presidente Pedrosan Pedro, y se sirvió más coñac en su copa.

—Vendrá antes de mucho. Tenemos bastantes gentes nuestras a bordo para asegurarse de que nadie intente apoderarse de la nave. Y, ahora, creo realmente que podemos fiarnos de Valkanhayn.

—Yo también. No me preocupa lo que pueda ocurrir al navío. Pero no sabemos lo que está sucediendo en Gram. Glaspyth y Didreksburg han podido aliarse y asaltar Wardshaven antes que el duque Angus estuviese dispuesto para invadir Glaspyth. Boake pudo haber hecho aterrizar su nave en una trampa de Wardshaven.

—Tendría que ser una catástrofe que esa trampa se cerrase sobre él. Seria la primera vez en la historia de que un vikingo espacial atacase al Mundo de la Espada Harkaman miró a su copa medio vacía, luego la llenó hasta el borde. Era el mismo licor con que empezó, igual que un regimiento que ha sido diezmado y repuesto con reclutamiento se refuerza unas cuantas veces pero sigue siendo el mismo regimiento.

El zumbido de la pantalla de comunicación, una de las pocas de la habitación que no había sido robada de ninguna parte, le interrumpió. Ambos se levantaron; Harkaman, aún con la copa en la mano, fue para conectaría. Era el hombre de servicio en la sala de control, arriba de todo, informando que dos emergencias acababan de ser detectadas a veinte minutos luz al norte del planeta. Harkaman se tragó el licor de golpe y dejó la copa vacía.

—Está bien. ¿Dio la alarma general? Conecte a esta pantalla cualquier cosa que venga —sacó su pipa y comenzó a cargarla de tabaco mecánicamente. Estarán saliendo del último microsalto y a cosa de dos segundos luz dentro de muy pocos minutos.

Trask volvió a sentarse, vio que su cigarrillo se había consumido casi hasta el filtro y encendió uno nuevo de la colilla, deseando poder estar tan tranquilo como Harkaman. Tres minutos más tarde,

la torre de control captó dos emergencias a un segundo y medio de luz, a unos cuantos millares de kilómetros de distancia. Luego la pantalla chisporroteó y Valkanhayn asomó por ella, desde su escritorio en el nuevo puesto de mando del *Space-Scourge*.

También era un nuevo Boake Valkanhayn. Su gruesa y bordada chaqueta de capitán parecía hecha por uno de los mejores sastres de Gram y en el pecho había una gran y adornada estrella de caballero, de diseño poco familiar, llevando, entre otras cosas, la espada y el símbolo atómico de la casa de Ward.

—Príncipe Trask; conde Harkaman —saludó—. *Space-Scourge*, Tanith; tres mil doscientas horas fuera de Wardshaven, en Gram, Barón Valkanhayn al mando, acompañado del carguero *Rozinante*, Durendal, capitán Morbes. Pidiendo permiso e instrucciones para entrar en órbita.

—¿Barón Valkanhayn? —preguntó Harkaman.

—Eso mismo —sonrió Valkanhayn—. Tengo un pergamino del tamaño de una manta para demostrarlo. Traigo todo un cargamento de pergaminos, uno dice que tú eres Otto, conde de Harkaman y otro dice que eres almirante de la Real Marina de Mardukan.

—¡Lo logró! —exclamó Trask—. ¡Se hizo rey de Gram!

—Cierto. Y tú eres su bien amado Lucas, príncipe Trask, y virrey del reino de Tanith de su Majestad.

Harkaman silbó ante eso.

—Y un diablo. Este es *nuestro* reino de Tanith.

—¿Acaso su Majestad ha hecho algo para que valga la pena aceptar su soberanía? —preguntó Trask—. Es decir, además de pergaminos.

Valkanhayn siguió sonriendo.

—Esperad hasta que empiece a descargar el cargamento. Y esperad hasta que veáis lo que está atestando la otra nave.

—¿Volvió Spasso contigo? —preguntó Harkaman.

-Oh, no. *Sir* Garvan Spasso entró al servicio de Su Majestad, el rey Angus. Es jefe de policía en Glaspyth, ahora, y nadie puede llamar a lo que hace allí como robo de gallinas tampoco. Si tiene que robar gallinas, roba toda la granja entera.

Esto no parecía bueno. Spasso podía difamar el nombre del rey Angus por todo Glaspyth. O quizás eso permitiría a Spasso aplastar a los partidarios de Omfray y luego colgarle acusado de opresión al

pueblo. Había leído de alguien que hizo cosa por el estilo, en uno de los antiguos libros de historia terrestre de Harkaman.

El barón Rathmore se había quedado en Gram; lo mismo Rolve Hemmerding. El resto de los caballeros aventureros, todos con flamantes títulos nobiliarios, regresaban. Por ellos, como por los dos navíos que entraban en órbita, se enteró de lo que había ocurrido en Gram desde que el *Némesis* despegara.

El duque Angus había anunciado su intención de seguir adelante con la aventura de Tanith y empezó la construcción de una nueva nave en los astilleros Gorram. Esto había servido plausiblemente para explicar todas las utilidades de preparación de la invasión de Glaspyth y había engañado al duque Omfray por completo. Omfray ya había empezado un navío propio; los recursos enteros de su ducado fueron amontonados en un esfuerzo de terminarlo y enviarlo al espacio por delante del que construía Angus. Se trabajaba frenéticamente en la nave cuando los invasores de Wardshaven entraron en Glaspyth; ahora estaba casi terminado como unidad de la Real Marina. El duque Omfray había logrado escapar a Didreksburg; cuando las tropas de Angus penetraron en este último ducado, tomó a escapar, esta vez fuera del planeta. Ahora estaba comiendo el amargo pan del exilio en la corte del tío de su esposa, el rey de Haulteclere.

El conde de Newhaven, el duque de Bigglersport y el lord de Northport, todos los que habían favorecido el establecimiento de una monarquía planetaria, reconocieron inmediatamente a Angus como soberano. Así, con un cuchillo en su garganta, tuvo que reconocerlo también el duque de Didreksburg. Muchos otros magnates feudales habíanse negado a rendir su soberanía. Eso significaba lucha, pero Paytrik, ahora barón Borland, lo dudaba.

—Cuando se enteraron de la base aquí y vieron lo que llevábamos a Gram, empezaron a cambiar de idea. Sólo a los súbditos del rey Angus se les permitiría —invertir dinero en la aventura de Tanith. Esto resultó— algo muy bueno para conseguir partidarios.

En cuanto a aceptar el anexionamiento de Tanith por el rey Angus y su soberanía, la cosa resultaría aconsejable. Necesitarían una salida a un Mundo de la Espada para poder tomar u obtener por trueques lo que necesitasen de los otros vikingos especiales y

hasta que tuviesen industrias adecuadas propias, dependerían de Gram para muchas cosas que no podían obtenerse con ataques.

—¿Supongo que el rey sabe que no estoy aquí para cuidar mi salud ni su beneficio? —preguntó a lord Valpry durante una de las conversaciones por pantalla mientras el *Space-Scourge* entraba en órbita—. Mi asunto es Andray Dunnan.

—Oh, sí —replicó el lord noble de Wardshaven—. De hecho, me dijo, con muchas palabras, que se consideraría el más feliz si le enviases la cabeza de su sobrino dentro de un bloque de lucita. Dunnan ofendió también su honor. Los príncipes soberanos nunca ven nada gracioso en cosas como esas.

—¿Y acaso sabe que tarde o temprano Dunnan atacará Tanith?

—Si no lo sabe, no es porque yo no se lo dijese con bastante frecuencia. Cuando veas el armamento defensivo que traemos, cambiarás de idea.

Era impresionante, pero nada en comparación con el equipo de ingeniería industrial. Robots mineros para utilizar el hierro de la luna de Tanith y transportes del espacio normal para el viaje hasta el satélite. Un productor de materia colapsada; ahora podrían tener las placas de colapsio para su propio blindaje. Una fundición de acero pequeña y enteramente automática podría instalarse y operar en el satélite. Robots industriales y maquinaria para fabricar máquinas. Y, mejor que nada, doscientos ingenieros y técnicos expertos.

Unas pocas baronías industriales en Gram comprenderían, antes de mucho, lo que habían perdido con aquellos hombres. Se preguntó lo que lord Trask de Traskon hubiera pensado de ello.

El príncipe de Tanith va no se interesaba en lo que pasase en Gram. Quizás, si las cosas prosperaban durante el próximo siglo, sus sucesores habrían convertido a Gram en un vicerreinato del reino principal de Tanith.

VIII

En cuanto fue descargado el *Space-Scourge*, se le envió en órbita fuera del planeta para vigilar; Harkaman inmediatamente salió para el espacio en el *Némesis*, mientras Trask se quedaba. Empezaron a descargar el *Rozinante*, después de posarlo en el espaciopuerto de Rivington. Cuando se terminó la operación sus oficiales y tripulación se tomaron un mes de vacaciones, hasta el regreso del *Némesis*. Harkaman debió haber efectuado rápidos ataques en media docena de planetas. Ninguna de la carga que trajo era espectacularmente valiosa y le quitó importancia a todo el asunto diciendo que era robar gallinas, pero había perdido unos cuantos hombres y la nave mostraba unas pocas nuevas cicatrices. Buena cantidad de lo que fue transbordado al *Rozinante* eran manufacturas que competirían con las mercancías producidas en Gram.

—Esta carga será inferior si contamos lo que llevó el *Space-Scourge*, pero no queremos que el *Rozinante* vuelva de vacío —dijo —. Una cosa, entre paradas tuve tiempo de leer un poco.

—¿Por libros de la biblioteca de Eglonsby?

—Sí. Me enteré de algo curioso acerca de Amaterasu. ¿Sabes por qué ese planeta fue tan extensamente colonizado por la Federación, cuando no parecía poseer minerales fisionables? El planeta producía gadolinio.

El gadolinio era esencial para los motores hiperimpulsión; los motores del navío del tamaño del *Némesis* necesitaban unos veinticinco o treinta kilos.

En los Mundos de la Espada el mineral valía varias veces su peso en oro. Si seguían extrayéndolo, Amaterasu compensaría de una segunda visita.

Cuando lo mencionó, Harkaman se encogió de hombros.

—¿Y por qué van a seguir extrayéndolo? Sólo sirve para una cosa y no se puede dirigir una espacionave con combustible a base de aceite pesado. Supongo que las minas pueden reabrirse y construirse nuevas refinerías, pero…

—Podríamos cambiar el plutonio por gadolinio. Ellos no tienen plutonio. Ganaríamos nuestros precios y no es necesario decirles cómo se vende el gadolinio en los Mundos de la Espada.

—Podríamos, si fuese factible negociar con alguien de allí, después de lo que hicimos a Eglonsby y Stolgoland. ¿Pero de dónde sacaríamos el plutonio?

—¿Por qué no crees que los beowulferianos carecen de hipernavíos, cuando tienen todo lo demás?

—Harkaman chasqueó los dedos.

—¡Por Satán, eso es! —Luego miró a Trask alarmado—. Eh, ¿no pensarás vender plutonio de Amaterasu y gadolinio de Beowulf, verdad?

—¿Por qué no? Por ambos extremos podríamos obtener un gran beneficio.

—Sabes lo que sucedería después, ¿no? Habrían naves de ambos planetas por todo lugar dentro de pocos años. Deseamos tanto eso como que nos hagan un agujero en la cabeza.

No pudo ver la objeción. Tanith y Amaterasu y Beowulf podían elaborar un buen comercio triangular; los tres se beneficiarían. No costaría hombres, ni daños a los navíos, ni municiones, tampoco. Quizás una mutua alianza defensiva también. Se pensaría en eso más tarde; había demasiado que hacer aquí en Tanith de momento.

Hubieron minas en la luna de Tanith antes del colapso de la Federación; se les había quitado su equipo después, mientras Tanith seguía luchando una batalla perdida contra el barbarismo, pero las cámaras subterráneas y las cavernas artificiales se podían seguir siendo usadas y con el tiempo las minas fueron reabiertas e instalada la fundición, y al poco lingotes de acero terminado bajaban mediante las naves lanzaderas. Mientras, el astillero había sido diseñado y estaba tomando forma.

El navío de Gram, Queen *Flavia*, el que estaba sin terminar en Glaspyth cuando la toma del ducado, vino tres meses después de que el *Rozinante* regresase; debía haber sido terminado mientras Valkanhayn estaba aun en el hiperespacio. Llevaba un cargamento

considerable, en parte superfluo pero en su generalidad útil; todo el mundo invertía ahora en la aventura de Tanith y el dinero tenía que ser gastado en algo. Valkanahayn trajo cerca de un millar de hombres y mujeres; la filtración de cerebros y capacidad de los Mundos de la Espada se estaba convirtiendo en una avenida. Entre e11os iba Basil Gorram. Trask lo recordaba como un joven terco e insufrible, parecía ser un buen maestro de astilleros. Francamente predijo que al cabo de pocos años los muelles de su padre En Wardshaven serian una obra inútil y en paro y todo los navíos de Tanith estarían construidos en el propio Tanith. El socio menor de Lothar Ffayle también vino, para establecer una sucursal del banco de Wardshaven en Rivington.

En cuanto el *Queen* Flavia se hubo librado de su cargamento de pasajeros, tomó quinientos luchadores terrestres del *Lamia*, *Némesis* y *Space-Scourge* y salió al espacio en un viaje de ataques, mientras se marchaba el segundo navío, el que comenzó el duque Angus en Wardshaven y terminó el rey Angus, el *Black Star*, entro.

Trask se mostraba ligeramente incrédulo al darse cuenta de que había salido de Gram casi exactamente dos años después de la partida del *Némesis*. Seguía sin tener ninguna idea de dónde estaba Andray Dunnan, o que hacia donde encontrarle.

Las noticias de la base Gram en Tanith se extendieron despacio, primero por los navíos, de líneas regulares y por los cargueros de cabotaje que entraban a los Mundos de la Espada y luego por las naves comerciales y por los vikingos espaciales que se dirigían a la Antigua Federación. Dos años y seis meses después de que el *Némesis* hubiese salido del hiperespacio para encontrar en Tanith a Boake Valkanhayn y a Garvan Spasso, el primer vikingo espacial independiente entró, para vender un cargamento y hacerse reparar. Compraron lo que traía, había estado atacando algún planeta bastante por encima del nivel de Khepera y por debajo del de Amaterasu, y cicatrizaron las heridas de su navío obtenidas en campaña. Había estado tratando antes con la familia Heverrart en Hoth y se demostró mas satisfecho con los tratos que consiguió en Tanith que juró volver.

No había oído hablar nunca de Audray Dunnan ni del *Enterprise*.

Fue un gilgamesheriano quien trajo las primeras noticias.

La primera vez que oyó hablar de los gilgamesherianos, la

palabra que *Sir* utilizaba indiscriminadamente para navíos nativos o procedentes de Gilgalmesh, fue en Gram, por parte de Harkaman y Karffard y Van Larch y los demás. Desde su venida a Tanith oyó hablar de ellos a cada vikingo espacial, nunca en alabanza y raras veces en términos imprimibles.

Gilgalmesh estaba catalogado, con ciertas reservas, como un planeta civilizado aunque no al nivel de 0dm, o Isis, o Baldur, o Marduk, o Aton, o cualquiera de los otros mundos que habían mantenido ininterrumpidamente la cultura de la Federación Terrestre. Quizás Gilgalmesh merecía más crédito; su pueblo había soportado dos siglo la oscuridad y logró elevarse mediante una gran fuerza de voluntad. Habían recobrado todas las antiguas técnicas, incluyendo los hipermotores.

Ellos no atacaban; comerciaban. Tenían objeciones religiosas a la violencia, aunque las mantenían dentro de límites sensatos y eran capaces y voluntariosos de luchar con ferocidad fanática en defensa de su planeta patrio. Cosa de un siglo antes, hubo un ataque de cinco navíos vikingos a Gilgalmesh, uno tuvo que regresar y ser vendido como chatarra después de llegar a una base amiga. Las naves de Gilgalmesh iban a todas partes para comerciar y en donde comerciaban unos cuantos solían instalarse de ordinario y cuando se instalaban ganaban dinero, mandando la mayor parte de él a su patria. Su sociedad parecía ser un suave teosocialismo y su religión una absurda mezcla de la mayor parte de los monoteísmos del período de la Federación, más innovaciones doctrinales y ritualísticas propias. Aparte de su propensión al negocio, su terca negativa a considerar a nadie que no fuese de su especie como algo más que semihumano, y a la masa de prohibiciones en las que se escondían del contacto social con los demás, les hacía generalmente antipáticos.

Después de que su nave entrase en órbita, tres bajaron para negociar. El capitán y su ejecutivo llevaban abrigos largos, casi hasta la rodilla, abotonados hasta la garganta y capitas blancas como mantoncilIos; el tercero, uno de sus sacerdotes, llevaba una especie de túnica o sotana con el símbolo de su religión, un triángulo azul dentro de un círculo blanco, en el pecho. Todos llevaban barbas que pendían desde sus mejillas, con las barbillas y los labios superiores afeitados. Todos poseían los mismos rostros

rígidos y desaprobadores, todo rechazaron cualquier clase de refresco y se sentaron incómodos como si temieran contaminación de los asientos utilizados por quiénes ocuparon las sillas antes que ellos. Habían reunido aquí y allá una carga heterogénea, procedente de planetas subcivilizados, que no interesaba en absoluto a Tanith. Pero también tenían algún buen género ámbar vegetal y plumas de pájaro flamígero de Irminsul; marfil o algo parecido de otra parte; diamantes y ópalos orgánicos de Uller y piedras solares del Zarathustra. También llevaban algo de platino. Querían maquinaria, especialmente motores de contragravedad y robots.

Lo malo era que deseaban regatear. El regateo, según parecía, era el deporte planetario de Gilgamesh.

—¿Oyeron ustedes hablar de un navío y vikingo llamado *Enterprise*? —le preguntó, en el séptimo u octavo descanso de la negociación—. Lleva como emblema un creciente, azul claro sobre negro. Su capitán se llama Andray Dunnan.

—Un navío de ese nombre, con tal emblema, atacó Chermosh hace más de un año —dijo el sacerdote sobrecargo—. Algunas de nuestras gentes van a Chernosh para comerciar. Ese navío saqueó la ciudad en la que estaban; unos cuantos perdieron una fortuna en mercancías mundiales.

—Lástima.

—El sacerdote gilgamesheriano se encogió de hombros.

—Es voluntad del Todopoderoso —dijo, luego se iluminó ligeramente—. Los de Chermosh son paganos y adoradores de falsos dioses. El vikingo espacial saqueó su templo y lo destruyó profundamente; se llevaban las imágenes esculpidas y las abominaciones. Nuestros paisanos son testigos de que los idólatras gimieron y se lamentaron mucho.

De modo que ésta era la primera entrada en el Gran Tablero. Cubría, optimísticamente, toda una pared de su despacho y para algún tiempo la única nota escrita en tiza sobre el ataque a Chermosh, y la fecha, poco más o menos aproximada, pareció muy solitaria. El capitán del *Black-Star* trajo material para un par de anotaciones más. Habían tocado varios planetas conocidos por verse temporalmente ocupados por los vikingos espaciales, para cambalachear el pillaje, dio a sus hombres algún permiso e hizo investigaciones, y tenía los nombres de un par de planetas atacados

por el navío del azul creciente. Una era sólo de seis meses de antigüedad.

Del modo en que las noticias se propagaban por la Antigua Federación eso era prácticamente una comunicación fresca y recién salida del horno.

El capitán propietario del *Aiborak* tuvo algo que añadir, cuando entró con su navío seis meses más tarde. Sorbió su bebida despacio, como si se hubiese limitado a sí mismo a una sola y quisiera hacerla durar lo más posible.

—Casi hace dos años, en Jagannath —dijo—. El *Enterprise* estaba en órbita allí efectuando unas reparaciones ligeras. Me encontré con ese hombre unas cuantas veces. Se parece al de esas fotografías, pero ahora lleva una barbita puntiaguda. Vendió mucho botín. Mercancías generales, piedras preciosas y semipreciosas, una buena cantidad de muebles labrados que parecían sacados de algún real neobárbaro y material de un templo. Eudista; había un par de grandes dioses de oro de Dai Butsus. Su tripulación invita a beber a los recién llegados. Algunos estaban muy morenos por encima del cuello, como si hubieran vivido en un planeta de estrella caliente no mucho tiempo atrás. Y él tenía para vender una buena cantidad de pieles de Imhotep, un género sencillamente fabuloso.

—¿Qué clase de reparaciones? ¿Daños de combate?

—Esa fue mi impresión. Salió al espacio un centenar de horas después de que yo entrase en compañía de otra nave. El *Star Hopper*, capitán Teodor Vaglin. Se decía que iban a atacar juntos a alguna parte —el capitán del *Alborak* penso un momento. Otra cosa más. Compraban munición, todo desde cartuchos de pistola hasta proyectiles infernales. Adquiría toda clase de equipo
aire-agua,
y conservas de carne y equipo hidropónico cuanto pudo conseguir.

Eso era algo digno de saberse. Dio las gracias al vikingo espacial y luego preguntó:

—¿En aquel tiempo sabía que estoy buscándole?

—Si estaba en enterado, nadie más en Jagannath lo sabía. No oí en persona nada hasta seis meses después.

Aquella tarde reprodujo la grabación de la conversación celebrada para que Harkaman, Valkanhayn, Karfard y algunos más la oyesen. Alguien dijo al instante.

—Ese género del templo vino de Chermosh. Allí son budistas. Eso concuerda con la historia del gilgamesheriano.

—Obtuvo las pieles en Imhotep; mediante intercambio —afirmó Harkaman—. Nadie consigue nada de Imhotep atacando. El planeta se encuentra en mitad de una glaciación, la superficie terrestre hasta el paralelo 15 es hielo sólido. Hay una ciudad, de diez o quince mil habitantes y el resto de la población se desparrama en pequeños puestos de un par de centenares a lo largo de la fachada de los glaciares. Todos son cazadores y tramperos. Poseen algo de contragravedad y cuando entra un navío comunican la noticia por radio y todo el mundo lleva las pieles a la ciudad. Utilizan miras telescópicas y cada cual que ya sea de diez años de edad puede alcanzar un hombre en la cabeza, a quinientos metros. Y las armas de nada sirven; están en excesodispersos. Así que el único medio de sacar algo de ellos es comprando.

—Creo que sé de dónde era todo eso —dijo Alvyn Karfard—. En Imhotep, la plata es un metal monetario. En Agni, utilizan plata para cañerías de desagüe. Agni es un planeta de estrella caliente sol clase B —3. Y en Agni son duros y tienen, buenas armas. Allí podía ser donde el *Enterprise* recibió esas averías de combate.

Se inició una discusión sobre si habría ido a Chermosh primero. Era seguro que hubiese ido a Agni y luego a Imhotep. Guatt Kirbey trató de calcular ambos rumbos.

—Eso, de todas maneras, no nos dice nada —murmuró por último—. Chermosh está lejos y lateral de Agní e Imhotep en cada caso.

—Bueno, tiene una base en algún lugar y no es en ningún planeta tipo Tierra —dijo Valkanhayn—. De otro modo ¿para qué querría todo ese aire y agua, y comestibles hidropónicos y conservas de carne?

La zona de la Antigua Federación estaba llena de planetas no del tipo Tierra, ¿y para qué alguien se iba a molestar en ir a cualquiera de ellos? Un planeta que no tuviese atmósfera de oxígeno, desde diez a doscientos kilómetros de diámetro y en una zona temperada, no valía la pena de perder el tiempo en él. Pero un planeta así, si se poseía equipo de supervivencia, sería un estupendo escondite.

—¿Qué clase de capitán es ese Teodor Vaglin? —preguntó Trask.

—Bueno —se apresuró a contestar Harkaman—. Tiene una

cierta tendencia sadista pero conoce el negocio y posee un buen navío y una tripulación perfectamente adiestrada. ¿Crees que Dunnan v él se han unido?

—¿Y tú no? Creo que, ahora que tiene una base, Dunnan va a reunir una flota.

En estos momentos ya sabrá que vamos tras él —dijo Van Larch —. Y conoce donde estamos y eso le da un tanto de ventaja sobre nosotros.

IX

De modo que Andray Dunnan volvía a asediarle. Fragmentos pequeños de información vinieron… el navío de Dunnan había sido visto en Hoth, en Nergal, vendiendo el botín conseguido. Ahora cambiaba oro o platino y compraba unas pocas armas y municiones. Aparentemente, su base, donde quiera estuviese, era plenamente autosuficiente. Resultaba seguro, también, que Dunnan sabía que se le perseguía. Un vikingo espacial que habló con él, afirmó que dijo:

—No quiero ningún jaleo con Trask, y si es listo tampoco querrá tener que ver nada conmigo.

Esto sirvió para convencerles positivamente que en alguna parte Dunnan estaba reforzándose para atacar a Tanith. Dispuso como norma general que siempre por lo menos dos navíos orbitasen Tanith, además del *Lamia*, que estaba de patrulla permanente e instaló más estaciones lanzadoras de proyectiles tanto en la luna como en el planeta.

Habían tres naves que llevaban la espada y el símbolo atómico de Ward, y una cuarta construyéndose en Gram. El conde Lionel de Newhaven fabricaba una propia y tres cargueros enlazaban a través de los tres mil años luz que separaban Tanith de Gram. Sesar Karvall, que nunca se recuperó del todo de sus heridas, había muerto; *lady* Lavina entregó la baronía y el negocio a su hermano, Burt Sandrasan, y se fue a vivir a Excalibur. Los astilleros de Rivington habían sido terminados y ahora construían las patas de aterrizaje del *Corísande II*, de Harkaman, y estaban ya montando el armazón.

Y comerciaban ahora con Amaterasu. Pedrosan Pedro había sido derrocado y condenado a muerte por el general Dagró Ector durante los desórdenes siguientes al saqueo de Eglonsby; las tropas que se

quedaron en Stolgoland se amotinaron e hicieron causa común con sus finados enemigos. Las dos naciones se mantenían en una inestable alianza, con otros varios países combinándose contra ellas, cuando el *Némesis*, y el *Space-Scourge* regresaron y declararon la paz contra todo el planeta. No hubo lucha; todo el mundo sabía lo que ocurrió a Stolgoland y Eglonsby. Al final, los gobiernos de Amaterasu se unieron en un suave tratado para reabrir las minas y reanudar la producción de gadolinio y compartir las materias fisionables que se importaran para el intercambio.

Resultó más duro y costó todo un año negociar con Beowulf. Los beowulfianos tenían un único gobierno planetario y estaban propensos a disparar primero y a negociar después actitud bastante natural en vista de las experiencias del pasado. Sin embargo, tenían bastantes antiguos libros de texto de la Federación microimpresos para saber lo que podía realizarse con el gadolinio. Decidieron borrar el pasado, olvidándose de las luchas, y recomenzar de nuevo.

Pasarían algunos años antes de que cada planeta tuviese hipernavios propios. Mientras, ambos resultaron buenos clientes y rápidamente se convirtieron en excelentes amigos. Un buen número de jóvenes amaterasuanos y beowulfianos vinieron a Tanith a estudiar diversas disciplinas tecnológicas.

Los nativos de Tanith también estudiaban. En el primer año, Trask reunió a los más inteligentes chavales de diez a doce años de cada comunidad y empezó a enseñarles. En el pasado año mandó los más inteligentes a la Universidad de Gram. Cinco años después, volvieron para ser profesores; entre tanto, importaba maestros a Tanith desde Gram. Había una Universidad en Tradetown, y otras en algunos de los pueblos mayores, y en Rivington había algo que podía llamarse un Colegio Superior. Dentro de unos diez años más Tanith sería capaz de solicitar el estado de pueblo civilizado.

Eso si Andray Dunnan y sus naves no atacaban demasiado pronto. Trask confiaba en que los derrotarían, pero los daños que sufriese Tanith, en la defensa, podrían retrasar su trabajo hasta varios años. Conocía demasiado bien lo que los navíos espaciales vikingos podían hacer a un planeta. Necesitaba encontrar la base de Dunnan, destrozarla, destruir sus naves, matar al propio individuo, primero. No para vengar aquel asesinato de seis años atrás en Gram; eso quedaba ya distante, y Elaine se había desvanecido, lo mismo

que el Lucas Trask que la amó y la perdió. Lo que ahora importaba era cimentar y cultivar la civilización en Tanith.

¿Pero dónde encontraría a Dunnan, en doscientos billones cúbicos de años luz? Dunnan no tenía tal problema. Sabía dónde estaba su enemigo.

Y Dunnan se fortificaba. El
Yo-Yo,
del capitán Van Humfort: había informado dos veces una vez *en* compañía del *Star Hoper*, y otra con el Enterprise. Llevaba como blasón una mano femenina sosteniendo a un planeta colgado de una cuerdecita; una buena nave y un capitán capaz e implacable. El *Bolide*, junto con el *Enterprise*, atacó Ithunn. Los gilgarnesherianos se instalaron allí y una de sus naves trajo la historia.

Y reclutó dos navíos a la vez en Melkarth, y eso causo preocupaciones a los vikingos espaciales de Tanith.

Melkarth era estrictamente un corral de gallinas. Su pueblo se había hundido hasta el nivel de villanos campesinos; no tenían riqueza que se pudiera llevar. Era, sin embargo, un lugar donde podía Posarse una nave, en el que habían mujeres y los locales no habían perdido el arte de la destilación, fabricando licores fuertes. Una tripulación se divertiría allí, con muchos menores gastos que en un corriente planeta base vikingo y durante los últimos ocho años un tal capitán Nial Bunik, del *Fortuna*, había estado ocupándolo, sacando a su nave para ataques ocasionales y rápidos y pasando la mayor parte del tiempo viviendo de día a día casi a nivel indígena. De vez en cuando, un gilgamesheriano acudía para ver si tenían algo que comerciar. Fue uno de éstos quien trajo la historia a Tanith y ya tenía, cuando la contó, casi dos años de antigüedad.

—Nos la contaron los habitantes del planeta, los que vivían en donde Eurrik tuvo su base. Primero, se instaló allí un navío comercial. Debieran haberlos oído; el navío se llamaba el *Honest Horris*.

Trask soltó la carcajada. El capitán, Horris Sasstroff, se apodaba a sí mismo «Honest Horris», un apodo que también puso a su nave. Era un cambalachero. Incluso los gilgamesherianos le despreciaban, ni siquiera un gilgamesheriano hubiese aceptado viajar en una nave tan vetusta como el *Honest Horris*.

—Había estado antes en Melkarth —dijo el gilgamesheriano—.

Él y Burrik son amigos —pronunció eso como un criterio final y condenatorio de ambos—. La historia que nos contaron nuestros hermanos del *Fairdealer* fue que el *Honest Horrís* había aterrizado junto al navío de Burrik y estaba allí diez días cuando entraron otras dos naves. Dijeron que una llevaba la insignia del azul creciente y la otra un monstruo verde saltando de estrella a estrella.

El *Enterprise* y el *Star Hopper*. Se preguntó por qué habían ido a un planeta como Melkarth. Quizás supiesen por anticipación a quién encontrarían allí.

—Los locales pensaron que habría lucha, pero no la hubo. Se celebró una gran fiesta, con las cuatro tripulaciones. Luego cada cosa de valor se cargó a bordo del *Fortuna* y los cuatro navíos salieron juntos al espacio. Dijeron que Burrik no se dejó nada de valor tras él; eso les dejó muy desencantados.

—¿Ha vuelto alguno de ellos desde entonces?

Los tres gilgamesherianos, capitán, ejecutivo y sacerdote sacudieron sus cabezas.

—El capitán Gurrash, del *Fairdealer* dijo que había transcurrido un año antes de entrar allí con su nave. Aún pudo ver dónde se posaron en el suelo las patas de aterrizaje de los navíos, pero los locales afirmaron que no habían vuelto.

Eso aumentaba a dos navíos más el número de naves cuyos movimientos debían vigilarse. Se preguntó, durante un momento, por qué diablos Dunnan quería naves como aquellas; eso haría que el *Space-Scourge* y el *Lamía* que tuvo primero pareciesen por comparación potentes unidades de la Marina Real de Excalibur. Luego se asustó, con un miedo retrospectivo y racional ante lo que podía haber ocurrido. Pudo pasar, también, en cualquier momento del año y medio transcurrido; cualquiera o ambos navíos podían haber entrado en Tanith sin levantar sospechas en absoluto. Era sólo por la más pura casualidad que descubría, incluso ahora, su relación con el jurado enemigo mortal.

Todo el mundo pensó que se trataba de una enorme broma. Creían que sería mayor broma si Dunnan enviaba esas naves ahora a Tanith, cuando estaban prevenidos y preparados para recibirlas.

Habían otras cosas de qué preocuparse. Una era la cambiante actitud de Su Majestad Angus 1. Cuando el *Space-Scourge regresó*, el flamante barón Valkanhayn vino con él, junto con el título

principesco y la comisión de vicerrey de Tanith, un saludo personal más que cordial, cálido y amistoso. Angus le hizo sentarse a su mesa, descubierto y fumando un cigarrillo. El que tenía que venir en el siguiente navío fue igualmente cordial, pero el rey no fumaba y llevaba una pequeña corona de oro. Para cuando tuvieron tres naves en servicio que llegaban a intervalos de tres meses, un año y medio más tarde, hablaba desde su trono, empleando una corona mayor y utilizando para sí mismo la primera persona en plural y finalmente la tercera persona en singular para Trask. Al fin del cuarto año, ya no hubo mensaje audiovisual para él en persona y sí una rígida esquela de Rovard Grauffis al efecto de que Su Majestad se sentía indigno de que un sujeto se le dirigiese a su soberano estando sentado, incluso por aquellas pantallas audiovisuales. Eso se acompañó por un mensaje personal bastante excusativo de Grauffis, ahora primer ministro, al efecto de que Su Majestad se sentía impulsado a mantener su dignidad real en todo momento y que, después de todo, no había diferencia entre la posición y línea del duque de Wardshaven y la del rey planetario de Gram.

El príncipe Trask de Tanith no podía comprenderlo por entero. El rey era simplemente el primer noble del planeta. Incluso monarcas como Rodolf de Excalibur, o Napolyon de Flamberge no trataban de nada más. Por tanto, dirigió sus saludos e informes al primer ministro, siempre con un mensaje personal que Grauflis le replicó con amabilidad. No sólo la forma sino también el contenido de mensajes de Gram sufrieron cambio. Su Majestad se encontraba muy insatisfecho. Su Majestad se sentía profundamente desencantado. Su Majestad notaba que el reino colonial de Su Majestad en Tanith no contribuía suficientemente a la Hacienda Real. Y Su Majestad advertía que el príncipe Trask ponía por entero demasiado énfasis en el comercio y no lo bastante en los ataques; después de todo, ¿por qué comerciar con los bárbaros cuando era posible quitarles a la fuerza lo que uno necesitaba?

Y hubo el asunto del *Blue Comet*, el navío del conde Lionel de Newhaven. Su Majestad estaba más que molesto porque el conde de Newhaven comerciase con Tanith desde su propio espaciopuerto. Todas las mercancías de Tanith deberían pasar a través del espaciopuerto de Wardshaven.

—Mira, Rovard —dijo a la cámara audiovisual que grababa su

respuesta a Grauflis—. Vistes al *Space. Scourge* cuando entró, ¿verdad? Eso es lo que le ocurre a un navío que ataca a un planeta en donde hay algo que valga la pena. Boewulf es peligroso con materias fisionables; nos darán todo el plutonio que podamos cargar, a cambio de gadolinio, que les venderemos a dos veces el precio que se paga en los Mundos de la Espada. Cambiaremos plutonio platonplutonio en Amaterasu por gadolinio, y lo obtendremos a mitad de precio que en los Mundos de la Espada —oprimió el botón de paro, hasta que pudo acordarse de la antigua fórmula—. Puedes citarme como diciendo que quien quiera que haya aconsejado a Su Majestad le que esto no es un buen negocio, ni es amigo de Su Majestad, ni del reino.

»En cuanto a la queja acerca del *Blue Comet*; en cuanto es propiedad y está operado por el conde de Newhaven, que es accionista en la aventura de Tanith, tiene todos los derechos del mundo para Comerciar aquí.

Se preguntó por qué Su Majestad no impedía que el conde Lionel de Newhaven despegase su *Blue Comet* desde Gram. Se enteró gracias a su patrón, la vez siguiente que vino.

No se atreve, esa es la razón. Es rey mientras los grandes señores como el conde Lionel y Jons de Bigglersport y Alan de Northport quieran que lo sea, El conde Lionel tiene más hombres y más artillería y aparatos de contragravedad que el rey, ahora, y eso sin la ayuda que conseguiría de todos los demás. El pueblo está tranquilo en Gram ahora, incluso la guerra en el continente sur ha terminado. Cada cual desea conservar su modo de vivir. Incluso el rey Angus no es lo bastante loco para hacer nada que inicie una guerra. Todavía no, de todas maneras.

—¿Todavía no?

El capitán del *Blue Comet*, que era uno de los barones vasallos del conde Lionel, guardó silencio durante un momento.

—Debiera saberlo, príncipe Trask —dijo—. La abuela de Andray Dunnan fue madre del rey. Su padre fue el viejo barón Zarvas de Blackliffe. Era lo que se suele llamar un inválido, durante los últimos veinte años de su vida. Siempre estaba atendido por dos enfermeros casi del tamaño de Otto Harkaman. También se dice que era algo excéntrico.

El infortunado abuelo del duque Angus siempre había sido una

materia de conversación que la gente evitaba. El infortunado abuelo del rey Angus era probablemente cuestión de conversación que todo el mundo que apreciase su pellejo esquivaba también.

Lothar Ffayle vino también en el *Blue Comet*. Se mostró igualmente locuaz.

—No regreso. Transfiero la mayor parte de los fondos del banco de Wardshaven aquí; de ahora en adelante, habrá allí una sucursal del Banco de Tanith. En esta plaza es donde se hacen los negocios. Es imposible negociar en Wardshaven. Quedan muy pocos asuntos financieros que hacer.

—¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Bueno, impuestos, principalmente. Parece que cuanto más dinero viene de aquí, mayores impuestos recibe en Gram. Impuestos discriminatorios, también; estrujando al pequeño terrateniente y a los varones industriales y favoreciendo a los grandes propietarios. Spasso y a su grupo.

—¿El barón Spasso? Fayle asintió.

—De casi la mitad de Glaspyth. Una buena parte de los barones de Glaspyth perdieron sus baronías algunos hasta sus cabezas después de expulsar al duque Omfray. Parece que hubo un complot contra la vida de Su Majestad. Fue descubierto el celo y vigilancia de *sir* Galvan Spasso, que elevado de rango y recompensado con las tierras haciendas de los conspiradores.

—¿Has dicho que el negocio era malo, como tal? —volvió a asentir.

—El gran crecimiento de Tanith lo ha destrozado. Los precios han subido; todo el mundo quería partir en esta aventura. Y seguramente nunca hubiesen construido esos dos últimos navíos, el *Speedwell* y el *Goodhope*: la inversión en ellos no justifica el gasto. Luego, tú has creado tus propias industrias y instruido tu propio equipo y armamento aquí; eso originado un bajón en la industria de Gram. Me alegro de que Lavina Karvall tenga bastante dinero invertido para vivir. Y finalmente, el mercado de mercancías para el consumidor se va viendo inundado genero que viene de aquí y que compite con la industria de Gram.

Bueno, eso era comprensible. Uno de los navíos hacían el viaje regular a Gram llevaría bastante en sus cajas fuertes, en oro, joyas y por el estilo, que el viaje resultase muy beneficioso. Las mercancías

de mucho bulto iban en los cargueros que prácticamente lo aceptaban todo, cualquier cosa que tuviese a mano, género que nadie ordinariamente pensaría en embarcar para el comercio interestelar. Un carguero de setecientos metros tenía bodegas en que cabía una inmensidad de género.

El barón Trask de Traskon ni siquiera había comenzado a darse cuenta de lo que la base de Tanith a costarle a Gram.

X

Como era de esperar, los beowulferianos acabaron su hipernavío primero. Habían empezado con todo, excepto un poco de técnica cosa que aprendieron rápidamente. Amaterasu tuvo que comenzar creando la industria que necesitaban para crear la industria necesaria para construir un navío. La nave de Beowulf, llamada *Gift Viking's*, entró en Tanith cinco años y medio después de que el *Némesis* y el *Space-Scourge* atacasen Beowulf; su patrón peleó en aquella batalla con un navío de motor normal. Además del plutonio y de los isótopos radioactivos, llevaba una carga general de toda clase de mercancías de lujo únicas a las que Beowulf siempre encontraba mercado en el comercio interestelar.

Después de vender la carga y depositar el dinero en el banco de Tanith, el patrón del *Gift Viking's* quiso saber dónde podría encontrar un buen planeta que atacar. Le dieron una lista, ninguno demasiado duro pero todos ligeramente por encima del insignificante robo de gallinas, y otra lista de planetas que no podía atacar; planetas con los que comerciaba Tanith.

Seis meses después se enteraron de que había aparecido en Khepera, con el que ahora comerciaban, e inundó el mercado con productos textiles, herramientas, cerámica y plásticos. Allí compró carne de kreggs y pieles.

—¿Ves ahora lo que hiciste? —se quejó Harkaman—. Pensabas conseguir un cliente; lo que has logrado es un competidor.

—Lo que yo hice fue un aliado. Pero una vez encontramos el planeta de Dunnan, necesitaremos una Ilota para apoderarnos de él.

Un par d~ naves de Beowulf ayudarían. Ya les conoces; luchastes también contra ellos.

Harkaman tenía otras preocupaciones. Mientras estaba de crucero con el *Corisande* II, entró en Vitharr, uno de los planetas que comerciaban con Tanith, para encontrar que había sido atacado por un navío espacial vikingo de base en Xochitl. Luchó brevemente contra la nave, batiendo al invasor hasta que Be perdió en el espacio. Luego se fue directamente a Xochtil, llegando tras los talones del navío al que había derrotado y mandó al capitán y al príncipe Viktor un ultimátum en el sentido de que dejasen a los planetas que comerciasen con Tanith en paz en el futuro.

—¿Y cómo se lo tomaron? —preguntó Trask cuando volvió a informar.

—Del modo en que tú lo hubieses hecho. Vikctor dijo que su pueblo era vikingo espacial, no gilgamesheriano. Le contesté que tampoco éramos nosotros gilgamesherianos, como averiguaría en Xochitl la próxima vez que uno de sus navíos atacase uno de nuestros planetas. ¿Vas a respaldarme? Claro, siempre puedes enviar al príncipe Viktor mi cabeza y excusas.

—Si tengo que enviarle algo, le enviaré un cielo lleno de navíos y un planeta lleno de «proyectiles infernales». Hiciste perfectamente bien, Otto; con exactitud, lo que yo hubiese hecho en tu lugar.

Allí se quedó el asunto. No hubieron más ataques de navíos Xochitl en ninguno de sus planetas de la órbita comercial. Sin mencionar el incidente en ninguno de los informes que se enviaron a Gram. La situación en Gram se deterioraba rápidamente. Por último, hubo un mensaje audiovisual del propio Angus en persona; apareció sentado en su trono, llevando la corona y comenzó a hablar bruscamente desde la pantalla:

—Nos, Angus, rey de Gram y Tanith, estamos muy molestos con nuestro súbdito, Lucas, príncipe y virrey de Tanith; Nos consideramos muy mal servidos por el príncipe Trask. Por lo tanto le ordenamos que vuelva a Gram y que nos rinda cuentas de su administración de nuestra colonia y reino de Tanith.

Tras unos cuantos apresurados preparativos, Trask grabó una respuesta. Apareció también sentado en el trono, y llevando una corona tan adornada como la del rey Angus, y túnicas de blancas y negras pieles de Imhotep.

—Nos, Lucas príncipe de Tanith —comenzó—, de buena gana reconocemos la soberanía del rey de Gram, antiguamente duque de Wardshaven. Es nuestro deseo más formal, si es posible, permanecer en paz y amistad con el rey de Gram y seguir adelante con nuestras relaciones comerciales con él y con sus súbditos.

Sin embargo debemos rechazar absolutamente cualquier esfuerzo por su parte para dictar la política interna en nuestro reino de Tanith. Es nuestra más formal esperanza… —maldición, había dicho «formal», debía haber pensado en otra palabra—… de que ningún acto por parte de Su Majestad el rey de Gram cree ninguna brecha en la amistad resistente entre su reino y el nuestro.

Tres meses mas tarde, el siguiente navío, que había zarpado de Gram mientras la contestación del rey Angus estaba todavía en el hiperespacio, trajo al barón Rathmore. Al estrecharse las manos con él mientras abandonaba las naves de aterrizaje, Trask quiso saber si lo habían enviado como nuevo virrey. Rathmore empezó a reír y al terminar soltó una serie de maldiciones.

—No. Vine a ofrecer mi espada al rey de Tanith —dijo.

—Príncipe de Tanith, por ahora —le corrigió Trask—. La espada, sin embargo, es muy aceptable. ¿Puedo pensar que ya estas hasta la coronilla de tu bendito soberano?

—Lucas, tienes bastantes navíos aquí y hombrea para apoderarte de Gram —dijo Rathmore ~. Proclámate rey de Tanith y luego pretende al trono de Gram v todo el planeta se levantará a tu lado.

Rathmore había bajado la voz, pero incluso así, en el abierto piso de aterrizaje, no había lugar para aquella clase de conversaciones. Así lo dijo, pidió a un par de nativos que cogiesen el equipaje de Ratbmore y le llevó por un vehículo terrestre hasta sus habitaciones. Después de que estuvieron a solas, Rathmore volvió a comenzar:

—Esto ya es más de lo que nadie puede soportar No hay ni uno solo de la vieja nobleza que no esté irritado, ni tampoco los barones menores, los terratenientes e industriales, la gente que siempre fue espina dorsal de Gram. Y llega hasta el vulgo. Restricciones a los señores, impuestos a la gente, infracción para poder pagar los impuestos, altos precios, devaluación de las monedas. Todos son pobres excepto ese atajo de nuevos señores que le rodean y esa mala mujer y su parentela…

Trask se puso rígido.

—No estarás hablando de la reina Flavia, ¿verdad? —preguntó.

Rathmore se quedó boquiabierto.

—Gran Satán, ¿no lo sabes? No, claro que no; las noticias habrán llegado al mismo navío que yo. Oh, Angus se divorció de Flavia. Dijo que era incapaz de darle un heredero al trono. Volvió a casarse inmediatamente.

El nombre de la chica nada significaba para Trask; conocía a su padre, un tal barón Baldive. Era señor de un pequeño estado al sur de las tierras Ward y al oeste de Newhaven. La mayor parte de sus súbditos eran salteadores y ladrones de ganado y el propio barón estaba muy cerca de convertirse en un criminal de esos.

—Bonita familia con la que ha emparentado. Un crédito para la dignidad del trono.

—Sí. No conocerás a esta dama señorita Evita; tenía sólo diecisiete años cuando te fuiste de Gram v no había empezado a adquirir fama fuera de las tierras de su padre. Sin embargo, ha recuperado el tiempo perdido. Y tiene bastantes tíos y tías y primos y examantes y cualquier cosa para llenar un regimiento de infantería, y cada cual en la corte tiene ambas manos extendidas para coger cuanto puedan.

—¿Y le gusta mucho esto al duque Jons? —El duque de Bigglersport era hermano de la reina Flavia. No diría que se muestra encantado.

—Lo que hace es contratar mercenarios y comprar aparatos de combate de contragravedad. Lucas, ¿por qué no vuelves? No tienes idea de la fama que has ganado en Gram ahora. Todo el mundo se agruparía junto a ti.

Trask sacudió la cabeza.

—Tengo un trono aquí en Tanith. En Gram quiero nada. Lamento cómo se ha vuelto Angus; Pensé que sería un buen rey. Pero puesto que se ha convertido en un monarca intolerable, los señores el pueblo de Gram tendrán que desembarazarse de él por sí mismos. Yo aquí tengo mi propio trabajo.

Rathmore se encogió de hombros.

—Me temo que dirías eso —dijo—. Bueno, ofrezco mi espada; no lo retiro. Puedo ayudarte lo que estás haciendo en Tanith.

El capitán del vikingo espacial libre *Tamnafink* se llamaba

Roger-Fan-Morvill-Esthersan, lo que significaba que era un bastardo reconocido de algún noble de los Mundos de la Espada y una mujer dé cualquiera de los planetas de la Antigua Federación. La raza de su madre pudo haber sido la de los Nergaleros; tenía un pelo áspero y negro, una piel color caoba, y ojos pardos rojizos, casi castaños. Probó el vino que el robot le sirvió y pareció apreciarlo, luego comenzó a desenvolver el paquete que traía.

—Algo que encontré mientras atacaba Tetragrammaton —dijo —. Pensé que le gustaría tenerlo. Se hizo en Gram.

Era una pistola automática, con cinturón y funda. El cuero era de piel de bisonoide; la hebilla era un esmalte ovalado con una luna creciente azul pálido sobre negro. La pistola era un sencillo modelo militar de diez milímetros con mango de plástico labrado; en el receptor llevaba el sello de la Casa de Hoylbar, los fabricantes de armas de Glaspyth. Evidentemente era una de las armas que el duque Omfray había proporcionado a la compañía mercenaria original de Andray Dunnan.

—¿Tetragrammaton? —Miró al gran tablero, no había informe previo de aquel planeta—. ¿Cuánto tiempo hace?

—Yo diría que unas trescientas horas. Vine de allí directamente, menos de doscientas cincuenta horas. Los navíos de Dunnan habían dejado el planeta tres días antes de que yo lo dejase.

—Esto era reciente prácticamente. Bueno, algo así que ocurrir, tarde o temprano. El vikingo espacial le preguntaba si conocía qué clase de lugar Tetragrammaton. Neobárbaros, tratando de recivilizarse de una manera tosca. Pequeña población, concentrada en un continente; agricultores y pescadores. Una industria ligeramente pesada, en cierto modo, en un par de ciudades. Tenían algo de energía nuclear, introducida hacía un siglo por los comerciantes de Marduk, uno de los planetas realmente civilizados. Seguían dependiendo de Marduk para materias fisionables; sus productos de exportación eran unas verduras de un olor abominable que servían de base para fabricar perfumes delicados y que nadie era capaz de sintetizar adecuadamente.

—Tengo entendido que tienen ahora factorías de acero funcionando —dijo el mestizo vikingo espacial—. Parece que alguien en Rimmon acaba de reinventar el ferrocarril y que necesitan más acero del que pueden producir por si mismos. Pensé

que Podría atacar Tetragrammaton por acero y cambiarlo en Rimmon por una carga de té celestial. Cuando llegué, sin embargo, todo el planeta era un caos; no ataque, simple destrucción al azar. Los nativos estaban recuperándose cuando aterricé. Algunos, que no creo que tuviesen nada que perder, se me resistieron. Capturé unos cuantos, para enterarme de lo que había pasado. Uno tenía esa pistola; se la había quitado al vikingo espacial que mató. Los navíos que les atacaron eran el *Enterprise* y el
Yo-Yo.
Sé que usted quería tener noticias de ellos. Gravé unas cuantas historias locales en cinta y luego vine directamente aquí.

—Bueno, gracias. Deseo oír ahora esas cintas. ¿Dijo que necesitaba acero?

—Bueno, no tengo dinero. Por eso iba a atacar Tetragrammaton.

—No se preocupe por el dinero; su cargamento está ya pagado. Con esto —dijo tocando la pistola—, y con lo que hay en las cintas.

Pasaron las cintas aquella noche. No eran informativas particularmente. Los nativos que habían sido interrogados no estuvieron en contacto con la gente de Dunnan excepto en el combate. El hombre que había llevado el joyeyebar de diez milímetros era el mejor testigo del lote y sabía muy poco. Había pillado a un enemigo a solas ~ le disparó desde atrás con una escopeta, le quitó la pistola y se fue tan deprisa como pudo. Había enviado una nave de aterrizaje según parecía, y decían que querían comerciar; luego debió ocurrir algo, nadie sabía el qué, y comenzó la matanza y el saqueo a la ciudad. Después de regresar a sus navíos, abrieron fuego con proyectiles nucleares.

—Parece propio de Dunnan —dijo disgustado Hugh Rathmore—. Se volvía simplemente loco. La mala sangre de Blackliffe.

—Hay cosas chocantes en esto —dijo Boake Valkanhayn—. Yo diría que fue un ataque de terror, ¿pero a quién diablos trataba de aterrorizar?

—También me ha extrañado eso —frunció el ceño Harkaman—. Esta ciudad en donde él aterrizó parece, tal y como era, haber sido la capital planetaria. Han tomado tierra, y luego comenzaron el pillaje y la matanza. No había allí nada de verdadero valor; todo lo que se llevaron era lo que podían portar los hombres o material para una nave de aterrizaje y lo hicieron porque querían imprimir

una previsión religiosa contra el aterrizaje en cualquier parte, resultaba mal marcharse sin llevarse nada. El verdadero botín estaba en esas otras dos ciudades; una factoría de acero y grandes cantidades de ese metal en una de ellas y todo ese maloliente aceite en la otra. ¿Por qué lo hicieron? Dejaron caer una bomba de cinco megatones en cada urbe y las volaron hasta el Em-See-Square. Eso fue un ataque de terror pura y simplemente, pero como Boake se pregunta, ¿a quién querían asustar? Sihubiesen habido grandes ciudades en otra parte del planeta, tendría una razón. Pero no las hay. Volaron las dos urbes mayores y todo el botín que había en ellas.

—Entonces quisieron asustar a alguien fuera del planeta.

—Pero nadie ha oído hablar de ese planeta —protestó alguien.

—Los mardukianos sí; comercian con Tetragrammaton —dijo el bastardo de alguien llamado Morvill—. Envían al año un par de navíos.

—Es verdad —asintió Trask—. Marduk.

—¿Quieres decir que crees que Dunnan trata de aterrorizar a *Marduk*? —preguntó Valkanhayn—. ¡Gran Satán, no creo siquiera que sea lo bastante loco para eso!

El barón Rathmore empezó a decir algo acerca de lo que Andray Dunnan era bastante loco para hacer y lo que su tío era también suficientemente loco para también realizar. Era una de las cosas que había estado haciendo desde que vino a Tanith y no tenía que mirar por encima de su hombro mientras lo efectuaba.

—Creo que lo es, también —dijo Trask—. Creo que es exactamente lo que ha estado haciendo. No me preguntéis por qué; como Otto ha tenido el acierto de observar, está loco y nosotros no, lo que le da una ventaja. ¿Pero qué hemos conseguido, desde que esos gilgamesherianos nos dijeron que había recogido al navío de Burrik y al *Honets Horris*? Hasta hoy, no habíamos tenido noticias de ningún otro vikingo espacial. Lo que obtuvimos fueron historias de gilgamesherianos sobre ataques a planetas en donde ellos comercian y cada uno de ellos es también un planeta en donde comercian igualmente los navíos en Marduk. Y en cada caso, ha habido bien poco o nada informado acerca de que se llevasen botín valioso. Las historias son todas de saqueos y bombardeos asesinos. No creo que sea otra cosa mas posible que Andray Dunnan esté

haciendo la guerra a Marduk, con algún propósito.

—Entonces está más loco que su abuelo y su tío juntos —exclamó Rathmore.

—¿Quiere decir que está efectuando una cadena de ataques de terror en sus planetas comerciales, esperando impulsar a la marina espacial mardukiana alejarse de su planeta patrio? —Harkaman había dejado de ser incrédulo. ¿Y que cuando consiga alejarlos, efectúe un ataque rápido?

—Eso es lo que pienso. Recuerdo nuestro postulado fundamental: Dunnan está loco. Recuerda cómo se convenció a sí mismo de que era el heredero legal a la corona ducal de Warshaven. Y recuerda su insana pasión por Elaine; son detalles -Rápidamente apartó aquel pensamiento de sí—. Ahora, está convencido de que es el mayor vikingo espacial de la historia. Tiene que hacer algo digno de esa distinción. ¿Cuándo fue la última vez que alguien atacó un planeta civilizado? No me refiero a Gilgamesh, sino un planeta como Marduk.

—Hace ciento veinte años; el príncipe Havilgar de Haulteclere, seis navíos, contra Aton. Dos naves regresaron. El no. Nadie lo intentó desde entonces —dijo Harkaman.

—Así lo hará, pues, Dunnan el Grande. Espero que lo intente —se sorprendió a sí mismo añadiendo—: Eso siempre y cuando descubra lo que pasó. Entonces podré dejar de pensar en él.

Hubo un tiempo en que temió la posibilidad de que alguien más pudiese matar a Dunnan antes de que lo hiciese él en persona. Ahora…

XI

Seshat, Obidicut Lugaluru, Audhumla.

El joven elevado por la muerte de su padre en el ataque de Dunnan al puesto de presidente hereditario de la República democrática de Tetragrammaton había estado seguro de que los navíos de Marduk que vinieron a su planeta comerciaban también con aquellos. Hubo alguna dificultad en establecer contacto y la primera reunión cara a cara comenzó en una atmósfera de amarga desconfianza por su parte. Se habían encontrado en el exterior, en su torno, despojos, escombros y edificios quemados, y chozas apresuradamente construidas y cobertizos, y amplios espacios de tierra calcinada.

—Volaron la fundición de acero de aquí y la refinería de petróleo de Jannsboro. Bombardearon y destrozaron las pequeñas ciudades agrícolas y los pueblos. Esparcieron radioactividad que mató a tantas personas como el bombardeo. Y después de haberse ido, llega este otro navío.

—¿El *Daninthing*? ¿Llevaba la cabeza de una bestia con tres cuernos?

—Ese. Al principio causó algún daño. Cuando el capitán se enteró de lo que nos había ocurrido, dejó alimentos y medicinas para nosotros Roger-Fan-Morvill Esthersan no había mencionado eso.

—Bueno, quisiéramos ayudarle, si podemos. ¿Tienen energía nuclear? Podemos proporcionarles un pequeño equipo. Simplemente acuérdense de nosotros, cuando vuelvan ustedes a ponerse en pie; volveremos más tarde para comerciar. Pero no creo que ustedes nos deban nada. El hombre que les hizo esto es mi enemigo. Ahora quiero hablar con cada una de las personas que

pueda decirme algo…

Seshat era el más próximo; fueron primero allí. Llegaron demasiado tarde. Seshat ya lo había recibido y ante la evidencia de los contadores de radioactividad, no hacía mucho tiempo. Cuatrocientas hora, como máximo. Lanzaron dos «infernales»; las ciudades sobre las que cayeron eran aún cráteres humeantes literalmente perforados por fuego en el suelo y en el lecho rocoso inferior, en el centro de un radio de doscientos kilómetros de escoria y lava, de tierra quemada y de bosques incendiados. Allí lanzaron un *revientaplanetas*; eso produjo un terremoto bastante grande. Y media docena de artefactos termonucleares. Probablemente habían poquisimos supervivientes, la población humana planetaria es en extremo difícil de exterminar por completo, pero al cabo de un siglo o así volverían al taparrabos y al hacha de piedra.

—Ni siquiera sabemos que Dunnan lo hiciese, personalmente —dijo Paytrik Morland—. Por todos nuestros datos, él está abajo, en una ciudad subterránea hermética de algún planeta de quien nadie oyó hablar, sentado en un trono de oro, rodeado por un harén.

Él había comenzado a sospechar que Dunnan hacía algo de esa especie. El Más Grande Vikingo Espacial de la Historia naturalmente fundaría un imperio espacial vikingo.

—Todo emperador tiene que salir a dar un vistazo por su imperio de vez en cuando; yo no me paso todo el tiempo en Tanith. Vamos a probar ahora en Audhumla. Es el mundo más lejano. Quizá podamos llegar mientras esté disparando contra Obidicut y Lugaluru. Guatt, calcúlanos el salto.

Cuando la coloreada turbulencia se desvaneció y la pantalla quedó clara, Audhunmla parecía igual que Tanith, o Khepera o Amatcrasu, o cualquier otro planeta tipo Tierra, por un lado un gran disco brillante que reflejaba la luz del sol, y por otro reluciendo débil bajo el resplandor de las estrellas y de la luna, había un sólo satélite bastante grande y, en la pantalla telescópica, las marcas usuales de mares y continentes y ríos y cordilleras. Pero nada que demostrase…

Oh, sí; luces en el lado oscuro y del tamaño que podían atribuirse a enormes ciudades. Todos los datos asequibles de Audhumla estaban bastante anticuados; una considerable

civilización podía haberse desarrollado en la última media docena de siglos.

Otra luz surgió, una chispa fuerte blanco azulado que se extendió en un resplandor mayor, menos brillante y amarillento. Al mismo tiempo, todos los sistemas de alarma de la sala de mandos entraron en un pandemonio de chirridos, destellos, bramidos y aullidos, y gritos. Radiación. Energía nuclear suelta. Efectos distorsivos de contragravedad. Equipo de infrarrojos. Una oleada de rayo indescifrable y de señales de comunicación por pantalla. Rayos de radar y escrutadores desde el planeta.

El puño de Trask se crispó; se dio cuenta, por un súbito dolor, que había estado golpeando al escritorio de delante suyo. Dejó de hacerlo.

—¿Le pillamos, le pillamos? —gritaba con aspereza—. Entremos a toda velocidad, aceleración continua, toda cuanto se pueda soportar. Ya nos preocuparemos por decelerar cuando estemos a distancia de tiro.

El planeta creció rápidamente; Karffard le tomaba la palabra sobre la deceleración continua. Se tendría que pagar una factura infernal cuando comenzasen a disminuir la aceleración. En el planeta, más bombas estallaban precisamente fuera de la atmósfera más allá del horizonte.

—Navío observado. Altitud, de ciento cincuenta a doscientos kilómetros… cientos, no miles… latitud norte 35 grados, 15 grados al oeste de la línea de puesta del sol. El navío está bajo el fuego, las bombas explotan cerca —gritó una voz.

Alguien estaba diciendo que las luces de la ciudad no eran tales, sino propias ciudades ardiendo, o bosques. La primera voz, tras interrumpirse, continuó de nuevo:

—El navío es visible en la pantalla telescópica, precisamente en la línea de la puesta del sol. Y hay otro navío detectado pero no visible, en algún lugar en torno al ecuador, y un tercero fuera de la vista, podemos observar sólo el borde de su campo de contragravedad en torno al planeta.

Eso significaba que habían dos bandos y una polea. A menos que Dunnan hubiese tomado un tercer navío, en cualquier parte. La vista telescópica cambió; durante un momento el planeta estuvo completamente desenfocado y luego su curvatura apareció en

escena en la pantalla contra un fondo estrellado. Estaban ahora casi a tres mil kilómetros; Karffard gritaba alto a la aceleración y trataba de colocar a la nave en órbita espiral. De pronto vieron fugazmente a una de las naves.

—Está en apuros —sonó la voz de Paul Koreff—. Pierde aire y vapor de agua en grandes cantidades.

—Bueno, ¿es de los buenos o de los malos? —Estaba preguntando a gritos Morland como si mediante los espectroscopios de Koreff se pudiera distinguir. Koreff no le hizo caso.

—Otro navío hace señales —dijo—. Es el que viene por el ecuador. Código de impulsos de los Mundos de la Espada; envía su combinación de comunicaciones y una orden de que nos identifiquemos.

Karffard marcó la combinación mientras Koreff se la proporcionaba. Trask estaba desesperadamente forzando su rostro a la misma unidad, la pantalla se iluminó. No era Andray Dunnan, eso fue una desilusión. Pero casi resultó tan bueno, sin embargo. Era su secuaz, su lugarteniente, *sir* Nevil Ormm.

—¡Bueno, *sir* Nevil! Una agradable sorpresa —se oyó decir a sí mismo—. La última vez que nos vimos fue en la terraza de Karvall House, ¿verdad?

Por una vez, el rostro cerúleo del alma negra de Andray Dunnan mostró expresión, pero Trask no pudo más que deducir si era miedo, sorpresa, impresión, odio, cólera o cualquier combinación de él todas estas sensaciones.

—¡Trask! ¡Satán te maldiga…!

Luego la pantalla quedó en blanco. En el visor telescópico el otro navío vino sin desviarse. Paul Koreff, que había conseguido más datos sobre masa, impulso energético de los motores y dimensiones, lo identificaba como el *Enterprise*.

—¡Bueno, a por él! ¡Volquémonos!

No necesitaron la orden; Van Larch estaba hablando rápidamente en su micrófono manual y Alvyn Karffard lanzaba su voz por todo el *Némesis* advirtiendo contra la súbita deceleración y el cambio direccional y mientras hablaba las cosas en la sala de mandos comenzaron a resbalar. La pantalla telescópica, el otro navío era claramente visible; se podía distinguir el retazo oval en negro con el creciente azul y en su pantalla Dunnan estaría viendo

el cráneo clavado en la espada del *Némesis*.

Si al menos estuviese seguro de que Dunnan ocupaba la otra nave. Si hubiera aparecido el rostro de Dunnan en vez del de Ormm. Tal y como estaban las cosas, no podía tener la certeza y si uno de los proyectiles que ya escapaban daba afortunadamente en el blanco, jamás tendría la seguridad. No le importaba quién matase a Dunnan, o cómo. Todo lo que deseaba era saber que Dunnan había muerto y le había dejado libre de su autoasumida obligación que ahora resultaba carente de significado.

El *Enterprise* lanzó contra proyectiles; lo mismo hizo el *Némesis*. Hubieron relámpagos momentáneamente insufribles de pura energía y desde ellos globos de incandescencia se extendieron y se desvanecieron. Algo debió atravesar; luces rojas destellaron en el panel de averías. Había sido algo lo suficientemente pesado para sacudir la enorme masa del Némesis. Al mismo tiempo, el otro navío recibió un impacto de algo que debió evaporarlo de no haber estado blindado con colapsio. Luego, mientras pasaron muy cerca la artillería martilleó una y otra vez con proyectiles y luego el *Enterprise* desapareció de la vista tras el horizonte.

Otra nave, del tamaño del *Corisande* II de Otto Harkaman se acercaba; llevaba como emblema una mano femenina de rojas uñas, que sostenía un cordel del que pendía un planeta. Se precipitaron uno contra otro, plantando un jardín de evanescentes flores de fuego entre ellos; se abatieron con la artillería y luego se separaron a toda velocidad. Al mismo tiempo, Paul Koreff estaba captando una señal en el código de impulsos del tercer y averiado navío; una combinación de pantalla. Trask la pulsó nada más recibirla.

Un hombre con armadura espacial estaba mirando por la pantalla. Eso era malo, si era preciso que tuviesen que llevar puesto el traje espacial en la sala de mandos. Aún poseían aire; tenía el casco abierto, pero sujeto y preparado para cerrarlo. En su plancha pectoral había un aparato con el emblema de una bestia en forma de dragón con la cola envolviendo a un planeta y una corona por encima. El hombre tenía un rostro delgado de altos pómulos, con una arruga vertical entre los ojos y un recortado bigote.

—¿Quién eres, desconocido? Luchas contra mis enemigos; ¿te hace eso amigo mío?

—Soy amigo de cualquiera que tenga a Andray Dunnan por

enemigo. Navío *Némesis*, de los Mundos de la Espada; soy el príncipe Lucas Trask de Tanith, al mando.

—Nave real mardukiana *Víctrix* —el hombre del rostro fino soltó una risotada trágica—. No se acomoda bien a su nombre. Soy el príncipe Simon Bentrik, al mando.

—¿Está usted aún en condiciones de combatir?

—Podemos disparar la mitad de nuestra artillería; también nos quedan unos cuantos proyectiles dirigidos. El setenta por ciento de la nave está sellada, y tenemos agujeros en una docena de sitios. Poseemos energía suficiente para ascender y navegar. No podemos maniobrar lateralmente, excepto a expensas de la ascensión.

Lo que convertía al *Victrix* prácticamente en un blanco estacionario. Gritó por encima de su hombro a Karffard que cortase velocidad todo cuanto pudiera sin destrozar la nave.

—Cuando ese tullido aparezca a la vista, empieza a circular en su torno. Describe un círculo apretado por encima suyo —se volvió al hombre de la pantalla—. Si podemos disminuir la marcha lo bastante, haremos cuanto podamos por cubrirle.

—Basta con cuanto puedan; gracias, príncipe Trask.

—¡Aquí viene el *Enterprise*! —gritó Karffard, con una serie de obscenas blasfemias como adorno—. Nos tiene casi clavaditos.

—¡Bueno, hagamos algo!

Vaun Larch ya estaba realizándolo. El *Enterprise* había recibido daños en el último intercambio de proyectiles; los espectroscopios de Koreff mostraban un halo de aire y vapor de agua. Sus instrumentos dirían la misma historia del Némesis, segmentos de forma irregular se extendían de seis a ocho cubiertas hacia dentro en donde en diversos lugares se había tenido que cerrar herméticamente las escotillas. Luego la única cosa que podía verse con certeza era el fogonazo de los mutuamente destructores proyectiles entre ellos. El duelo de artillería a escasa distancia comenzó y terminó mientras se cruzaron.

En la pantalla había visto una cosa gruesa de morro redondo subir desde el *Victrix*, curvándose bastante lejos por delante del *Enterprise*. Estaba casi fuera de la vista en torno al planeta cuando tropezó con ello y desapareció en un terrible fulgor. Durante un momento, creyó que había sido destruido del navío, luego apareció tabaleándose a la vista y se encendió tras la curvatura de

Audhumla.

Trask y el márdukiano se estaban estrechando las manos consigo mismos en sus pantallas; todos en la sala de mandos del *Némesis* gritaban:

—¿Buen disparo, *Víctrix*? ¿Buen disparo?

Luego el

Yo-Yo

tomó a dar la vuelta y Vann Larch dijo:

—¡Diablos con ese entrometido! ¡Yo le arreglaré las cuentas!

Gritó órdenes, un jeroglífico de letras en clave y de números, y las cosas empezaron a ponerse en marcha. En su mayoría los proyectiles estallaron en el espacio. Luego el

Yo-Yo

explotó muy tranquilamente; como lo hacen las cosas en donde no hay aire que transporte la onda explosiva y la sonora, pero muy brillantemente. Hubo una breve luz diurna por todo lado nocturno del planeta.

—Ese fue nuestro «revientaplanetas» —dijo Larch—. No sé qué usaremos con Dunnan.

—Yo no sabía que lo tuviésemos —admitió Trask.

—Otto se hizo construir un par en Beowulf. Los beowulferianos son buenos en armas nucleares.

El *Enterprise* regresó, personalmente, para ver que es lo que había estallado. Larch lanzó otro artefacto y una andanada de entretenimiento de material pequeño, el artefacto de cincuenta megatones termonucleares disfrazado entre los pequeños proyectiles. Poseía su propio arsenal de cohetes menores y logró pasar. En la pantalla telescópica, un rasgado agujero era visible precisamente debajo del ecuador del *Enterprise*, los bordes curvados hacia fuera. Algo, posiblemente un proyectil pesado en un tubo abierto, preparado para el lanzamiento, había penetrado en su interior. Lo que había dentro de la nave, o cuantos de su compañía estaban todavía vivos, resultaba difícil de imaginar.

Hubieron unos pocos y sus salvavidas no bastaron. Emitieron unos cuantos cohetes defensivos que fueron todos interceptados y volados en el espacio. El casco del *Enterprise* se hizo enorme en la pantalla guía del proyectil y la llenó; 4 cráter rasgado que penetraba hasta el fondo del navío de Dunnan se extendió hasta

ocuparlo todo. La escena se quedó blanco lechosa mientras el proyectil estallaba.

Todas las demás pantallas destellaron brevemente, hasta que sus filtros cedieron. Incluso después, brillaron como el sol nuboso de Gram a medianoche. Por *último*, cuando cayó la intensidad luminosa y los filtros funcionaron de nuevo, no quedaba nada del *Enterprise* excepto una bruma anaranjada.

Alguien, Paytrik, barón de Morland, vio, le estaba batiéndole la espalda y gritando cosas inarticuladas a su oído. Una docena dé oficiales con armadura espacial y el emblema de dragones cuya cola envolvía un planeta en el pecho se agrupaban junto al príncipe Bentrik en la pantalla en que aparecía el *Victrix*, gritando como pastores bisonoides borrachos en una noche de día de cobro.

—Me pregunto —dijo casi inaudiblemente—, alguna vez sabré si Andray Dunnan iba en ese navío.

MARDUK

I

El príncipe Trask de Tanith y el príncipe Simón Bentrik cenaron juntos en la terraza superior de lo que originalmente fue la principal mansión de una plantación del período de la Antigua Federación. Fue desde entonces bastante número de otras cosas; ahora era el edilicio municipal de la ciudad que había crecido en su torno, escapando milagrosamente e indemne del bombardeo de Dunnan. Normalmente de cinco a diez mil almas, el lugar ahora estaba atestado con casi cincuenta mil refugiados sin hogar de media docena de otras ciudades destruidas, atestando los edificios y amontonándose en un campamento provisional de chozas y cobijos presurosamente levantados y ya con los edificios definitivos en marcha para acomodarlos. Cada cual, nativos, mardukianos y vikingos espaciales, estuvieron atareados con el trabajo de auxilio y reconstrucción; esta era la primera comida que los dos comandantes pudieron compartir con cierta laxitud. El disfrute del príncipe Bentrik y todo lo que era singular se veía satisfecho por el hecho de que podía ver a lo lejos la esfera de su navío en el suelo y en plan de reparaciones.

—Dudo que pueda volverlo a sacar del planeta y que viaje por el hiperespacio.

—Bueno, entonces le llevaríamo8 a usted y a su tripulación a Marduk en el *Némesis* —ambos hablaban con voz alta, por encima del estrépito de la maquinaria—. Espero que no piense que lo voy a dejar atascado aquí.

—No sé si cualquiera de nosotros será bien recibido. Los vikingos espaciales últimamente no han sido muy populares en Marduk. Quizá le den las gracias por devolverme a la patria y que pueda aparecer ante los jueces —dijo Bentrik con amargura—. Oh,

yo no fusilaría a nadie por dejar que pillaran su navío como hicieron con el mío. Esos dos estaban bien en la atmósfera antes de que me diese cuenta de que salían del hiperespacio.

—Yo creo que habían bajado al planeta antes de que llegase su nave.

—¡Uh, eso es ridículo, príncipe Trask! —exclamó el mardukiano —. No se puede esconder una nave en un planeta. No con la clase de instrumentos que poseemos en la Marina Real.

—Pues nosotros tenemos estupendos ingenios de detección —le recordó Trask—. Hay un lugar en donde puede hacerse. En el fondo de un océano, con trescientos o cuatrocientos metros de agua por encima. Ahí es donde hubiese escondido yo el *Némesis*, si hubiese llegado por delante de Dunnan.

El tenedor del príncipe Bentrik se detuvo a medio camino hacia su boca. Lo bajó despacio hasta el plato. Eso era lotería que quisiera aceptar, si era posible.

—Pero los nativos. No sabían nada.

—No tenían por qué. Carecen de detección extra planetaria. Que venga uno directamente sobre el océano, salido del sol, y nadie le vera.

—¿Es esa una triquiñuela normal en los vikingos espaciales?

—No. La inventé yo, viniendo de Seshat. Pero si Dunnan quería pillar en emboscada a su nave, lo hubiera pensado también. Es la única manera práctica de hacerlo.

Dunnan, o Nevil Ormm; desearía estar seguro de cuál de los dos, y se temía que seguiría deseándolo toda la vida.

Bentrik comenzó a recoger de nuevo el tenedor, cambio de idea y tomó un sorbo de vino en su lugar.

—Usted puede encontrar que es bienvenido en Marduk, según eso dijo Esos ataques han sido sólo un grave problema en los últimos cuatro años. Creo, como usted, que ese enemigo suyo es responsable de todos. Tenemos ahora fuera la mitad de la Marina Real, patrullando por nuestros planetas Comerciales. Aun cuando él no estuviese a bordo del *Enterprise* cuando usted lo voló, le ha puesto nombre y puede decirnos mucho acerca suyo —dejó la copa —. Oh, si no fuese tan profundamente ridículo, uno podría incluso pensar que estaba guerreando en Marduk.

Según el punto de vista de Trask, no resultaba ridículo en

absoluto. Se limitó a mencionar que Andray Dunnan era una psicópata y lo dejó estar así de momento.

El *Victrix* no era completamente irreparable, aunque quedaba más allá de los recursos que tenía a mano. Un navío ingeniero perfectamente equipado de Marduk podría remendar el casco y sustituir sus motores de ascensión e impulsión Dillingham y Abbot, dándole posibilidades temporales de viajar por el espacio, hasta que pudiese llegar a unos astilleros. Se concentraron en reparar el *Némesis* y al cabo de dos semanas más estuvo dispuesto para el viaje.

El curso de seiscientas horas hasta Marduk transcurrió bastante placentero. Los oficiales mardukianos resultaron buenos compañeros y hallaron a sus opuestos entre los vikingos espaciales igualmente amistosos. Las dos tripulaciones se acostumbraron a trabajar juntas en Audhumla y se mezclaban amigablemente fuera de servicio, interesándose en las aficiones mutuas y escuchando ávidamente los relatos propios de cada planeta. Los vikingos espaciales se sorprendieron y desencantaron ante el nivel en cierto modo inferior intelectual de los mardukianos. No podían comprenderlo; Marduk según se suponía era un planeta civilizado, ¿no? Los mardukianos se mostraron igualmente sorprendidos e inclinados a cierto rencor, al ver que los vikingos espaciales actuaban todos y hablaban como oficiales. Al enterarse, el príncipe Bentrik se mostró también confuso. Los marineros de una nave mardukiana pertenecían definitivamente a las clases inferiores.

—Hay todavía mucha tierra libre y con grandes oportunidades en los Mundos de la Espada —explicó Trask—. Nadie se inclina y reverencia a la clase que está por encima suya, está demasiado atareado intentando ascender. Y los hombres que salen al espacio como vikingos son los menos conspicuos de todos en lo concerniente a las clases sociales. Piensa usted que mis hombres puedan tener dificultades en Marduk por eso. ¿No? Todos insistirán en beber sus copas en los lugares más elegantes de la ciudad.

—No. No creo eso. Cada cual se mostrará tan confuso al ver que los vikingos espaciales no son hombres de tres metros de altura, con tres cuernos como una maldición de Zarathustra y una cola puntiaguda como un monstruo de Fafnir que ni siquiera se fijaran en esas minucias. Puede que a la larga resulte bien. El Príncipe de la

Corona Edvard simpatizara con sus vikingos espaciales. Vive muy opuesto a las distinciones clasísticas y a los prejuicios de casta. Dice que tienen que ser eliminados antes de que podamos instalar verdaderamente la democracia.

Los mardukianos hablaron mucho de democracia. Pensaban bien de este sistema: su gobierno era una democracia representativa. También una monarquía hereditaria, si es que eso podía tener sentido. Los esfuerzos de Trask para explicar la estructura política y social de los Mundos de la Espada encontraron la misma incomprensión por parte de Bentrik.

—¡*Oh*, eso me suena como feudalismo!

—Cierto; eso es lo que es. Un rey debe su posición al apoyo de sus grandes nobles: ellos deben la suya a sus varones y caballeros terratenientes; estos se la deben al pueblo. Hay límites más allá de los que ninguno de ellos puede ir; después de eso, sus vasallos se revelan.

Bueno, ¿supongamos que el pueblo de algún barón se revela? ¿El rey no enviará tropas para defender a su barón?

—¿Qué tropas? Fuera de la guardia personal y de unos cuantos hombres de policía en la ciudad real y en las tierras de la corona, el rey no tiene soldados. Si quiere tropas, tiene que conseguirlas de sus grandes nobles; ellos han de sacarlas de sus barones vasallos, que las convocan de entre el pueblo —esa fue otra fuente de insatisfacción con el rey Angus de Gram; había estado montando sus fuerzas alquilando mercenarios de fuera del planeta—. Y la gente no ayudará algún otro barón para que oprima a su pueblo; correría el peligro de verse en la misma situación después.

—¿Quiere usted decir que la gente está armada? —El príncipe Bentrik se mostraba incrédulo.

—Gran Satán, ¿su pueblo no? —El príncipe Trask se mostraba igualmente sorprendido—. Entonces su democracia es una farsa y la gente es sólo libre para sufrir. Si sus derechos no están respaldados por las armas, no valen nada. ¿Quién tiene las armas en su planeta?

—Oh, el gobierno.

—¿Quiere decir el rey?

El príncipe Bentrik estaba sorprendido. Claro que no; era una horrible idea. Eso sería… oh, sería *despotismo*. Además, él rey no era el gobierno, en absoluto; el gobierno gobernaba en nombre del rey.

Allí estaba la Asamblea; la Cámara de los Representantes, y la Cámara de los Delegados. La gente elegía a los representantes y los representantes elegían a los delegados, y los delegados elegían al Canciller. Luego, estaba el Primer Ministro; quedaba nombrado por el rey, pero el rey tenía que elegirlo del partido que tenía mayoría en la Cámara de Representantes y este primer ministro nombraba a los miembros del gabinete, que llevaban el trabajo ejecutivo del gobierno, sólo sus subordinados en los diferentes ministerios eran oficiales de carrera, seleccionados por oposición desde los trabajos inferiores y ascendidos por el escalón burocrático paso a paso.

Eso dejó a Trask preguntándose si la constitución mardukiana no había sido inventada por Goldberg, el legendario estadista terrestre que siembre hacía las cosas de la manera difícil. También lo dejó preguntándose cómo diablos el gobierno de Marduk conseguía realizar algo.

Quizás no lo hiciese. Quizás eso fue lo que salvó a Marduk de un verdadero despotismo.

—Bueno, ¿qué impide que el gobierno esclavice la gente? El pueblo no; usted me acaba de decir que no está armado y que el gobierno silo está.

Continuó, deteniéndose de vez en cuando para tomar aliento, para catalogar cada tiranía de la que tenía noticias, desde las practicadas por la Federación Terrestre antes de la Gran Guerra a las practicadas en Eglonsby, de Amaterasu, por Pedrosan Pedro. Unos pocos de los más tiernos empujaban a los nobles y a la gente de Gram a la revuelta contra Angus I.

—Y al fin terminó —el gobierno será el único propietario y el único jefe del planeta, y todos los demás serán esclavos, trabajando en tareas asignadas, llevando los trajes entregados por el gobierno y comiendo alimentos gubernamentales, sus hijos educados tal y como prescriba la autoridad y adiestrados para tareas seleccionadas para ellos por el gobierno, sin leer jamás un libro ni ver una obra teatral o pensar en nada que el gobierno no haya aprobado.

Muchos de los mardukianos se reían, ahora. Algunos le acusaban de ser profundamente ridículo.

—Oh, la gente es el gobierno. La gente no legislaría para verse esclavizada.

Deseó que Otto Harkaman estuviese allí. Todo lo que sabía de la

historia era lo poco sacado de leer algunos de los libros de Harkaman y de las largas y aburridas conversaciones en el navío durante el hiperespacio, o en las noches de Rivington. Pero Harkaman, estaba seguro, podría haber proporcionado centenares de ejemplos, en montones de planetas y durante diez siglos de tiempo, en el que la gente había hecho exactamente aquello y no había sabido lo que hacía, hasta que fue demasiado tarde.

—Tienen algo así en Aton —dijo uno de los oficiales mardukianos.

~ Aton; ese es una dictadura, pura y simple. Ese Nacionalismo Planetario, me refiero al partido, entró en el poder hace cincuenta años, durante la crisis después de la guerra con Baldur…

—Llegaron al poder por votación popular, ¿verdad?

—Sí; es verdad —afirmó gravemente el príncipe de Bentrik—. Fue una venida de emergencia y se les dieron poderes también de emergencia. Una vez en el mando, hicieron que la emergencia fuese permanente.

—¡Eso no podría suceder en Marduk! —exclamó un joven noble.

—Podría si el partido de Zasper Makann hallase el control de la Asamblea en la próxima elección —contestó otro.

—¡Oh entonces Marduk está a salvo! Antes el sol se convertirá en nova —apuntó uno de los oficiales jóvenes de la Marina Real.

Después comenzaron a hablar como mujeres, una materia que cualquier hombre espacial permitiría que discutiese otra persona que no fuese él.

Trask tomó nota mental del nombre de Zaspar Makann y aprovechó la ocasión para traerlo a la conversación con sus invitados. Cada vez que hablaba de Makann a dos o más mardukianos, se enteraba de que por lo menos habían tres o mas opiniones acerca del hombre. Era un político demagogo; en eso estaban todos de acuerdo. Después, las opiniones divergían.

Makann era un lunático sin control y todos sus seguidores eran también un puñado de lunáticos. Quizá fuese un lunático, pero tenía una gran estela peligrosamente grande de seguidores. Bueno, no tan grande; quizás consiguieran un puesto en la asamblea, pero resultaba dudoso, que bastantes de ellos presentándose en sus distritos fuesen elegidos como asambleístas. Era un granuja listo, embaucando a una buena cantidad de lerdos plebeyos para sacarles

cuanto pudiese. Bueno, tampoco eran simplemente plebe, secretamente le financiaban muchos industriales, con la esperanza de que les ayudase a romper las uniones laborales. Locos; todos sabían que las uniones laborales las respaldaban, esperando que asustase a los patronos y concediesen más beneficios a los trabajadores. Todos estaban chiflados; las respaldaba el interés mercantil; estos mercantilistas esperaban que echase del planeta a los gilgamesherianos. Bueno, de una cosa había que reconocerle crédito. Quería echar a los gilgamesherianos. Todo el mundo estaba en favor de eso.

Ahora, Trask pudo recordar algo obtenido de Harkaman. Hubo un Hitler allá al fin del Primer Siglo Preatómico; ¿no había conseguido el poder porque todo el mundo era partidario de echar a los cristianos, o a los musulmanes, o a los alvigenses, o a alguien?

II

Marduk tenía tres lunas; una grande de dos mil cuatrocientos kilómetros de diámetro, y dos pedazos de roca insignificantes de unos treinta y dos kilómetros. La grande estaba fortificada y un par de navíos se hallaban en órbita en su torno. El *Némesis* fue desafiado cuando salió de su último hipersalto; ambas naves rompieron su órbita y salieron a su encuentro y otras varias más fueron detectadas despegando del planeta. El príncipe Bentrik ocupó la pantalla de comunicación e inmediatamente halló dificultades. El comandante, aún cuando la situación le fuera explicada dos veces, no podía entender. Una unidad de la flota de la Marina Real derribada en una batalla con vikingos espaciales ya era bastante malo, pero ser rescatado y traído a Marduk por otro vikingo espacial simplemente carecía de sentido. Luego llamó al Palacio Real de Malverton, en el planeta; primero se mostró fríamente educado con alguien varios escalones por debajo suyo y después respetuoso para una persona a la que se dirigió como príncipe Vandarvant. Por último, después de algunos minutos de espera, un hombre frágil, de pelo blanco, con una capita negra símbolo de su rango, apareció en la pantalla. El príncipe Bentrik al instante saltó y se puso en pié. Lo mismo hicieron todos los mardukianos de la sala de mandos.

—¡Majestad! ¡Es un profundo honor!

—¿Te encuentras bien, Simón? —preguntó solícito el anciano caballero—. ¿No te han hecho ningún daño?

—Salvaron mi vida y la de mis hombres, y me trataron como a un amigo y a un camarada, Majestad. ¿Tengo vuestro permiso para presentar, informalmente, a su comandante, príncipe Trask de Tanith?

—Claro que sí, Simón. Debo al caballero mis más profundas gracias.

—Su Majestad Mikayl VIII, rey planetario de Marduk —dijo el príncipe Bentrik—. Su Alteza, Lucas, príncipe Trask, virrey planetario de Tanith por su Majestad Angus 1 de Gram.

El anciano monarca inclinó levemente su cabeza; Trask hizo una reverencia más profunda, desde la cintura.

—Soy muy feliz, príncipe Trask, primero, lo confieso, ante el retorno sano y salvo de mi pariente el príncipe Bentrik, y luego por el honor de conocer a uno que goza de la confianza de mi compañero soberano rey Angus de Gram. Nunca me mostraré desagradecido por lo que usted hizo por mi primo, sus oficiales y hombres. Debe alojarse en el palacio mientras se encuentran en este planeta; daré órdenes para su recepción y deseo que me sea usted presentado formalmente esta noche —dudó brevemente—. Gram; ¿es uno de los Mundos de la Espada? —Otra breve duda—. ¿Es usted realmente un vikingo espacial, príncipe Trask?

Quizás había esperado que los vikingos espaciales tuviesen tres cuernos, una cola puntiaguda y cuatro metros de altura.

Tardó varias horas el *Némesis* para entrar en órbita. Bentrik pasó la mayor parte de ellas en una cabina individual con pantalla de comunicación y salió de ella visiblemente aliviado.

Nadie irá a ponerse tonto sobre lo que pasó en Audhumla —dilo a Trask—. Habrá una Oficina de Inquisiciones. Me temo que tendré que mezclarle en eso. No es sólo sobre la acción de Audhumla; cada cual desde el Ministro del Espacio para abajo quiere oír lo que usted sabe acerca de ese tipo Dunnan. Como usted, todos esperamos que se fuese al Em-See-Square[1] junto con su navío insignia, pero sólo podemos suponérnoslo. Poseemos una docena de planetas comerciales a los que proteger y él atacó últimamente a más de la mitad.

El proceso de entrar en órbita les hizo girar en torno al planeta varias veces y resultó que a cada circuito el espectáculo fue más impresionante. Claro, Marduk tenía una población de cerca de doscientos mil millones y había sido civilizado, sin rastros de neobarbarismo, desde que fue colonizado por primera vez en el siglo IV. Aún así, los vikingos espaciales estaban sorprendidos, aunque tozudamente se negaban a demostrarlo, ante lo que vieron

con sus pantallas telescópicas.

—¡Mira esa ciudad! —susurró Paytrik Morlaud—. Nosotros hablamos de planetas civilizados, pero nunca nos dimos cuenta de que era algo así. Oh, esto hace que Excalibur parezca como Tanith.

La ciudad era Malverton, la capital; como cualquier urbe de los pueblos que usan contragravedad, yacía en un tosco círculo de edificios cerniéndose hacia los verdes interespacios, rodeados por círculos más pequeños de espacios-puertos y suburbios industriales. A diferencia era que cualquiera de aquellos era tan grande como Kameloth en Excalibur, o cuatro Wardshavens en Gram, y la propia Malverton casi tenía la mitad del tamaño de la baronia completa de Traskon.

—No están más civilizados que nosotros, Paytrik. Lo que pasa es que son más. Si hubiesen doscientos mil millones de personas en Gram. ~. Cosa que espero que no ocurra nunca… Gram también tendría ciudad es como ésta.

Un detalle; el gobierno de un planeta como Marduk tendría que ser más elaborado que el flojo feudalismo de los Mundos de la Espada. Quizás esta goldbergocracia suya haya sido forzada por la aguda complicidad de la población y sus problemas.

Alvyn Karffard dio una rápida mirada en su no para asegurarse que no le escuchaba ninguno los mardukianos.

—No me importa la población que tengan —dijo—. Marduk puede asaltarse. Al lobo nunca le importa cuántas ovejas hay en el rebaño. Con veinte naves, podríamos apoderarnos del planeta como lo hicimos de Eglonsby. Habrían pérdidas claro, pero después de entrar y bajar, lo conquistaríamos.

—¿Y de dónde sacaríamos veinte naves?

Tanith, en total, podría proporcionar cinco o seis, contando a los libres vikingos espaciales que utilizaban las instalaciones de la base; tendrían que dejar a un par para defender el planeta. Beowulf tenía navío y otro casi terminado, y también podría contarse con una nave de Amaterasu. Pero reunir una armada de veinte naves de vikingos espaciales. Sacudió la cabeza. La verdadera razón del por qué vikingos espaciales jamás atacaron con éxito a un planeta civilizado estaba siempre en su incapacidad combinarse bajo un sólo mando de suficiente fuerza. Aparte, además, no deseaba atacar Marduk. Un ataque, si triunfaba, proporcionaría inmensos tesoros,

pero causaría cien, mil veces mas destrucción y no quería destruir nada civilizado.

Las terrazas del palacio estaban atestadas el príncipe Bentrik y él aterrizaron y, a discreta distancia, oleadas de vehículos aéreos circulaban, creando a la policía un problema de control. Separándose de Bentrik, fue escoltado hasta la «*suite*» que le habían preparado. Era lujosa en extremo pero apenas por encima de las costumbres de cualquier Mundo de la Espada. Había allí un sorprendente número de sirvientes humanos, realizando tareas que los robots hubiesen hecho mejor. Los robots presentes resultaban inefectivos y se había desperdiciado mucho trabajo e ingenuidad en los esfuerzos para copiar la forma humana en detrimento de la función.

Tras desembarazarse de la mayor parte de los elementos superfluos, puso en marcha una pantalla y comenzó a revisar los noticieros. Habían vistas telescópicas del *Némesis* desde alguna nave en órbita cera y vio desembarcar a los oficiales y hombres del Victrix; Hubieron otras vistas de su aterrizaje en una instalación naval de tierra y pudo ver cómo periodistas eran apartados lejos por la policía terrestre de la Marina. Y hubo una opinión comentada de amplio alcance.

El gobierno había negado ya que: 1º, el príncipe Bentrik hubiese capturado al *Némesis* trayéndolo como trofeo; y, 2º, los vikingos espaciales habían capturado al príncipe Bentrik y lo retenían por rescate. Más allá de eso, el gobierno trataba de ajustar toda la historia y la oposición emitía ya insinuaciones acerca de tratos corrompidos y siniestros complots. El príncipe Bentrik llegó en medio de una parrafada impresionante y apasionada contra los traidores pusilánimes que rodeaban a Su Majestad que traicionaban Marduk a los Vikingos espaciales.

—¿Por qué su gobierno no publica los hechos y da fin a todas esas tonterías? —preguntó Trask.

—Oh, dejémosles que chillen —replicó Bentrik—. Cuanto mas tiempo aguarde el gobierno, más quedarán ridiculizados cuando se conozca la verdad.

O más gente quedaría convencida de que el gobierno tenía algo que ocultar y que se había tomado tiempo para elaborar una historia plausible. Conservó para sí el pensamiento. Era el gobierno

de ellos; si lo hacían mal a él no le importaba. Encontró que no había ningún robot comerciante; ni tampoco camarero, tenía que hacer que un sirviente humano les trajese las bebidas. Decidióse mentalmente hacer que le enviasen a unos cuantos robots de éstos del *Némesis*.

La presentación formal sería por la noche; primero habría una cena y a causa de que Trask todavía no había sido presentado formalmente, no podría cenar con el rey, pero puesto que era, o afirmaba ser, virrey de Tanith, tenía el rango de jefe de Estado y cenaría con el Príncipe Real, a quien sería primero informalmente presentado.

Ocupó su lugar en una pequeña antecámara del salón de banquetes; el Príncipe Real o de la Corona y la Princesa real, y el Príncipe Bentrik estaban allí cuando llegaron. El Príncipe de la Corona era un hombre de mediana edad, con las sienes grises, una mirada vidriosa que traicionaba el empleo de lentes de contacto. El parecido entre él y su padre era aparente; ambos tenían la misma expresión un poco práctica y estudiada y podían haber sido profesores de la misma universidad. Estrechó la mano de Trask. Asegurándole la gratitud de la corte y de la familia real.

—Mire, Simón es el siguiente en la línea de sucesión, después de mí y de mi hijita —dijo—. Está demasiado próximo para correr riesgos con él —se volvió a Bentrik—. Me temo que ésta sea tu última aventura espacial, Simón. De ahora en adelante tendrás que ser hombre de espaciopuertos.

—No lo lamentaré —contestó la princesa Bentrik—. Y si alguien debe gratitud al príncipe Trask, soy yo —le apretó la mano cálidamente—. Príncipe Trask, mi hijo quiere conocerle con el máximo interés. Tiene diez años y cree que los vikingos espaciales son héroes románticos.

—Podría ser uno, durante una temporada.

Vería a un planeta cualquiera que hubiesen atacado los vikingos espaciales.

La mayor parte del extremo superior de la mesa eran diplomáticos, embajadores de 0dm, Baldur, Isis, Islitar y Aton y otros mundos civilizados. Sin duda no esperaban cuernos, o cola puntiaguda, ni siquiera tatuajes y un anillo en la nariz, pero después de todo, los vikingos espaciales eran una especie de neobárbaros,

¿no? Por otra parte todos habían visto y obtenido descripciones del *Némesis* y se habían enterado de la acción naval en Audhumla, y este príncipe Trask, un príncipe vikingo, que parecía bastante civilizado, había salvado una vida con sólo otras tres vidas y casi una al final entre ella y el trono. Y oyeron la conversación por pantallas con el rey Mikhyl. Así que durante el banquete se mostraron afablemente corteses y trataron de situarse lo más cerca posible suyo en la comitiva que se dirigió al salón del trono.

El rey Mikhyl llevaba una corona de oro culminada por el emblema planetario, que debía haber pesado el doble de un casco de combate, y una túnica con orillas de piel que pesaría más que todo un conjunto de armadura espacial. Sin embargo, su atuendo no estaba tan elaborado y adornado como el que usaba el rey Angus I de Gram. Se levantó para palmear la mano del príncipe Bentrik, llamándole «querído primo» y felicitándole por su valiente pelea y afortunada escapatoria. El pensamiento de un Consejo de Guerra le cruzaba por la cabeza, estimó Trask. Permaneció de pie hasta estrechar la mano de Trask, llamándole «valioso amigo mío y de mi casa». Primera persona en singular; eso debía de causar muchos ceños fruncidos.

Luego el rey se sentó y el resto de los presentes formó fila subiendo al estrado para ser recibidos y finalmente terminó todo y el monarca se levantó y marchó, seguido por su séquito inmediato entre las reverencias y cortesías de la corte hasta salir por las amplias puertas. Tras un intervalo decente, el Príncipe de la Corona Edvard le acompañó a él y al príncipe Bentrik por la misma ruta, los otros detrás y cruzando el vestíbulo llegaron a la sala de baile, en donde había suave música y refrescos. No era demasiado desemejante a una recepción cortesana en Excalibur, excepto que las bebidas y canapés eran ofrecidas por sirvientes humanos.

Se preguntaba ahora qué clase de funciones cortesanas tendría en estos momentos Angus 1 de Gram.

Al cabo de media hora un grupo de funcionarios de la corte se aproximó y le informó que a Su Majestad le placía pedir al príncipe Trask que acudiese a sus habitaciones particulares. Eso produjo un murmullo perceptible; el príncipe Bentrik y el Príncipe de la Corona trataron de no sonreír con demasiada amplitud. Evidentemente, aquello no sucedía con frecuencia. Siguió a los funcionarios

abandonando la sala de baile y con los ojos de todo el mundo fijos en su persona.

El viejo rey Mikhyl le recibió a solas, en una habitación pequeña y cómoda muy lejos de aquellas vastas salas de increíble esplendor. Llevaba zapatillas forradas de piel y una túnica suelta con cuello del mismo material, además de su capita negra. Estaba de pie al entrar Trask; cuando los guardias cerraron la puerta y les dejaron a solas hizo un gesto a Trask indicando a un par de sillas, con una baja mesa entre ellas en la que se veían botellas, vasos y cigarros.

—Es una prerrogativa de la autoridad real llamarle desde la sala de baile —comenzó, después de que se hubieron sentado y llenado un par de vasos—. Sepa que estamos completamente solos.

—Se lo agradezco, Majestad. Aquí se está cómodo y tranquilo y uno puede sentarse. Su Majestad fue el centro de la atención en la sala del trono, sin embargo me pareció percibir una mirada de alivio cuando usted salió de ella.

—Intenté ocultarla lo más posible —confesó el viejo rey, luego se quitó la gorrita circundada de oro y la colgó del respaldo de su silla—. La soberanía puede ser bastante cansada, sépalo usted.

Así que había entrado aquí y se había despojado de ella. Trask advirtió que por su parte debería hacer un gesto similar. Se desabrochó la daga de gala del cinturón y la puso sobre la mesa. El rey asintió.

—Ahora, podemos ser un par de honrados comerciantes, las tiendas cerradas ya por ser de noche, descansando y saboreando nuestro vino y nuestro tabaco —dijo—. ¿Qué le parece, Buen Lucas?

Parecía como una iniciación a una secreta sociedad cuyo ritual debiera imaginar paso a paso.

—De acuerdo, Buen Mikhyl.

Alzaron los vasos en gesto de brindis y bebieron; el Buen Mikhyl ofreció cigarros y el Buen Lucas le proporcionó fuego.

—He oído unas cuantas cosas fuertes acerca de su comercio, Buen Lucas.

—Todas ciertas y en su mayoría comprensibles. Somos ladrones y asesinos profesionales, como afirma uno de mis compañeros de negocio. Lo peor es que el robo y el asesinato se convierten simplemente en eso: un comercio, como reparar robots o vender verduras.

—Sin embargo, usted luchó contra otros dos vikingos espaciales para, proteger al averiado *Victrix* de mi primo. ¿Por qué?

No tuvo más remedio e relatar su historia, una vez más tan gastada y aburrida. Mientras le escuchaba el cigarro del rey Mikhly se apagó.

—¿Y desde entonces ha estado usted persigniéndole? ¿Y ahora no está seguro de si le mató o no?

—Me temo que no. El hombre de la pantalla es con quien Dunnan podía realmente confiar. Uno u otro podrían haberse quedado en donde él tuviese su base todo el tiempo.

—¿Y cuando usted lo mate, qué pasará?

—Seguiré tratando de hacer de, Tanith un planeta civilizado. Tarde o temprano, tendré una disputa demasiado fuerte con el rey Angus y entonces seremos nuestra Majestad Lucas I de Tanith y nos sentaremos en un trono y recibiremos a nuestros súbditos y yo me alegraré mucho cuando pueda despojarme de mi corona y hablar con unos pocos hombres que me llamen «camarada» en vez de «su majestad».

—Bueno, sería violar la ética profesional si le aconsejase que renunciase a la soberanía, claro, pero podría ser algo excelente. ¿Verdad que conoció al embajador de Ithavoll en la cena? Hace tres siglos que Ithavoll era una colonia de Marduk… parece que no podemos soportar el lujo de tener colonias más tiempo y se separó de nosotros. Ithavoll fue entonces un planeta como su Tanith parece ser. Hoy es un mundo civilizado y de los mejores amigos de Marduk. Mire, a veces creo que unas cuantas luces vuelven a encenderse, aquí y allá en la Vieja Federación. Si es así, ustedes los vikingos espaciales ayudan a encenderlas.

—¿Se refiere a los planetas que utilizamos como bases y a las cosas que enseñamos a los nativos?

—Eso también, claro. La civilización necesita tecnologías civilizadas. Pero tienen que utilizarse para fines civilizados. ¿Sabe usted algo de un ataque a Aton hace un siglo por vikingos espaciales?

—Seis navíos de Haulteclere; cuatro destruidos, los otros dos regresaron dañados y sin botín.

El rey de Marduk asintió.

Aquel ataque salvó la civilización en Aton. Allí habían cuatro

grandes naciones; las dos mayores estaban al borde de la guerra y las otras esperaban saltar sobre el exhausto vencedor y luego luchar una con otra por el botín. Los vikingos espaciales lea obligaron a unirse. De aquella alianza temporal salió la Liga por la Defensa Común, y de eso la República Planetaria. La república ahora es una dictadura y sólo entre nosotros, el buen Mikhyl y el buen Lucas es algo condenadamente odioso y el gobierno de nuestra Majestad no le gusta en absoluto. Tarde o temprano será destrozada, como suele ocurrir con tales cosas, pero ya no volverán jamás de nuevo a la soberanía dividida y al nacionalismo. Los vikingos espaciales les asustaron mostrándoles peligros que eran inherentes. Quizás este tal Dunnan haga lo mismo por nosotros en Marduk.

¿Tienen dificultades?

—Usted ha visto planetas descivilízados. ¿Cómo sucede?

—Sé cómo sucedió en muchos de éstos: guerra. Destrucción de ciudades e industrias. Supervivientes entre ruinas, demasiado atareados en mantener vivos sus cuerpos para probar de conservar viva la civilización. Luego pierden todo conocimiento de cómo ser civilizados.

—Esa es la descivilización catastrófica. Hay también descivilización por erosión y mientras ocurre nadie la advierte. Todos están orgullosos de su cultura, su riqueza y civilización. Pero el comercio decae; cada año llegan menos naves. Así que hay una fanfarrona afirmación acerca de la autosuficiencia planetaria; ¿quién necesita comercio extraplanetario de todas maneras? Cada cual parece ganar dinero, pero el gobierno siempre está en la ruina. El déficit se extiende… y siempre más servicios sociales vitales aparecen para los que el gobierno tiene que gastar dinero. Era más vital, claro, comprar votos para mantener al gobierno en el poder. Y se hace más difícil para el gobierno realizar algo constructivo.

—Los soldados son bastante torpes en el taladro y sus uniformes y armas quedan descuidadas. Los suboficiales se muestran insolentes. Y cada vez más partes de la ciudad resultan peligrosas de noche e incluso de día. Y pasan años desde la construcción de un nuevo edificio y los viejos quedan sin reparación.

Trask cerró los ojos. De nuevo podía notar el sol suave de Gram en la espalda y oír las voces riendo de la terraza inferior y estaba hablando con Lothar Ffayle y Rovar de Crauffis y Alex Gorram y el

primo Nikkolay y Otto Harkaman. Dijo:

—Y finalmente, nadie se molesta en arreglar nada. Y los reactores de energía se detienen, y nadie parece ser capaz de repararlos y ponerlos en marcha de nuevo. Todavía no se ha llegado tan lejos en los Mundos de la Espada.

—Aquí tampoco. Sin embargo… —El buen Mikhyl lo dejó estar; el rey Mikhyl VIII apareció mirando desde la otra parte de la mesita a su invitado—. Príncipe Trask, ¿ha oído hablar de un hombre llamado Zasper Makann?

—Ocasionalmente. Nada bueno acerca suyo.

—Es el tipo más peligroso de este planeta —dijo el rey—. Y puedo hacer que nadie le crea. Ni siquiera mi hijo.

III

El hijo del príncipe Bentrik, conde Steven de Ravary, de diez años de edad, llevaba uniforme y emblema de la Marina Real; le acompañaba su preceptor, un veterano capitán de la marina. Ambos se detuvieron en el umbral de la «*suite*» de Trask y el muchacho saludó marcialmente.

—¿Permiso para subir a bordo, señor? —preguntó.

—Bienvenidos, conde, capitán. Prescindan de la ceremonia y siéntense; llegan a tiempo para el segundo desayuno.

Mientras se sentaban, apuntó su lápiz ultravioleta a un robot de servicio. A diferencia de los robots mardukianos, que parecían confecciones surrealistas de los caballeros blindados de la era preatómica, era un suave ovoide flotando a pocos centímetros del suelo gracias a su contragravedad particular; mientras se acercaba, su parte superior se abría como la cáscara de un huevo y bandejas de alimentos aparecieron. El muchacho lo miró fascinado.

—¿Es eso un robot de los Mundos de la Espada, señor, o lo capturó en algún lugar?

—Es uno de los nuestros —se sentía razonablemente orgulloso; había sido construido en Tanith un año antes—. Posee debajo un lavaplatos ultrasónico y en la parte superior cocina un poco también.

El veterano capitán estaba, si es posible, incluso más impresionado que su joven discípulo. Conocía todo aquello y había tenido en parte concepción de la sociedad capaz de desarrollar cosas como la presente.

—Tengo entendido que ustedes no usan muchos sirvientes humanos, teniendo robots así —dijo.

—No muchos. Somos planetas de baja población y nadie quiere

ser criado.

—En Marduk hay demasiados habitantes y todos ansiando trabajos suaves como estar al servicio de los nobles —dijo el capitán —. Hay gente capaz de aceptar cualquier tarea.

—Ustedes necesitan a todos los habitantes como guerreros, ¿verdad? Preguntó el joven conde.

—Bueno, necesitamos a muchos. El más pequeño de nuestros navíos es capaz de llevar a quinientos hombres; en su mayoría albergan a ochocientos.

El capitán alzó una ceja. La dotación del *Victrix* había sido de trescientos y se la consideraba una nave grande. Luego asintió.

—Claro. En su mayor parte son luchadores terrestres.

Eso disparó al conde Steven. Preguntas, sobre batallas y ataques y pillaje y los planetas que Trask había visto.

—¡Desearía ser vikingo espacial!

—Bueno, no puede serlo, conde Ravary. Es usted un oficial de la Armada Real. Se supone que debe pelear contra los vikingos espaciales.

—Yo no pelearé contra usted.

—Tendría que hacerlo, si el rey lo mandase —le dijo el viejo capitán.

—No. El príncipe Trask es mi amigo. Salvo la vida de mi padre.

—Y yo tampoco lucharía con usted, conde. Dispararíamos una buena cantidad de fuegos artificiales, y luego nos largaríamos cada uno a nuestra casa proclamando haber vencido. ¿Qué le parecería eso?

Ya he oído cosas así —dijo el capitán—. Tuvimos una guerra con Od, hace setenta años, en que la mayor parte de las batallas fueron de ese estilo.

—Además, el rey es amigo también del príncipe Trask —insistió el muchacho—. Papá y mamá se lo oyeron decir, mientras estaba en el trono. Los reyes no mienten cuando se sientan en el trono, ¿verdad?

—Los buenos reyes no —le contestó Trask.

—El nuestro es un buen rey —declaró orgulloso el joven conde de Ravary—. Yo haría cualquier cosa que me mandase el rey. Excepto luchar contra el príncipe Trask, mi familia tiene una deuda con el príncipe Trask.

Trask asintió aprobador.

—De esa manera hablaría cualquier noble de los Mundos de la Espada, conde Steven —dijo.

* * *

La Oficina de Inquisiciones, aqulla tarde, fue más como una pequeña fiesta muy tranquila. Un tal almirante Shefter, que aprecia ser un pez gordo, presidía mientras evitaba cuidadosamente aparentarlo así. Alvyn Karfiard y Van Larch, y Paytrik Morlaud estaban presentes del Némesis, y Bentrik y varios oficiales del *Victrix* y había un par de oficiales de la Inteligencia Naval, y alguien de Plan de Operaciones, y de los Astilleros y de Investigación y Desarrollo. Charlaron agradablemente y en una engañosa manera que podía presumir que fuese al azar durante un rato. Luego Shefter dijo:

—Bueno, no hay culpa ni censura de ninguna clase acerca del modo en que fue sorprendido el comodoro príncipe Bentrik. En aquel momento eso no pudo evitarse —miró al oficial de Investigación y Desarrollo—, sin embargo, no debe permitirse que eso vuelva a suceder.

—No volverá a ocurrir, señor. Yo diría que le llevará a mi gente un mes y que luego el equipo que desarrollen tardará en instalarse otro tanto así en todos los navíos.

Astilleros no creyó que costara tanto.

—Procuraremos que adquiera usted plena información acerca del nuevo sistema de detección submarina, príncipe Trask —dijo el almirante.

—Sin embargo, caballerosamente deberá usted mantener el secreto —añadió uno de los hombres de Inteligencia—. Si trascendiese que informamos a los vikingos espaciales acerca de nuestros secretos técnicos… —Se tentó la nuca de un modo que Trask sospechó que el degüello era la forma de ejecución en Marduk.

—Tendremos que descubrir dónde tiene su pase ese tipo —dijo el de Plan de Operaciones—. Tengo entendido, príncipe Trask, que usted no va a juzgar que estuviera en su navío insignia cuando voló por los aires para así considerar su cuenta zanjada y olvidarlo.

—No, no. Presumo que no lo estaba. No creo que él y Ormm fuesen a alguna parte en el mismo navío, después de que viniese aquí y estableciese una base. Creo que uno de ellos se quedaría en la base todo el tiempo.

—Bueno, le daremos cuantos datos poseamos Shefter. En su mayoría están clasificados y también tendrá que conservar la máxima discreción. Pasaré por alto el sumario acerca de lo que usted nos dio; me atrevería a decir que ambos conseguiremos una buena cantidad de información nueva. ¿Tiene usted alguna idea de en dónde puede estar su base, príncipe Trask?

—Unicamente creemos que es un planeta no del tipo Tierra —les contó las fuertes compras de Dunnan de equipo de aire y agua acondicionados, de conservas y de material hidropónico—. Eso, claro, ayuda en mucho.

—Sí, hay sólo cinco millones de planetas del volumen espacial de la Antigua Federación inhabitables a no ser con un medio ambiente artificial. Incluyendo unos cuantos cubiertos por los mares, en donde podría colocarse uno bajo las aguas instalando ciudades bajo cúpula si se tuviera tiempo y material.

Uno de los oficiales de Inteligencia que había estado acunando entre las manos una copa con una porción de licor, la apuró de pronto, volvió a llenarla y la miró en silencio durante un rato. Luego bebió brioso para de nuevo otra vez llenarla.

—Lo que me gustaría saber —dijo—, es cómo sabía esa obscenidad de Dunnan que teníamos un navío en Audhumla precisamente nada más colocarlo allí —dijo—. Hablan ustedes de ciudades submarinas bajo cúpula y he pensado en ello. No creo que se sacase ese planeta del sombrero y luego fuese allí preparado para posarse en el fondo del océano durante años y años en espera de que algo apareciera. Creo que sabía que el *Victrix* llegaría a Audhumla y precisamente cuándo.

—No me gusta eso, comodoro —dijo Shefter.

—¿Y cree usted que a mí sí, señor? —repuso el oficial de Inteligencia—. Sin embargo, ahí está. Tendremos que enfrentarnos a ello.

—Lo haremos —asintió Shefter—. Póngase en ello, comodoro, y no es preciso que lo avise de que impida que nadie se entere de la tarea encomendada —miro su propia copa; apenas contenía licor.

La rellenó despacio y con cuidado—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo la Marina que preocuparse por algo así —se volvió a Trask—. ¿Podría ponerme en contacto con usted en palacio si fuese necesario?

—Bueno, el príncipe Trask y yo hemos sido invitados por el príncipe Edvard, quiero decir, el barón de Cragdale, a su coto de caza —dijo Bentrik—. Nos iremos allá directamente desde aquí.

—¡Ah! —El almirante Shefter sonrió ligeramente. Además de no tener tres cuernos y una cola puntiaguda, este vikingo espacial era definitivamente persona grata a la familia real—. Bueno, nos mantendremos en contacto, príncipe Trask.

* * *

El coto de caza en donde el príncipe de la corona Edvard era simplemente el barón Cragdale yacía a la cabeza de un valle montañoso por cuyo fondo un río serpenteaba. Los montes se alzaban a ambos lados en agudas pendientes, algunos culminados con nieves perpetuas, con glaciares descendiendo de ellas. Las tierras inferiores eran boscosas, al igual que el valle mismo y había un resplandor alpino rojo malva en el gran picacho que se alzaba a la cabeza del valle. Por primera vez en casi un año, Elaine estaba con él, silenciosamente aferrándose a su persona para ver con sus ojos mortales la belleza del panorama. Ya había creído que su infeliz esposa le había abandonado para siempre.

La propia cabaña en sí no era lo que un perteneciente a los Mundos de la Espada hubiese esperado. A primera vista, desde el aire, parecía como un reloj, de sol una esbelta torre alzándose como la aguja por encima de un círculo de bajas edificaciones y de recortados jardines. La lancha tomó tierra al pie de la torre y él, el príncipe y la princesa Bentrik, y el joven conde de Ravary junto con su tutor descendieron. Inmediatamente se vieron asediados por una nube de sirvientes; la segunda lancha con los criados Bentrik y su equipaje daba ya vueltas para aterrizar. Elaine, como descubrió, ya no estaba con él y luego se había separado de los Bentrik y encaminado con un coche terrestre ascensor para que más sirvientes lo instalasen en sus habitaciones, le abriesen las maletas, le prepararan el baño e incluso tratasen de ayudarle a tomarlo, para

luego aletear por su lado mientras se vestía.

Había mucha gente para la cena. Bentrik le había advertido que encontraría algunos tipos raros; quizás se refería a que no todos serian nobles. Entre los comuneros se veían unos cuantos profesores, en su mayoría de ciencias sociales, un jefe laboral, un par de Representantes y un miembro de la Cámara de Delegados, junto con una pareja de trabajadores sociales, significase cualquier cosa esa palabra.

Su compañera de mesa era *lady* Valerie Alvaratli. Poseía una hermosa caballera negra y unos ojos azules casi sorprendentes, combinación extraña en los Mundos de la Espada, y parecía inteligente, o por lo menos lista. Se la presentaron como dama de compañía de la hija de la Princesa de la Corona. Cuando preguntó dónde estaba la hija, ella se río.

—No serviría para entretener a los vikingos espaciales visitantes durante mucho rato, príncipe Trask. Precisamente tiene ocho años; la acosté antes de bajar. La echaré un vistazo después de la cena.

Luego la Princesa de la Corona Melanie, a su otro lado, le hizo unas cuantas preguntas sobre la etiqueta cortesana en los Mundos de la Espada. Él se aferró a las generalidades y a lo que pudo recordar de su presentación en la corte de Excalibur durante sus días de estudiante. Estas personas tenían monarquía desde mucho antes de que Gram fuese colonizado; no iba a admitir que la soberanía de Gram se había establecido después de abandonar el planeta. La mesa era lo bastante pequeña para que todos oyesen lo que se decía y pudieran asediarle a preguntas. Todo duró a través de la cena y continuó cuando se reunieron para tomar café en la biblioteca.

—¿Pero qué hay acerca de su forma de gobierno, su estructura social, esa clase de cosas? —preguntó alguien, impaciente con las artificialidades de la corte.

—Bueno, no utilizamos la palabra gobierno muchísimo —respondió—. Hablamos abundante de autoridad y soberanía y me temo que en esas cosas quemamos la mayor parte de nuestra pólvora, pero el gobierno siempre nos parece como la soberanía entrometiéndose en asuntos que no le interesan. Mientras la soberanía mantenga un parecido razonable de buen orden público y haga que sean azarosas la mayor parte de las formas del crimen con

respecto a los criminales, nos mostramos contentos.

—Pero eso es simplemente negativo. ¿Acaso el gobierno hace nada positivo para el pueblo?

Intenté explicar el sistema feudal de los Mundos de la Espada. Y era difícil, como descubrió, aclarar algo que toda la vida das por garantizado a alguien que es del todo un extraño para ello.

—Pero el gobierno… la soberanía, ya que a usted no le gusta esa palabra… no hace nada por el pueblo —objetó uno de los profesores—. Deja todos los servicios sociales al capricho del señor individual o del barón.

—Y el pueblo no tiene voz ni voto en absoluto; oh, eso es tiranía —añadió un asambleísta.

Intentó explicar que la gente tenía una forma muy distinta de hacer oír su voz y que los barones y señores que deseaban seguir vivos la escuchaban con atención. El asambleísta cambió de idea; eso no era tiranía, sino anarquía. Y el profesor seguía insistiendo acerca de cómo se llevaban a cabo los servicios sociales.

—Si se refiere usted a escuelas y hospitales y a la limpieza de la ciudad la gente la hace por sí misma. El gobierno, si quiere pensar en nuestra desilusión de esa manera, procura que nadie dispare contra los ciudadanos que se dedican a su labor cívica.

—Eso no es lo que el profesor Pullwell quería decir, Lucas. Se refiere a las pensiones y jubilación —aclaró el príncipe Bentrik—. Como eso quizás Parmakan está alborotando.

Había oído hablar de ello en el viaje desde Audhumla. Cada persona en Marduk se retiraría con una pensión adecuada después de treinta años de servicios regulares o a la edad de sesenta. Cuando quise saber de dónde saldría el dinero, se le dijo que habría un impuesto sobre las ventas y que las pensiones deberían gastarse a los treinta días, lo que estimularía a los negocios y este incremento proporcionaría dinero de impuestos suficientes como para pagar las pensiones.

—Conocemos un chiste sobre tres gilgamesherianos náufragos en un planeta deshabitado —dijo—. Quince años después, al rescatarlos —los tres son inmensamente ricos, por haber estado vendiéndose mutuamente los sombreros. Así creo que funcionará la cosa.

Una de las damas trabajadoras sociales soltó una risita; luego

protestó, no había derecho a lanzar chistes difamatorios sobre grupos raciales. Uno de los profesores carraspeó; no había paralelo en absoluto, el Plan Pensional Rotativo Auto Suficiente era perfectamente factible. Con sorpresa, Trask recordó que era profesor de economía.

Alvyn Karffard no iría a necesitar veinte naves para apoderarse de Marduk. Sólo infiltrarse con un centenar de hombres de confianza y al cabo de un año lo poseerían todo.

Entonces todos empezaron a hablar de Zasper Makann, sin embargo. Algunos pensaban que tenía buenas ideas, pero que perjudicaba a su propia causa mediante el extremismo. Uno de los nobles más ricos dijo que era un reproche para la clase gobernante; era culpa suya que gente como Makann pudiese adquirir seguidores. Un viejo caballero afirmó que quizás los gilgamesherianos fueran los culpables, en Sí mismos, por crear animosidad hacia ellos. Inmediatamente fue hecho callar por los demás y verbalmente reducido a pedazos.

Trask no juzgó adecuado citar ante esta gente la actitud del buen Mikhyl. Aceptó sobre sí mismo la responsabilidad al decir:

—Por lo que he oído de él, creo que es la amenaza más grave a la sociedad civilizada de Marduk.

No le llamaron loco puesto que después de todo era un invitado, pero tampoco le preguntaron que quería decir. Meramente le respondieron que Makann era un loco con unos seguidores fácilmente contentarles y sin escrúpulos, y simplemente había que esperar a las elecciones para ver lo que ocurriría.

—Me inclino a estar de acuerdo con el príncipe Trask —dijo muy serio Bentrik—. Y me temo que los resultados de las elecciones sean una sorpresa para nosotros, no para Makann.

No había hablado de aquella manera en el navío. Quizás desde su vuelta había estado mirando a su alrededor y pensando un poco. Hasta podía haber hablado también con el buen Mikhyl. Había una pantalla en la habitación. La señaló con la cabeza.

—Está hablando en una reunión del Partido por el Bienestar del Pueblo en Drepplin ahora —dijo—. ¿Puedo conectar, para demostrarles lo que quiero decir?

Cuando el Príncipe de la Corona asintió, se acercó a la pantalla y manipuló el selector.

Un rostro apareció. Los rasgos no eran los de Andray Dunnan… la boca era más ancha, los pómulos más amplios, la barbilla más redonda. Pero sus ojos sí eran los de Dunnan, los que Trask había visto en la terraza de Karvall House. Ojos de loco. Su voz desde lo alto gritaba:

—¡Nuestro bien amado soberano está prisionero! ¡Se encuentra rodeado de traidores! ¡Los ministerios están llenos de ellos! ¡Todos son traidores! ¡Los sanguinarios reaccionarios del falsamente llamado Partido Lealista de la Corona! ¡La codiciosa conspiración de los banqueros interestelares! ¡Los sucios gilgamesherianos! ¡Todos se han cualidado en esta conspiración antisagrada! ¡Y ahora ese vikingo espacial, ese monstruo de manos ensangrentadas de los Mundos de la Espada…!

—Hagan callar a ese tipo tan horrible —gritó alguien, en competencia con el grito hipnótico del locutor.

Lo malo era que no podían. Era fácil apagar la pantalla, pero Zasper Makann seguiría gritando y millones por todo el planeta le escucharían. Bentrik manipuló el selector. La voz balbuceó brevemente y luego vino un eco del altavoz, pero esta vez el captador se encontraba a varios metros por encima de un gran parque abierto. Estaba atiborrado de público, en su mayoría con ropas de granjero, que en Gram no se habrían autorizado para salir del trabajo, pero aquí también se veían bloques de hombre en algo parecido a un uniforme militar, cada uno con una porra pequeña de cabeza voluminosa. A través del parque, a lo lejos, la cabeza y hombros de Zasper Makann asomaban a treinta metros de altura en una enorme pantalla. Cuando se detuvo para respirar, en cada ocasión, se alzaba un grito, empezando por los bloques de hombres uniformados:

—*¡Makann! ¡Makann! ¡Makann el jefe! ¡Makann al Poder!*

—¿Le permiten incluso poner un ejercicio particular? —preguntó al Príncipe de la Corona.

—Oh, esos estúpidos bufones con sus uniformes de comedia musical —el Príncipe de la Corona se encogió de hombros—. No están armados.

—Visiblemente no —admitió—. Aún no.

—No sé de dónde conseguirán las armas.

—No, alteza —dijo el príncipe Bentrik—. Ni yo tampoco. Eso es

lo que me preocupa.

IV

Tuvo éxito, a la mañana siguiente, en convencer a todos de que deseaba estar a solas durante un rato y estaba sentado en solitario en un jardín, contemplando los arco iris en la bruma de una gran cascada a la otra parte del valle.

A Elaine le hubiese gustado aquello, pero ahora ya no estaba con él.

Entonces se dio cuenta de que alguien le hablaba, era una voz pequeña, cantarina.

Se volvió y vio a una nenita con pantalones cortos y una blusa sin mangas, teniendo entre los brazos a un rubio cachorrillo de pelo largo, con grandes orejas y ojos suplicantes.

—Hola, a los dos —dijo.

El cachorrillo se retorció y trató de lamer la cara de la niña.

—No, Mopsy. Que vamos a hablar con este caballero —dijo ella —. ¿Eres real y verdaderamente el vikingo espacial?

—Real y verdaderamente. ¿Y quiénes sois vosotros dos?

—*Yo* soy Myrna. Y éste es Mopsy.

—Hola, Myrna. Hola, Mopsy.

Al oír su nombre, el perrito volvió a agitarse y cayó de los brazos de la criatura; después de una breve duda, saltó al regazo de Trask lamiéndole la cara. Mientras acariciaba al perro, la chica se acercó y se sentó en el banco a su lado.

—Le gustas a Mopsy —dijo ella. Al cabo de un momento, añadió —: A mí también.

—Y tú a mí me gustas —dijo Trask—. ¿Querrías ser mi novia? Ya sabes, todo vikingo espacial tiene que tener una novia en cada planeta. ¿Te gustaría ser mi novia en Marduk?

Myrna pensó en eso con atención.

—Me gustaría, pero no puedo. Mira, algún día voy a ser reina.

—¿Eh?

—Sí. El abuelo es rey ahora y cuando acaba de ser rey, papá será el rey y luego cuando acabe de ser rey, como yo no puedo ser rey porque soy niña, tendré que ser reina. Y no puedo ser la novia de nadie porque voy a tener que casarme con alguien a quien no conozco y por razones de estado —pensó un momento más y bajó la voz—. Te diré un secreto. Ahora soy una reina.

—¿De veras?

Ella asintió.

—Nos somos reina, por nuestro propio derecho, de nuestro Dormitorio Real, de nuestra Sala de Juegos Real y de nuestro Baño Real. Y Mopsy es nuestro fiel súbdito.

—¿Gobierna Su Majestad absolutamente esos dominios?

—No —dijo ella con disgusto—. Siempre debemos deferencia a nuestros ministros reales, como el abuelo tiene que hacer. Eso significa, que yo he de hacer lo que me digan. Están ahí *lady* Valerie, y Margot, y la dama Ennice, y *sir* Thomas. Pero el abuelo dice que son buenos ministros y prudentes. ¿Eres de veras príncipe? Yo no sabía que los vikingos espaciales fuesen príncipes.

—Bueno, mi rey así lo afirma. Y gobierno en mi planeta; te diré un secreto: no tengo que hacer lo que me diga nadie.

—¡Vaya! ¿Eres un tirano? Te veo terriblemente grande y fuerte. Apuesto a que habrás matado a centenares de enemigos crueles y perversos.

—A millares, majestad.

Deseó que eso no fuese literalmente cierto; no sabía cuántos de ellos tuvieron niñitas como Myrna y perritos como Mopsy. Descubrió que estaba apretando a ambos con fuerza. La chica le decía:

—Pero a ti te sabe mal eso. ¡Las criaturas del infierno deberían ser telépatas!

—Un vikingo espacial que también es príncipe tiene que hacer muchas cosas que no desea.

—Lo sé. Igual le pasa a una reina. Espero que el abuelo y papá no acaben de ser reyes hasta dentro de muchos años —miró por encima del hombro—. ¡Oh! Supongo que tendré que hacer alguna otra cosa más que no quiero. Me imagino que serán lecciones.

Siguió la mirada de sus ojitos. La niña contemplaba llegar a la muchacha que fue su compañera de cena y que ahora vestía un amplio sombrero y un conjunto vaporoso que parecía fundirse con la coloreada niebla de las aguas. Había otra mujer, con el atuendo de una sirviente superior, que la acompañaba.

—¿*Lady* Valerie y quién más? —preguntó.

—Margot. Es mi nodriza. Terriblemente rígida, pero buena.

—Príncipe Trask, ¿su alteza ha estado molestándole? —preguntó *lady* Valerie.

—Oh, al contrario —se levantó, aún teniendo en las manos al gracioso perrito—. Pero ustedes deberían decir… Su majestad. Me he informado que es soberana de tres principales dominios. Y de un adorable súbdito —devolvió el súbdito a la soberana.

—No debió decir al príncipe Trask eso —la regañó *lady* Valerie —. Cuando Su Majestad está fuera de sus dominios, Su Majestad debe conservar el incógnito. Ahora, Su Majestad debe ir con el Ministro del Dormitorio; el Ministro de Educación espera audiencia.

—Me imagino que aritmética. Bueno, adiós príncipe Trask. Espero poder volverle a ver. Dile adiós, Mopsy.

Se fue con su nodriza, el perrito mirando por encima del hombro.

—Vine aquí a disfrutar a solas del jardín —dijo—, y ahora descubro que prefiero más la compañía. Si sus deberes ministeriales no se lo impiden, ¿podría quedarse conmigo?

—Con mucho gusto, príncipe Trask. Su Majestad estará ocupada con serios asuntos de estado. Raía cuadrada. ¿Conoce usted las grutas? Están por aquí abajo.

* * *

Aquella tarde uno de los caballeros ayudantes le alcanzó; el barón Cragdale se mostraría agradecido si el príncipe Trask encontrara tiempo para hablar con él en privado. Antes de que hubiesen charlado más de unos pocos minutos, sin embargo, el barón Cragdale bruscamente se convirtió en el Príncipe Real Edvard.

—Príncipe Trask, el almirante Shefter me dice que usted y él han tenido una discusión informal acerca de cooperación contra ese

enemigo mutuo nuestro, Dunnan. Eso es estupendo; tiene mi aprobación y la del príncipe Vandarvant, el primer ministro, y, podría añadir, que la del buen Mikhyl. Creo que debería irse más allá, sin embargo. Un tratado formal entre Tanith y Marduk sería ventajoso para ambos.

—Estoy inclinado a pensar así, príncipe Edvard. ¿Pero no está usted proponiéndome matrimonio o cualquier clase de alianza? Hace sólo cincuenta horas desde que el *Némesis* se puso en órbita aquí.

—Bueno, conocemos un poco acerca suyo y de su planeta desde antes. Hay aquí una gran colonia gilgamesheriana. En Tanith tiene usted unos pocos, ¿ver dad? Bueno, cualquier cosa que un gilgamesheriano sabe, todos lo descubren y los nuestros cooperan con el Servicio Naval de Inteligencia.

Por eso sería ese el motivo de que Andray Dunnan no tuviese tratos con los gilgamesherianos.

También explicaba el porqué Zaspar Makann provocaba a la gente señalando la conspiración interestelar de Gilgamesh.

—Veo donde un acuerdo así sería ventajoso mutuamente. Estoy del todo en su favor. Cooperación contra Dunnan, claro, y recíprocos derechos comerciales en los planetas de la órbita de cada uno y comercio directo entre Marduk y Tanith, y Beowulf y Amaterasu entrarían también. ¿Tiene que aprobarlo esto también el primer ministro y el rey?

El buen Mikhyl es partidario; hay una diferencia entre él y el rey, como usted habrá advertido. El rey no puede estar en favor de nada hasta que la Asamblea o la Cancillería exprese su opinión. El príncipe Vandarvant lo favorece personalmente; como primer ministro, se reserva la opinión. Necesitaremos la ayuda y el apoyo del Partido Lealista de la Corona antes de que pueda tornar una posición inequívoca.

—Bueno, barón Cragdale; Hablando como el barón Trask de Traskon, supongamos que preparamos un tosco bosquejo de lo que este tratado podría ser y luego consultamos, extraoficialmente, con unas cuantas personas de su confianza y vemos que se puede hacer presentándolo a las adecuadas autoridades del gobierno…

Aquella noche el primer ministro llegó a Cragdale, de incógnito y acompañado por varios jefes del Partido Lealista de la Corona. En

principio, todos eran partidarios de un tratado con Tanith. Políticamente, tenían dudas. No antes de la elección; sería un asunto demasiado contraversial. «Contraversial». Según parecía, era el nombre más sucio que podía darse a algo en Marduk Les privaría del voto laboral; pensaban que el aumento de las importaciones amenazaría con el desempleo en las industrias mardukianas.

Algunas de las compañías comerciales interestelares deseaban tener una oportunidad en los planetas de Tanith; otras tendrían rencor a los navíos de Tanith por haber invadido su territorio.

Y el partido de Zaspar Makann ya estaba lanzando algunas protestas sobre el hecho de que el *Némesis* estuviese siendo reparado por la Marina Real.

Y un par de asambleístas que se inclinaban hacia Makann habían introducido una resolución pidiendo el Consejo de Guerra para el príncipe Bentrik y una investigación acerca de la lealtad del almirante Shefter.

Y alguien más, probablemente un esbirro de Makann, gritaba que Bentrik había vendido *Victrix* a los vikingos espaciales y que las películas de la batalla de Audhumla eran falsas, fotografiadas en miniatura en la Base Lunar de la Marina.

El almirante Shefter, cuando Trask voló para verle al día siguiente, se mostraba desdeñoso con respecto a eso último.

—Ignore toda esa cosa sanguinaria; siempre pasa algo por el estilo antes d~ cada elección general. En este planeta, siempre se le pueden dar patadas a los gilgamesherianos y a las fuerzas armadas con impunidad, ni ellos pueden votar ni tampoco defenderse. Todo el asunto quedará olvidado al día siguiente de las elecciones. Siempre sucede.

—Eso sí Makann no gana —dijo Trask.

—No hay cuestión acerca de quién gane las elecciones. No pueden seguir adelante sin la Marina y lo saben muy bien.

Trask quiso saber si Inteligencia había conseguido algo.

—No con respecto a cómo Dunnan descubrió que el *Victrix* había recibido órdenes de ir a Audhumla —dijo Shefter—. No habían ningún secreto; por lo menos mil personas, desde mí mismo hasta el limpiabotas, podían haberlo conocido tan pronto como fue grabada la orden. Tendremos que empezar a atornillar algunas cerraduras en nuestro alrededor.

»En cuanto a la lista de navíos que usted me dio, si. Uno de ellos toca este planeta regularmente; vino precisamente ayer por la mañana. Se llama el *Honest Horras*.

—Bueno, gran Satán, ¿no han hecho ustedes nada?

—No sé si hay algo que podamos hacer. Oh, investigamos, pero… Mire. Este navío apareció por primera vez aquí hace cuatro años, mandado por una especie de neobárbaro, no un gilgamesheriano, llamado Horris Sasstroff. Él pretendía venir de Skathi; los nativos allí tienes unos cuantos navíos. Los vikingos espaciales tuvieron una base en Skathi hace un centenar y pico de años. Naturalmente, el navío no tenía documentos. Cambalachee entre neobárbaros, podían pasar años antes de que se posara en un planeta en donde alguna vez hubiesen oído hablar de papeles de navío y documentos.

»La nave parecía estar en mala forma, probablemente abandonada en Skathi como chatarra durante un siglo y remendada por los locales. Estuvo un par de veces aquí, según los registros del comercio naval, y la segunda vez también estaba en malas condiciones para ser expulsada y Sasstroff no pudo pagar su reconstrucción, así que fue embargada y subastada. Algunas de esas pequeñas compañías comerciales la compró y la remendó un poquito; fueron a la bancarrota hace poco más de un año y la nave resultó adquirida por otra compañía pequeña, Startraders, Ltd, y la han estado utilizando como navío de cabotaje a Gimli. Parecen formar un grupo legítimo, pero investigamos profundamente. Investigamos también a Sasstroff, pero no hemos podido encontrarle.

—Si enviasen a un navío a Gimli, podrían descubrir si alguien allí sabe algo acerca de esa nave. Pueden descubrir incluso que no ha hecho esa ruta en absoluto.

—Podemos hacerlo —asintió Shefter—. Lo averiguaremos.

* * *

Todos en Cragdale sabían del proyectado tratado con Tanith por la mañana después de la primera conversación de Trask con el príncipe Edvard. La reina del Real Dormitorio, de la Sala de Juegos Real y del Baño Real insistía en que sus dominios deberían también

firmar un tratado con Tanith.

Comenzaba a parecer a Trask que no habría mas tratado que firmar en Marduk que el de la nieta del rey e incluso aún tenía sus dudas.

—¿Cree usted que sería prudente? —preguntó a *lady* Valerie Alvarath. La reina de los tres cuartos y del único súbdito de cuatro patas ya había decretado que *lady* Valerie fuese la novia del príncipe vikingo espacial en el planeta de Marduk—. Si se obtiene, esos lunáticos del Partido del Bienestar del Pueblo se apoderarán de ello y lo retorcerán para proporcionar pruebas de alguna clase de complot siniestro.

—Oh, creo que Su Majestad podría firmar un tratado con el príncipe Trask —decidió ella como primer ministro de Su Majestad —. Pero tendría que mantenerse en el mayor secreto.

* * *

A los pocos días, todos en Marduk sabían que se estaba discutiendo un tratado con Tanith. Si no lo sabían, la culpa no era del partido de Zaspar Makann, que parecía tener bajo su mando a un numero desconcertantemente grande de estaciones televisoras y una las atiborraba con historias horrorosas de ferocidades de los vikingos espaciales y denuncias de traidores cuyos nombre tenían buen cuidado de no dar, rodeando al rey y al Príncipe de la Corona que estaban a punto de entregar Marduk a la rapiña y a la inmiscuidad.

La filtración, evidentemente, no venía de Cragdale, porque generalmente se creía que Trask seguía en el palacio real de Malverton.

Por lo menos ahí era donde los macanistas efectuaban manifestaciones en contra suya.

Vio por la pantalla una de tales demostraciones; el micrófono, eventualmente, estaba en una de las terrazas del palacio, quedando por encima de los amplios parques que le rodeaban.

Los jardines estaban atestados de gente, oprimiendo al débil cordón de policía.

El frente de la turba parecía un tablero de ajedrez… un bloque de paisanos en sus trajes normales, luego un bloque de los curiosos

uniformes casi afeminados de Zaspar Makann, de los Vigilantes del Pueblo, de Zaspar Makan. Luego ropas otra vez ordinarias y más Vigilantes del Pueblo. Por encima de las cabezas de la gente, a intervalos flotaban pequeños elevadores contragravedad en los que los amplificadores y altavoces vociferaban.

¡VIKINGO ESPACIAL, VETE A CASA! ¡VIKINGO ESPACIAL, VETE A CASA!

La policía estaba inmóvil, en posición de descanso; la turba se acerco más. Cuando estuvieron a cincuenta metros, los bloques de Vigilantes del Pueblo se adelantaron corriendo. Luego se extendieron hasta formar una línea de seis hombres de profundidad a través de todo el frente; otros bloques, desde la parte trasera, impulsaron a los manifestantes vulgares a un lado y ocuparon su lugar. Sintiendo más odio por ellos cada segundo, Trask gruñó su aprobación por tan inteligente y disciplinada maniobra. ¿Cuánto tiempo, se preguntó, habían estado ensayando esa clase de táctica? Sin detenerse, continuaron su avance sobre la policía, que ahora estaba en posición de firmes.

—¡VIKINGO ESPACIAL, VETE A CASA! ¡VIKINGO ESPACIAL, VETE A CASA!

—¡Fuego! —se oyó gritar a sí mismo ¡No les dejéis que se acerquen más; disparad ahora!

No tenían nada con que hacer fuego; sólo porras, armas no mejores que las fustas de los Vigilantes del Pueblo. Simplemente desaparecieron, tras un breve intercambio de golpes y las tormentosas tropas de Makann continuaron su avance.

Y eso fue todo. Las puertas del palacio estaban cerradas; la multitud, tras la vanguardia de Vigilantes del Pueblo de Makann llegó hasta ellas y se detuvo. Los altavoces siguieron bramando, reiterando su petición.

—Esos policías fueron asesinados —dijo—. Fueron asesinados por el hombre que los ordenó salir sin armas.

—Debe ser el conde Naydnar, Ministro de Seguridad —dijo alguien, como si tratase de reprenderle.

—Entonces es al que deben ustedes ahorcar.

—¿Y usted qué hubiese hecho? —preguntó en tono de desafío el Príncipe de la Corona Edvard.

—Colocar cincuenta carros de combate. Trazar una línea y abrir

fuego de ametralladoras en cuanto la multitud la cruzara y seguir disparando hasta que los supervivientes dieran media vuelta y huyesen. Luego mandaría más coches y mataría a quien llevase el uniforme de Vigilantes del Pueblo, por toda la ciudad. Al cabo de cuarenta y ocho horas, ya no habría partido del Bienestar del Pueblo ni tampoco ningún Zaspar Makann.

El rostro del Príncipe de la Corona se puso rígido.

—Quizás sea así como hacen las cosas en los Mundos de la Espada, príncipe Trask. Pero no es el estilo que tenemos en Marduk. Nuestro gobierno no se propone ser culpable de derramamiento de sangre entre la gente de su pueblo.

Tenía en la punta de la lengua la respuesta de que si no lo hacían, el pueblo acabaría derramando la sangre de los gobernantes. En su lugar, dijo con suavidad:

—Lo siento, príncipe Edvard. Tenían ustedes una maravillosa civilización aquí, en Marduk. Casi lo poseían todo. Pero ya es demasiado tarde. Han bajado las puertas, han caído las puertas, los bárbaros entraron.

V

La turbulencia de colores se convirtió en el gris del hiperespacio; quinientas horas hasta Tanith. Guatt Kirbey estaba asegurando su panel de mandos, feliz por volver con su música. Y Vann Larch regresaría a sus pinceles y pinturas, y Alvyn Karffard al trabajo del modelo de lo que había estado haciendo y que dejó sin terminar cuando el *Némesis* había salido al final del salto de Audhumla.

Trask fue al catálogo de la biblioteca de la nave y oprimió la partida llamada *Historia, Antigua Tierra*. Habían abundantes libros ~ gracias a Otto Harkaman. Luego marcó *Hitler, Adolfo*. Harkaman tenía razón; cualquier cosa podía suceder en una sociedad humana que tuviese antecedentes con otras cosas ocurridas, de una forma u otra, de una manera parecida y en algún tiempo. Hitler podría ayudarle a comprender a Zaspar Makann.

Para cuando la nave salió, con el sol amarillo de Tanith en medio de ~ pantalla, sabía ya muchas cosas acerca de Hitler, ocasionalmente referido como Schickegruber, y comprendía, con pena, como se apagaban en Marduk las luces de la civilización.

Además del *Lamía*, despojado de sus Dillinghams y atestado con cargamento pesado e instrumentos de detección, el *Space-Scourge* y el *Queen Flavia* estaban fuera del planeta de vigilancia. Había también media docena de otros navíos en órbita por encima de la atmósfera; uno de Gilgamesh, otro de los cargueros de la línea Gram-Marduk, un par de libres vikingos espaciales y una nave nueva y poco familiar. Cuando preguntó a la base lunar quién era, se le dijo que se trataba del *Sun-Goddess*, Amaterasu. Esa era, por casi un año, la mejor noticia que había esperado de ellos. Otto Harkaman había salido del *Corísande*, atacando, comerciando y visitando los planetas comerciales.

Encontró a su primo, Nikkolay Trask, en Rivington; cuando le preguntó por Traskon, Nikkolay maldijo.

—No sé nada de Traskon; no tengo nada que ver con Traskon ya. Traskon es ahora propiedad personal de nuestra bien amada, muy bien amada… reina Evita. Los Trask ya no poseen en Gram suficiente tierra ahora como para instalar un cementerio familiar. ¿Ves lo que hiciste? —añadió con amargura.

—No necesito que me lo recuerdes, Nikkolay. Si me hubiese quedado en Gram, habría ayudado a Angus a subir al trono y al final todo hubiese resultado lo mismo.

—Pudo ser muy distinto —afirmó Nikkolay—. Podrías llevar tus navíos a Gram e instalarte en el trono.

—No; nunca volveré a Gram. Ahora Tanith es mi planeta. Pero renunciaré a medianza con Angus. Puedo comerciar en Morglay, o Joyeuse, o Flamberge, con la misma facilidad.

—No tendrás que hacerlo; puedes comerciar con Newhaven y Biglersport. El conde Lionel y el duque Jons desafían ambos a Angus; se han negado a proporcionarle hombres, han expulsado a los recaudadores de impuestos, a es decir, a aquellos a los que no han ahorcado, y están construyendo navíos propios. Angus también construye naves. Yo no sé si va a utilizarlos en luchar contra Biglersport y Newhaven, o en atacarte a ti, pero habrá una guerra antes de que transcurra un año.

El *Goodhope* y el *Speedtvell*, descubrió, habían vuelto a Gram. Estaban mandados por hombres que gozaban del favor recientemente en la corte del rey Angus. El *Black Star* y el *Queen Flavia*, cuyo capitán desdeñosamente ignoró la orden de Gram de rebautizar su navío con el nombre de *Queen Evita*, se habían quedado. Eran navíos suyos, no del rey Angus. El capitán del mercante de Wardshaven, ahora en órbita, rehusó llevar la carga a Newhaven; había sido fletado por el rey Angus y no tomaría órdenes de nadie más.

—Está bien —le dijo Trask—. Este es el último viaje aquí. Vuelva a traer esa nave bajo flete de Angus de Wardshaven y dispararemos contra usted.

Luego desempolvó la regadía que había utilizado en su última audiencia audiovisual con Angus. Al principio, había decidido proclamarse rey de Tanith. Lord Valpry, barón Rathmore y su primo

le aconsejaron que no lo hiciese.

—Limítate a llamarte príncipe de Tanith —dijo Valpry—. El título no hará ninguna diferencia a tu autoridad aquí y si pretendes el trono de Gram, nadie podrá decir que eres un rey extranjero tratando de anexionarse el planeta.

»Él no tenía intención de hacer nada por el estilo, pero Valpry hablaba en serio. »Se encogió de hombros. El título no significaba nada.

»Así que se sentó en su trono, como príncipe soberano de Tanith y renunció a su alianza con Angus, duque de Wardshaven, autonominado rey de Gram. Enviaron esta renuncia en el carguero vacío. Otra copia fue dirigida al conde Newhaven, junto con un cargamento en el *Sun-Goddess*, el primer navío no vikingo espacial que entró en Gram desde la Antigua Federación.

* * *

Setecientas cincuenta horas después del regreso del *Némesis* el *Corisande* salió de su último microsalto e inmediatamente Harkaman comenzó a tener noticias de la batalla de Audhumla y de la destrucción del
Yo-Yo
y del *Enterprise*. Al principio, simplemente informó de un viaje de ataque triunfal, del que traía rico botín. Singularmente un botín variado, según se observaba, cuando comenzó a detallarlo.

—Oh, sí —replico—. Botín de segunda mano. Ataqué Dagon.

Dagon era un planeta base de los vikingos espaciales, ocupado por un tipo llamado Fedrir Barragon. Cierto número de navíos operaban desde allí, incluyendo a un par, al mando de los hijos mestizos de Barragon.

—Los navíos de Barragon estaban atacando uno de nuestros planetas —dijo Harkaman—. Gaupat. Saquearon un par de ciudades, destruyeron otra, mataron a muchos nativos. Me entere por el capitán Ravallo, del *Black Star*, en Tudra acababa de llegar de Ganpat. Beowulf no quedaba demasiado apartado del camino, así que entramo, allí y descubrimos al *Grendeisbane* preparado para salir al espacio —el *Grendeisbane* era el segundo de los navíos de Beowulf, hermano del *Gift*

Viking's
así que se nos unió y los tres nos plantamos en Dagon ~ volamos a uno de los barcos de Barragon y dejamos averiado a otro y luego saqueamos su base. Había allí una colonia gilgameslieriana, a la que no molestamos. Ellos extenderán la noticia de lo que hicimos, y del porque.

—Eso dará que pensar al príncipe Viktor de Xochitl —dijo Trask —. ¿Dónde están los otros navíos ahora?

—El *Grendeisbone* volvió a Beowulf; se detendrá en Amaterasu para hacer un poco de comercio por el camino. El *Black* Star fue a Xochitl. Sólo una visita amistosa, para saludar en tu nombre al príncipe Viktor. Ravallo tiene muchas películas audiovisuales tomadas durante la operación Dagón. Luego irá a Jagannath, para visitar a Nikky Gratham.

* * *

Harkaman aprobó su actitud y acciones con referencia al rey Angus.

—No necesitamos hacer negocio en absoluto con los Mundos de la Espada. Tenemos nuestras propias industrias, podemos producir lo que necesitamos y podemos comerciar con Beowulf y Amaterasu y con Xochitl y Jagannath y Hoth, si llegamos a alguna especie de acuerdo con ellos; todo el mundo admitirá el dejar tranquilos a los planetas comerciales de los demás. Es muy malo que no hayas podido llegar a ningún acuerdo con Marduk -Harkaman lo lamentó durante unos cuantos segundos y luego se encogió de hombros—. Nuestros nietos, si los hay, probablemente atacarán a Marduk.

—¿Crees que ocurrirá así?

—¿Y tú no? Estabas allí; viste lo que pasaba. Los bárbaros se levantan; tienen un jefe y se están uniendo. Cada sociedad descansa sobre una base bárbara. La gente no comprende la civilización y que no le gustaría comprenderla si llegase a hacerlo. Los insatisfechos. La gente que nada crea y que no aprecia lo que los demás han creado para ellos y que cree que la civilización es algo que simplemente existe y que todos necesitan únicamente disfrutar de lo que pueden comprender… lujos, alto nivel de vida y trabajo fácil por alta remuneración. ¿Responsabilidades? ¡Uf! ¿Para qué

tienen un gobierno?

Trask asintió.

—Y ahora, los insatisfechos creen que son los más acerca del coche que la gente que lo diseño, así que van a apoderarse de los mandos. Zaspar Makann dice que pueden y es el jefe —se sirvió una bebida de la botella que había sido saqueada en Pushan; aquél era un planeta en donde la república fue derrocada para convertirla en dictadura durante siglos atrás y de dictadura planetaria se fusionó en una docena de dictadores regionales y ahora habían vuelto a la vida campestre y al nivel industrial artesano—. No lo comprendo. Sin embargo. Leí acerca de Hitler, de vuelta a casa. No me sorprendería si Zaspar Makann hubiese estado leyendo también la vida de Hitler. Utiliza las triquiñuelas de Hitler. Pero Hitler llegó al poder en un país que había sido empobrecido por la derrota militar. Marduk desde hace casi dos generaciones no ha luchado ninguna guerra y aún esa fue una farsa.

—No fue la guerra lo que colocó en el poder a Hitler. Fue el hecho de que la clase gobernante de su nación, la gente que mantenía la sede en marcha, estaba desacreditada. Las masas, los bárbaros caseros, no tenían a nadie, que aceptase sus responsabilidades. Lo que poseen en Marduk es una clase gobernante que se ha desacreditado a sí misma. Una clase de gobernante que se avergüenza de sus prodigios y se escabulle en sus deberes. Una clase de gobernante que ha comenzado a creer que las masas son sólo tan buenas de por sí, cosa que manifiestamente ésta es equívoca. Y una clase gobernante que no utilizará la fuerza para mantener su postura. Y tienen una democracia y permiten que los enemigos de la democracia se cobijen detrás de salvavidas democráticos.

—No tenemos ninguna de esta democracia en los Mundos de la Espada, y esa es la palabra adecuada —dijo—. Y nuestras clases gobernantes no están avergonzadas de su poder y nuestro pueblo no es de insatisfechos y mientras consiga ser tratado decentemente no tratará de precipitar las cosas. Y no creo que lo hagan también.

La guerra dinástica a Morglay de hacía un par de siglos aún chisporroteaba y humeaba. La guerra oaskarsiana-elmersiana, en Durendal, en la que Flamberge y ahora Joyeuse se habían entrometido. Y la destrucción de Gram, acercándose rápida al punto

crítico. Harkaman asintió.

—¿Sabes por qué? Nuestros gobernantes son los bárbaros entre nosotros. Ese no es ninguno de ellos… Napolyon de Flamberge, Rodolf de Eskalibur, o Angus de casi la mitad de… que se dedica a la civilización o a nada fuera de sí mismo y esa es la señal del barbarismo.

—¿A quién te dedicas tú, Otto?

—A ti. Tú eres mi jefe. Esa es otra señal de barbarismo.

Antes de que hubiese abandonado Marduk, el almirante Shefter mandó un navío a Gimli para investigar acerca del *Honest Florris*; unos pocos hombres y una chalupa se quedaron para establecer contacto con cualquier navío de Tanith. Mandó a Boake Valkanhayn en el *Space-Scourge*.

El *Rlue Comet* de Lionel de Newhaven entró desde Gram con una carga de mercancía general. Su capitán quería material fisionable y gadolinio; el conde Lionel construía más navíos. Corría el rumor de que Omfray de Glaspyth pretendía al trono de Gram, basándose en los derechos de la hermana de su bisabuela, que se casó con el bisabuelo del duque Angus. Era una pretensión completamente trivial e irrelevante, para la historia de que se vería apoyado por hombres y navíos proporcionados por el rey Konrad de Haulteclere, pesaba en la balanza.

Inmediatamente, el barón Rathinore, lord Valpry, Lothar Ffayle y las otras gentes de Gram comenzaron a aclamar que tenían que volver con mía flota y apoderarse del trono para el propio Trask. Harkaman, Vaikauhayn, Karffard y los otros vikingos espaciales eran igualmente dementes en esta idea. Harkaman había perdido al otro *Corisande* en Duredal y se acordaba y los demás deseaban poder participar en las peleas de los Mundos de la Espada y había una agitación renovada de que debiera empezar a llamarse rey de Tanith.

Se negó a hacer cualquiera de las dos cosas, lo que dejó insatisfechos a ambas partes. Y así los partisanos políticos habían llegado finalmente a Tanith. Quizás fuese otra piedra sillar del progreso.

Y allí estaba el tratado de Khepera, entre el estado principesco de Tanith, la Comunidad de Beowulf y la Liga Planetaria de Amsterdam.

Los kheperianos accedían a permitir bases en su planeta, a proporcionar trabajadores y a enviar estudiantes a las universidades de todos los tres planetas.

Tanith, Beowulf y Amaterasu se obligaban a sí mismos a unirse en defensa de Khepera, al libre comercio entre sí y a rendir asistencia armada de uno a otro.

Esa era la verdadera piedra sillar del progreso y no había posibilidad de discusión en contra.

* * *

El *Spaee-Scourge* regresó de Gimli y Valkanhayu informó que nadie en el planeta había visto u oído hablar jamás del *Honest Horris*. Habían encontrado allí a una chalupa de un navío de la Marina Mardukiana, tripulado enteramente por oficiales, algunos del Servicio de Inteligencia de la Marina. Según ellos, la investigación era efectiva desde aquel navío había llegado en un punto muerto. Los aparentes propietarios comerciales pretendían, y tenían documentos para demostrarlo, que lo habían alquilado a un comerciante particular y hoy pretendía, y tenía documentos para demostrarlo, que era ciudadano de la República Planetaria de Aton y en cuanto comenzaron a interrogarle, fue rescatado por el embajador atoniano, que presentó una vehemente protesta al Ministerio del Exterior Mardukiano. Inmediatamente, el partido del Bienestar del Pueblo se puso en marcha tras el incidente y catalogó a la investigación como una persecución ilegal contra el poder nacional y amistoso de una potencia amiga a instigación de las gentes corrompidas de la Conspiración interestelar gilgamesheriana.

—Y eso es —terminó Valkanhayn—. Parece que van a celebrar elecciones y que tienen miedo de indisponerse con nadie que pueda votar. Así que la Marina tuvo que abandonar la investigación. Todos en Marduk están asustados de este Makann. ¿Crees que pueda haber algún lazo entre él y Dunnan?

—La idea se me ocurrió. ¿Han habido más ataques en los planetas comerciales de Marduk desde la batalla de Audhumla?

—Un par. El *Bolide* estuvo en Audhumla hace temporada. Habían allí un par de navíos mardukianos y estaban arreglando al *Victrix* para que pudiese pelear. Entre todos expulsaron al *Bolide*.

Un estudio del tiempo entre la destrucción del *Enterprise* y el Yo-Yo
y la aparición del *Bolide* podía darles un radio limitado en torno a Audhumla. Lo hizo; setecientos años luz, lo que también incluía a Tanith.

Así que envió a Harkaman en el *Corisande* y a Ravallo en el *Black Star* para visitar los planetas con los que comerciaba Marduk, buscando naves de Dunnan e intercambiando información y ayuda con la Real Marina Mardukiana. Casi enseguida, lo lamentó; el siguiente gilgamesheriano que entró en órbita en Tanith trajo la historia de que el príncipe Viktor reunía una flota en Xochitl. Envió avisos a Amaterasu, Beowulf y Khepera.

Un navío entró desde Bigglersport, un carguero fuertemente armado. Se había producido una lucha esporádica en una docena de sitios de Gram, ahora… resistencia a los esfuerzos por parte del rey Angus de cobrar tributos y ataques de personas no identificadas en haciendas confiscadas por el soberano a los considerados como traidores y entregadas a Garvan Spasso, que ahora había sido ascendido de barón ~ conde. Y Rovard Graulfis había muerto; envenenado, según decía todo el mundo, bien por Spasso, o por la reina Evita, o por ambos. Incluso con la amenaza desde Xohitl, algunos de los antiguos nobles de Wardshaven comenzaban a hablar de enviar navíos a Gram.

Menos de un millar de horas después de haberse marchado, Ravallo volvió en el *Black Star*.

—Fui a Gimli y no estuve allí cincuenta horas antes de que entrase un navío de la Marina Mardukiana. Se alegraron de verme; me ahorraron enviar una chalupa a Tanith. Tenían noticias para usted y un par de pasajeros.

¿Pasajeros?

—Sí. Ya verá quiénes son cuando bajen. Y no deje que nadie que lleve patillas y uniforme los vea —dijo Ravallo—. Lo que cualquiera de esa gente sepa circulará antes de mucho por todo lugar.

* * *

Los habitantes eran Lucile, princesa Bentrik, y su hijo, el joven conde Ravary. Cenaron con Trask; sólo el capitán Ravallo estaba

también presente.

—Yo no quería dejar a mi esposo y no quise venir aquí a imponer mi presencia y la de Steven a usted, príncipe Trask —comenzó ella—, pero insistió. Pasamos todo el viaje hasta Gimli ocultos en los cuartos del capitán; sólo unos pocos oficiales sabían que estábamos a bordo.

—Makan ganó las elecciones, ¿verdad? —Preguntó—. ¿Y el príncipe Bentrik no quiere arriesgarle a usted y a Steven a que sean utilizados como rehenes?

—Eso es —contestó ella—. En realidad no ganó las elecciones, pero como si lo hubiese hecho. Nadie tiene mayoría de asientos en la Cámara de Representantes pero ha formado un gabinete de coalición con varios partidos fraccionados y me avergüenza decir que con un cierto números de Lealistas de la Corona… una multitud de deslealistas, les llamaría… que ahora votan con él. Han acuñado alguna ridícula frase sobre «onda del futuro», que nadie sabe lo que significa.

—Si no les puedes vencer, únete a ellos —dijo Trask.

—Si no les puedes vencer, lámeles las botas —aclaró el conde de Ravary.

—Mi hijo está un poco amargado —dijo la princesa Bentrik—. Debo también admitir que poseo un deje de amargura también.

—Bueno, esos en los Representantes —dijo Trask—. ¿Qué hay acerca del resto del gobierno?

—Con el partido dividido y el apoyo deslealista han conseguido la mayoría de asientos en los Delegados. La mayor parte, un mes atrás, les habría sido indignamente denegada, por tener relación con Makann, pero ciento y pico de ciento veinte en total son sus partidarios. Makann, claro, es canciller.

—¿Y es quien primer ministro? —preguntó él—. ¿Andray Dunnan?

Ella le miró algo turbada durante un instante para luego decir:

—Oh, no. El primer ministro es el Príncipe de la Corona Edvard. No; el barón Cragdale. Eso no es ningún título real, así que por alguna especie de ficción no puedo pretender comprender que no es primer ministro como miembro de la familia real.

—Si tú no puedes… —comenzó el muchacho.

—¡Steven! Te prohibo que digas algo… acerca del barón

Cragdale. Cree, muy sinceramente, que las elecciones fueron expresión de la voluntad del pueblo y que su deber es inclinarse ante tal voluntad.

Desde que Otto Harkaman estuviese allí. Probablemente podría nombrar, sin detenerse para tomar aliento a un centenar de grandes naciones que se derrumbaron hasta convertirse en cenizas porque sus gobernantes creían que deberían inclinarse en lugar de gobernar y no pudieron decidirse al derramamiento de sangre de su pueblo. Edvard hubiese sido un hombre admirable y estupendo como barón de una pequeña comarca. Donde estaba, constituía un desastre.

Preguntó silos Vigilantes del Pueblo habían sacado sus armas de debajo de la cama y empezado a llevarlas en público.

—Oh, sí. Usted tenía del todo razón; Estaban armados, siempre. No sólo armas pequeñas; vehículos de combate y artillería pesada. En cuanto el nuevo gobierno se formó, se les dio un estatuto formando parte de las Fuerzas Armadas Planetarias. Se ha hecho cargo de cada estación de policía del planeta.

—¿Y el rey?

—Oh, sigue la corriente, se encoge de hombros y dice: «Yo simplemente reino aquí». ¿Qué otra cosa puede hacer? Nosotros hemos estado rechinando los dientes y añadiendo nuestro poder en defensa del trono durante estos tres últimos siglos, para ahora…

—¿Qué hace el príncipe Bentrik y por qué cree que había allí peligro de que ustedes dos fuesen utilizados como rehenes?

—Va a pelear —contestó ella—. No me pregunte cómo ni con qué. Quizás en una guerrilla de las montañas, no lo sé. Pero aun cuando ellos le venzan no se unirá a sus filas. Yo quería estar a su lado y ayudarle; él me dijo que le ayudaría mejor colocándome junto con Steven en donde él no pudiera estar preocupado por nuestra parte.

—Yo quería quedarme —afirmó el muchacho—. Pude haber luchado con él. Pero me dijo que debía cuidarme de mama. Y si él moría, que yo sobreviviese para poder vengarle.

—Hablas como un nativo de los Mundos de la Espada; ya te dije eso anteriormente —dudó, luego se volvió otra vez hacia la princesa Bentrik—. ¿Cómo se encuentra la princesita Myrna? —preguntó y luego, tratando de mostrarse indiferente, añadió—: ¿Y *lady* Valerie?

Ella le parecía claramente real y presente, ojos azules y pelo

negro como el espacio, más verdadera que Elaine le había sido durante los últimos años.

Están en Cragdale; espero que se encuentren a salvo.

VI

Intentar ocultar la presencia en Tanith de la esposa del príncipe Bentrik y de ni hijo era empujar la precaución mas allá de lo necesario. Admitido que las noticias se filtrarían hasta Marduk y a Gilgamesh, quedaba a setecientos años luz este último y de allí a casi un millar de años luz el primero. Mejor sería que la princesa Lucile disfrutase de la sociedad de Rivington, tal y como era, y escapase, de momento por ahora, de la ansiedad acerca de su esposo. A los diez años, no, casi doce; puesto que transcurrió año y medio desde que Trask dejó Marduk, el joven conde de Ravarv se divertía con mas facilidad. Por fin se encontraba ante verdaderos vikingos espaciales, en un planeta de ellos y trataba de estar en todas partes y de verlo todo a la vez.

Sin duda que se imaginaria a si mismo vikingo espacial, regresando a Marduk con una vasta armada para rescatar a ni padre y al rey de las garras de Zaspar Makann.

Trask se mostraba satisfecho con eso; como anfitrión dejó mucho que desear.

También tenía sus preocupaciones y todas ellas portaban el mismo nombre: príncipe Viktor de Xochitl.

Repasó todo lo que Manfred Ravallo, capitán del *Black Star* pudo decirle.

Había hablado una vez con Viktor; el señor de Xochitl se había mostrado finamente educado e indiferente. Sus subordinados en cambio fueron francamente hostiles.

Habían habido cinco naves en órbita o aterrizadas en el espaciopuerto de Viktor junto a los ordinarios comerciantes gilgamesherianos, dos naves del propio Viktor y un gran carguero armado que entró de Haultecle mientras el *Black Star* zarpaba.

Había considerable actividad en los astilleros y en torno al espaciopuerto, como si se preparase algo en gran escala.

Xochitl estaba a un millar de años luz de Tanith. Rechazó inmediatamente la idea de lanzar un ataque preventivo; sus navíos podían encontrar Xochitl para encontrarlo indefenso y luego regresar a Tanith para hallarlo devastado.

Cosas así habían ocurrido en las guerras espaciales.

Lo único que se podía hacer era defender Tanith cuando Viktor atacase y luego contraatacar si le quedaban navíos para aquel tiempo.

Probablemente el príncipe Viktor razonaba de la misma manera.

No tuvo tiempo de pensar en Andray Dunnan, excepto de vez en cuando, para desear que Otto Harkamann trajese a casa al *Corisande*.

Necesitaba en Tanith este navío y el valor y la presencia de ánimo de su comandante.

Más noticias, procedentes de Gilgamesh, vinieron de Xochitl.

Allí habían sólo dos naves, ambas mercantes armados, posadas en el planeta.

El príncipe Viktor había salido al espacio con el resto en lo que se calculaba unas dos mil horas antes de que la historia le llegase.

Eso era el doble de tiempo de lo que costaría a la armada de Xochitl el llegar a Tanith.

No había ido a Beowulf; eso quedaba a sesenta y cinco horas de Tanith y ya se hubieran enterado hacia tiempo. Ni Amaterasu, ni a Khepera.

Cuántos navíos tenía era una buena pregunta; no menos de cinco y posiblemente más. Podría haberse deslizado dentro del sistema de Tanith y escondido sus naves en uno de los planetas exteriores inhabitables.

Envió a Valkanhayn y Ravallo microsaltando sus navíos de uno a otro para inspeccionar. Regresaron con el informe negativo.

Por lo menos Viktor de Xocliitl no estaba acampado dentro de su propio sistema, esperando a que él zarpase de Tanith para atacar.

Pero se encontraba en alguna parte y eso no significaba nada bueno y no había posibilidad de deducir cuándo sus naves emergerían sobre Tanith.

Lo único que podía hacerse era esperarle.

Cuando lo hizo, Trask confiaba en que saliese del hiperespacio Y se metiese en un grave lío.

Poseía el *Némesis*, el *Space-Scourge*, el *Black Star* y el *Queen Flavia*, el fuertemente reconstruido *Lamia* y varios navíos vikingos independientes, entre ellos el *Damnthing* de su amigo Roger-Fan-Morvill Esthersan, que voluntariamente había accedido a quedarse y ayudar en la defensa.

Esto, claro, no era un acto puro de altruismo. Si Viktor atacaba y su flota volaba hasta el Em-See-Square, Xocliitl quedaría abierto y sin protección y allí había bastante botín para atestar cada navío. Cada navío que quedase, claro, al término de la batalla de Tanith.

Se excusó ante la princesa Bentrik:

—Siento muchísimo que usted haya saltado de la sartén de Zaspar Makann al fuego del príncipe Viktor —comentó.

Ella soltó una carcajada.

—Correré el riesgo con el fuego. Me parece que tengo alrededor una buena cantidad de excelentes bomberos. Si hay combate procurará usted que Steven esté en lugar seguro, ¿verdad?

—En un ataque espacial, no hay lugares seguros. Lo mantendré conmigo.

El joven conde de Ravary quería saber en qué navío serviría cuando se produjera el ataque.

—Bueno, no estarás en ninguna nave, conde. Pertenecerás a mi estado mayor.

Dos días más tarde, el *Corisande* salió del hiperespacio. Harkaman se mostró deliberadamente indiferente por la pantalla. Trask tomó una nave de aterrizaje Y fue al encuentro del navío.

—No somos gratos ya a Marduk —le dijo Harkaman—. Tienen naves en todos sus planetas comerciales con orden de disparar contra cualquiera, repito, cualquier vikingo espacial, incluyendo los navíos del autollamado príncipe de Tanith. Obtuve esto del capitán Garravay del *Vindex*. Después de que acabamos de hablar, fingimos una hermosa pelea de nave a nave para que pudiese tomar películas. Creo que nadie podrá ver nada equívoco en ella.

—¿Esa orden vino de Makann?

—Del almirante comandante. Ya no es tu amigo Shefter. Shefter se retiró bajo pretexto de mala salud. Ahora está en un hospital desconocido.

—¿Dónde se encuentra el príncipe Bentrik?

—Nadie lo sabe. Se lían presentado contra él cargos de alta traición y ha desaparecido. Se ha ocultado, o lo lían arrestado secretamente y ejecutado; elige lo que quieras.

Se preguntó qué diría a la princesa Lucile y al conde Steven.

—Tienen naves en todos los, planetas con quienes comercian. Catorce. Esto no es capturar a Dunnan. Esto es dispersar la marina de Marduk. No se fíen de la Marina. ¿Sigue siendo primer ministro el príncipe Edvard?

—Sí, según la última información de Garravay. Parece que Makann se está comportando de mía manera escrupulosamente legal, fuera de hacer de su grupo vigilantes del pueblo parte de las fuerzas armadas. Protesta de su devoción al rey cada vez que abre la boca.

—¿Yo me pregunto cuándo empezará el fuego?

—¿Eh? Oh, sí, leíste acerca de Hitler. Eso lío lo sé. Probablemente ahora ya habrá sucedido.

Se limitó a decirle a la princesa Lucile que su marido se había ocultado; no pudo estar seguro de si se mostró aliviada o más preocupada. Pero eso sí, el muchacho creyó que su padre estaba haciendo algo romántico y heroico.

Algunos de los voluntarios cansados de esperar, después de otras mil horas, salieron al espacio. El *Gift*
Víking's
de Beowulf entró con cargamento y se colocó en órbita después de descargarlo para unirse a la vigilancia. Un gilgamesheriano vino desde Amaterasu e informó que allí todo estaba tranquilo; tan pronto como su capitán envió la carga, con un mínimo de regateo, salió de nuevo al espacio. Su comportamiento convenció a cada cual de que el ataque sería sólo cuestión de horas.

No fue así.

VII

Tres mil horas habían pasado desde que el primer aviso llegó a Tanith, lo que hacían un total de cinco mil desde que los navíos de Viktor se suponía que abandonaron Xochitl. Allí estaban éstos, Boake Valkanhayn entre ellos, formando un grupo que dudaba ahora de si en realidad lo había hecho así.

—Todo el asunto es una gran mentira gilgamesheriana —declaraba—. Alguien… Nikky Gratham, o los Everrards, o quizás el propio Viktor… les pagaron para que nos dijesen eso, dejando así clavados a nuestros navíos aquí abajo. O lo prepararon por sí mismos, para poder atacar con facilidad a nuestros planetas comerciales.

—Vayamos hasta el *Ghetto* y limpiemos la zona de toda esa pandilla —propuso alguien—. Todos esos tipos son igualmente de inmorales.

—Nada de eso; salgamos para Xochitl —propuso Manfred de Ravallo—. Tenemos bastantes naves para darles una paliza en Tanith, por tanto igual podemos dársela en su propio planeta.

Logró convencerles de que ninguno de los dos planes de acción resultaba apropiado… que él era, de todas maneras, príncipe soberano de Tanith, y no el rey constitucional de Marduk, ni tan sólo el capitán de una tribu indisciplinada de bárbaros. Disgustado uno de los independientes salió al espacio. Al día siguiente, otros dos entraron, cargados de botín de un ataque a Braggi y decidieron quedarse durante una temporada y ver lo que pasaba.

Y cuatro días después, un yate de ciento sesenta metros, llevando las insignias de Bigglersport, salió del hiperespacio. En cuanto terminó con el último microsalto, empezó a llamar por pantalla.

Trask no conocía al hombre cuya imagen vio, pero Hugh Rathmore sí; el secretario de confianza del duque Jons.

—Príncipe Trask; debo hablar con usted lo antes posible —comenzó casi balbuceando. Cualquiera que fuese la urgencia de su misión, uno habría pensado que un viaje de tres mil horas debió calmarle en parte—. Es de la máxima importancia.

—Me está hablando. Esta pantalla resulta razonablemente segura. Y si es de máxima importancia, cuanto antes me lo diga…

—Príncipe Trask, tiene que venir a Gram, con todos los hombres y navíos que pueda reunir. Satán solo sabe lo que está ocurriendo allí ahora, pero hace tres mil horas, cuando el duque me envió, Omfray de Glaspyth aterrizaba en Wardshaven. Lleva una flota de ocho naves, que le ha proporcionado el pariente de su esposa, rey de Hauteclere. Las manda el vikingo espacial primo del rey Konrad, príncipe de Xochitl.

Entonces una expresión de conmocionada sorpresa apareció en el rostro del hombre de la pantalla y Trask se preguntó por qué, hasta que se dio cuenta de que él mismo se había arrellanado en su silla y estaba carcajeándose. Antes de poder presentar sus excusas, el hombre de la pantalla había vuelto a recuperar su voz.

—Sé muy bien, príncipe Trask, que usted no tiene motivos para pensar del rey Angus… el antiguo rey Angus, o quizás el último o finado rey Angus cosa que supongo será ahora… sino como a un asesinosanguinario igual que Omfray de Glaspyth…

Costó algún tiempo explicar al secretario de confianza del duque de Bigglersport la gracia de la situación.

Habían otros en Rivington a quien ello no fue evidente de inmediato. Los vikingos espaciales provisionales, como Valkanhayn v Ravallo y Alvyn Karffard, se mostraron disgustados. Habían estado sentados, alertas para el combate, todos esos meses y, lo único que podían saber es que se pudo haber ido a Xochil y dejarlo limpio bastante tiempo atrás. La expedición a Gram era ultrajante. En especial para los que lo consideraban con frialdad. Angus de Wardshaven había sido bastante malo, can el atavismo hereditario del barón loco de Blakly y con la reina Evita y su familia rapaz, pero incluso esto era preferible a un villano asesino… algunos le llamaban una fiera de forma humana… como Omfray de Glaspytli.

Ambas partes, claro, se mostraban positivas en indicar cuál era

su deber como príncipe. Los primeros insistían en que todo en Tanith debía lanzarse al hiperespacio y marchar de inmediato a Xochitl, para despojarlo de todo excepto de lo absurdamente inmovible como son los rasgos peculiares del planeta.

Los últimos clamaban, de igual manera fuerte y apasionada, que cada cual en Tanith que pudiese apretar un gatillo debería embarcar de inmediato en una cruzada por la liberación de Gram.

—Tú no quieres hacer ninguna de las dos cosas, ¿verdad? —le preguntó Harkaman, cuando estuvieron a solas después del segundo día de discusiones.

—¡No! Esos que quieren atacar a Xochitl no se imaginan lo que tú y yo sabemos, ¿qué ocurriría si lo hiciésemos? —Harkaman guardó silencio, esperando que prosiguiera—. Dentro de un año, cuatro o cinco de estos pequeños propietarios de planetas como los Gratham y Everrards se combinarían en contra nuestra y harían de Tanith un montón de escombros.

Harkaman asintió.

Puesto que le avisamos la primera vez, Viktor ha mantenido sus naves lejos de nuestros planetas. Si ahora atacásemos Xochitl, sin provocación, nadie sabría lo que esperar de nosotros. Las gentes como Nikky Gratham y Tobbin de Nergal y los Everrards de Hoth se pondrían nerviosos ante peligros imprescindibles y cuando ellos se ponen nerviosos son rápidos en dispararse —fumó despacio de su pipa y luego añadió—: Entonces volverás a Gram.

—No hay que sacar esa consecuencia; sólo porque Valkanhayn y Ravallo y todo ese grupo se equivoquen no quiere decir que Valpry y Rathmore y Ffayle tengan razón. Ya oíste lo que dije a esa mismísima gente en Karvall Honse, el día que te conocí. Ya has visto lo que ha pasado en Gram desde que salimos de allí. Otto, los Mundos de la Espada están acabados; ahora están a medio descivilizar. La civilización vive y crece aquí en Tanith. Yo quiero quedarme y ayudar a su crecimiento.

—Mira, Lucas —contestó Harkaman—. Eres príncipe de Tanith y yo sólo el almirante. Pero te digo, tendrán que hacer algo, o todo este escenario tuyo se desmoronará. Tal y como están las cosas, puedes atacar Xochitl y el grupo de partidarios de la vuelta a Gram te seguirán la corriente, o puedes decidirte por esta cruzada contra Omfray de Glaspyth y los partidarios de atacar a Xochitl ahora se

conformarán también. Pero si dejas que esto pase sin decisión mucho más tiempo, perderás toda influencia sobre cada uno de los bandos.

—Y entonces estaré acabado yo. Y al cabo de pocos años Tanith estará acabado —se levantó y paseó por la habitación—. Bueno, no quiero atacar a Xochitl; te dije por qué y tú asentiste. Y no quiero enviar a los hombres, naves y riqueza de Tanith en una escaramuza dinástica de los Mundos de la Espada. Gran Satán, Otto; estuviste en la guerra de Durendal. Esto es lo mismo y seguirá así durante otro medio siglo.

—¿Entonces qué harás?

—Vine en busca de Andray Dunnan, ¿no? —pregunto.

—Me temo que Ravallo y Valpry, e incluso Valkahayn y Morland, no estén interesados en Dunnan como tú lo estás.

—Entonces les interesaré. Recuerda, leí acerca de Hitler viniendo de Marduk. Les contaré una gran mentira. Tan gran mentira que nadie se atreverá a no creerla.

VIII

—¿Creéis que yo tengo miedo a Viktor de Xochitl? —preguntó—. Media docena de navíos; podríamos formar un nuevo cinturón de Van Alíen alrededor de Tanith con ellos, con lo que tenemos aquí. Nuestro verdadero enemigo está en Marduk, no en Xochití; se llama Zaspar Makann. Zaspar Makann y Andray Dunnan, el hombre al que vine buscando desde Gram; forman una alianza y creo que Dunnan se encuentra ahora mismo y en persona en Marduk.

La delegación que había venido de Gram en el yate del duque de Bigglerport no se mostró impresionada. Marduk era sólo mi nombre para ellos, uno de los planetas civilizados de la Antigua Federación que ningún miembro de los Mundos de la Espada había visto. Zaspar Makann ni siquiera eso. Puesto que tantas cosas habían sucedido en Gram desde la muerte de Elaine Karvall y el robo del *Enterprise* que ellos se habían olvidado por completo de Andray Dunnan. Eso les colocaba en desventaja.

Toda la gente a quien trataban de convencer, los cincuenta miembros de la nueva nobleza de Tanith, hablaba un lenguaje que no entendían. Ni siquiera entendían la proposición y no podían discutir en su contra.

Paytrik Morlaud, que había nacido en Gram y había hablado de regreso durante las discusiones para luchar en plenas fuerzas contra Omhfay de Glaspyth y sus partidarios, les abandonó de inmediato.

Había estado en Marduk y sabía quién era Makann; se había hecho amigos entre los oficiales de la Marina Real y se impresionó al enterarse de que ahora eran sus enemigos.

Mánfred Ravallo y Boake Valkanhayn, entre los más activos del grupo del ataque ahora a Xochitl, se aferraron a la idea y parecieron convencidos de que se les había ocurrido a ellos todo el tiempo.

Valkanhyn, no estuvo en Gimli y habló con oficiales navales mardukianos; Ravallo trajo a Tanith a la princesa Bentrik y oyó durante el viaje sus relatos.

Comenzaron a elaborar argumentos en defensa de la tesis de Trask. Claro, Dunnan y Makánn estaban aliados. ¿Quién informó a Dunnan de que el *Victrix* iría a Audhumla? Makann; sus espías en la Marina le avisaron. ¿Y qué había del *Honets Horris*? ¿No bloqueaba Makann cualquier investigación acerca de esa nave? ¿Por qué fue retirado el almirante Shefter en cuanto Makann llegó al poder?

—Bueno, no sabemos nada acerca de este Zaspar Makann —comenzó el secretario confidencial y portavoz del duque de Biggiersport.

—No, no lo saben —le contestó Otto Harkaman—. Sugiero que guarden silencio y escuchen, hasta que averigüen un poco acerca de ese tipo.

—Oh, no me sorprendería si Dunnan estuviese en Marduk durante todo el tiempo que le hemos estado persiguiendo —dijo Valkanhayn.

Trask comenzó a preguntarse: ¿Qué hubiese hecho Hitler si hubiera contado una de sus grandes mentiras y luego encontrase que se convertía en verdad? Quizás Makann había estado en Marduk… no; no podía haber escondido media docena de navíos en un planeta civilizado. Ni siquiera en el fondo de un océano.

—No me sorprendería —gritaba Alvyn Karffard—, que Andray Dunnan fuese Zaspar Makann. Sé que no se parece a Dunnan, todos le vimos en las pantallas, pero hay algo que se llama cirugía plástica.

Eso estaba desmesurando un poco a la gran mentira. Zaspar Makann era unos quince centímetros más bajito que Dunnan; hay algunas cosas que la cirugía estética no puede hacer. Paytrik Morlaud, que había conocido a Dunnan y había visto a Makann en la pantalla, debiera haberlo sabido también, pero o no pensó en el detalle o no quiso debilitar un caso que había aceptado por completo.

—Mientras yo pude descubrir, nadie oyó hablar de Makann hasta hace unos cinco años. Ese tiempo es el aproximado al que habría llevado Dunnan a Marduk —dijo.

Para este tiempo, la gran sala en donde se reunían se había

convertido en una babel de voces, todos tratando de convencer a los demás de que se había sospechado la cosa desde el primer instante. Luego el grupo partidario del regreso a Gram recibió su *coup de grace*; Lothar Ffayle, a quien habían buscado los emisarios del duque Jons para conseguir su más fuerte apoyo, se doblegó.

—Ustedes desean que abandonemos un planeta que sacamos de la nada todo el tiempo y dinero que hemos invertido en él, para volver a Gram y sacarles las castañas del fuego, ¿no? ¡Al diablo con ustedes! Nos quedaremos aquí y defenderemos nuestro propio planeta. Si ustedes son listos, se quedarán con nosotros.

IX

La delegación de Bigglersport seguía en Tanith, tratando de reclutar mercenarios del rey de Tradetown y de conseguir que los gilgamesherianos los transportasen a Gram, cuando la gran mentira se convirtió en algo parecido a la verdad.

El puesto de observación de la luna de Tanith captó una emergencia a veinte minutos de luz al norte del planeta. Media hora más tarde, se produjo otra a cinco minutos luz, pequeñita, y luego una tercera a dos segundos y ésta fue detectable por radar y microrayos como la chalupa de una nave. Se preguntó si algo había sucedido en Amaterasu o Beowulf; alguien como los Gratham o los Everrards podía haber decidido aprovecharse de la movilización defensiva en Tanith. Entonces todos conectaron con una llamada de la chalupa en su pantalla y el príncipe Simón Bentrik apareció en ella.

—¡Me alegro de verle! Su esposa y su hijo están aquí, preocupados por usted, pero sanos y salvos —se volvió para gritar a alguien que buscase al joven conde de Ravary y le dijese que avisase a su madre—. ¿Cómo se encuentra?

—Tenía una pierna rota cuando abandoné la base lunar, pero curé por el camino —contestó Bentrik—. Me acompaña la pequeña princesa Myrna. Por lo que sé, ahora es reina de Marduk —tragó saliva evidentemente—. Príncipe Trask, venimos como mendigos. Suplicamos ayuda para nuestro planeta.

—Vienen ustedes como invitados de honor y conseguirán toda la ayuda que nosotros podamos propórcionarles —bendijo el susto de la invasión de Xocbitl y la gran mentira que rápidamente cesaba de ser mentira; Tanith tenía las naves y los hombres y la voluntad de actuar—. ¿Qué pasó? ¿Makann destituyó al rey y ocupó su puesto?

Poco más o menos, dijo Bentrik. Comenzó incluso antes de las elecciones. Los Vigilantes del Pueblo poseían armas que habían sido fabricadas abierta y legalmente en Marduk para el comercio con los planetas neobárbaros y luego clandestinamente ocultadas en los arsenales secretos del partido del Bienestar del Pueblo. Parte de la policía se había ido con Makann; el resto quedó inactivo y aterrorizado.

Se produjeron tumultos fomentados por los distritos trabajadores de todas las ciudades con pretexto de aumento de salarios pero con un fin de causar mayor terrorismo. Las elecciones fueron una farsa de soborno e intimidación.

Incluso así, el partido de Makann no logró una mayoría completa en la Cámara de Representantes v se había visto obligado a formar una débil coalición con el fin de elegir una favorable Cámara de Delegados.

—Y, claro, eligieron canciller a Makann; eso lo hizo —dijo Bentrik—. Todos los jefes de la oposición en la Cámara de Representantes lían sido arrestados, bajo toda clase de cargos ridículos… crímenes sexuales, aceptar soborno, estar en la nómina de potencias extranjeras, nada parecía demasiado absurdo. Luego votaron una ley dando poder al canciller para llenar vacantes por nombramiento propio en la Cámara de Representantes.

—¿Por qué el Príncipe de la Corona se prestó a una cosa así?

—Él confiaba en poder ejercer algún control. La familia real es casi un símbolo sagrado para la gente. Incluso Markann se vio obligado a fingirse leal al rey y al Príncipe de la Corona…

—No resultó; hizo el juego de Makann. ¿Y qué pasó?

El Príncipe de la Corona había sido asesinado. El asesino, un hombre desconocido que se creía gilgamesheriano, fue muerto por la guardia de Vigilantes del Pueblo del príncipe Edvard en el acto. Inmediatamente Makann se apoderó del palacio real para proteger al rey y también inmediatamente hubieron matanzas en todas partes causadas por los Vigilantes del Pueblo.

El Ejército Planetario Mardukiano había dejado de existir; la historia de Makann era que se había producido allí un complot militar contra el rey y el gobierno.

Desparramado por todo el planeta en pequeñas guarniciones, el ejército fue barrido en dos noches y un día.

Ahora Makann lo estaba reclutando de nuevo, exclusivamente a base de los miembros del partido del Bienestar del Pueblo.

—Usted no estaría mientras cruzado de brazos, ¿verdad?

—Oh, no —replicó Bentrik—. Estaba haciendo algo de lo que no me hubiese creído nunca capaz, hace unos cuantos años. Organicé una conspiración en la Real Marina Mardukiana. Después de que el almirante Shefter fue retirado a la fuerza y encerrado en un manicomio, desaparecí y me convertí en un paisano trabajando en un ascensor de contragravedad en el astillero de la marina de Malverton. Finalmente, cuando sospecharon de mi, uno de los oficiales… que por cierto fue arrastrado y torturado hasta morir más tarde… logró sacarme en un carguero hasta la base lunar. Allí estuve en un hospital. El día en que asesinaron al Príncipe de la Corona creamos un motín, propio. Matamos a todos cuantos eran sospechosos de ser makanistas. La base lunar ha estado sufriendo ataques del planeta desde entonces.

Hubo una agitación tras él, vio cómo la princesita Bentrik y el muchacho entraron en el cuarto. Se levantó.

Ya hablaremos de eso más tarde. Hay aquí unas personas…

Hizo un gesto para que avanzasen y se dio la vuelta, despidiendo a todo el mundo de la habitación.

La noticia recorrió Rivington y luego Tanith, mientras la princesa aún estaba bajando. Había una multitud en el espaciopuerto, mirando cómo la navecilla, con su blasón del dragón planetario, se posaba en sus patas de aterrizaje y periodistas del Servicio de Noticias de Tanith estaban allá con sus pantallas captoras. Se encontró con el príncipe Bentrik, un poco antes que los demás, y logró susurrarle al oído apresuradamente:

—Mientras hable con cualquiera de aquí, recuerde que Andray Dunnan está trabajando con Zaspar Makann y en cuanto Makann consolide su posición enviará una expedición contra Tanith.

—¿Y cómo diablos lo descubrió usted eso, desde aquí? —Preguntó Bentrik—. ¿Gracias a los gilgamesherianos? Luego Harkaman, Rathmore, Valkanhayn, Lothar Ffayle y los demás se agruparon tras ellos, más gente empezó a salir de la chalupa y el príncipe Bentrik trató de abrazar al mismo tiempo a su esposa y a su hijo.

—Príncipe Trask.

Se quedó sobresaltado ante la voz y al darse media vuelta se encontró mirando a unos profundos ojos azul oscuro enmarcados por un pelo negro como el carbón. El corazón le dio un vuelco y dijo:

—Valerie… —Y luego—: *Lady* Alvarath; soy muy feliz al verla —luego advirtió quién había junto a ella y se agachó para ponerse a su nivel—. Y princesa Myrna. ¡Bienvenida a Tanith, alteza!

La niña le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Oh, príncipe Lucas! ¡Estoy muy contenta de verle! ¡Han ocurrido cosas terribles!

—Aquí nada terrible te sucederá, princesa Myrna. Estás entre amigos; amigos con quienes tienes un tratado. ¿Recuerdas?

La criatura comenzó a llorar amargamente.

—Eso fue cuando yo era simplemente una reina de juguete. Ahora ya sé lo que querían decir cuando hablaban de que el abuelo y papá dejasen de ser reyes. ¡Papá ni siquiera llegó a serlo!

Algo grande, cálido y suave trataba de interponerse entre ellos; un perro, con largo pelo rubio y orejas colgantes. En año y medio, los cachorros pueden crecer de manera sorprendente. Mopsy trataba de lamerle la cara. Cogió al perro por el collar y se incorporó.

—*Lady* Valerie, ¿quiere usted venir con nosotros? —preguntó—. Voy a buscar alojamiento para la princesa Myrna.

X

—¿Es princesa Myrna, o reina Myrna? —preguntó.

El príncipe Bentrik sacudió la cabeza.

—No lo sabemos. El rey vivía cuando salimos de la base lunar, pero fue hace quinientas horas. No sé nada de su madre, tampoco. Estaba en palacio cuando el príncipe Edvard fue asesinado; no tuvimos la menor noticia de ella. El rey hizo unas cuantas apariciones por pantalla, repitiendo como un loro cosas que Makann quería que dijese. Bajo hipnosis. Eso fue probablemente lo último que le exigieron que hiciese. Le han convertido en un zombi.

—Bueno, ¿cómo logró Myrna llegar a la base lunar?

—Eso fue obra de *lady* Valerie, más que de nadie. Ella y *sir* Thomas Kobbly y el capitán Reiner lo hicieron todo. Armaron a los criados de Cragdale con rifles de caza y con cuanto pudieron recoger, se apoderaron del yate espacial del príncipe Edvard y despegaron en él. Recibieron un par de impactos de las baterías terrestres al escapar y de los navíos que rodeaban la base lunar al intentar entrar. ¡Naves de la Real Marina Mardukiana! —añadió furioso.

La chalupa en la que hicieron el viaje hasta Tanith también había recibido unos cuantos impactos, al atravesar el bloqueo. No muchos; el capitán la metió en el hiperespacio casi de inmediato.

—Van a enviar el yate a Gimli —dijo Bentrik—. Desde allí, tratarán de reunir cuantas unidades de la Marina Real no hayan ido todavía a caer en poder de Makann. Se reunirán en Gimli y esperarán mi regreso. Si no vuelvo en mil quinientas lloras a partir desde que deje la base lunar, seguirán su propio criterio. Espero que avancen sobre Marduk y ataquen.

—Eso son sesenta días y pico —dijo Otto Harkaman—. Es un

tiempo demasiado largo para esperar que aguante la base lunar luchando contra todo un planeta.

—Es una base fuerte. Fue construida hace quinientos años, cuando *Marduk* luchaba contra una coalición de otros seis planetas. Resistió continuo ataque una vez, durante casi un ario. Desde entonces constantemente ha sido fortificada.

—¿Y qué tienen para atacar? —insistió Harkaman.

—Cuando me fui, seis naves de la antigua Real Marina, que se habían pasado a Makann. Cuatro barcos de ciento sesenta metros de la misma clase que el *Victrix* y otros de ochenta metros. Luego$_5$ estaban las cuatro naves de Andray Dunnan…

—¿Quiere decir que realmente se encuentra en Marduk?

—Creí que lo sabía y me estaba preguntando cómo se enteró. Sí; el *Fortuna*, el *Bolide*, y dos mercantes armados, una nave construida en Baldur llamada el *Reliable* y su amigo el *Honest Horris*.

—¿Realmente no sabías o creías que Dunnan estuviese en Marduk? —preguntó Boake Valkanhayn.

—En la actualidad, no. Tuve que preparar alguna especie de historia para convencer a esa gente de que desistiesen de su cruzada contra Omfray de Glaspyth —no menciono a Valkanhayn su propia insistencia en preparar una expedición contra Xochitl—. Ahora que resulta ser cierto, no me sorprende. Decidimos, hace tiempo, que Dunnan planeaba atacar Marduk. Parece que le subestimamos. Quizás también leyó la vida de Hitler. No planeaba ningún ataque; planeaba conquistar del único modo en que puede ser conquistada una gran civilización… mediante la subversión.

—Sí —intervino Harkaman—. Hace cinco años, cuando Dunnan empezó ese programa, ¿quién era el tal Makann?

—Nadie —contestó Bentrik—. Un loco agitador en Drepplin; tenía un séquito de lunáticos, que se reunían en la trastienda de una taberna y tenían su despacho en una tabaquería. Al año siguiente, poseía un conjunto de oficinas y adquiría tiempo de emisión en un par de estaciones de televisión. Al otro año, poseía tres emisoras propias y celebraba reuniones y marchas de miles de personas. Etc., pero siempre hacia arriba.

—Sí. Dunnan le financiaba y se movía a sus espaldas, del mismo modo en que Makann se movía tras el rey. Y Dunnan le hubiera matado de igual manera en que tuvo que matar al príncipe Edvard

y utilizar el asesinato con un pretexto para liquidar a sus seguidores personales.

—Entonces poseería Marduk. Y tendríamos a la flota mardukiana viniendo por el hiperespacio contra Tanith —añadió Valkanhayn—. Así que tenemos que ir a Marduk y destrozarle ahora, mientras es lo bastante pequeño aún para ser destrozado.

Hubieron unos cuantos que quisieron hacer eso con respecto a Hitler y muchos más, después, que lamentaron no haberlo hecho.

—El *Némesis*, el *Corisande* y el *Space-Scourge* irán, ¿verdad? —Preguntó.

—Harkaman y Valkanhayn asintieron.

Valkanhayn creyó que el *Gift*
Viking's
, de Beowulf, les acompañaría y Harkaman estaba casi seguro de que lo harían también el *Black Star* y el *Queen Flavia*. Se volvió a Bentrik.

—Mande a Gimli de inmediato la chalupa; dentro de una hora, si es posible. No sabemos cuántos navíos se reunirán allí, pero no quiero que se desperdicien en ataques aislados y de detalle. Diga a quien esté al mando que las naves de Tanith están en camino y que las esperen.

Mil quinientas horas, menos de quinientas Bentrik estaba en el espacio partiendo de Marduk. No tuvo tiempo de calcular el viaje a Gimli desde los otros planetas comerciales mardukianos y nadie podía estimar cuántas naves habrían respondido.

—Puede que nos cueste algo de tiempo conseguir una flota efectiva y tenerla reunida —dijo Bentrik—. Incluso después de discutir las cosas. La discusión no es un rasgo exclusivo de las democracias.

Actualmente hubo muy poca discusión y la mayor parte de ella entre los mardukianos, el Príncipe de Bentrik insistió en que la princesa de la corona Myrna fuese llevada consigo; el rey Mikhyl o bien estaría muerto o incapacitado por los tratamientos que le habrían hecho prácticamente un imbécil y tendrían que tener a alguien que ocupase el trono. *Lady* Valerie Alvarath, *sir* Thomas Kobely, el preceptor, y la nodriza Margot se negaron a separarse de ella. El príncipe Bentrik se mostró igualmente firme, con menos éxito, en dejar a su esposa e hijo en Tanith. Al fin, se accedió a que

todo el grupo mardukiano saliese al espacio en el *Némesis*.

El jefe de la navegación de Bigglersport ensayó una parrafada desapasionada sobre ayudar a los extranjeros mientras su propio planeta estaba siendo esclavizado.

Todo el mundo lo hizo callar e informó que Tanith estaba siendo defendido en dónde debería defenderse, e~ la hacienda de alguien muy allegado.

Cuando los de Bigglersport salieron de la reunión, encontraron que su propio yate espacial había sido requisado y enviado a Amaterasu y a Boewulf en busca de ayuda, que el regimiento de infantería local que habían alistado procedente del rey de Tradetown había sido ocupado por las autoridades de Rivington y que el carguero del Gilgamesh que tenían contratado para transportarles a Gram, haría ahora el transporte hasta Marduk.

El problema se rompió en dos mitades; la acción puramente naval que lucharía para aliviar la presión en la luna de Marduk, si aún seguía resistiendo, y para destruir a las naves de Dunnan v Makann, y el problema de la lucha en el suelo para barrer a los partidarios de Makann y restaurar la monarquía mardukiana.

Muchísima gente en Marduk se alegraría de una posibilidad de volverse contra Makann una vez tuvieran armas y fueran adecuadamente apoyados.

Las armas de combate eran casi desconocidas entre la gente, sin embargo e incluso las deportivas resultaban extrañas. Todas las armas pequeñas y artillería ligera, y cañones autoportantes asequibles fueron reunidos.

El *Grendeisbane* entró desde Beowulf y el *SunGodess* de Amaterasu. Aún había en órbita en torno a Tanith tres navíos independientes de los vikingos espaciales; se unieron a la expedición.

Habría jaleo con ellos en Marduk; pretendían el pillaje. Que los mardukianos se preocuparan de resolverlo. Podían cargar lo como parte del precio pagado por dejar en primer lugar que Zaspar Makann llegase al poder.

Habían doce espacionaves en línea al exterior de la luna de Tanith, contando los tres independientes y al transporte gilgamesheriano de tropas obligado a asistir; era la mayor flota de los vikingos espaciales que jamás se reunió en su historia. Alvyn

Karffard así lo afirmó mientras comprobaban por las pantallas la información recibida.

—No es una flota vikinga —opinó de modo distinto el príncipe Bentrik. Hay sólo en ella tres vikingos espaciales. El resto son naves de tres planetas civilizados, Tanith. Beowulf y Amaterasu.

Karffard se mostró sorprendido.

—¿Quiere decir que somos planetas civilizados? ¿Cómo Marduk, Baldur, 0dm o…?

—Bueno, ¿no es verdad?

Trask sonrío.

Hacía un par de años que había comenzado a sospecharse algo así. Hasta ahora no había estado realmente seguro. El oficial más joven de su estado mayor, conde Steven de Ravary, no pareció apreciar el cumplido.

—¡*Somos* vikingos espaciales! —insistió—. Y vamos a luchar contra los neobárbaros de Zaspar Makann.

—Bueno, no discutiré la última mitad de eso, Steven —le dilo su padre.

—¿Van ustedes a estar discutiendo sobre lo que es civilizado y lo que no lo es? —preguntó Guatt Kirbey—. Entonces den la señal. Todos los navíos están preparados para el salto.

Trask oprimió el botón del tablero que tenía delante. Una luz se encendió en el panel de control de Kirbey, como sucedería en cada uno de los otros navíos.

—Salten —dijo con la pipa en la boca y giró el mando rojo empujándolo hasta el punto indicado.

XI

Cuatrocientas cincuenta horas, en el universo privado que era el Némesis; fuera, no existía nada más y dentro no había nada que hacer excepto esperar, a cada hora viajando a trillones de kilómetros más cerca de Gimli.

Al principio, el implacable y terrible vikingo espacial, Steven, conde de Ravary, estaba frenéticamente excitado, pero antes de mucho descubrió que no había nada excitante que sucediese: era sólo una espacionave y él había estado va antes en tales navíos.

Su alteza, la Princesa de la Corona, o quizás Su Majestad la Reina de Marduk, dejó al mismo tiempo de mostrarse excitada y ella y Steven y Mopsy jugaron juntos.

Claro, Myrna era sólo una niña y dos años más joven que Steve, pero era, o podía serlo quizás, su soberana y además, había participado en una acción espacial, si así puede llamarse lo que yace entre un planeta y su satélite y también se acepta el recibir disparos siendo incapaces de devolverlos en compensación, mientras que el inquieto Ravary, el Terror Interestelar no había sufrido tal experiencia.

Eso último sirvió para compensar los dos años de diferencia en edad.

Por una cosa más, no había elecciones. *Sir* Thomas Kcbbly se reveló como pintor de paisajes y pasó la mayor parte de su tiempo discutiendo de técnica pictórica con Van Larch, el preceptor de Steven, capitán Rainer, era un astrogador de espacio normal y descubrió parentesco espiritual con Sharll Renner. Esto dejó en un callejón sin salida a *lady* Valerie Alvarath.

Hubieron voluntarios en abundancia para ayudarla a pasar el tiempo, pero el rango tiene sus privilegios; Trask se preocupó de

que ella no sufriese excesivamente del tedio de a bordo.

Sharll Renner y el capitán Rainer se le acercaron, durante la hora del aperitivo antes de la cena, a un centenar de horas de la emergencia.

—Creemos haber calculado dónde se encuentra la base de Dunnan —dijo Renner.

—¡Oh, estupendo! —Todo el inundo lo había hecho, en un planeta diferente—. ¿Dónde creéis?

—Abaddon —dijo el tutor del conde de Ravarv. Cuando se dio cuenta de cine el nombre no significaba nada para Trask, añadió—: El noveno planeta del sistema mardukiano, exterior —dijo sin poder disimular su disgusto.

—Sí recuerde como mandó a Boake y a Manfred con sus navíos revisando los planetas exteriores para ver si el príncipe Viktor podía ocultarse en uno de ellos. Bueno, ¿qué hay del elemento tiempo y del modo en que el *Honest Horris* iba y volvía de Marduk a algún lugar que no era Gimli, de la manera en que Dunann fue capaz de traer sus navíos dentro en cuanto comenzó el tiroteo en Marduk? Pensamos que debe estar en algún planeta no habitado exterior del sistema de Marduk.

—Yo no se por qué nunca se no ocurrió eso —intervino Rainer —. Supongo que por que nadie piensa jamas en Abaddon. Es Sólo un planeta pequeño, de unos Seis mil kilómetros de diámetro y lejísimos del primario, aunque, como es natural no tanto de Marduk. Es de hielo sólido. Se tardaría un año para llegar hasta allí con un motor Abbot y si su nave tenía motores Dillignain, ¿por qué no emplear un poco más e ir a un buen planeta? Así que nadie se preocupó de Abaddon.

Pero para el propósito de Dunnan, sería perfecto. Llamó al príncipe Bentrik y Alvyn Karffard, entre todos encontraron la idea convincente al instante. Hablaron de eso durante la cena y después sostuvieron una discusión general.

Incluso Guatt Kirbey, el más pesimista de la nave, no pudo encontrar objeción.

Trask y Bentrik comenzaron a la vez a elaborar planes de batalla.

Karffard se preguntó si no habían hecho mejor en esperar hasta llegar a Gimli y discutirlo con los demás.

—No —le contestó Trask—. Este es el navío insignia; aquí es donde se decide la estrategia.

—Bueno, ¿qué hay de la Marina Mardukiana? —preguntó el capitán Rainer—. Creo que el almirante de la flota Bargham se está armando en Gimli.

El príncipe Simón Bentrik guardó silencio durante un momento, mientras realizaba, de mala gana, que la gran decisión va no era eludible por más tiempo.

—Quizás lo esté, de momento, pero cuando lleguemos mandaré yo.

—Pero… alteza, es el almirante de la flota; usted es simplemente un comodoro.

—Ya no soy comodoro. El rey está prisionero y por cuanto sabemos quizás ha muerto. La Princesa Real está muerta. La princesa Myrna es una niña. Yo asumo el puesto de Regente y Príncipe Protector del Reino.

XII

Hubo algo de dificultad en Gimli con el almirante de la flota Bargham. Los comodoros no dan órdenes a los almirantes. Bueno, quizás los regentes sí, ¿pero quién dio autoridad al príncipe Bentrik para llamarse a si mismo regente? Los regentes se elegían por la Cámara de Delegados, a propuesta del Canciller.

—Se refiere usted a Zaspar Makann y a sus esbirros —bromeó Bentrik.

—Bueno, la Constitución… —lo pensó mejor y cortó la frase antes de que alguien le preguntase qué Constitución—. Bueno, un regente tiene que ser elegido por votación. Incluso los miembros de la familia real no pueden simplemente nombrarse regentes diciéndolo así.

—Yo puedo. Acabo de hacerlo. Y no pienso que vayan a haber muchas elecciones, por lo menos de momento. No hasta que estemos seguros de que el pueblo de Marduk merece que se le confíe el control del gobierno.

—Bien, la chalupa desde la base lunar informó que habían allí seis navíos de combate reales y otras cuatro naves atacándoles —objetó Bargham—. Aquí sólo tengo cuatro navíos. Envié a por los que están en los demás planetas comerciales, pero no tengo noticias de ninguno de ellos. No podemos ir allá con solo cuatro naves.

—Dieciséis —corrigió Bentrik—. No, quince y un gilgamesheriano que utilizamos para el transporte de tropas. Creo que basta. Usted se quedará aquí en Gimli, de todas maneras, almirante; en cuanto los otros navíos vengan, usted seguirá hasta Marduk con ellos. Ahora voy a celebrar una reunión a bordo de la nave insignia de Tanith *Némesis*. Quiero que suban a bordo inmediatamente sus cuatro comandantes de nave. No le incluyo a

usted porque debe quedarse aquí para recoger a los retrasados y salir al espacio en cuanto lo haga, cosa que nosotros haremos también inmediatamente.

En realidad, partieron antes; la reunión duró todas las trescientas cincuenta horas hasta Abaddon. El capitán del navío, si tiene un buen ejecutivo, como todos ellos tenían, sólo necesita sentarse ante su puesto de mando y parecer importante mientras la nave entra y sale de un largo salto; el resto del tiempo puede dedicarlo a estudiar historia antigua o a cualquier otra afición que tenga. Más que perder trescientas cincuenta horas de precioso tiempo, cada capitán entregó su nave a su ejecutivo y permaneció a bordo del Némesis; incluso así la espaciosa sala de oficiales al norte de la sala de máquinas estaba atestada como un hotel turista en plena temporada. Uno de los cuatro mardukianos era el capitán Garravay, que había sacado de contrabando a la esposa de Bentrik y a su hijo Marduk y los otros tres eran igualmente pro Bentrik, pro Tanith y anti Makann. En términos generales, también eran anti Bargham. Debía haber algo equívoco con el almirante de la flota mientras permanecía en el mando después de que Zaspar Makann usurpase al poder.

Así, tan pronto como se extendieron, se celebró una fiesta. Tras ella se instalaron para planear la batalla de Abaddon.

No hubo batalla de Abaddon.

Era una planeta muerto un lado en plena noche y el otro en el lóbrego crepúsculo producido por la diminuta manchita de sol quedaba lejísimos, rajadas montañas alzándose de entre la nieve que le cubría de polo a polo.

La nieve de las cumbres sería CO2 congelado; según los termoscopios, la superficie tendría una temperatura de menos cien grados centígrados.

No había ningún navío en órbita circulan dolo: sí una débil radiación, que podría haber sido producida por minerales naturalmente radioactivos: tampoco se detectó la menor descarga eléctrica.

En la sala de mandos del Némesis hubo una considerable deducción de malos modales.

Los capitanes de las otras naves estaban en las pantallas, deseando saber que hacer.

Entremos, —le dijo Trask—. Englobaremos el planeta y bajaremos hasta un kilómetro si es necesario. Podrían estar escondidos en alguna parte.

—Bueno. Seguro que no están escondidos en el fondo de ningún océano —dijo alguien.

Era una de esas débiles gracias ante las que todo el mundo sonríe por que no hay ninguna otra cosa más risible en la situación.

Finalmente lo encontraron, en el polo norte, que no era mas frío que cualquier otra parte del planeta.

La primera filtración radiactiva. La clase que escaparía de una planta de energía nuclear hermética.

Luego un módulo de descarga eléctrica.

Finalmente las pantallas telescópicas captaron el espaciopuerto. Un enorme anfiteatro ovalado excavado en un valle entre dos cordilleras de irregulares montañas.

El lenguaje en la sala de mandos fue igualmente malo, pero el tono había cambiado.

Era sorprendente el amplio rango de emociones que se podía expresar por unas cuantas sencillas blasfemias y obscenidades.

Todos los que habían estado renegando de Sharh Renner le aclamaban ahora.

Pero aquello estaba sin vida.

Los navíos entraron en grupo; las naves de aterrizaje herméticas llenas de luchadores de tierra con armadura espacial, bajaron.

Las pantallas de la sala de mandos se encendieron mientras transmitían sus vistas.

Depresiones en la nieve de bióxido de carburo mostraban donde las patas de aterrizaje de treinta metros de los navíos se habían posado.

Filas de elevadores de carga que habían subido y bajado de un navío a otro en órbita, aparecían ordenadas.

Y, todo alrededor del perímetro amurallado del acantilado, puertas con exclusiones de aire conducían a cavernas y túneles.

Muchísimos hombres, con una gran cantidad de equipo, habían estado trabajando allí en los calculados cinco o seis años desde que Andray Dunnan, o alguien, construyó aquella base.

Andray Dunnan.

Encontraron su emblema en las cosas; el creciente, azul sobre

negro.

Encontraron un equipo que Harkaman reconoció como parte de la carga original robada con el *Enterprise*.

Incluso hallaron, en las habitaciones, una borrosa fotografía de Nevil Ormm, vestido de negro.

Pero lo que no encontraron fue ni un sólo vehículo lo bastante pequeño para ser llevado a bordo de una nave, o una sola partícula de equipo de combate, ni siquiera una pistola o una granada de mano.

Dunnan se había ido, pero sabía en dónde y cuándo encontrarle.

La conquista de Marduk había entrado en su fase final.

XIII

Marduk estaba a la otra parte del sol con respecto a Abaddon, pero eso no era inconveniente, según pensó Trask.

Guatt Kirbey y el astrogador mardukiano que le ayudaba cubrieron la distancia hasta entrar en el plazo de un minuto luz.

El pensamiento mardukano fue estupendo, el de Kirbey no.

El último microsalto fue apuntado a la luna de Marduk, que era plenamente visible, en la pantalla telescópica.

Salieron a un segundo y medio de luz, que Kirbev admitió era razonablemente cerca.

En cuanto las pantallas se aclararon, vieron que no llegaban demasiado tarde.

La luna de Marduk soportaba fuego y lo devolvía.

Tuvieron detección y supo qué es lo que estaban detectando… un macizo de dieciséis distorsiones del tejido espaciotiempo, mientras dieciséis navíos cobraban rápidamente existencia en el continuo normal.

Junto a él, Bentrik tenía puesta una pantalla; estaba todavía blanca lechosa y él hablaba por el micrófono de mano.

—Simón Bentrik, príncipe protector de Marduk, llamando a la base limar —luego, lentamente, repitió su combinación de pantalla dos veces—. Entren, base lunar; aquí Simón Bentrik, príncipe protector, que les habla.

Aguardó diez segundos y estaba a punto de comenzar de nuevo, cuando la pantalla chisporroteó.

El que apareció en ella llevaba la insignia de un oficial de marina mardukiano.

Necesitaba afeitarse, pero sonreía feliz.

Bentrik les saludó por su nombre.

—Hola, Simón; me alegro de verle. Me refiero, a su alteza; ¿qué quiere decir eso de príncipe protector?

—Alguien tenía que hacerlo. ¿Sigue viviendo el rey?

La sonrisa desapareció del rostro del comodoro, empezando por sus ojos.

—No lo sabemos. Al principio, Makann le hizo hablar por la pantalla… ya sabe usted cómo era… apremiando a todos a obedecer y cooperar con nuestro bien amado Canciller. Makann siempre aparecía a su lado.

Bentrik asintió.

—Recuerdo.

—Antes de que usted se fuese, Makann guardó silencio y dejó que el rey hiciese su discurso. Al cabo de un rato, el rey no fue capaz de hablar de manera coherente; balbuceaba y repetía. Y así luego Makann siguió hablando siempre; no podía ni siquiera fiarse de él para que repitiera 10 que le decían con un sistema de auriculares. Luego dejó de aparecer por entero. Supongo que habían síntomas físicos que no permitían que se le viera -Bentrik estaba maldiciendo terriblemente en voz alta; el oficial de la base lunar asintió—. Por su bien espero que haya muerto.

Pobre buen Mikhyl.

Bentrik decía:

—Y yo —el comodoro de la base lunar seguía hablando.

—Conseguimos dos naves más renegadas de la RMM, a unas cien horas después de su partida —las nombró—. Y tenemos a uno de los navíos de Dunnan, el *Fortuna*. Volamos el astillero naval de Malverton. Ellos siguen utilizando la base naval antártica, pero hemos destrozado buena parte de ella. Nos cargamos al *Honest Horris*. Ellos efectuaron dos intentos de alunizar sobre nosotros y perdieron un par de naves. Hace ochocientas horas se les unió el resto de la flota de Dunnan, cinco naves. Tomaron tierra en Malverton mientras que daba la otra parte de nosotros. Makann anunció que eran unidades de la RMM procedentes de los planetas comerciales las que acababan de unírsele. Supongo que parte del público planetario se lo tragó. También anunció que su comandante, el almirante Dunnan, estaba al mando de las Fuerzas Armadas del Pueblo.

Los combatientes terrestres de Dunnan controlarían Malverton.

Por ahora, las posibilidades eran de que Makann fuese tan prisionero como Mikhyl VIII lo fue antes.

—Así que Dunnan ha conquistado Marduk. Todo lo que tiene que hacer ahora, es resistir —dijo—. Veo cuatro navíos fuera de la base lunar; ¿cuántos más tienen?

—Son el *Bolide* y el *Eclipse*, naves de Dunnan, y las antiguas naves de la Real Marina Mardukiana *Champion y Guardián*. Hay cinco en órbita en torno al planeta: el ex RMM *Paladín* y las naves de Dunnan *Starhopper, Banshee, Reliab Le y Exporter*. Estas últimas dos catalogadas como mercantes, pero están realizando una batalla normal.

Las cuatro que habían estado circulando la base lunar rompieron órbita y se dirigieron hacia la flota de alivio; una recibió un impacto de un proyectil de la base, lo que la hizo tambalearse pero sin daño evidente.

Dos navíos que habían estado orbitando también en el planeta cambiaron de curso y comenzaron a salir.

La sala de mandos estaba en silencio excepto una apagada risita producida por el funcionamiento de un calculador que estimaba las intenciones del enemigo por los datos observados y por la Teoría de los Juegos.

Tres más salieron apresuradamente del planeta y las dos de la cabeza disminuyeron la marcha para permitir que las alcanzaran.

Quería ser capaz de arrancar a las cuatro del satélite antes de que las cinco del planeta se las unieran, pero los computadores de Karffard dijeron que eso no podía realizarse.

—Está bien, tendremos que meter en un cesto todos nuestros cuatro huevos malos —dijo—. Tratar de alcanzarles con impactos en cuanto se hayan unido, lo más posible.

Los computadores comenzaron otra vez a producir aquel extraño sonido parecido a una risa.

Los robots de servicio trabajaban enormemente sirviendo café caliente.

El hijo del príncipe Bentrik, sentado junto a su padre, había dejado de ser el Implacable Ravary, el Demonio del Espacio y era un jovencísimo oficial que iba a entrar en su primera batalla espacial, más asustado y al mismo tiempo más feliz de lo que fuera en 511 corta vida.

El capitán Garravay, del *Vindcx*, estaba señalando a los otros navíos de Gimli.

«Marina Real; destrocen primero a los traidores».

Podía comprender y simpatizar, incluso aunque no aprobase el colocar lo personal delante de las consideraciones taúdicas y emitió un rápido rayo secreto de llamada a Harkaman para que se preparase para obturar cualquier agujero que dejase en la formación si la rompían alejándose en busca de venganza.

Ordenó también al *Black 5tur* y al *Sun-Goddess* que condujesen a la tropa ligeramente armada del carguero gilgamesheriano sacándola fuera de peligro.

Las dos masas de los navíos de Dunnan-Makann ahora convergían rápidamente y Alvyn Karffard gritaba en un micrófono a alguien que alcanzase mayor velocidad.

A unos mil seiscientos kilómetros los proyectiles comenzaron a brotar y los dos grupos de naves, cuatro y cinco, estaban equidistantes uno de otro y también de la flota aliada, formando las puntas de un triángulo cada vez, a cada segundo se hacía más pequeño.

Los primeros globos de fuego de los proyectiles interceptados se extendieron desde sus semillas de breve luz blanca.

Una luz roja destelló en el tablero de averías.

Una nave enemiga recibió un impacto.

El capitán del *Queen Flavia* estaba en la pantalla, diciendo que su nave había recibido serios daños.

Tres naves llevando el dragón y planeta mardukiano circulaban locas una en torno de otra en lo que parecía, por la pantalla, casi a tiro de pistola, dos disparando contra la tercera, que respondía desesperadamente.

Esta tercera estalló y alguien gritó por un altavoz de pantalla:

—¡Mueran los traidores!

Otra nave voló en alguna parte y luego otra mas.

Oyó que alguien decía:

—Esa fue una de las nuestras —y se preguntó cuál sería.

No el *Corisande*, según esperaba; no, no lo era, podía ver al navío lanzado tras otras dos naves que eran, a su turno, las que alcanzaban velocidad derechas hacia el *Black Star*, el *Sun-Goddess* y el carguero de Gilgamesh.

Luego el *Némesis* y el *Starhopper* estuvieron a distancia de tiro, batiéndose con furia uno a otro.

La batalla se había ligado en sí misma dentro de una pelota de naves girando y escupiendo fuego que marchaban en dirección al planeta, cuya superficie surgía y desaparecía en la pantalla principal y se hacía cada vez mayor.

Para cuando estuvieron dentro del borde interno de la exosfera, la pelota había empezado a desligarse, nave tras nave saliendo de ella y entrando en órbita, algunas muy averiadas y otras yendo al ataque de enemigos dañados.

Unas pocas habían rodeado por completo el planeta, escondiéndose tras él.

Vio a tres naves que se acercaban… el *Corisande*, el *Sun-Goddess* y el Gilgamesheriano.

Hizo que Harkaman se pusiese en la pantalla.

—¿Dónde está el *Black Star*? —preguntó.

—Se fue al Em.See-Square —respondió Harkakaman—. Milkan. Al *Bolíde* y al *Reliable*.

El joven Steven de Ravary, que había estado al acecho en una de las pantallas internavales, recibió una llamada del capitán del *Grendeisbane* y al mismo tiempo alguien que gritaba:

—¡Aquí viene de nuevo el *Stahopper*!

—Dígale que aguarde un momento; tenemos dificultades —dijo.

El *Némesis* y el *Starhopper* siguieron martilleándose lateralmente uno a otro y apaleándose con contra *proyectiles* y luego, del todo inesperadamente, el *Starhopper voló* al Em-See-Square.

Hoy había mucha cantidad de em que se convertía en see fuera de Marduk.

—Incluyendo a Manfred Ravallo; lo que le apenó. Manfred era un buen hombre y un buen amigo. Tenía novia en Rivington. Cielos, habían ochocientos estupendos tipos a bordo del *Black Star* y la mayoría con chicas que les esperarían en vano en Tanith.

Bueno, ¿qué es lo que había dicho Otto Harkaman, hacía tanto tiempo, en Gram?

Algo acerca de que la ancianidad no era una causa normal de muerte entre los vikingos espaciales, ¿verdad?

Luego recordó que Gompertz del *Grendelsbane* estaba tratando de comunicarse con él.

Dijo al joven conde Steven que le pusiese por pantalla.

—Hemos perdido uno de nuestros mardukianos —le dijo Compertz con su acento peculiar de Beowulf—. Creo que era el *Challencer*. El navío que se lo cargó se parecía al *Banshee*; voy a por él, de camino; dando la vuelta al planeta por el oeste. Estaré en seguida con usted, capitán.

Era como terminar un crucigrama.

Uno se sienta mirándolo como buscando más espacios abiertos en donde colocar las letras y de pronto se da cuenta de que no quedan, de que el pasatiempo está hecho.

Así fue como terminó la batalla espacial de Marduk, la batalla fuera de Marduk.

De pronto ya no hubieron más globos de colores abriéndose y desvaneciéndose, no más proyectiles viniendo, no más navíos enemigos a quienes disparar.

Ahora había llegado el momento de contar las propias naves y luego empezar a pensar en la batalla *sobre* Marduk.

El *Black Star* se había desintegrado Lo mismo el RMM *Chalaneare* y el RMM *Conquistador*. El *Pace Sconrge* estaba muy averiado; peor que después del ataque a Beowulf. Dijo Boake Valkanhayn.

También el *Gift*
Viking's
tenía averías gravísimas, lo mismo que el *Corisande* y así estaba el *Némesis*, según las informaciones del tablero de control de avenas.

Y tres naves faltaban. Los tres vikingos espaciales independientes, *Harh y, Curse Of Cagn* y el *Damnthing* de Roger-Fan-Morvill Esthersan.

El príncipe Bentrik frunció el ceño ante eso.

—No puedo creer que esos tres navíos hayan sido destruidos, sin que nadie lo viera.

—Ni yo tampoco. Pero sí pienso que esas naves salieron de la batalla juntas y entraron hacia el planeta. No vinieron aquí para ayudar a liberar Marduk, vinieron para llenar sus bodegas de carga. Yo sólo espero que a las gentes que roben hayan votado todas por Makann en las últimas elecciones —un poco de consuelo se le ocurrió y así lo comunicó— la única gente que esta armada para resistirles serán las tormentosas tropas de ataque de Makann y los piratas de Dunnan, por tanto los únicos que mueran serán ellos.

—Ya no queremos más muertes que… —El príncipe Simón se interrumpió de pronto—. Ya empiezo hablar como el finado Príncipe de la Corona Edvard —aclaró—. Tampoco quería que se derramase sangre Y mire cuánta ha tenido que vertirse. Si ellos hacen lo que usted cree que están haciendo, me temo que también tendremos que matar unos cuantos de sus vikingos espaciales.

—No son mis vikingos espaciales —se mostró algo sorprendido al descubrir eso, después de casi ocho años de llevar el mismo el nombre, ahora lo utilizaba para etiquetar a otras personas. Bueno, ¿por qué no? Era gobernante del planeta civilizado de Tanith, ¿no? Pero no comencemos a luchar contra ellos hasta que la guerra principal haya pasado. Esas tres cargas de las naves no son peores que un resfriado; Makann y Dunnan son una epidemia.

Aún costaría cuatro horas bajar, en una espiral de deceleración.

Comenzaron a poner las tele-emisoras que habían sido filmadas y grabadas en el viaje desde Gimli.

El príncipe protector Simón Bentrik habló:

«El gobierno ilegal del traidor Makann ha terminado. Sus ilusos seguidores fueron advertidos de que volvieran a prestar sumisión a la Corona. Los Vigilantes del Pueblo también han recibido órdenes de rendir sus armas y dispersarse; en las localidades en que se negaron, el pueblo leal fue convocado para cooperar con las fuerzas armadas legítimas de la Corona en la tarea de exterminarles y se les proporcionaran armas en cuanto sea posible».

La princesita Myrna habló:

«Si mi abuelo sigue vivo, es vuestro rey; si no yo soy vuestra reina y hasta que sea lo bastante mayor para gobernar según mi criterio, acepto al príncipe Simón como Regente y Protector del Reino y os pido a todos que lo obedezcáis como yo haré».

—No dijeron nada sobre el gobierno representativo, o democracia, o la constitución —mencionó Trask—. Y advertí que utilizaba usted la palabra gobierno, en lugar de reino.

—Es verdad —confesó el autor llamado príncipe protector—. Hay algo equívoco con la democracia. Si no lo hubiese, no podría ser derrocada por gentes como Makann, atacándola desde dentro mediante procedimientos democráticos. No creo que sea fundamentalmente inoperante. Me parece que tiene unos pocos de 10 que los ingenieros llaman defectos. No es seguro manejar una

máquina defectuosa hasta que sean averiguados los defectos y remediados si es posible.

—Bueno, espero que no piense usted que nuestro feudalismo de los Mundos de la Espada carece de defectos —dio unos cuantos ejemplos y luego citó a Otto Harkaman acerca del barbarismo extendiéndose hacia abajo desde la cumbre en vez de subir desde el fondo.

—Puede ser —añadió—, que haya algo fundamentalmente inoperante en el propio gobierno. En Cuanto el *Horno Sapiens Terra* sea un animal salvaje, lo que siempre ha sido y siempre será hasta que evolucione en algo diferente dentro de un millón de años, quizás nos sea posible elaborar un sistema de gobierno como ciencia política, al igual que la transmutación de elementos era una ciencia física imposible mientras lo intentaron mediante medios químicos.

—Entonces tendremos que hacerlo funcionar lo mejor que podamos y cuando se derribe, esperar que el próximo intento funcione algo mejor, por un poco más de tiempo dijo Bentrik.

Malverton creció en las pantallas telescópicas mientras bajaban.

El espaciopuerto de la marina, donde Trask aterrizó casi dos años antes, estaba en ruinas, salpicado de navíos averiados que habían estallado en el suelo y luego recibieron impactos termo nucleares.

Había pelea en el aire por encima de la propia ciudad, en las terrazas de los edificios, en el suelo y volando.

Eso serían los vikingos espaciales *Damnthing, Harpy* y *Curse Ol Cagn*.

El palacio real era el centro de media docena de torbellinos de batalla que se habían condensado saliendo de la escaramuza general.

Todavía no había sido tomado.

Paytrik Morland se dirigió hacia él con la primera oleada de luchadores terrestres del *Némesis*.

El carguero de Gilgamesh, como la mayoría de bu de su clase, tenía enormes puertas de carga a todo su alrededor; estas comenzaron a abrirse y a dar rienda suelta a una avalancha de todas clases desde naves de aterrizaje y botes aéreos de treinta metros hasta monturas individuales de caballería aérea.

Los altos rellanos de aterrizaje y las terrazas del palacio estaban

casi oscurecidos por los destellos de bombas de cañón y el humo y polvo de los proyectiles.

Luego tomaron tierra los primeros vehículos, el fuego más grave cesó y los hombres salieron en abanico mientras sus oponentes, disparaban ocasionalmente con pequeñas armas.

Trask y Bentrik llevaban pleno equipo de combate y se instalaban en una de las chalupas blindada, cuando el joven de doce años conde Ravary, se les y comenzó a preparar sus armas y un casco.

Tú no irás —le dijo su padre—. Ya tengo bastante preocupación con cuidar de mi mismo…

Esa era la forma de abordar las cosas equivocada.

Trask le interrumpió:

—Te quedarás a bordo, conde —dijo—. En cuanto las cosas se estabilicen, la princesa Myrna tendrá que descender. Tú has de ser su escolta personal. Y no pienses que se te deja al margen. Ella es Princesa Real y si no es reina ahora, lo será dentro de pocos años. Escoltaría en estos momentos será el fundamento de tu carrera militar. No hay ningún joven oficial en la Marina Real que no se cambiara de sitio gustoso contigo.

—Esa fue la manera adecuada de convencerlo, Lucas —aprobó Bentrik, después de que el muchacho se hubiese ido, orgulloso de su oportunidad y de su responsabilidad.

—Será tal y como yo le dije —se detuvo durante un momento, para jugar con la idea que acababa de asaltarle—. Ya sabe, la niña será reina dentro de pocos años, si no lo es ahora. La reina necesita un príncipe consorte. Su hijo es un buen chico; me gustó desde el primer momento en que le vi y de aquella fecha hasta ahora me ha gustado más. Será un hombre para ocupar el trono junto a la reina Myrna.

—Oh, eso queda fuera de toda cuestión. No por causa de consanguinidad, puesto que son primos en sexto grado. Pero la gente diría que yo abusaba del Protectorado para casar a mi hijo y alzarlo al trono.

Simón, hablando de príncipe soberano a otro, usted tiene mucho que aprender. Ha aprendido una lección importante, ya que un gobernante debe estar dispuesto a utilizar la fuerza y a derramar sangre para sostener su gobierno. Tienes que aprender, también,

que un gobernante no puede permitirse el lujo de verse guiado por sus temores de lo que la gente diga de su persona. Ni siquiera de lo que dirá la historia de él. El único juez del gobernante es él mismo.

Bentrik subió y bajó experimentalmente el visor trasparente del casco, revisó las cámaras de su pistola y carabina.

—Todo lo que me importa es que la paz y el bienestar de Marduk se reanuden. Tendré que hablar con… mi único juez. Bueno, vamos.

Las altas terrazas estaban aseguradas cuando aterrizó su coche.

Más vehículos bajaban y descargaban hombres; una oleada de naves de desembarco se hundía más allá del edificio hacia seiscientos metros más abajo.

Armas automóviles y pequeñas, junto con cañones ligeros se alineaban y detonaban y las bombas y los rifles disparadores de granadas funcionaban a toda velocidad en las terrazas inferiores.

Colocaron el coche en uno de los ascensores y bajaron hasta penetrar en una zona de pesado fuego inferior, en el límite del avance para luego girar por un amplio pasillo, flotando lo bastante altos como para no rozar las cabezas de los hombres a pie.

Parecía como la parte de palacio en donde él se alojó cuando fue huésped allí, pero probablemente no lo era.

Llegaron hasta unas barricadas apresuradamente construidas con muebles, estatuas y demás útiles, detrás de las cuales los Vigilantes del Pueblo de Makann y los vikingos espaciales de Andray Dunnan mantenían la última resistencia.

Entraron en habitaciones sucias del polvo producido por el enyesado y los plásticos al desintegrarse, cubiertas de cadáveres.

Pasaron junto a ascensores deslizantes cargador ahora de heridos que eran evacuados de las zonas de combate.

Cruzaron habitaciones atestadas por sus propios hombres…

—¡No metáis la zarpa en las cosas; esta no es una expedición de saqueo! ¡Tú, cretino estúpido! ¿Cómo sabías que no había un hombre escondido detrás de ti?

En una enorme sala, de baile o de conciertos ~ algo por el estilo, se acumulaban los prisioneros y los hombres del *Némesis* preparaban una serie de aparatos catalogadores poliencefalográficos, recias sillas con cables y cascos ajustables y globos traslúcidos sobre ellas.

Un par de hombres de Morland estaban obligando a un vigilante del pueblo a que se sentase en una de tales sillas.

—Sabe usted lo que es esto, ¿verdad? —decía uno de ellos—. Se llama veredicator. Ese globo lucirá azul; en el momento que usted trate de mentirnos, se volverá rojo. Y en cuanto se vuelva rojo, le arrancare los dientes a culatazos de mi pistola.

—¿Todavía no han encontrado nada acerca del rey? —le pregunto Bentrik.

Se volvió.

—No. A nadie de los que hemos interrogado hasta ahora se ha podido sacar información más allá de un mes atrás. El rey según parece, simplemente desapareció —iba a decir algo mas, vio el rostro de Bentrik y cambió de idea.

—Esta muerto dijo Bentrik —con voz ronca—. Le torturaron, le lavaron el cerebro y le utilizaron como muñeco ventrílocuo en la pantalla mientras les fue posible; cuando no pudieron dejar que la gente viese mas, lo meterían en un convertidor.

Hallaron a Zaspar Makann, horas más tarde.

Quizás pudo haberles dicho algo, si hubiese estado vivo, pero él y unos cuantos de sus fanáticos seguidores se habían parapetado en la sala del trono y murieron defendiéndola.

Encontraron a Makann en el trono, la tapa de los sesos volada, una pistola aterrada en la mano y la Gran Corona yaciendo en el suelo, el terciopelo interior atravesado por la bala y salpicado con sangre y tejido cerebral.

El príncipe Bentrik la tomó y la miró con disgusto.

—Tendremos que hacer algo acerca de esto —dijo—. En realidad no creí que muriese de esta manera. Pensé que deseaba abolir el trono, no sentarse en él.

Excepto un candelabro destrozado y varios cadáveres que tuvieron que ser apartados a un lado, la sala de consejos ministeriales estaba intacta.

Allí instalaron el cuartel general.

Boake Valkanhayn y varios otros capitanes de navíos se les unieron.

Se luchaba en varias partes dentro del palacio y la ciudad seguía siendo un torbellino.

Alguien logró ponerse en contacto con los capitanes del

Damnthing, el *Harpy* y *Curse Of Cagn*, haciéndoles venir a palacio.

Trask inútilmente trató de razonar con ellos.

—Príncipe Trask, eres mi amigo y siempre obraste conmigo con limpieza —dijo Roger-Fan-Morvill Esthersan—. Pero ya sabes hasta qué punto puede un capitán vikingo espacial controlar a su tripulación. Esos hombres no vienen aquí para corregir los errores políticos de Marduk. Vinieron por lo que pudiesen conseguir. Me matarían si tratase de detenerlos ahora.

—Yo ni siquiera lo probaría —intervino el capitán del *Curse Of Cagn*—. Vine por lo que pudiera sacar de este planeta.

—Trate usted de detenerlos —afirmó el capitán del *Harpy*—. Lo encontrará más difícil que remediar el daño que están haciendo ahora.

Trask cogió unos cuantos informes que habían llegado de todas partes del planeta.

Harkaman había aterrizado en una de las grandes ciudades del este y la gente se había alzado contra los jefes locales de Makann y ayudaban a barrer a los Vigilantes del Pueblo con armas que se les habían suministrado.

El ejecutivo de Valkanhayn había aterrizado en un gran campo de concentración en donde cerca de un millar de enemigos políticos de Makann habían sido recluidos; distribuyó todas las armas disponibles y pedía más.

Gompertz, del *Grendelbane* estaba en Drepplin; informaba precisamente 10 contrario.

La gente se alzó en defensa del régimen de Makann y deseaba autorización para utilizar contra ellos armas nucleares.

—¿Pueden ustedes convencer a su gente de que vayan a otra ciudad? —preguntó Trask—. Tenemos una urbe estupenda para ustedes; un gran centro industrial. Habrá un estupendo botín. Drepplin.

—Esas gentes son también súbditos mardukianos —empezó Bentrik. Luego se encogió de hombros—. No es lo que me gustaría hacer, es lo que debemos hacer. Por todos los medios, caballeros. Lleven a sus hombres a Drepplin y nadie se opondrá a cualquier cosa que hagan.

—Y cuando lo saqueen absolutamente, prueben Abaddon. Usted aterrizó allí, capitán Estersan. Ya sabe cuánto dejó Duunan.

Un par de vikingos espaciales, no, de hombres de la Marina Real de Tanith, entraron en una anciana, sucia, harapienta, casi exhausta.

—Quiere hablar con el príncipe Bentrik; no deseo hacerlo con nadie más. Dice que sabe donde se encuentra el rey.

Bentrik se levantó deprisa, la proporcionó una silla y la sirvió un vaso de vino.

—Sigue vivo, alteza. La Princesa de la Corona Melani y yo… lo siento, alteza; la Princesa Viuda de la Corona, y yo nos hemos cuidado de él, de la mejor manera que pudimos. Si pudieran venir rápidamente.

Mikhyl VIII, rey planetario de Marduk, yacía en un jergón sucio en el suelo de una estrecha habitación más allá del convertidor de masa en energía que disponía de las basuras y desperdicios y generaba energía para unos cuantos de los equipos fijos utilizados en los pisos medios de la zona este del palacio.

Tenía un cubo de agua y sobre un tosco banco yacía un puño sucio en el que se amontonaba escasa comida.

Una mujer, sucia y despeinada, llevando un traje manchado de grasa y ninguna otra cosa más, estaba agazapada a su lado.

La Princesa de la Corona Melani a quien Trask recordaba como una encantadora y graciosa anfitriona en Cragdale, trató de levantarse y se tambaleó.

—¡Príncipe Bentrik! ¡Y también príncipe Trask de Tanith! —exclamó—. Dense prisa; sáquenle de aquí a donde se le pueda cuidar. Por favor… luego volvió a sentarse en el suelo y se desplomó al poco inconsciente.

XIV

No pudieron obtener la historia.

La princesa Melani se había derrumbado por completo.

Su compañera, otra mujer noble de la corte, sólo podía murmurar frases inconexas.

Y el rey bañado y alimentado, yacía meramente en una cama limpia y les miraba maravillado, como si nada de lo que viese u oyese tuviese significado para él.

Los doctores nada podían hacer.

—No tiene cerebro, no más cerebro que un niño recién nacido. Podemos mantenerle vivo, aunque no sé cuánto tiempo. Ese es nuestro deber profesional. Pero no es nada piadoso para su Majestad.

* * *

Las pequeñas bolsas de resistencia en palacio fueron barridas, a través de la mañana y tarde siguiente.

Todas excepto una, bien subterránea, por debajo de la principal planta de energía.

Robaron gas narcótico; los defensores tenían ventiladores y lo devolvieron con facilidad.

Intentaron la voladura; había un límite a la resistencia del armazón del edilicio.

Y nadie sabía cuánto tiempo costaría hacerles perecer por hambre.

Al tercer día, un hombre se arrastró fuera, llevando una camisa blanca atada al cañón de una carabina en son de tregua.

¿Está aquí el príncipe Lucas Trask de Tanith? —preguntó—. No hablaré con nadie más. Trajeron rápidamente a Trask.

Todo lo que era visible del otro hombre era el cañón de la carabina y la camisa blanca.

Cuando Trask le llamó, alzó la cabeza por encima de los cascotes tras los que se ocultaba.

—Príncipe Trask, tenemos aquí a Andray Dunnan; él era el jefe, pero ahora lo desarmamos y lo retenemos prisionero. Si se lo entregamos, ¿nos dejará libres?

—Si salís todos sin armas y traéis con vosotros a Dunnan, os lo prometo. El resto vuestro será permitido que salga del edificio y se marche sin sufrir el menor daño.

—Está bien. Saldremos dentro de un momento —el hombre alzó la voz—. ¡Está acordado! —llamó— - Sacadle.

Eran muy pocos.

Algunos llevaban uniformes de altos oficiales de los Vigilantes del Pueblo o de funcionarios del chaquetas bordadas y cortas de oficiales vikingos espaciales.

Entre ellos arrastraban a un hombre de rostro delgado con barba puntiaguda y Trask tuvo que mirarle dos veces antes de reconocer el rostro de Andray Dunnan.

Dunnan le miró con un desdén exento de curiosidad.

—Vuestro bastardo rey no podría gobernar sin Zaspar Makann y Makann no podría gobernar sin mí ni tampoco puedes tú —dijo—. Mata a esta pandilla de gira casacas y te gobernaré Marduk —volvió a mirar a Trask—. ¿Quién eres? —preguntó—. No te conozco.

Trask sacó la pistola de la funda, quitando con el pulgar el seguro.

—Soy Lucas Trask. Ya oíste antes ese nombre —dijo—. Vosotros, apartaos de detrás.

—Oh, si; El pobre estúpido que pensó que iba a casarse con Elaine Karvall. Bueno, no lo harás, lord Trask de Traskon. Ella me ama a mí, no a ti. Me está esperando ahora, en Gram.

Trask le atravesó la cabeza de un disparo.

Los ojos de Andray Dunnan se desorbitaron en momentánea incredulidad; luego se le doblaron las rodillas y cayó de bruces.

Trask puso el seguro y enfundó la pistola, luego miró el cuerpo que estaba en el cemento ante su persona.

No había hecho la menor diferencia.

Fue como disparar contra una liebre, o alguno de los furiosos escorpiones que infectaban los viejos edificios de Rivington.

Ya no había más Andray Dunnan.

—Meted esta carroña en un convertidor de masa en energía —dijo—. Y no quiero que nadie me vuelva a mencionar el nombre de Andray Dunnan.

No miró cómo arrastraban el cuerpo de Dunnan y lo colocaban en una camilla; vio a los cincuenta y pico jefes del derrotado gobierno tiránico de Marduk marchar hacia la libertad, vigilados por los fusileros de Paytrik Morland.

Había allí algo por lo que reprocharse a sí mismo; había cometido un crimen distinto y separado contra Marduk dejando vivos a cada uno de esos.

A menos que friesen reconocidos y asesinados por alguien del exterior, cada uno de los que salían ahora cometería posiblemente una villanía antes de que amaneciese.

Bueno, que el rey Simón apechugara con aquello. Se sobresaltó al darse cuenta de cómo había pensado en su amigo.

Bueno, ¿por qué no? La mente de Mikhyl estaba muerta; su cuerpo no sobreviviría más de un año.

Luego una reina niña y una larga regencia y las regencias largas eran peligrosas.

Era mejor un rey fuerte, tanto en nombre como en poder.

Y la sucesión podría salvaguardarse casando a Steven y Myrna.

Myrna había aceptado, a los ocho años, que algún día tendría que casarse por razones de estado; ¿por qué no con su compañero de juegos Steven?

Y Simón Bentrik sabría ver la necesidad.

No era ni un estúpido ni un cobarde moral; sólo necesitaba tener algún tiempo y ajustar sus ideas.

El huracán que azotó sus vidas había desaparecido con el que lo provocara ahora.

Lentamente les siguió, pensando.

No había que insistir demasiado duro con la idea sobre Simón; sólo exponérsela y dejar que la adoptara.

Y habría el tratado… Tanith, Marduk, Beowull, Amaterasu; eventualmente, tratados con los otros planetas civilizados.

De manera nebulosa la idea de una Liga de los Mundos Civilizados comenzó a tomar forma en su cerebro.

Sería buena idea si adoptase el título de rey de Tanith para sí.

Y rompiese separándose de los Mundos de la Espada, especialmente de Gram.

Que Viktor de Xochilt lo poseyera.

O que Garvan Spasso.

Viktor no sería el último vikingo espacial que tomase sus navíos y los dirigiese contra los Mundos de la Espada.

Tarde o temprano, la civilización en la Antigua «Federación» les impulsaría a todos a devolver a la fuerza el pillaje y el botín de los planetas que antaño saquearon.

Bueno, si iba a ser rey, ¿no tendría que tener una reina?

Los reyes solían tenerla.

Subió al vehículo de transporte interior y embocó por un ancho pozo de ascensión.

Estaba allí Valerie Alvarath.

Se habían acostumbrado a la compañía mutua en 4 *Némesis*.

Se preguntó si ella querría hacer esa asociación permanente, incluso sobre un trono…

Elaine ~e acompañaba.

La notaba a su lado, casi tangible.

Su voz le estaba susurrando:

Ella te ama, Lucas. Te dirá que sí. Sé bueno con ella y te hará feliz.

Luego se fue y supo que jamás volvería. Adiós, Elaine.

FIN

Notas

[1] «Em-See-Square», deletreo de la fórmula M~, segunda parte de la igualdad fundamental establecida por Einstein en su Teoría de la Relatividad y que expresa el equivalente entre masa, energía y velocidad. En este caso esa frase d~ texto equivale a desintegración, la nada, el infinito. *Nota del Traductor*. <<